

NAGUIB MAHFUZ

La batalla de Tebas

Prólogo

RAMÓN SÁNCHEZ LIZARRALDE

Desde que en 1988 recibiera el Premio Nobel de Literatura, Naguib Mahfuz se ha consagrado ante el mundo como el más grande narrador árabe del siglo XX, o al menos el más traducido e influyente dentro y fuera del ámbito de su lengua. Con la inmensa obra literaria que ha producido, casi cuarenta novelas y una docena larga de libros de relatos, además de intensas y prolongadas incursiones en el teatro y el cine, ha recorrido y dado cuenta con una perspectiva actual de la historia y la realidad contemporánea de Egipto como ningún otro escritor. Si se considera el hecho de que la tradición narrativa de la literatura escrita en árabe era ciertamente magra y reciente cuando publicó su primer libro en 1938 (aunque ya existieran otras obras y autores que habían abierto camino en este campo con los que, por otra parte, él se ha mostrado siempre agradecido y deudor), debe considerarse a Mahfuz como un verdadero pionero y fundador, y resulta así posible hacerse cargo de las dimensiones de su legado y su influencia.

Nacido en diciembre de 1911 en un popular barrio del viejo Cairo, hijo de un funcionario musulmán ferviente y patriota del nuevo Egipto, la juventud del futuro escritor se verá marcada por el proceso de constitución y afianzamiento del Estado egipcio, así como después su madurez cargará con el peso de las sucesivas y costosas guerras que llegan hasta la década de los ochenta. Estudiante de filosofía en la Universidad de El Cairo de 1930 a 1934, se consagró inicialmente a esta disciplina y publicó numerosos artículos y estudios, resultando esencial este período para la conformación de su concepto del mundo y de las relaciones humanas, que luego fructificará en sus narraciones. Imbuido del nacionalismo dominante entre la intelectualidad egipcia en su primera etapa, el hecho de tener una amplia formación respecto a la cultura europea occidental y haber indagado en sus literaturas, matizará aquél y lo llegarán a negar cuando las exigencias patrióticas y los sucesivos gobiernos reclamen el sacrificio de las personas y conduzcan a éstas a la desgracia permanente y a la muerte.

Funcionario primero en la universidad al licenciarse, Mahfuz inició enseguida su actividad literaria como escritor de relatos, y en cuanto éstos comenzaron a serle publicados se consagró definitiva y enteramente a la literatura. Desde la novela histórica a la simbolista, pasando por el realismo social y toda suerte de mixturas personales,

Mahfuz ha ido colocando los medios narrativos al servicio de una trayectoria literaria que indaga en las honduras de mundo egipcio, desde el faraónico al actual, y pese a su extenso uso de las técnicas y estructuras de la literatura occidental, ha conseguido también integrar en su obra las ricas herencias de la tradición árabe, entre las que cabría mencionar especialmente el recurso a la Rihla o relato de viajes y de iniciación.

Pero el deslumbramiento mayor lo han producido sus novelas y narraciones de la vida de la gente de El Cairo, los barrios más humildes, las callejuelas más estrechas, las gentes más anónimas: *El callejón de los milagros*, *Hijos de nuestro barrio*, *Veladas del Nilo*, *El ladrón de perros*, *La epopeya de los miserables*... Son sólo algunos de los títulos más sonoros y conocidos del autor, que ha abordado en ellos tradición y modernidad, realidad y deseo, amor y destino, religión y modernización, guerra y prosperidad, nacionalismo y socialismo, siempre obedeciendo al imperativo impulso humanista que caracteriza toda su obra y su vida personal.

La obra de Mahfuz es el propio Egipto y su gente, y su nombre ha llegado a identificarse a tal punto con ese mundo que, en muchas latitudes, son prácticamente sinónimos. Es pues uno de esos escritores que, tras haber convertido sus creaciones en alimento de su propio pueblo —y de muchos otros después—, en instrumento de auto-reconocimiento y afirmación, ven cómo aquella pasa a formar parte de la realidad social de la que ha surgido y actúa en su interior junto con otros componentes, transformándose a su vez y transformando a su autor mismo.

En 1994 Mahfuz fue víctima de un intento de asesinato y las secuelas de la herida recibida, junto con el peligro de que la acción volviera a repetirse, lo obligaron a abandonar su vida diaria, a dejar de asistir a sus tertulias de barrio con las gentes que lo han inspirado a lo largo de su vida. Sin duda continúa escribiendo.

La batalla de Tebas es la tercera entrega de una trilogía de corte histórico que Mahfuz escribió en los años treinta, impregnado del fervor patriótico dominante. Tanto esta novela (por la que su autor recibió el Premio del Ministerio de Educación de su país) como las dos anteriores (*Ironía del destino*, 1939 —publicada en español bajo el título de *La maldición de Ra—*, y *Rhadopis*, 1943) están consagradas a la recreación del Egipto faraónico, a la recuperación de su esplendor y su gloria como alimento de la nueva sociedad recién liberada del dominio colonial. En este como en otros territorios de la narrativa árabe, Mahfuz actúa como un innovador, y si bien toma no pocos ingredientes de la herencia particularmente inglesa de la novela histórica, introduce ya elementos propios que lo distinguirán en lo sucesivo.

Mahfuz busca en el pasado un espejo en que puedan mirarse sus contemporáneos, naturalmente un espejo deformante, no con la

pretensión de ser fiel a la realidad de hace milenios, sino de buscar en aquella historia conflictos, virtudes y lacras que ayuden a interpretar el presente. Después de *La batalla de Tebas*, sólo una vez más incurrirá Mahfuz en la novela histórica (*Vivir en la verdad*, 1985; versión española: *Akhenaton*), pero ya lo hará con otras intenciones y empleando otros procedimientos. Todo el resto de la obra del autor estará mucho más pegada a la realidad viva y contemporánea.

La batalla de Tebas difiere claramente de sus dos antecesoras principalmente en el hecho de que, pese a la aparición de unos personajes bien precisos con sus correspondientes pasiones y conflictos, el verdadero protagonista es el pueblo egipcio, o más bien los hechos históricos mismos, algunos hechos históricos, siendo las personas individuales meros accidentes del devenir...

Estamos en el siglo XVI a. C. Los hicsos dominan Egipto e impera su rey, Apofis. El legítimo faraón muere en el curso de una rebelión contra los invasores. Diez años después, su nieto, huido a Nubia, regresa a Tebas con el fin de organizar la nueva rebelión y organizar un ejército. En el curso de su misión, el joven Ahmose conoce a la hija del usurpador Apofis y se enamora de ella...

Sekenenre

1

Una nave de afilada proa, rematada por una talla de loto, contaba las tranquilas y majestuosas olas del sagrado río. Desde la más remota antigüedad las embarcaciones se sucedían como incidentes ensartados en la caravana del tiempo de una a otra orilla en cuya superficie se levantaban las aldeas y se erguían las palmeras, agrupadas o en solitario. El verdor se prolongaba por el Este y por el Oeste, y el sol, desde el inmenso cielo, enviaba sus hebras de luz sobre las hierbas verdeantes y sobre las aguas resplandecientes.

En la cristalina superficie del río, sólo se mecían algunas barcas de pescadores, cuyos dueños, asombrados e incrédulos, abrían paso a la embarcación mirando fijamente la talla de loto, símbolo del país del Norte.

En la cámara de la regia embarcación, un hombre robusto, más bien bajo, de cara redonda, luenga barba, tez blanca y amplia túnica, sujetaba con la mano derecha un grueso bastón con empuñadura de oro. A su lado se sentaban dos hombres de igual constitución e indumentaria. Un mismo espíritu parecía unirlos.

El hombre miraba hacia el Sur con ojos de hastío y cansancio. De vez en cuando dirigía penetrantes miradas a los pescadores y como cansado de tanto silencio, preguntó a los dos hombres:

—¿Soplará mañana el cuerno de guerra y se disipará esta pesada paz que reina sobre las tierras del Sur? ¿Se asustarán estas tranquilas casas? ¿El águila de la guerra se cernerá por este pacífico ambiente? ¡Ay, si esta gente supiera la mala nueva que les trae a ellos y a sus señores esta embarcación!

Los dos hombres movieron la cabeza en señal de asentimiento a las palabras de su señor y uno de ellos exclamó:

—Que estalle de una vez la guerra, ujier mayor, ya que el hombre que nuestro señor designó como gobernador de las tierras del Sur no se conforma con ceñir la corona, como los reyes, quiere además construir palacios como los faraones y ostentar sus riquezas por Tebas tan tranquilo, sin que le importe ninguna otra cosa.

El ujier, rechinando los dientes y jugando con el bastón que tenía entre las piernas, al que imprimía unos movimientos que denotaban su rencor y su ira, estalló:

—No hay más gobernador egipcio que el señor de Tebas. Cuando nos libremos de él, nuestro será el gobierno de Egipto exclusivamente y para siempre, y el rey nuestro señor podrá entonces permanecer tranquilo, sin temer que nadie se rebele contra él.

El segundo hombre, con mal disimulado entusiasmo, pues no desesperaba de llegar algún día a ser gobernador de una gran ciudad, sentenció:

–Esos egipcios nos odian, nos odian.

El ujier mayor le dio la razón con rudas palabras:

–Efectivamente. Incluso los mismos habitantes de Manaf, la capital del reino de nuestro señor el rey, aparentan obediencia y esconden su odio. Se acabaron nuestras artimañas, no nos queda más que el látigo y la espada.

Los dos hombres sonrieron. Era la primera vez que lo hacían, y uno de ellos repuso:

–Bendito sea tu juicio, sabio ujier, pues el látigo es la única forma de entenderse con los egipcios.

Los tres hombres guardaron silencio durante un rato. No se oía más que el golpeteo de los remos contra la superficie del agua. Uno de ellos echó una mirada a una barca de pescadores en la que se veía a un joven de bronceado rostro, musculoso, cubierto de cintura para abajo con un faldellín.

–Parece como si estos sureños estuvieran hechos de su propia tierra –dijo, profundamente asombrado.

–No te extrañes. Algunos de sus poetas cantan su tez morena – replicó el ujier con ironía.

–Efectivamente. Entre su color y el nuestro hay la misma diferencia que entre el barro y la luz brillante.

Y el ujier replicó:

–Uno de nuestros hombres me ha comentado que esos sureños, a pesar de su color y de su desnudez, son soberbios y orgullosos. Pretenden ser descendientes de los dioses, y se enorgullecen de que su tierra es la cuna de los auténticos faraones. *Netjer!* ¡Dios mío! Yo conozco muy bien el remedio para esto. Sólo hace falta que nuestra mano se extienda sobre sus tierras.

Apenas hubo acabado el ujier su corta perorata cuando oyó a uno de sus hombres, señalando hacia el Este:

–Mira... ¿Ves Tebas? ¡Ésa es Tebas!

Miraron todos hacia donde señalaba el hombre y vieron una gran ciudad rodeada por altísimas murallas. Detrás se divisaban obeliscos tan altos que parecía que sostenían la cúpula celeste, y al Norte se podían ver los enhiestos muros del famoso templo de Anión, el adorado señor del ejército, de modo que los ojos no percibían más que un inmenso edificio que se alzaba hasta el cielo. Los hombres se impresionaron. El ujier mayor frunció el ceño y balbuceó:

–Sí. Ésa es Tebas. Ya he tenido ocasión de verla antes. Cada día ansio más que se someta a nuestro señor el rey y presenciar su victorioso cortejo atravesando sus calles.

–Y que adoren a nuestro venerado Seth –intervino uno de los dos hombres.

La barca disminuyó la velocidad y se fue acercando poco a poco a la ribera, pasando junto a frondosos jardines cuyos verdes senderos descendían hasta ser bañados por el sagrado río. Detrás aparecían

los soberbios palacios y en la otra ribera la ciudad eterna, donde descansan los eternos en sus templos funerarios, cubiertos por la soledad de la muerte.

La nave se dirigió al puerto de Tebas, abriéndose su estela entre las barcas de pescadores y las embarcaciones de carga. Llamaba la atención por su eslora y su belleza, culminada por la talla de loto que adornaba la proa. Una vez que llegó hasta el muelle, echó su gran ancla. Algunos guardianes se dirigieron hasta la nave y un oficial se acercó ostentando una túnica blanca de algodón encima del faldellín. A uno de los hombres le preguntó:

—¿De dónde viene esta embarcación? ¿Lleva mercancía?

El hombre le saludó y le contestó:

—Sígueme.

Le acompañó a la cámara y allí el oficial comprendió que se encontraba ante un gran ujier del palacio del Norte, el palacio de los hicsos (reyes pastores, como los llamaban los del Sur). Se inclinó respetuoso e hizo el saludo militar. El ujier levantó la mano para devolver el saludo con evidente presunción y dijo con tono altanero:

—Soy un mensajero del faraón, rey del Alto y Bajo Egipto, hijo del dios Seth, nuestro señor, padre de Fi, el nomarca de Tebas, príncipe Sekenenre. Ruego que anuncies a tu señor que estoy esperando a que me reciba para darle el mensaje que me ha sido confiado.

El oficial escuchó atentamente al mensajero, hizo de nuevo el saludo y se marchó.

2

Una hora había transcurrido cuando llegó a la embarcación un hombre de venerable aspecto, más bien bajito, visiblemente delgado y de frente prominente. Se inclinó en señal de respeto al mensajero y le dijo con voz pausada:

—El que se honra en recibirlos es Hur, ujier mayor del palacio del Alto Egipto.

A lo que el hombre, inclinando su cabeza, contestó con cierta tosquedad:

—Yo soy Jayyán, el ujier mayor del palacio del faraón.

—Mi señor tendrá el placer de recibirlos ahora mismo —anunció Hur.

—Pues vamos —dijo el mensajero con gesto de asentimiento.

El ujier Hur se adelantó y el hombre lo siguió con paso lento, apoyando su grueso cuerpo en un bastón. Los dos hombres se inclinaron ante él en señal de respeto. Jayyán, que se sintió humillado, dijo para sí: «¿No hubiera sido mejor que Sekenenre viniera en persona a recibir al mensajero de Apofis?». Le disgustó sobremanera que ese hombre lo recibiera como si fuese un rey. Salieron de la embarcación flanqueados por dos filas de soldados y oficiales y Jayyán se fijó que en la orilla había un cortejo real, con

carros de guerra al frente y a la cola, esperándolo. Los soldados le hicieron el saludo protocolario y él les respondió con orgullo. Montó en su carro y Hur montó a su lado. El pequeño cortejo se movió en dirección al palacio del nomarca de Tebas. Los ojos de Jayyán se movían en sus órbitas a derecha e izquierda contemplando los templos, los lugares de diversión, las estatuas, los caminos, los palacios, los mercados y las olas del gentío que no paraba de llegar por todas las direcciones: la plebe con sus cuerpos semidesnudos, los oficiales con relucientes espadas, los sacerdotes con largas túnicas, los nobles con sus amplios mantos y las damas con sus deslumbrantes vestidos. Era como si todo testimoniara la grandeza de la ciudad, pues competía con la propia Manaf, la capital de Apofis. El mensajero observó desde el principio que su cortejo llamaba la atención, y que la gente se detenía a ambos lados del camino para contemplar su esplendor, pero lo hacía con frialdad y sin emoción alguna. Los negros ojos del mensajero escudriñaban sus caras blancas de luenga barba con extrañeza, incredulidad e irritación. Se sentía profundamente irritado al comprobar la indiferencia con que recibían al gran Apofis en la persona de su mensajero. Le dolía parecer un extraño en Tebas, después de doscientos años de la llegada de su pueblo a Egipto y su asentamiento en el trono. Su enfado y su rabia se acrecentaron al comprobar que su pueblo llevaba gobernando doscientos años, y no obstante el Sur seguía conservando su personalidad, su carácter y su independencia, sin que intervinieran los hicsos.

El cortejo llegó a la plaza del palacio, una plaza amplia a cuyos lados estaban los edificios del gobierno, la sede de los tati o visires y los cuarteles generales del ejército. En el centro se alzaba deslumbrante el majestuoso palacio, tan grandioso como el de la propia Manaf. Los vigías estaban apostados en las murallas y alineados en dos filas ante la gran puerta. Cuando el cortejo del mensajero lo atravesó, los músicos entonaron el himno de bienvenida. Mientras el cortejo cruzaba el patio, Jayyán se preguntaba: «¿Me recibirá Sekenenre con la corona blanca en la cabeza? Pues sabido es que vive como un rey, se comporta como tal y gobierna como ellos. ¿Llevará la corona del Sur en mi presencia? ¿Se atreverá a hacer ostentación de lo que evitaron sus abuelos y hasta su propio padre?». El mensajero se apeó a la entrada misma del largo atrio de columnas. Le salieron al encuentro el ujier de palacio, el jefe de la guardia y sus más destacados comandantes. Le saludaron todos y lo acompañaron a la sala de audiencias del nomarca. El vestíbulo que conducía hasta la puerta estaba adornado a ambos lados por esfinges y en las esquinas estaban apostados unos comandantes de gran estatura, de los más fuertes de Habu.

Todos se inclinaron ante el mensajero y le abrieron paso. El ujier Hur se adelantó a la sala de audiencias y aquél lo siguió. En medio

de la sala, a una distancia más bien alejada de la entrada, vio un trono digno de un faraón en el que se sentaba un hombre que ceñía la corona blanca del Alto Egipto y llevaba en la mano el cetro y el bastón. A la derecha del trono permanecían sentados dos hombres, y otros dos a la izquierda. Hur llegó hasta el trono, seguido por el mensajero, se inclinó ante su señor majestuosamente y dijo con amabilidad:

—Señor, se presenta ante vuestra alta persona el ujier mayor Jayyán, mensajero del rey Apofis.

El mensajero hizo una reverencia y el nomarca le devolvió el saludo y le indicó que se sentara en un estrado, frente al trono. Hur se quedó de pie a la derecha y el nomarca quiso presentar al mensajero los nobles de la ciudad y señaló con su cetro al hombre que estaba a su derecha anunciando:

—Ausar Amón, primer visir. —Luego señaló al siguiente—. Naufar Amón, el sacerdote mayor de Amón. —Después se volvió a la izquierda y exclamó—. Kaf, capitán de la flota, y Pepi, comandante del ejército. —Tras hacer estas presentaciones, el nomarca dirigió la mirada al mensajero y con un tono que a las claras manifestaba su superioridad, exclamó—. Estás en un palacio que te da la bienvenida, y con quien ha depositado su confianza en ti.

—Dios os guarde, excelentísimo gobernador —dijo el mensajero—. Me siento orgulloso por haber sido yo elegido embajador en una misión a vuestra hermosa tierra históricamente famosa.

Al nomarca no le pasó desapercibido lo de «excelentísimo gobernador». No obstante, no manifestó el disgusto que le reconcomía. En ese momento, Jayyán le escudriñó con una breve mirada de sus ojos saltones y observó que tenía delante a un hombre que infundía temor: era alto, de agraciado rostro alargado, muy moreno y dientes superiores algo prominentes. Le calculó unos cuarenta años.

El nomarca creía que el mensajero de Apofis había ido por los mismos motivos que les llevaban a las misiones del Norte: las piedras y los cereales, algo que los hicsos (reyes pastores) consideraban como un tributo, mientras que los nomarcas de Tebas lo veían como un soborno con el que evitaban el perjuicio de los conquistadores. El nomarca, con voz parsimoniosa y solemne, dijo:

—Me agradecería escucharte, mensajero del gran Apofis.

El mensajero se acomodó en su asiento, como preparándose para un combate, y exclamó con su acostumbrada tosquedad:

—Desde hace doscientos años, los mensajeros del Norte no paran de venir al Sur. Y siempre vuelven contentos.

—Espero que perdure esa buena costumbre —respondió el gobernador.

—Gobernador —sentenció Jayyán—, os traigo tres demandas del faraón. La primera concierne a la persona de mi señor el faraón, la

segunda a su adorado dios Seth y la tercera a los vínculos amistosos entre el Norte y el Sur. —El nomarca lo miró desafiante y el mensajero añadió—. A mi señor, el rey, le aquejan en los últimos días dolores espantosos que le alteran los nervios por la noche, y, para colmo, unas terribles voces retumban en sus honorables oídos, por lo que ha caído presa del insomnio y del agotamiento. Ha convocado a sus médicos y les ha contado lo que le ocurre por la noche. Pero por más que le han examinado cuidadosamente, todos han salido perplejos, sin saber lo que le aqueja. Según todos ellos, el faraón está sano. Cuando mi señor, desesperado ya, se quedó a solas con el profeta del templo de Seth, este sabio acertó con la enfermedad y le dijo que la causa de todos sus males era que se habían infiltrado en su corazón los gritos de los hipopótamos encerrados en el Sur. Le aseguró que su curación sólo dependía de la muerte de los animales.

El mensajero sabía que los hipopótamos encerrados en la alberca de Tebas eran sagrados. Miró de reojo al gobernador para ver el impacto de sus palabras y se encontró con un rostro duro e impertérrito, aunque un poco colorado. Esperó a que hiciera algún comentario, pero no abrió la boca y se quedó esperando atentamente. El mensajero continuó:

—Durante la enfermedad de mi señor, vio en sueños a nuestro adorado dios Seth, que le visitaba con su imponente majestad y su luminosidad, y le reprochó: «¿Es posible que todo el Sur carezca de un solo templo donde se mencione mi nombre?». Mi señor juró pedirle a su amigo, el gobernador del Sur, que construyera en Tebas un templo en honor a Seth junto al de Amón.

Calló el mensajero esperando la palabra del nomarca, pero Sekenenre permaneció silencioso como una tumba, y esta vez sí pareció sobrecogido, pues había sido sorprendido por algo que nunca había imaginado. A Jayyán no le preocupaba ni poco ni mucho la tristeza del gobernador, pero sí deseaba provocarlo. El ujier Hur, al que no se le escapó el peligro de la petición, se inclinó sobre el oído de su señor y le susurró: «Es mejor que mi señor no discuta con el mensajero ahora». El nomarca, entendiendo la intención del ujier, movió la cabeza en señal de asentimiento. Jayyán pensó que el ujier le estaba aconsejando a su señor lo que tenía que decir y esperó un poco. No obstante, el nomarca le preguntó:

—¿Tienes algún otro mensaje?

—Excelentísimo gobernador —respondió Jayyán—. Le ha llegado a mi señor la noticia de que vais a ceñir la corona blanca de Egipto, cosa que le preocupa no poco, pues considera que eso no es conforme a los tradicionales vínculos de amistad que unen a la dinastía de los faraones con vuestra familia.

—Pero la corona blanca es el cubrecabeza de los gobernadores del Sur —exclamó con sorna Sekenenre.

A lo cual replicó el mensajero con firmeza y terquedad:

—No, es la corona de los faraones; por tal motivo vuestro venerable padre no la ciñó, pues sabía que en este valle no hay más que un rey digno de ceñirla. Espero, excelentísimo gobernador, que no se os escape la advertencia de mi señor, pues su petición denota un sincero deseo de consolidar las buenas relaciones entre las familias de Manaf y Tebas.

Jayyán calló y reinó el silencio de nuevo. Sekenenre estaba sumido en tristes pensamientos, abrumado por las duras peticiones del rey de los hicsos, que atentaban tanto a los sagrados lugares de la fe como a su propia dignidad. Eso se vislumbraba en su expresión y en la imperturbabilidad de los rostros de cuantos le rodeaban. Estimaba mucho los consejos de Hur y no quiso improvisar ninguna respuesta. A pesar de todo, dijo con calma:

—Mensajero, tu mensaje entraña un gran peligro que amenaza nuestra fe y nuestras tradiciones. Mañana mismo te comunicaré mi opinión.

—La mejor opinión es la consultada —respondió Jayyán.

—Acompaña al mensajero al pabellón dispuesto para él —ordenó Sekenenre al ujier Hur.

El bajo y rechoncho mensajero se levantó, se inclinó para saludar y se marchó arrogante y orgulloso.

3

El nomarca mandó llamar a su hijo y heredero Kamose, quien acudió con tal prisa que daba a entender bien a las claras su deseo de conocer el contenido del mensaje del ujier de Apofis. Saludó al gobernador majestuosamente y se sentó a su derecha. El gobernador se dirigió a él y le dijo:

—Te he mandado llamar, príncipe, para darte a conocer el mensaje del emisario del Norte, y para que nos des tu opinión. El asunto es de suma gravedad. Escúchame...

El nomarca contó a su heredero con todo detalle lo que le había dicho el mensajero Jayyán. Kamose escuchó a su padre con suma atención. Se notaba en su hermoso rostro el parecido con su padre en el color de la tez, en las facciones y en la prominencia de los dientes superiores. El gobernador paseó la mirada por los allí reunidos y dijo:

—Ya veis, señores, que para satisfacer a Apofis tendremos que despojarnos de la corona, degollar a los sagrados hipopótamos y construir un templo a Seth junto al de Amón. Indicadme qué debo hacer.

El evidente disgusto que se notaba en todos ellos revelaba la preocupación que los invadía. El ujier Hur fue el primero en hablar y dijo:

—Mi señor, lo que más me irrita de todo esto es la intención que ocultan sus peticiones, pues su intención no es otra que la del señor que dicta órdenes a sus esclavos y la del rey que se pavonea ante su pueblo. Creo que no es más que la vieja imagen renovada de la tradicional disputa entre Tebas y Manaf, según la cual la ciudad de Manes intenta esclavizar a nuestra bella ciudad, soberana de su propia libertad. No hay duda alguna de que a los hicsos y a su rey les molesta que Tebas cierre las puertas a su gobierno y además se les llena la boca diciendo que este reino es una provincia de su corona; no buscan otra cosa que anular las manifestaciones de su independencia y mandar en su religión para que luego les sea fácil destruirlo.

En su charla, Hur fue tajante y sincero. El gobernador recordó la historia de la provocación de los reyes pastores a los gobernadores de Tebas, y cómo éstos evitaban su daño con buena retribución, con presentes y aparente sumisión para salvar al Sur de la iniquidad y el salvajismo. Su familia, en este aspecto, tuvo un gran mérito, hasta tal punto que su padre Sekenenre pudo entrenar en secreto un gran ejército para salvar la independencia de su reino, cuando la astucia y las apariencias no pudieron conseguirlo.

—Señor —intervino el comandante Kaf—, yo creo que no se deben hacer ninguna de esas concesiones. ¿Cómo podemos consentir que nuestro señor se despoje de su corona? ¿Cómo vamos a matar a los hipopótamos sagrados para satisfacer a un enemigo que ha humillado a nuestro pueblo? ¿Cómo quieren que construyamos un templo al dios del mal, a quien rinden culto esos pastores?

—Mi señor —intervino el gran sacerdote, Naufar Amón—, el dios Amón no aprobará que se construya junto a su templo otro a Seth, el dios del mal, ni que se sacie su límpida tierra con la sangre de los hipopótamos sagrados, ni que el guardián de su reino se despoje de la corona, siendo el primer gobernador del Sur que la ciñe por su mandato. No, señor; Amón jamás lo aprobará. Estará esperando a que cualquiera de sus hijos salga al frente de sus huestes para liberar el Norte y realizar la unificación del país. Volverá a ser como fue en los tiempos de los reyes antiguos.

El valor corrió por las venas del comandante Pepi. Se puso de pie. Era alto, ancho de espaldas. Con voz grave y prudente intervino con las siguientes palabras:

—Señor, nuestros venerables hombres han acertado en todo cuanto han dicho. Por mi parte, estoy seguro de que con esas peticiones sólo pretenden ponernos a prueba, acostumbrarnos al sometimiento y humillarnos. ¿Hay algún otro motivo para que ese salvaje suba por nuestro río desde los áridos desiertos a pedirle a nuestro señor que se quite la corona, que adore al dios del mal y que degüelle a los hipopótamos sagrados? Antaño, los reyes pastores pedían riquezas y nosotros no les escatimábamos nuestros bienes, pero lo que ahora

piden es nuestra libertad y nuestro honor. Antes que acceder a todo esto, es mejor para nosotros la muerte. Los hermanos nuestros que habitan en el Norte no son más que esclavos de la tierra, sometidos al látigo, por lo que nosotros debemos aspirar a liberarlos algún día, no a encaminarnos voluntariamente a su triste destino.

El nomarca guardó silencio, escuchaba atentamente e intentaba ocultar sus sentimientos manteniendo la vista baja. Kamose, atento a leer lo que en su rostro se reflejaba, no pudo conseguirlo, pues compartía la misma opinión que el comandante Pepi, pero en cambio, con toda su rudeza confesó:

—Señor, Apofis mira con malos ojos nuestra dignidad nacional y, obsesionado por humillar al Sur como humilló al Norte, le ciega la codicia. Pero este Sur, que nunca consintió la humillación cuando el poderío de su enemigo era absoluto, no lo va a consentir ahora. ¡Que nadie piense que descuidamos lo que nuestros antepasados se afanaron en guardar y proteger!

El primer visir, Ausar Amón, mucho más moderado, opinaba que su política debía ir dirigida siempre a evitar la provocación de los hicsos y no a enfrentarse a sus fuerzas salvajes, para dedicarse a fomentar la prosperidad del Sur, explotar las riquezas nubias y del desierto oriental, y entrenar a un fuerte ejército hasta hacerlo invencible. Todo su temor se basaba en que el príncipe heredero y el comandante del ejército se dejaran llevar por sus impulsos. Así pues, dirigiéndose a los magnates de la ciudad, les dijo:

—Os recuerdo, señores, que los hicsos son gente muy dada al robo y al saqueo. Aunque hayan gobernado en Egipto durante doscientos años, todavía les ciega la sed de oro y les ofusca su mente impidiéndoles realizar objetivos más nobles.

El comandante Pepi sacudió su noble cabeza, cubierta con un brillante casco, y dijo:

—Excelencia, hemos convivido con esa gente el tiempo suficiente para conocer su temperamento. Son gente que cuando desean algo lo piden francamente, sin astucias ni rodeos. Pedían oro y se lo llevábamos, pero ahora ¿qué piden sino nuestra libertad?

El gran visir replicó:

—Ahora tengamos paciencia, hasta que formemos nuestro ejército.

—Nuestro ejército ya puede enfrentarse al enemigo —replicó el comandante.

Kamose miró a su padre y lo encontró todavía con la vista baja, así que haciendo alarde de su ardor juvenil razonó así:

—¿De qué sirven las palabras ahora? Nuestro ejército necesita hombres y armas, pero Apofis no esperará a que nosotros equipemos nuestros ejércitos. Nos está imponiendo unas condiciones que, de aceptarlas, nos condenaríamos nosotros mismos a la derrota y a la extinción. No hay en el Sur un solo hombre que prefiera rendirse a morir. Rechacemos, pues, con orgullo las exigencias de Apofis y

levantemos la cabeza ante esos hicsos de barba larga y tez blanca no purificada por el sol.

Los presentes se quedaron impresionados por el entusiasmo del joven. En sus rostros se reflejaba tanto el ímpetu como el enojo, y quisieron tomar una decisión tajante. El nomarca levantó la cabeza, clavó sus ojos en su heredero y preguntó con su acostumbrado tono mayestático:

—¿Crees que es mejor rechazar las peticiones de Apofis?

Kamose respondió con seguridad y firmeza:

—Terminantemente, señor.

—¿Y si el rechazarlas nos condujera a la guerra?

—Lucharíamos, señor —aseguró Kamose.

El comandante Pepi añadió con no menos ardor:

—Lucharemos hasta replegar al enemigo más allá de nuestras fronteras. Si queréis, señor, lucharemos hasta liberar el Norte y echar de las tierras del Nilo al último pastor blanco de larga y sucia barba.

—¿Y tú, Excelencia, qué piensas? —preguntó el nomarca volviéndose hacia el sacerdote, Naufar Amón.

—Creo, señor—respondió el respetable anciano—, que quien pretende apagar esta brasa sagrada es un infiel.

Sekenenre sonrió satisfecho y se dirigió a su visir Ausar:

—Sólo quedas tú, visir.

—Señor —se apresuró a responder el visir—, no he aconsejado paciencia por temor a la guerra sino para poder armar al ejército que espero realice el sueño de la gloriosa dinastía de mi señor: liberar el valle del Nilo de las garras férreas de los hicsos. Pero si Apofis pretende despojarnos de nuestra libertad, yo soy el primero en llamar a la lucha.

Sekenenre contempló los rostros de sus hombres y dijo con energía y determinación:

—Hombres del Sur, os agradezco vuestros sentimientos. Creo que Apofis nos está provocando y quiere dominarnos bajo el yugo del miedo o de la guerra, pero nosotros somos un pueblo que no se somete por el miedo, por lo tanto, demos la bienvenida a la guerra. El Norte es presa de los hicsos desde hace doscientos años. Se han quedado con las riquezas de la tierra y han humillado al pueblo. El Sur, en cambio, lleva luchando desde hace doscientos años sin olvidar su supremo objetivo: liberar el valle. ¿Daremos marcha atrás a la primera amenaza? ¿Dejaremos nuestro derecho y nuestra libertad en manos de su insaciable codicia? No, hombres del Sur, yo me negaré a las humillantes peticiones de Apofis y esperaré la respuesta: si es paz, paz, si es guerra, guerra.

El nomarca se puso de pie y todos los hombres se levantaron a la vez, inclinándose respetuosamente. Luego salió de la sala con solemnidad, seguido del príncipe Kamose y del ujier mayor.

El nomarca se dirigió al pabellón de Ahhotep, quien, viéndolo en traje de ceremonia, comprendió que el mensajero del Norte era portador de graves noticias. Su bello y moreno rostro traslucía un vivo interés. Se puso de pie para recibirlo. Era alta y esbelta. Lo miró con ojos interrogantes y él contestó con estudiada parsimonia:

—Ahhotep, me parece que los jinetes de la guerra cabalgan desde el horizonte.

—¿La guerra, dices, señor? —preguntó asombrada con la angustia reflejada en sus ojos negros.

Él bajó la cabeza en señal de asentimiento y le contó el mensaje del que era portador Jayyán, lo que habían opinado sus hombres y lo que él mismo había decidido. Le hablaba sin quitarle los ojos de encima y así pudo leer el temor, la esperanza y la resignación que bullían en su interior. Con todo, le habló sugerente y mimosa:

—Has elegido el camino correcto.

Él sonrió y le dio una palmada en el hombro, luego sugirió:

—Vamos a ver a nuestra sagrada madre.

Se encaminaron codo con codo al pabellón de la madre, Tutishiri, la esposa del anterior nomarca Sekenenre. Estaba en su aposento de retiro leyendo, como de costumbre.

La reina Tutishiri era sexagenaria. Su aspecto despedía un halo de nobleza, de gloria y dignidad. Desbordaba vitalidad, y su actividad superaba a cuanto podía esperarse de su edad; las huellas del tiempo sólo se manifestaban en algunas canas de sus sienes y en las mejillas, ligeramente marchitas, pues sus ojos aún conservaban el brillo, y, su cuerpo, la hermosura y esbeltez. Había hecho que todos los miembros de la familia de Tebas tuvieran sus dientes superiores prominentes, un hecho que fascinó a toda la gente del Sur. Ella abdicó a la muerte de su esposo, como exigía la ley, dejando las riendas de Tebas en manos de su hijo y de la esposa de éste. No obstante, seguía siendo la consejera en asuntos trascendentales y el alma que infundía esperanza en la victoria. En sus ratos fuera de la vida cortesana, se dedicaba a leer. Era lectora asidua de los libros de Keops, de Kagemni, del libro de los muertos y de la historia de los tiempos gloriosos en que descollaron autores como Mina, Keops y Amenemhet. Ella gozaba de gran fama en todo el Sur. No había hombre ni mujer que no la conociera, que no la amara y que no jurara por su adorable nombre, pues había inculcado en quienes la rodeaban, empezando por su hijo, el nomarca Sekenenre, y su nieto, Kamose, el amor a Egipto, tanto al del Sur como al del Norte, y el odio a los hicsos, usurpadores que pusieron fin de mala manera a los tiempos gloriosos. Hizo comprender a todos que el objetivo más noble para el cual tenían que prepararse era la liberación del valle del Nilo del dominio de los hicsos opresores. Aconsejó a los sacerdotes, fuera

cual fuera su categoría, y a los escribas, que siempre recordaran a la gente que el país del Norte estaba ocupado y quién era el enemigo usurpador, con todas las maldades en que había incurrido, desde humillar al pueblo, esclavizarlo y despojarle de sus tierras hasta utilizarlo para explotarlas y rebajarlo a la categoría de las bestias que trabajan los campos. Si en el Sur había alguna llama sagrada que inflamara los corazones y resucitara las esperanzas, el honor de avivarla se fundaba en el patriotismo y en la sabiduría de la anciana Tutishiri. Por eso todo el Sur la adoraba y la invocaba como a la madre sagrada, como invocaban los creyentes a la diosa Isis. A ella le pedían su intercesión contra el mal, contra la desesperación y contra la derrota.

Ésta era la madre a la que se dirigieron Sekenenre y Ahhotep. Ella, por su parte, esperaba su visita, pues había conocido la llegada del mensajero del rey de los hicsos. Se acordó de los mensajeros que enviaban los reyes pastores a su difunto esposo reclamando oro, el fruto de las cosechas, piedras y un canon como tributo que como subditos les correspondía pagar a su señor. Su esposo mandaba navios cargados de todas estas cosas para aplacar la voracidad de aquella gente, y multiplicaba sus esfuerzos secretamente para formar un ejército que fuera la joya más preciada que dejara Sekenenre a sus hijos y a sus seguidores. Recordaba todo esto mientras esperaba la llegada de su hijo y cuando llegó con su esposa, les tendió sus delgados brazos y ellos le besaron la mano. El nomarca se sentó a su derecha y Ahhotep a su izquierda. Preguntó a su hijo, sonriendo dulcemente:

—¿Qué quiere Apofis?

—Quiere Tebas y todo lo que contiene, madre. Es más, esta vez nos está regateando el honor —respondió con rabia.

—Sus antepasados, a pesar de su avaricia, se contentaban con el granito y el oro —repuso la anciana.

—Pero él, madre —terció Ahhotep—, nos pide que matemos a los hipopótamos porque sus voces molestan su sueño; nos pide que construyamos un templo a su dios Seth junto al templo de Amón, y que nuestro señor no use la corona blanca.

Sekenenre asintió a las palabras de Ahhotep y le contó a su madre punto por punto las exigencias del mensajero.

La reprobación se manifestó en su majestuoso rostro. Frunció sus labios, un gesto que ponía de manifiesto su irritación y su enojo.

—¿Y qué le has contestado, hijo? —preguntó la venerable anciana.

—Aún no le he dado respuesta.

—¿Has tomado alguna decisión?

—Sí. Rechazar todas sus peticiones.

—Quien hace esas peticiones no se calla si se las rechazan.

—Y quien es capaz de rechazarlas, no teme las consecuencias de su rechazo.

—¿Y si te declara la guerra?

—Se la declararé yo a él.

La palabra guerra resonó con toda la fuerza de su significado en sus oídos, reavivándole viejos recuerdos. Recordó días como éste, en que su esposo angustiado le hacía partícipe de su tristeza y preocupación, ante la imposibilidad de tener un ejército fuerte con el que contener la codicia del enemigo. Su hijo, en cambio, hablaba de la guerra con valentía, con determinación y seguridad. Los tiempos habían cambiado y las esperanzas se renovaban. Miró de reojo a su nuera y la encontró pálida. Comprendió que se sentía angustiada y desesperada entre el temor y la ternura de una esposa. Ella también era a la vez soberana y madre, pero sólo podía añadir lo que debía decir como maestra del pueblo y como sagrada madre que era. Le preguntó:

—¿Podrás con la guerra, señor?

—Sí, madre. Tengo un ejército valiente —dijo con firmeza.

—¿Podrá este ejército liberar a Egipto del yugo que le oprime?

—Podrá al menos defender el reino del Sur de la agresión de los hicsos. —Luego se encogió de hombros en señal de desprecio y añadió con rabia—. Madre, año tras año hemos tratado de contentar a esos hicsos, pero el intento no ha podido colmar su codicia. Nunca han dejado de mirar nuestro reino más que para el saqueo. Ya se ha cumplido el destino, y veo que el valor nos sirve más que el retraimiento y la pérdida de tiempo. Voy a dar este paso y ya veré lo que pasa.

Tutishiri sonrió y dijo con orgullo:

—Que Anión bendiga tu alma altiva y orgullosa.

—¿Qué opinas, madre?

—Opino, hijo, que has de seguir tu camino. Que Amón te guarde y te bendigan mis oraciones. Éste es nuestro objetivo y a eso debe aspirar el joven que Amón ha elegido para que se cumplan las esperanzas eternas de Tebas.

Sekenenre se alegró tanto que su rostro se iluminó. Se inclinó sobre la cabeza de Tutishiri y le besó la frente. Ella besó su mejilla izquierda y la mejilla derecha de Ahhotep y los bendijo. Ambos volvieron felices y satisfechos.

5

Al mensajero Jayyán se le anunció que Sekenenre lo recibiría al día siguiente. A la hora acordada, el nomarca se dirigió a la sala de audiencias seguido por el ujier mayor y allí encontró, esperándolo alrededor del trono, al primer ministro, al sumo sacerdote y a los dos comandantes, el del ejército y el de la armada. Se levantaron para recibirlo y le rindieron pleitesía. Sekenenre se sentó en el trono y les dio permiso para que se sentaran. Luego el ujier de la puerta anunció

la llegada del mensajero Jayyán y el hombre rechoncho y de larga barba entró andando con arrogancia, preguntándose a sí mismo: «¿Qué habrán determinado tras la consulta, paz o guerra?». Llegó hasta el trono e inclinó la cabeza a modo de saludo ante el que estaba sentado en él. El nomarca respondió al saludo, le invitó a sentarse con un gesto y le dijo:

–Espero que hayas pasado una buena noche.

–Sí, ha sido una buena noche, gracias a vuestra generosa hospitalidad.

Miró la cabeza del nomarca o gobernador y vio en ella la corona blanca del Bajo Egipto. El pecho se le contrajo de indignación y el corazón le hervía de ira. Fue muy duro para él que lo desafiara de esa forma el gobernador de las tierras del Sur. El nomarca, por su parte, procuraba ser cortés con el mensajero porque sabía lo que significaba rechazar sus peticiones, pero eso no era óbice para manifestar su opinión sincera, firme y rotunda.

–Mensajero Jayyán –se apresuró a anunciarle–, he estudiado atentamente las peticiones de las que has sido portador, y las he sometido a consulta entre los hombres de mi reino –y se cuidó de recalcar esta palabra–. Nuestra decisión es unánime en rehusarlas.

Jayyán no se esperaba este rechazo tan franco y tan rotundo. Le tomó por sorpresa. Miró a Sekenenre, entre asombrado e incrédulo, con el rostro pálido como una perla.

–He considerado –continuó el gobernador– que estas peticiones van en contra de nuestra religión y en contra de nuestro honor, y eso no se lo permitimos a nadie.

Jayyán se olvidó de su sorpresa y como si no hubiera oído las palabras que había dicho el nomarca, repuso con calma pero con orgullo:

–Si mi señor me pregunta que por qué el gobernador de Tebas rechaza construir un templo al dios Seth, ¿qué he de decirle?

–Dile que la gente de esta tierra sólo adora a Anión.

–¿Y si me pregunta que por qué no matan a los hipopótamos que perturban su sueño?

–Dile que son sagrados para las gentes del Sur.

–¡Qué extraño! ¿Acaso el faraón no es más sagrado que los hipopótamos?

Sekenenre bajó la cabeza un instante, como pensando la respuesta; luego dijo con decisión:

–Apofis es tan sagrado para vosotros como esos hipopótamos para nosotros.

Una ola de satisfacción cubrió a los hombres del nomarca por esta respuesta tan contundente. Jayyán, en cambio, se enojó aún más, pero no se dejó llevar por la ira. Todo lo contrario, se contuvo y dijo con calma:

—Honorable gobernador: vuestro padre también fue gobernador del Sur, pero no llevaba esa corona. ¿Consideráis un derecho propio algo que no hacía vuestro padre?

—Heredé de él el Sur y esta corona desde antiguo representa al Sur. Tengo derecho a llevarla.

—Bien sabéis que en Manaf hay otro hombre que lleva la corona doble del Alto y Bajo Egipto y que él es el faraón de Egipto. ¿Qué opináis de eso?

—Me parece que tanto él como sus antepasados son invasores del reino.

La paciencia de Jayyán acabó por agotarse y con rabia y desprecio, exclamó:

—Gobernador, no creáis que el mero hecho de ceñir la corona os eleva al rango de los reyes. El reino es ante todo fuerza y soberanía. No obstante, no veo en vuestras palabras más que desprecio a los vínculos de amistad que unían a vuestros antepasados con nuestros reyes. La tendencia al desafío traerá graves consecuencias.

El enojo se reflejó en los rostros de los cortesanos del nomarca. No obstante, éste mantuvo la tranquilidad y replicó:

—Mensajero, nosotros nunca vamos con la maldad por delante, pero si algún instigador menoscaba nuestro honor, no le damos la espalda para mantener la paz. Una de nuestras virtudes es no exagerar la estimación de nuestras fuerzas. No esperes, por ello, escuchar de nosotros palabras de vanidad ni orgullo. Pero quiero que sepas que mis antepasados intentaron, como pudieron, mantener la independencia de este reino, y no seré yo quien eche a perder lo que ellos prometieron conservar a Amón y al pueblo.

Los finos labios de Jayyán esbozaron una sonrisa burlona que disimulaba su odio furibundo y con tono decidido respondió:

—Como queráis, gobernador. A mí sólo me corresponde transmitir las. Vos sois el responsable de vuestras palabras.

El nomarca agachó la cabeza en silencio. Luego se puso en pie y anunció el fin de la sesión. Todos se levantaron y lo miraron hasta que desapareció por la puerta.

6

El nomarca no dejaba de sopesar el peligro de la situación ni de mostrar deseos de visitar el templo de Amón para rogar al poderoso dios y anunciar la guerra en la plaza sagrada. Así pues, notificó su decisión a su visir y a sus hombres y todos, visires, comandantes, ujieres y destacados funcionarios, se dirigieron al templo de Amón para recibir allí al nomarca. Y Tebas, la despreocupada, advirtió lo que pasaba detrás de las murallas del grandioso palacio. Muchos murmuraban que el mensajero del Norte había llegado altanero y se había marchado enojado. Entre los tebanos se rumoreaba que

Sekenenre visitaría el templo de Amón para implorarle ayuda y buen juicio. La multitud formada por hombres y mujeres se dirigió al templo. Luego, empujándose por las calles, se les unió mucha más gente, que mostraba en sus rostros seriedad, interés y curiosidad. Se preguntaban unos a otros, y cada cual interpretaba el asunto como mejor le parecía. El séquito, digno de un faraón, llegó, precedido por un grupo de guardianes y seguido por el carro del nomarca con otros que llevaban a Tutishiri, a Ahhotep, a Kamose, su heredero, y a las demás egregias personas de la casa del gobernador. Una ola de entusiasmo y de júbilo invadió a la muchedumbre, que aplaudía y aclamaba al que tenían por su rey. Sekenenre les sonrió a todos y les saludó con el cetro. A nadie le pasó inadvertido que el nomarca llevaba la vestimenta de guerra con la brillante coraza, y eso intensificó la ansiedad de la gente por conocer las noticias. El nomarca entró en el atrio del templo seguido por su familia, hombres y mujeres. Los recibieron el sacerdote del templo, los visires y los comandantes del ejército. Naufar Amón gritó: «Amón proteja la vida de Sekenenre y guarde el país de Tebas». El pueblo coreó con ardor varias veces la plegaria. El nomarca los saludó levantando la mano hasta la cabeza y con una sonrisa de su boca. La multitud avanzó con su familia hacia la sala de los sacrificios, donde los soldados ofrecieron al dios un toro degollado. Luego, todos pasaron por la sala de los sacrificios y por la sala hipóstila, y allí permanecieron en fila de a dos. El nomarca entregó su cetro a su hijo y heredero, Kamose, y subió por la escalera hasta el santuario. Traspasó el umbral con paso reverente y cerró la puerta. En la oscuridad del lugar se quitó la corona por respeto y avanzó, con las piernas temblorosas por temor al dios, hacia la hornacina donde permanecía el adorado. Se prosternó a sus plantas, le besó los pies y permaneció inmóvil unos momentos esperando que se tranquilizaran sus alterados nervios; luego murmuró en voz baja, como si fuera una confidencia:

—Oh, Señor adorado, Dios de la gloriosa Tebas y de todos los dioses del Nilo. Ayúdame y dame fuerza, pues me enfrento a un gran problema, y, si no me sostienes, no podré resolverlo. Es la defensa de Tebas y la lucha contra tu enemigo que es a la vez el nuestro, que se nos vino encima desde el desierto del Norte en forma de una avalancha de gente impetuosa que arruinó nuestras tierras, esclavizó a nuestro pueblo, cerró las puertas de tus templos y usurpó nuestro trono. Auxíliame para detener sus huestes, perseguir a los vencidos y limpiar el valle de su torpe ejército, para que no lo gobiernen más que tus hijos morenos y no se mencione más que tu nombre.

El nomarca calló, esperó un rato y luego se sumió de nuevo en una larga y ferviente oración, inclinando la frente hasta los pies de la estatua. Luego levantó la cabeza, con temor hasta que fijó sus ojos en el noble rostro adorado rodeado de majestad, como si fuera una cortina que ocultara los acontecimientos del destino.

El nomarca apareció ante su pueblo con la corona blanca cubriéndole la frente sudorosa, y todos se prosternaron ante él. Su hijo, Kamose, se acercó a él con el cetro. El lo tomó con su mano derecha y dijo en voz alta:

—¡Oh, gente de la gloriosa Tebas! Quizá nuestro enemigo, en este mismo momento en que me dirijo a vosotros, haya concentrado sus fuerzas en la frontera para invadirnos. Acudid todos al campo de batalla y que la divisa de cada uno sea esforzarse al máximo en la lucha para que nuestro ejército resista en el combate. He rezado a Amón y le he pedido su auxilio. El dios no se olvidará de su país ni de sus hijos.

Todos gritaron como un solo hombre, y su voz hizo vibrar los muros del templo: «Que el dios Amón te proteja, Sekenenre». Cuando el nomarca se iba a marchar, se le acercó el sacerdote Naufar Amón y preguntó:

—¿Puede mi señor esperar un poco, a que le ofrezca un regalo sagrado?

—Como queráis, Excelencia —contestó el nomarca sonriendo. El sacerdote hizo una seña a otros dos sacerdotes, éstos se dirigieron a la sala de los legados y volvieron con un cofre de oro que acaparó la atención de los presentes. Naufar Amón se acercó a ellos y abrió el cofre con delicadeza. En el interior se podía ver una corona faraónica, la doble corona de Egipto. Todos los ojos se abrieron con asombro y se cruzaban las miradas. Naufar Amón se inclinó ante su señor y dijo con voz temblorosa:

—Señor, ésta es la corona del rey Timayus.

Todos gritaron: «La corona del rey Timayus...». Naufar Amón exclamó con gran entusiasmo:

—Sí, señor. Ésta es la corona de Timayus, el último faraón que gobernó el Egipto unificado y las tierras de Nubia antes de que los hicsos invadieran nuestras tierras. La voluntad divina quiso que el castigo recayera sobre nuestro país en su época. Esta noble corona cayó de su cabeza después de haber luchado tenazmente por defenderlo. Por eso, nuestros antepasados la trajeron a este templo, para ocupar su sitio entre el legado sagrado. Su dueño murió como un héroe y es, por tanto, digna de vuestra insigne cabeza. Yo os coronó con ella, hijo de Tutishiri, la madre sagrada. Os proclamo rey del Alto y del Bajo Egipto y del territorio de Nubia. Os invoco en nombre del dios Amón y en memoria de Timayus; apresuraos a luchar contra vuestro enemigo y liberad el sagrado y querido valle del Nilo.

El sumo sacerdote se le acercó, le quitó de la cabeza la corona blanca del Alto Egipto y la entregó a uno de los sacerdotes. Luego levantó la corona doble de Egipto entre aclamaciones y loas de la muchedumbre, la colocó sobre la cabeza de pelo rizado y gritó: «Viva

Sekenenre, faraón del Alto y Bajo Egipto». La gente repitió el grito. Un sacerdote salió del templo y aclamó al faraón de Egipto Sekenenre. Los tebanos hicieron lo mismo con desmedido entusiasmo. Luego los exhortó a todos a luchar contra los hicsos, y el pueblo le respondió con voces como truenos que disiparon sus dudas.

El faraón saludó al sacerdote, luego se dirigió a la puerta del templo, seguido por su familia, su corte y la élite de las tierras del Sur.

7

Apenas llegó el recién proclamado faraón a su palacio, convocó en asamblea al sumo sacerdote, al primer visir, al ujier mayor del palacio y a los comandantes del ejército y de la armada.

—La embarcación de Jayyán navega rauda por el río hacia el Norte. Estemos preparados para la invasión en cuanto él haya traspasado las fronteras del Sur. No podemos perder tiempo. —Luego se volvió hacia Kaf, comandante de la armada, y le dijo—. Espero que tu marcha por las aguas te resulte fácil. Los hicsos son nuestros discípulos en el combate naval. Prepara tus naves para la guerra y dirígete al Norte.

El comandante Kaf saludó a su señor y partió apresuradamente. El nuevo faraón se dirigió al comandante Pepi y le habló en estos términos:

—Comandante Pepi: los principales batallones de nuestro ejército están asentados en Tebas. Dirígelos al Norte. Yo te alcanzaré a la cabeza del destacamento de mi guardia. Ruego a Amón que mantenga firmes a mis soldados, pues son dignos de la responsabilidad que se les ha encomendado. No te olvides, comandante, de mandar un mensajero a Panópolis y a la frontera septentrional para que avise a la avanzadilla del peligro que la acecha, no sea que la tome por sorpresa.

El comandante saludó a su señor y se marchó. El faraón miró al primer visir, al sumo sacerdote y al ujier mayor y exclamó:

—Recaerá sobre vosotros, señores, la responsabilidad de defender la retaguardia de nuestro ejército. Que cada cual cumpla con su deber con la eficacia y la fidelidad acostumbradas.

Todos contestaron al unísono:

—Todos nos sacrificaremos por el faraón y por Tebas.

—Naufar Amón —replicó Sekenenre—, manda a tus hombres a las aldeas y a las provincias y que estimulen a mi pueblo a la lucha. Y tú, Ausar Amón, convoca a los gobernadores de las provincias y mándales que armen a los más fuertes y más capaces de mi pueblo. Y a ti, Hur, te entrego mi familia y que seas para mi hijo Kamose como has sido para mí.

El faraón saludó a sus hombres y abandonó el lugar en dirección a su pabellón para despedirse de su familia antes de emprender la marcha. Mandó llamar a todos y llegaron la reina Ahhotep, la reina Tutishiri, el príncipe Kamose y su esposa, la princesa Setekemose, su hijo menor Ahmose y la hija más pequeña de éstos, la princesa Nefertari. Los recibió afectuosamente y los mandó sentar junto a él con un cariño que le salía del corazón. Paseó la mirada por los rostros más queridos para él, como si contemplara un único rostro repetido que sólo se distinguía en cada caso por la edad. Tutishiri tenía sesenta años, Ahhotep, al igual que su esposo, cuarenta, Kamose y Setekemose veinticinco, mientras que Ahmose no llegaba a los diez y su hermana Nefertari tan sólo contaba dos. En cada uno de estos rostros brillaban unos ojos negros, destacaba una boca pronunciada en la parte superior y el color moreno profundo que lo impregnaba de salud y hermosura. Una sonrisa iluminó la amplia boca del rey y dijo:

–Venid. Nos sentaremos juntos un rato antes de emprender el viaje.

–Ruego a Amón, hijo mío, que tu viaje te lleve a la victoria –dijo Tutishiri.

–Tengo muchas esperanzas en vencer, madre –respondió Sekenenre.

El faraón vio al príncipe con la vestimenta de guerra, con lo que dejaba bien claro que pensaba ir con él, y le preguntó:

–¿Por qué te pones esos vestidos?

El joven se asombró, como si no esperara esa pregunta, y respondió:

–Por el mismo motivo que los lleváis vos, señor.

–¿Has recibido alguna orden para ello?

–Creí que el asunto no requería orden alguna, señor.

–Pues te equivocas, Kamose.

El joven experimentó cierto temor y dijo:

–¿Acaso se me priva del honor de participar en la batalla de Tebas, señor?

–Los campos de batalla no son los únicos campos del honor. Permanecerás en mi trono, Kamose, para velar por la felicidad de nuestro reino y aprovisionar a nuestro ejército de hombres y de vituallas.

El joven se ruborizó. Incluyó la cabeza, como si le pesara la orden del faraón, y Tutishiri quiso aliviarle diciéndole:

–Kamose, ocupar los cargos del gobierno no es un trabajo baladí ni que deshonre, es una responsabilidad digna de ti.

El faraón puso la mano en el hombro del príncipe heredero y le aconsejó:

–Escucha, Kamose. Estamos en vísperas de una guerra feroz que ganaremos con la ayuda de Amón y libraremos nuestra querida tierra de los grilletos que la oprimen. No obstante, es de sabios considerar

todas las consecuencias. Nuestro filósofo Qaquimuna dijo: «No metas todas tus flechas en una sola aljaba».

El faraón calló y reinó el silencio, hasta que volvió a hablarle.

—Si la sabiduría divina quiere que nuestra lucha se torne en fracaso, es preciso que nuestro esfuerzo no termine aquí. Escuchadme todos. Si Sekenenre cae, no os preocupéis, Kamose sucederá a su padre. Y si cae Kamose, le sucederá el pequeño Ahmose. Y si se pierde este ejército, Egipto está lleno de hombres, y si cae Betelmais, luchará Kabtus. Y si invaden Tebas, quedarán Ambus, Siyin y Biya. Si el Sur cae en manos de los hicsos, estará Nubia, donde tenemos unos hombres fuertes y fieles. Tutishiri se encargará de los hijos como se encargó de los padres y de los abuelos. Sólo os prevengo contra un enemigo: la desesperación.

Las palabras del faraón tuvieron una fuerte repercusión en todos. Hasta el pequeño Ahmose y Nefertari callaron, extrañados de la forma tan seria en que por primera vez les hablaba su abuelo. Los ojos de la reina Ahhotep se llenaron de lágrimas y Sekenenre se apresuró a decir en tono de reproche:

—¿Lloras, Ahhotep? Mira la entereza de nuestra madre Tutishiri.

Luego contempló a Ahmose, por quien sentía un cariño especial, pues era la viva imagen de su abuelo y lo atrajo hacia sí para preguntarle sonriendo:

—¿Quién es el enemigo al que hemos de temer, Ahmose?

El niño contestó, sin saber exactamente lo que decía:

—La desesperación.

El rey se echó a reír y le besó de nuevo; luego se levantó y dijo con ternura:

—Venid que os abrace a todos.

Los abrazó uno por uno, empezando por Tutishiri y siguiendo por su esposa Ahhotep y Setekemose, la mujer de su hijo, luego por Ahmose y Nefertari. Se dirigió a Kamose, que estaba de pie, le tendió la mano y se la apretó con fuerza; a continuación Kamose se inclinó, se la besó a él y dijo con voz casi imperceptible:

—Que la paz os acompañe, padre.

El rey les hizo una señal de despedida con la mano, y salió con paso firme; en su rostro se reflejaba la decisión y el coraje.

El faraón del Alto y Bajo Egipto, hasta ahora nomarca de Tebas, salió a la cabeza de un destacamento de su guardia real, y en la plaza del palacio se encontró con el pueblo enardecido. Pensó que todos los habitantes de la ciudad, hombres, mujeres y niños, se habían trasladado a la plaza del palacio para saludar a su rey y aclamar a quien salía, deseoso de liberar el valle. Sekenenre se abrió camino entre sus agitadas olas en dirección a la puerta septentrional de Tebas. Allí lo estaban esperando para despedirse los sacerdotes, los visires, los ujieres, los cortesanos y los grandes funcionarios del

Estado. Se prosternaron ante el cortejo y lo aclamaron durante largo tiempo. La última voz que el faraón oyó fue la de Naufar:

—Os recibiré, señor, dentro de poco, con la cabeza coronada de laurel.

El faraón atravesó la gran puerta de Tebas camino del Norte, dejando atrás las murallas de la gran ciudad. Estaba impresionado por cuanto había visto y oído. Era consciente de la repercusión de la gran batalla que tenía que librar. Ello supondría hacer feliz o desgraciado a su pueblo durante mucho tiempo, pues el destino del pueblo estaba en su mano y él iba a enfrentarse a las más arriesgadas empresas, respecto a las cuales su padre había tomado una postura cautelosa y expectante. Sekenenre no había sido un gobernador fastuoso; su conducta era la de un hombre duro, valiente, austero y religioso. Era muy optimista y tenía mucha confianza en su pueblo. Se reunió con su ejército en el campamento de Shanhur, al norte de Tebas, y lo recibió el comandante Pepi, al frente de los comandantes de los distintos batallones. Estaba débil por el agobio y el cansancio, lo cual no pasó inadvertido a los ojos del faraón, quien le dijo:

—Te veo cansado, comandante.

El comandante se alegró de la observación de su señor y contestó:

—Señor, hemos conseguido juntar aquí los batallones de Hermansis, Habu y Tebas. Nuestro ejército supera los veinte mil combatientes.

El faraón pasó con su carro por entre las tiendas de los soldados. Una ola de júbilo y entusiasmo los invadió a todos, y se sucedieron las aclamaciones en el campamento al norte de la región de Shanhur. Luego retrocedió a la tienda real en compañía del comandante Pepi, satisfecho de su ejército; había pasado los mejores días de su juventud adiestrándolo.

—Nuestro ejército es valiente. ¿Qué opinan los comandantes? — comentó.

—Todos son optimistas, señor, y anhelan el momento de la batalla. No hay nadie que no considere trascendental el cuerpo de arqueros.

—Comparto esa admiración —respondió el faraón—. Y ahora escúchame. No tenemos que gastar más tiempo que el necesario para que las tropas descansen. Tendremos que enfrentarnos a nuestro enemigo en el valle que está entre Panópolis y Batlus, un valle de terreno accidentado y muchos desfiladeros. La ventaja militar será de aquel que logre alcanzar el lugar más elevado. El cauce del Nilo allí es muy estrecho y eso puede ser una ventaja para nuestra flota.

—Señor, saldremos antes del alba.

El faraón asintió con la cabeza y dijo:

—Tenemos que llegar a Panópolis y acampar en el valle antes de que Jayyán llegue a Manaf.

Luego el faraón convocó a sus comandantes para que se reunieran con él.

El ejército se puso en marcha antes del alba, precedido por una vanguardia de exploradores. A la cabeza iba un destacamento compuesto por doscientos carros capitaneado por el propio faraón. Le seguían un batallón de lanceros, otro de arqueros, otro más de infantería y, por último, los carros de aprovisionamiento y las tiendas de campaña. Al mismo tiempo, la flota estaba emprendiendo la marcha hacia el Norte. Era una noche negra, de negrura sólo rota por la luz de las estrellas y las antorchas. Cuando los arqueros llegaron a la ciudad todos los habitantes salieron a recibir al faraón y a su ejército. Los campesinos llegaban presurosos desde los campos más lejanos, con palmas, ramas de arrayanes y tinajas de cerveza. Fueron con el ejército, aclamándolo y ofreciéndole flores y vasos de espumosa cerveza. No lo dejaron hasta que se alejó. Cuando la oscuridad de la noche se difuminó y despuntó por Oriente la luz azulada y tranquila del alba anunciando la llegada de un nuevo día y luego apareció el sol inundando de luz el mundo, el ejército se apresuraba para llegar a Katut antes del atardecer. Allí descansó rodeado por los entusiasmados habitantes y el faraón consideró oportuno que los soldados pasaran la noche en Tancira y ordenó reanudar la marcha. El ejército se esforzó para llegar a Tancira al anochecer, y allí se rindió al profundo sueño.

Siempre tocaban diana antes del alba y caminaban hasta la caída de la noche, un día y otro día, hasta que acamparon en Abidos. Los exploradores paseaban por el norte de la ciudad, cuando un oficial vio en la remota lejanía gente que avanzaba. Corrió a la cabeza de un grupo de sus hombres en dirección a los que venían. A medida que bajaba lo veía más claro, pues divisó unas líneas tortuosas de campesinos que caminaban en grupo, llevando algo que les resultaba ligero. Algunos guiaban sus ovejas o sus bueyes con un ademán que denotaba miseria y desamparo. El hombre, más que asombrado, se interpuso en mitad del camino a los que iban delante con intención de preguntarles, pero uno de ellos gritó:

—¡Socorro, soldado! Socórrenos, estamos perdidos.

—¿Pedís socorro? ¿Qué es lo que os asusta? —preguntó, inquieto, el soldado.

—Los hicsos, los hicsos —contestaron muchos al unísono.

—Somos de Volubilis y Betelmais —explicó uno de ellos—. Ha llegado hasta nosotros un soldado de la frontera y nos ha dicho: «El ejército de los hicsos ataca las fronteras con un gran ejército y no tardarán en irrumpir en nuestro país». Nos ha aconsejado emigrar hacia el Norte. El miedo se apoderó de todos nosotros y corrimos a casa a avisar a las mujeres y a los niños y llevarnos lo que pudiéramos.

Luego empezamos a huir y no hemos descansado desde ayer por la mañana.

En sus rostros se reflejaba el cansancio y el abatimiento.

—Descansad un poco y luego reanudad la marcha —les aconsejó el soldado—. No tardará el momento en que este valle tranquilo se convierta en un campo de batalla.

El hombre volvió grupas y corrió a la tienda del comandante, en Abidos, para comunicarle la noticia. Pepi se levantó inmediatamente para contárselo al faraón. Este recibió la noticia con asombro e inquietud.

—¿Cómo ha ocurrido eso? ¿Acaso llegó Jayyán a Manaf en tan poco tiempo? —preguntó.

—No hay duda, señor —respondió Pepi con rabia—, de que nuestro enemigo movilizó su ejército hasta nuestras fronteras antes de enviarnos a su mensajero. Nos acechaba. Sólo nos expuso sus demandas deseando que las rechazárais. Cuando Jayyán cruzó nuestras fronteras, dio la orden de atacar al ejército ya movilizado. Esta es la explicación razonable para ese ataque súbito y violento.

El rostro del faraón palideció de enojo y rabia.

—Entonces, ¿han caído Volubilis y Betelmais? —preguntó.

—Sí. Y es una lástima, señor. Nuestro ejército es muy reducido y no las podrá defender.

—Hemos perdido nuestro mejor campo de batalla —dijo el faraón, moviendo la cabeza pesaroso.

—Eso no hará mella en el valor de nuestros soldados.

El rey permaneció pensativo; luego dijo al comandante de sus tropas:

—Tenemos que desalojar por completo Abidos y Tancira. —Pepi hizo un ademán interrogador. El rey añadió—: No vamos a defender esas ciudades.

Pepi comprendió lo que su señor quería decir.

—¿Mi señor quiere enfrentarse al enemigo en el valle de Kabtus?

—Eso es lo que quiero. Allí se puede atacar al enemigo por diferentes flancos. Por el valle de las fortalezas naturales. Dejaré en las ciudades que desalojemos guerrillas que dificulten su avance hasta que se fortalezcan nuestras huestes. Vamos, Pepi, envía a tus mensajeros a las ciudades para que las desalojen. Manda a los capitanes que retrocedan en seguida. No pierdas tiempo. El columpio que balancea el destino de nuestro pueblo, tiene una de sus cuerdas en manos de Apofis.

El pregonero avisaba a los habitantes de Abidos, Barfa y Tancira que tomaran sus pertenencias y partieran hacia el Sur. La gente ya conocía a los hicsos y sabía de sus hazañas. El miedo hizo presa en

ellos. Se apresuraron a amontonar sus bienes y pertenencias, y cargaron los carros tirados por bueyes. Reunieron las vacas y las ovejas guiándolas apresuradamente. Una vez repuestos, corrieron hacia el Sur, dejando sus tierras y sus casas, tristes y acongojados, como si les amputaran las piernas. Cada vez que avanzaban un poco, lanzaban una mirada triste para atrás, dejando el corazón en sus tierras. Luego les invadió el miedo y apretaron el paso hacia lo desconocido. En su camino pasaron por unos destacamentos del ejército; sus corazones latieron con fuerza y cierta esperanza acarició sus dolorosos sueños. Sus labios esbozaron una sonrisa que brilló en el ambiente de su tristeza como brillan los rayos del sol entre las nubes de un día gris. Hicieron señas con las manos y muchos gritaron: «Nuestras apacibles tierras son robadas... Devolvédnoslas, valientes...».

En aquellos momentos, el faraón se ocupaba de distribuir sus tropas por el valle de Kabtus; miraba con ojos de lástima a las multitudes de fugitivos cuyo flujo era incesante. Compartía su dolor como si fuera uno de ellos. Su pena aumentó cuando le llegaron, empujadas por el viento, las aclamaciones y demandas de los fugitivos.

El comandante Pepi estaba en continuo contacto con los exploradores, de los cuales recibía noticias que transmitía a su señor. Le llegó la noticia de que el enemigo había atacado Abidos, donde la pequeña resistencia le hizo frente, hasta que no quedó ninguno de ellos. Al día siguiente, un mensajero le llevó la noticia del ataque de los hicsos a la ciudad de Barfa y lo que los hombres que se resistían demostraron en cuanto a artes de defensa y ataque para retardar todo lo posible la irrupción del enemigo. En cuanto a Tancira, la resistencia pudo contener al enemigo durante largas horas, hasta que éste se vio obligado a atacarla con grandes fuerzas, como si estuviera luchando contra todo un ejército. Los exploradores y algunos oficiales que pudieron salir con vida de aquellas batallas, calcularon el número de los efectivos del enemigo entre cincuenta y setenta mil. El número de carros superaba los mil. El faraón recibía la última noticia con extrañeza y temor, pues ni él ni ninguno de los suyos podía imaginar que el ejército de Apofis estuviera tan bien equipado.

—¿Cómo puede nuestro ejército con tan pocos carros enfrentarse a tantos carros enemigos? —preguntó al comandante.

Pepi estaba perplejo, planteándose a sí mismo la misma pregunta.

—El batallón de arqueros hará lo debido, señor.

—Los carros no son armas de guerra propias de los hicsos. ¿Cómo puede explicarse que multipliquen el número de los nuestros? —preguntó aterrado el faraón.

—Y lo doloroso, señor, es que las manos de los que los fabrican son egipcias.

—Es verdaderamente doloroso. Pero ¿podrán los arqueros luchar contra un torrente de carros?

—Nuestros soldados, señor, no fallan su objetivo. Mañana verá Apofis la victoria de las flechas sobre los carros.

Por la tarde, el faraón, angustiado, se retiró a pensar a solas. Rezó al dios una larga oración en la que le pedía que le alegrara el corazón, le diera firmeza, y otorgara, tanto a él como a su ejército, la victoria.

Todos sentían la cercanía del enemigo y se afanaban en no perder detalle de cuanto acontecía. Pasaron una noche intranquila, esperando que amaneciera para lanzarse al combate y morir.

10

Sonó el toque de diana poco antes del alba. Los fuertes arqueros tomaron posiciones en pequeños grupos en apoyo de sus exiguos carros. Sekenenre se detuvo delante de su tienda, junto a su comandante Pepi, en medio de una aureola formada por sus más fuertes guardianes.

—No es prudente lanzar nuestros carros a un enfrentamiento con fuerzas infinitamente superiores —les dijo—. No obstante, estos carros estratégicamente situados cubrirán a nuestros arqueros al disparar sus flechas contra los jinetes enemigos. No hay duda de que Apofis empezará su ataque utilizando los carros, porque los demás batallones no se enfrentarán hasta que los carros decidan la batalla. Tenemos que prestar mayor atención a inutilizar los carros de los hicsos para permitir a nuestro invencible ejército entrar en combate y terminar con el enemigo.

La idea de acabar con las fuerzas de carros era una obsesión. Imploraba a su dios Amón con sinceridad y sumisión diciendo: «¡Oh, Dios adorado, determina nuestra superación de esta dificultad! Concede la victoria a tus fieles hijos. Si los abandonas hoy, nunca se mencionará tu nombre en tu sagrada morada, y se cerrarán las puertas de tu sagrado templo».

El faraón subió a su carro y el comandante Pepi hizo lo mismo, quedando rodeados por la guardia faraónica. Detrás de ellos, los carros de guerra. El grupo de los lanceros avanzó en filas a derecha e izquierda del faraón. Todo el mundo esperaba el grito de guerra, cuando los carros ya hubieran cumplido con su deber.

Al aparecer las primeras luces, llegó un explorador y comunicó al rey que la flota egipcia se había enfrentado a la de los hicsos en una dura batalla, al norte de Kabtus. El faraón dijo al comandante de su ejército:

—Apofis sabe, sin lugar a dudas, que se enfrentará a una dura resistencia; por eso ha ordenado a su flota que ataque, para poder colocar a algunos de sus soldados detrás de nuestras posiciones.

—Los hicsos, señor —respondió el comandante Pepi—, no saben luchar en sus barcos. El sagrado Nilo se tragará sus cadáveres y acabará con las vanas esperanzas de Apofis.

La confianza de Sekenenre en los efectivos de la flota de Tebas era grande. No obstante, aconsejó al comandante de los exploradores que siguiera en contacto permanente con el campo de batalla. La oscuridad empezaba a disiparse y el campo a vislumbrarse para unos ojos escudriñadores. Sekenenre vio a los arqueros firmes con los arcos en la mano. Los pocos carros que había estaban junto a ellos, preparados para el combate. Al otro lado vio al ejército de los hicsos invadiéndolo todo, como el polvo. El enemigo esperaba a que amaneciera. Así que, pasado el primer tercio de la noche, los carros empezaron a moverse, preparándose para el combate. Luego irrumpieron los batallones en algunos sitios fortificados de vanguardia. Las flechas volaron por el aire, los caballos relincharon y los guerreros lanzaban sus gritos de combate. Tropas y más tropas se empujaban por enzarzarse en fiero combate con los arqueros y algunos carros egipcios.

—Ahora empieza —gritó Sekenenre.

—Sí, señor —replicó Pepi en tono grave—. Nuestros soldados han empezado bien.

Todos los ojos se dirigieron al campo de batalla para ver el desarrollo del combate. Todos vieron cómo los carros de los hicsos atacaban a una fila y se dispersaban en pequeños grupos. Atacaban a los arqueros con ahínco y rapidez, destrozando los carros egipcios que les hacían frente. Los muertos por ambos bandos caían sin cesar, dando buena prueba de decisión y valentía. La fuerza y el coraje de los arqueros era impresionante. Aguantaban ante los atacantes cazando a sus jinetes y caballos, dejándolos muertos en el campo de batalla.

—Si el combate sigue así, venceremos al destacamento de carros en pocos días —exclamó Pepi.

No obstante, las fuerzas de los hicsos luchaban y atacaban sin cesar. Luego volvían a sus posiciones y dejaban que otros atacaran, y así no malgastaban esfuerzos. Los egipcios, en cambio, resistían sin tregua ni descanso, manteniéndose firmes en sus posiciones. Cada vez que Sekenenre veía caer a algunos de sus hombres o estropearse alguno de sus carros, gritaba airado: «¡Qué lástima!». Sabía muy bien el daño que sufría su ejército. El número de unidades con las que atacaba el enemigo empezaba a crecer poco a poco. Atacaban de tres en tres, luego de seis en seis, más tarde de diez en diez. La lucha se hacía cada vez más sangrienta y cruel. El número de carros de los hicsos no dejaba de crecer, hasta que Sekenenre empezó a preocuparse.

—Es necesario enfrentarse al número cada vez más crecido de las fuerzas enemigas para devolver el equilibrio al campo de batalla —dijo el faraón al comandante Pepi.

—Pero, señor, tenemos que reservar nuestras fuerzas hasta el final de la batalla.

—¿No ves que el enemigo nos ataca a intervalos cortos con fuerzas nuevas dispuestas a la lucha?

—Ya me he dado cuenta de la táctica, señor, pero no tenemos que seguirles el juego, dados sus abundantes carros de reserva.

El rey apretó los dientes y dijo:

—No podíamos suponer que tuvieran tanta supremacía sobre nosotros en carros. Sea como sea, no puedo dejar a los arqueros sin socorro. Son los únicos que tengo en mi ejército —replicó el faraón apretando los dientes.

El faraón mandó que veinte carros atacaran en grupos de a cinco. Éstos se abalanzaron sobre el enemigo como águilas, infundiendo nuevos bríos en el campo de batalla. Apofis quiso contraatacar agresivamente a las nuevas unidades de Sekenenre y mandó veinte unidades más de cinco carros cada una. La tierra temblaba al paso de los carros y llenaba el espacio con el polvo que levantaban a su paso. La batalla era cada vez más feroz, hasta el punto de que la sangre corría a raudales.

El tiempo avanzaba sin que cesara el fragor de la batalla, hasta que el sol cubrió la mitad de su carrera y se plantó en medio del cielo. Entonces llegaron los exploradores para informar al faraón de la retirada de la flota enemiga, después de perder tres embarcaciones: dos capturadas y otra hundida. La noticia de la victoria llegó en el momento justo de animar a los egipcios a perseverar en el combate y fortificar sus corazones. Los oficiales divulgaron la noticia entre las tropas y entre quienes esperaban que les llegara el turno. La buena nueva se celebró con algazara y entusiasmo. No obstante, esa misma noticia alcanzó a los oídos de Apofis; entonces se apoderó de él la ira y cambió inmediatamente su lenta estrategia. Ordenó a los carros que atacaran y fueran implacables en la venganza. Sekenenre vio una avalancha de carros atacando a sus valientes arqueros por todas partes, hincando en ellos sus afiladas garras. El faraón se vio desconcertado y gritó encolerizado:

—Nuestras tropas, fatigadas por la continua lucha, no podrán resistir por sí solas esta avalancha de carros. —Luego se volvió hacia el comandante del ejército y le dijo con decisión—: Emprendamos una lucha definitiva con las tropas que tenemos entre manos. Manda a nuestros valientes caudillos que ataquen con sus soldados. Transmíteles mi ruego: que cada hombre de la eterna Tebas cumpla con su deber.

Sekenenre sabía el peligro que acechaba a su ejército. No obstante, era un hombre valiente y con mucha fe. No vaciló ni un momento.

Levantó la vista al cielo y dijo con voz clara: «Oh, dios Amón, no te olvides de tus fieles hijos». Luego mandó que los carros que le rodeaban atacaran, y se colocó delante de ellos para recibir al enemigo.

Entonces dio comienzo de verdad una de las batallas más cruentas. Arreciaron los gritos de los soldados y los relinchos de los caballos, saltaron los cascos por los aires y se cortaron cabezas como gavillas de espigas. La sangre corrió sin que el arrojamiento de los egipcios pudiera desbaratar el ataque de los rápidos carros que habían sido reforzados y mataban egipcios como se siega la hierba seca. Sekenenre luchaba valientemente, sin desesperar ni dar tregua al enemigo. En algún momento pareció el dios de la muerte que elige a quien quiere de entre los enemigos. El combate prosiguió hasta el atardecer, se adivinaba una tremenda derrota entre las filas de los hicsos. Hicieron un supremo esfuerzo por dar el último golpe, cuando un carro conducido por un atrevido comandante de luenga barba y tez blanca, fuertemente custodiado y dotado de una gran fuerza, atacó el carro de Sekenenre después de atravesar las filas con inusitada valentía. El faraón comprendió el propósito del envalentonado jinete y corrió a su encuentro. Se intercambiaron terribles golpes con sus respectivas lanzas, pero cada uno paraba el golpe de su contrincante con su adarga y se prepararon para un combate singular. Sekenenre vio cómo su enemigo desenvainaba la espada y comprendió que no se daba por satisfecho con la prueba anterior. Sacó a su vez su espada, y se arrojó contra él. En aquel momento fatídico, una flecha le atravesó el brazo, le tembló la mano y se le cayó la espada. Muchos soldados de la guardia real gritaron: «¡Cuidado, señor, cuidado!», pero el contrincante fue más rápido que el aviso. Le asestó un golpe en el cuello con todas sus fuerzas y consiguió su objetivo. Una gran mueca de dolor se dibujó en el rostro moreno del faraón y se detuvo sin oponer resistencia. El comandante enemigo tomó la lanza y la arrojó con fuerza clavándosela al faraón en el lado izquierdo del pecho. Éste se tambaleó y cayó al suelo. Los gritos de los egipcios se oyeron por todas partes: «¡Señor...! ¡Ha caído el rey...! ¡Luchad por vuestro rey!». El comandante del enemigo gritó con una sonrisa de triunfador.

—Cercad al rebelde enemigo y que no escape ningún hombre.

La lucha fue dura y tenaz en torno al cuerpo caído del rey, que no contó con que un jinete rencoroso hiciera presa en él. Levantó su afilada hacha y le asestó un fuerte golpe en la cabeza, despojándole de la doble corona de Egipto. La sangre brotó como si fuera un surtidor. Le asestó otro golpe encima del ojo derecho y le rompió los huesos, de modo que el cerebro se vació de forma repugnante. Muchos quisieron participar en aquel festín sangriento en el que saciar su sed. Se cebaron en el cadáver asestándole locas y brutales puñaladas en los ojos, en la boca, en la nariz, en las mejillas y en el

pecho. El cadáver no era más que una masa informe en un lago de sangre.

Pepi estaba luchando al frente de las tropas que le quedaban, conteniendo al enemigo que acudía al lugar donde había caído su señor. La gente se desesperaba luchando y la vida perdía sentido para ellos, por lo que decidieron ir a morir al lugar regado con la sangre del valiente rey. No dejaron de caer uno tras otro, hasta que llegó el atardecer y el cielo y la tierra se tiñeron de luto. Ambos bandos dejaron de luchar agotados y abatidos por el cansancio y las heridas.

11

Los soldados buscaban a sus muertos y heridos en la oscuridad de la noche con ayuda de antorchas. El comandante Pepi estaba de pie junto a su carro, extenuado. Su corazón sufría por la muerte de aquél cuya sangre había regado el campo de batalla. Fue entonces cuando oyó que un oficial decía:

—¡Qué extraño! ¿Cómo ha terminado la batalla en tan poco tiempo? ¿Quién va a creer que hemos perdido la mayor parte de nuestras tropas en un solo día? ¿Cómo se ha podido vencer a los valientes soldados de Tebas?

—Son los invencibles carros. Ellos han acabado con todas las esperanzas de Tebas —replicó otra voz que, por el cansancio, parecía un gemido.

El comandante Pepi les gritó:

—¡Soldados!, ¿habéis cumplido con el deber de rescatar el cadáver de Sekenenre? Venid a buscarle entre los cadáveres.

Un temblor se adueñó de sus débiles almas. Cada uno tomó una antorcha y siguieron a Pepi en silencio, con las lenguas mudas por la profunda tristeza que les embargaba. Se dispersaron por el lugar donde había caído el rey, retumbándoles en los oídos los gemidos y los delirios de los soldados moribundos. Pepi casi no veía lo que tenía delante, tal era la tristeza y el dolor que le embargaban. No podía creer que de verdad estuviera buscando el cadáver de Sekenenre. Le dolía que hubiera terminado de aquella forma tan lastimosa. Decía, con los ojos anegados en lágrimas: «Sé testigo, oh tierra de Kabtus y extráñate. Estamos buscando el cadáver de Sekenenre entre tus dunas. Sé clemente con él. Sé un cómodo colchón para sus costillas rotas. ¿Acaso no cayó por ti y por la tierra de Tebas? ¡Ay, señor! ¿Qué es lo que le queda a Tebas después de ti? ¿A quién tenemos más que a ti?».

Permaneció perplejo hasta que oyó una voz que gritaba: «¡Compañeros, venid! Aquí está el cadáver de nuestro señor». El comandante corrió hacia él con la antorcha en la mano y los ojos fuera de sus órbitas por el temor de lo que iban a ver. Al llegar al

lugar donde estaba el cadáver, le brotó de la garganta un grito inarticulado en el que se mezclaba el dolor con la ira. Acababa de ver al rey de Tebas hecho un montón de carne desgarrada, huesos mondos, sangre coagulada y una corona caída a su lado. Gritó hecho una furia: «Malditos cuervos. Han hecho cual lobos con un cadáver de león. Pero el que hayan desgarrado vuestro sagrado cuerpo, señor, no quita que hayáis vivido como corresponde a un rey de Tebas y que hayáis muerto como un héroe». Y continuó: «Traed el palanquín real. Vamos, gandules». Algunos soldados llevaron el palanquín y todos participaron en el levantamiento del cadáver para ponerlo en él. Pepi tomó la doble corona de Egipto y la puso en la cabeza del rey y luego amortajaron el cadáver y se lo llevaron tristes y silenciosos. Fueron con él hacia el apenado campamento y lo dejaron en la tienda que había perdido para siempre a su protector y dueño. Todos los oficiales y los soldados que se habían salvado de la matanza estaban cabizbajos junto al palanquín, apesadumbrados, con los ojos cubiertos por una profunda tristeza. Pepi se volvió hacia ellos y dijo con voz enérgica:

–Despertad, compañeros. No os entreguéis a la tristeza, puesto que no nos devolverá a Sekenenre. No olvidéis la obligación que tenemos con el cadáver, con su familia y con nuestra patria, por la cual ha dado su vida. Ha ocurrido lo que ha ocurrido, pero la tragedia aún no ha terminado. Debemos permanecer en nuestros puestos hasta cumplir con nuestro deber.

Los hombres levantaron la cabeza, apretaron los dientes con furia y fijaron su mirada en el comandante, en señal de promesa de fidelidad hasta la muerte. Pepi dijo:

–El verdadero valiente es aquél a quien las desgracias no impiden cumplir con su obligación. Puede que sea verdad que hayamos perdido, pero nuestro deber no ha terminado aún. Tenemos que probar que somos dignos de una muerte noble, como lo fuimos de una vida noble.

–Nuestro rey nos ha dado ejemplo y tenemos que seguirlo –gritaron a coro.

El rostro de Pepi se iluminó y dijo con alegría:

–¡Vivan los soldados valientes! Y ahora escuchadme. No ha quedado de nuestro ejército más que la retaguardia, pero mañana peharemos mientras haya un hombre con vida, impediremos el avance de Apofis, y daremos oportunidad a que se salve la familia de Sekenenre. Mientras los miembros de esta familia sigan con vida, no parará nuestra guerra con los hicsos, aunque por el momento se detenga. Os dejaré por algunas horas para cumplimentar al cadáver y a su descendencia. Me reuniré con vosotros antes del alba. ¡Muramos todos en el campo de batalla!

Les pidió que rezaran todos juntos ante el cadáver de Sekenenre y ellos se prosternaron, él hizo otro tanto, y se sumieron en una profunda oración. Pepi terminó su plegaria diciendo:

—Oh, Dios clemente, recibe a nuestro valiente rey con tu misericordia junto a Osiris, y danos una feliz muerte como la suya para reunimos en el más allá con seres que no se avergüencen con el encuentro. — Luego llamó a algunos soldados y les mandó trasladar el palanquín a la nave del faraón. Se dio la vuelta hacia sus compañeros y dijo—: Os dejo con Amón. Hasta pronto.

Caminó detrás del palanquín hasta que lo depositaron en la cámara de la nave. Luego les dijo:

—Cuando la nave atraque en Tebas, llevadlo al templo de Amón y dejadlo en el atrio sagrado, y no contestéis a nadie que os pregunte por él hasta que yo llegue.

El comandante volvió a su carro. Ordenó al guía que se dirigiera a Tebas y partieron a galope tendido.

Tebas se rendía al sueño bajo la oscuridad de la noche que cubría sus templos, sus lugares de diversión y sus palacios, ajena a los graves acontecimientos que se habían desarrollado fuera de sus murallas. Tomó el camino recto hacia el palacio faraónico y notificó a los guardianes su presencia. En seguida llegó el ujier mayor, le devolvió el saludo y preguntó angustiado:

—¿Qué hay, comandante?

Pepi respondió con voz que expresaba claramente miedo y tristeza.

—Lo sabrás todo en su momento, ujier mayor. Ahora solicít permiso para entrevistarme con el príncipe heredero.

El ujier abandonó la sala preocupado para volver en seguida diciendo:

—Su Alteza te espera en el pabellón particular. —El comandante se dirigió hacia el pabellón del príncipe heredero y le hicieron entrar en la sala hipóstila. Se arrodilló ante un príncipe extrañado por la inesperada visita. Cuando Pepi levantó la cabeza, el príncipe pudo ver su rostro pálido, sus ojos angustiados y sus labios secos, y empezó a preocuparse. Le preguntó lo mismo que su ujier:

—¿Qué sucede, comandante Pepi? Debe ser un asunto grave el que te ha obligado a dejar el campo de batalla a estas horas.

El comandante contestó con un tono que denotaba tristeza y pesadumbre:

—Señor, los dioses, por algún motivo que ignoro, continúan enojados con Egipto y sus habitantes.

Estas palabras actuaron sobre el príncipe como una mano en el cuello. Captó que auguraban tristes presagios y preguntó, preocupado y asustado:

—¿Ha caído alguna desgracia sobre nuestro ejército? ¿Es que mi padre necesita refuerzos?

—¡Qué lástima, señor! Egipto ha perdido a su protector esta tarde — murmuró en voz queda y con la cabeza baja.

—¿De verdad ha sido alcanzado mi padre? —dijo el príncipe Kamose, asustado.

—Nuestro rey Sekenenre cayó luchando al frente de su ejército como un verdadero héroe. Aquella página brillante y eterna de la historia de vuestra noble dinastía ha pasado —dijo Pepi con voz pesada y triste.

—¡*Netjer!*—contestó Kamose levantando la cabeza—. ¿Cómo es posible que hayas favorecido a tu enemigo en contra de tu fiel hijo? ¡*Netjer!* ¿qué significa esta catástrofe que está azotando Egipto? Pero ¿de qué sirve quejarse? Éste no es el momento para las lágrimas. Mi padre ha caído, yo debo ocupar su lugar... Un momento, comandante Pepi. Volveré contigo con mi armadura y mis armas.

El comandante Pepi se apresuró a replicar:

—Señor, no he venido aquí para llamaros a la lucha. Desgraciadamente, ya se ha acabado.

Kamose lo miró con ojos inquisitivos y le preguntó:

—¿A qué te refieres?

—Es inútil luchar.

—¿Acaso ha sido aniquilado nuestro valiente ejército?

Pepi bajó la cabeza y dijo con voz muy triste:

—Hemos perdido la batalla con la que pensábamos liberar Egipto. El cuerpo de nuestro ejército ha sido destruido y no podemos esperar nada de otra batalla decisiva. No combatiremos más de lo necesario para que la familia de nuestro faraón se salve.

—¿Quieres luchar para que escapemos nosotros como cobardes, dejando a nuestros soldados y a nuestra tierra presa del enemigo?

—Todo lo contrario, escapar es de sabios que saben valorar las consecuencias y miran el lejano porvenir, que admiten la derrota cuando ocurre y abandonan el campo de batalla provisionalmente. Luego no tardan en reunir sus fuerzas y atacan a su enemigo como al principio. Señor, por favor, llama a las reinas de Egipto y que el asunto se someta a consulta...

El príncipe Kamose llamó a un ujier y le mandó convocar a las reinas, luego empezó a andar de un lado para otro, desgarrado por la tristeza y la ira, mientras el comandante permanecía de pie sin añadir ni una palabra. Inmediatamente llegaron las reinas: Tutishiri, Ahhotep y Setekemosis. Cuando sus ojos se fijaron en el comandante Pepi, éste se inclinó para saludarlas. Vieron el destino dibujado en el rostro de Kamose, aunque éste aparentaba tranquilidad. Experimentaron miedo y agitación y desviaron la vista. Kamose, muy nervioso, las invitó a sentarse.

—Señoras, os he llamado para daros malas noticias —dijo.

Se calló un momento para no sorprenderlas, pero ellas se asustaron. Tutishiri dijo angustiada:

—¿Qué sucede, comandante Pepi? ¿Cómo está nuestro señor Sekenenre?

—Abuela —respondió Kamose con voz ronca—, tu corazón es muy sensible, de certera intuición... Que Amón tranquilice vuestros corazones y os ayude a soportar la lamentable noticia... Mi padre Sekenenre ha muerto en el campo de batalla. Hemos perdido la batalla...

Volvió la cabeza para que no vieran su dolor y dijo, como hablando con su alma abatida:

—Mi padre ha muerto y nuestro ejército ha sido derrotado. Nuestro pueblo, desde el Sur hasta el Norte, ha sido condenado a sufrir todos los males.

Tutishiri no pudo aguantar más y suspiró fuertemente, como si quisiera con ello revelar los sentimientos más recónditos de su corazón. Exclamó con la mano en el pecho:

—¡Qué profunda es la herida de este viejo corazón...!

A Ahhotep y Setekemosis, sin embargo, les pesaba mucho la cabeza, y sus ojos derramaron ardientes lágrimas. Si no fuera porque el comandante se encontraba allí, habrían estallado en amargo llanto.

A Pepi, callado en medio del absoluto silencio, con el corazón herido y los nervios deshechos, le entristecía que se perdiera el tiempo en vano. Temía que la familia de su señor perdiera la ocasión de huir y dijo:

—Oh, reinas de la familia de mi señor Kamose, debéis tener mucha paciencia y resignación, aunque la catástrofe supere todas las manifestaciones de duelo. Ahora más que nunca es cuando se necesita buen juicio y no entregarse a la desesperación. Os ruego, en nombre de mi señor Sekenenre, que dejéis de llorar, que tengáis paciencia y que hagáis el equipaje, pues Tebas no será un lugar seguro mañana...

Tutishiri le preguntó:

—¿Y el cadáver de Sekenenre?

—Tranquilizaos, señora, yo cumpliré mi obligación con él.

—¿Y dónde quieres que nos vayamos? —preguntó.

—Señora, el reino de Tebas caerá de un momento a otro en manos de los invasores. No obstante, tenemos otro país seguro y ése es Nubia. Los hicsos no la desearán porque la vida allí es muy dura para quien está acostumbrado a la comodidad. Será un exilio seguro para vosotras. Allí encontraréis amigos y seguidores entre nuestros vecinos. Allí podréis pensar tranquilamente. Poned vuestra esperanza en el nuevo futuro, alimentadlo con la paciencia y la resignación hasta que Amón quiera. Entonces los rayos de la alegre luz alumbrarán la oscuridad de esta noche profunda.

Kamose escuchaba en silencio. Cuando habló lo hizo con las siguientes palabras:

—Que la familia viaje a Nubia. Yo, en cambio, prefiero ir al frente de mi ejército para compartir con él su suerte, tanto en la vida como en la muerte.

El comandante se angustió aún más, miró a su señor con ojos suplicantes y dijo:

—Señor, no puedo disuadirlos de vuestro propósito. Decidid según vuestro juicio. Sólo os pido que me escuchéis un momento... Señor, la lucha en estos momentos es un juego inútil, y significa la perdición segura. A Egipto no le favorecerá vuestra muerte ni le aliviará su dolor; por el contrario, le perjudicará mucho la pérdida de vuestra vida... ya que toda esperanza de salvación está relacionada con ella. No le neguéis a Egipto la esperanza, después de que le haya sido negada la felicidad... Poned rumbo a Nabata y preparad para ello a los hombres. Allí tendréis tiempo para pensar y preparar los medios de resistencia. Esta guerra no se va a acabar como desea Apofis. No sería lógico para un pueblo como el nuestro que ha vivido soberano y libre someterse a la humillación durante mucho tiempo. Tebas se liberará muy pronto: el entusiasmo será imparable y perseguirá a los sucios hicsos hasta echarlos de nuestro país. La luz de este día glorioso aparecerá ante los ojos en la oscuridad del triste presente. No vaciléis y actuad sabiamente, ahora que se ha despejado el camino de la verdad. Hágase vuestra voluntad.

Pepi se calló, pero sus ojos seguían implorando. Tutishiri se dirigió a Kamose y susurró estas palabras:

—El comandante ha hablado con cordura. Sigue su consejo.

El afligido comandante sintió una chispa de esperanza y su corazón empezó a latir con alegría. Kamose bajó la cabeza sin rechistar y Pepi continuó, mintiendo por primera vez en su vida:

—Yo, señor, os alcanzaré dentro de poco. Tengo delante de mí dos sagradas obligaciones: cuidar del cadáver de mi señor y asegurar las murallas de Tebas. Quizá con la acertada resistencia pueda entregarse en mejores condiciones. —Las reinas no pudieron con tenerse y rompieron a llorar. Pepi dijo muy impresionado—. Tenemos que soportar nuestra prueba con valentía. Que Sekenenre sea un buen ejemplo para nosotros. Debemos recordar siempre, señor, que los carros de guerra fueron la causa de nuestra derrota. Si algún día atacáis al enemigo, que sean los carros vuestro armamento. Ahora voy a llamar a los esclavos para que recojan el oro y las cosas más valiosas del palacio, todo lo que no podemos dejar.

El comandante Pepi dijo esto y se marchó.

Por el palacio todo era actividad y movimiento. Sus salones se iluminaron con antorchas y los esclavos empezaron a cargar la ropa, las armas y las arcas de oro y plata. Se dirigieron a la nave del

faraón en silencio bajo la supervisión del ujier mayor. La familia del faraón, mientras tanto, esperaba en la estancia del rey Kamose, con el alma acongojada y en silencio. Sus nobles miembros bajaron la cabeza con los ojos nublados por la desesperación. Permanecieron así durante mucho rato, hasta que entró el ujier Hur y dijo en voz baja:

—Todo ha terminado, señor.

Estas palabras del ujier le penetraron en los oídos como una flecha en el cuello. Levantaron la cabeza y se intercambiaron unas tristes miradas impregnadas de angustia. ¿Era verdad que todo había terminado? ¿Había llegado el momento de la despedida? ¿Sería éste el último contacto con el palacio del faraón, con la gloriosa Tebas y con el eterno Egipto? ¿Les sería dado mañana contemplar el obelisco de Amenemhet, el templo de Amón y la muralla de las cien puertas? ¿Acaso Tebas los echaba hoy para abrir sus puertas mañana a Apofis y permitiría que subiera al trono y gobernara a sus habitantes? ¿Se convertirían los salvadores en descarriados, los señores en fugitivos y los dueños de la casa en desposeídos?

Kamose vio que no se movían. Se levantó sin ganas y balbuceó:

—Vamos a despedirnos del aposento de mi padre.

Se levantaron de la misma forma que él lo había hecho. La familia fue despacio al aposento del difunto rey y, consternados, se detuvieron ante la puerta cerrada sin acabar de entender cómo podían entrar sin pedir permiso ni cómo podían encontrarla vacía.

Hur dio un paso al frente y abrió la puerta. Entraron con la respiración agitada dando profundos suspiros. Sus ojos contemplaron con afecto y ternura el majestuoso diván, los confortables asientos y las elegantes mesas. Su espíritu rodeaba el oratorio del rey, la bella y sagrada hornacina donde se había esculpido su estatua, postrado delante del dios Amón. Todos se lo imaginaron sentado en su diván, apoyado en el cojín, sonriéndoles con su acostumbrada dulzura e invitándolos a sentarse. Sintieron que su espíritu estaba allí presente y les rodeaba. Sus tristes almas volaban por el firmamento de los recuerdos: los de la maternidad, los del matrimonio y los de la descendencia. Sus impresiones se mezclaron con sus profundos suspiros y sus abundantes lágrimas.

Kamose hizo que le prestaran atención los corazones perdidos que le rodeaban. Se acercó a la imagen de su padre y se prosternó ante ella con sumo respeto. Le besó en la frente y se puso a su lado. Tutishiri se acercó y se inclinó sobre la imagen adorada, le dio un beso con toda la carga de dolor, angustia y tristeza de su corazón. Toda la familia se despidió de la imagen de su señor adorado, luego salieron en silencio, como habían entrado.

Kamose vio al ujier Hur que les estaba esperando. Le preguntó:

—¿Y tú, Hur?

—Mi obligación, señor, es seguirus como un perro fiel.

El príncipe le puso la mano en el hombro en señal de agradecimiento. Todos avanzaron por las salas hipóstilas, precedidos por el comandante Pepi. Kamose avanzaba a la cabeza de su familia, seguido por los pequeños príncipes Ahmose y Nefertari, por Tutishiri y la reina Ahhotep y después por la reina Setekemosis. Y detrás de todos el ujier Hur. Bajaron las escaleras hacia el vestíbulo de columnas y llegaron al jardín. A ambos lados iban los esclavos con las antorchas para alumbrarles el camino. Llegaron a la nave y entraron uno por uno. Luego llegó la separación. Echaron una mirada de despedida y sus ojos se perdieron en la oscuridad que envolvía a Tebas, como si estuviera de luto. Con el corazón desgarrado, el pecho roto, y el dolor de la nostalgia atenazándoles el alma, en profundo silencio se perdieron en la oscuridad. Pepi estaba entre ellos sin decir esta boca es mía ni atreverse a romper el silencio. Cuando el rey advirtió su presencia, suspiró y dijo:

—Es la hora de la despedida.

Pepi le contestó con voz acongojada y entrecortada, intentando contener sus impetuosos sentimientos:

—Señor, me hubiera gustado morir antes de verme en esta situación. Mi único consuelo es veros siempre camino del dios Amón y de la gloriosa Tebas. Veo que la hora de la despedida ha llegado, como vos decís, señor. Que Amón os proteja con su misericordia y os vigile con su ojo guardián. Espero que a mí me prolongue la vida para ver vuestra vuelta como veo vuestra ida, para que mi corazón se alegre de ver otra vez mi querida Tebas. Adiós, señor... adiós, señor.

—Di, mejor, hasta pronto.

—Sí, hasta pronto, señor.

Se acercó a su señor y le besó la mano. Reprimía sus sentimientos para no mojar la noble mano con sus lágrimas cuando besó la mano de Tutishiri, la de Ahhotep, la de la princesa Setekemosis, la del príncipe Ahmose y la de su hermana, la princesa Nefertari. Luego apretó la mano del ujier Hur con afecto, inclinó la cabeza ante todos y abandonó la nave en silencio.

En la escalera del jardín se detuvo y contempló el lento chapotear de los remos en el agua. La nave se fue alejando del muelle, lentamente, como si sintiera el peso de la tristeza de los que iban sobre ella. Todos estaban en cubierta, despidiéndose con la mirada de la amada Tebas. No pudo contenerse y se echó a llorar. Derramó abundantes lágrimas con el cuerpo estremecido, sin dejar de seguir a la querida embarcación que se adentraba en la oscuridad hasta que la noche se la tragó. Suspiró profundamente y siguió en este estado, sin saber cómo abandonar la orilla. Sintió cierta nostalgia, como si cayera en una profunda tumba. Con lentitud volvió al palacio. Decía para sí: «Señor, señor, ¿dónde estás? ¿Dónde estáis, señores? ¡Oh, gente de Tebas!, ¿cómo dormís mientras la muerte revolotea sobre vuestros cuellos? Despertad. Sekenenre ha muerto y su familia ha

emigrado al otro extremo de la tierra mientras vosotros dormís. Despertad. El palacio ha quedado vacío de sus señores, y Tebas ha despedido a sus reyes. Mañana se sentará en vuestro trono vuestro enemigo. ¿Cómo podéis dormir? Despertad. La humillación está detrás de sus murallas».

El comandante tomó una antorcha y se puso a caminar por las salas del palacio, triste y abatido. Se encontró a sí mismo ante el salón del trono, se dirigió a él y traspasó el umbral diciendo: «Perdonad, señor, que entre sin permiso». Avanzó con paso vacilante a la luz de una antorcha, entre dos filas de asientos sobre los cuales se tejían y destejían los asuntos del reino, hasta que llegó al trono de Tebas. Se prosternó y luego besó el suelo. Se puso de pie, mientras la luz de la antorcha se reflejaba en su rostro enrojecido y tembloroso. Dijo con voz sonora:

—En verdad se ha pasado una bella y eterna página. Nosotros, los muertos, seremos mañana los más felices de este valle que nunca conoció la noche. ¡Oh, trono! Me entristece anunciarte que tu dueño nunca volverá a ti y que tu heredero se ha marchado a un país lejano. En cuanto a mí, no permitiré que seas mañana el lugar por donde se anuncien las palabras que harán desgraciado a Egipto. Apofis no se sentará en ti. Perecerá como pereció tu señor.

Pepi ya había decidido llamar a algunos soldados de la guardia real para llevar el trono a donde quería.

13

Los soldados levantaron el trono, como se les había ordenado, y lo colocaron en una gran nave. El comandante les precedía camino del templo de Amón y una vez que llegaron allí cogieron el trono de nuevo y caminando detrás de su comandante, y precedidos por algunos sacerdotes, se acercaron al sagrado recinto. En el lugar sagrado, cerca del *sancta sanctorum*, vieron el palanquín del faraón, rodeado de soldados y sacerdotes. Pusieron el trono junto a él y el asombro se apoderó de los sacerdotes, que no sabían nada del asunto. Pepi mandó a los soldados que se retiraran y pidió que se presentara el sumo sacerdote. Tardó un poco en aparecer seguido del sacerdote de Amón que intuía la gravedad de aquella visita nocturna y con apresuramiento le tendió la mano al comandante diciendo con su poderosa voz:

—Buenas noches, comandante.

—Buenas noches, Excelencia. ¿Me permitís que hablemos a solas? — replicó el comandante Pepi con manifiesta preocupación y temor en su tono de voz.

Los sacerdotes se retiraron en seguida, a pesar de su curiosidad y preocupación. El lugar quedó desierto. El ujier mayor se percató de la

presencia del palanquín y del carro, y también la preocupación apareció en su rostro, por lo que dijo al comandante:

—¿Qué causa ha traído este carro aquí? ¿Y qué hace ese palanquín y cómo habéis dejado el campo de batalla a estas horas de la noche?

—Escuchad, Excelencia —respondió Pepi—. Es inútil retardar o menospreciar la situación en la que estamos. Es preciso que me escuchéis hasta el final. Dejad que os diga todo lo que os tengo que decir antes de marcharme a cumplir con mi deber. Ha ocurrido algo que se recordará siempre. Algo envuelto a la vez en dolor y orgullo. No hay que extrañarse de que hayamos perdido la batalla. Nuestro rey ha muerto defendiendo a su patria y manos asesinas desgarraron su sagrado cadáver. Por otra parte, la familia real se ha visto obligada a emigrar. Los habitantes de Tebas se despertarán mañana sin encontrar señal alguna de sus reyes ni de su gloria.

«Esperad, Excelencia, esperad. Ya es medianoche y mi deber me obliga a darme prisa. Este palanquín guarda el cadáver de nuestro rey Sekenenre y su corona, y aquí está su trono. Éste es nuestro patrimonio nacional. Os lo confío, sacerdote de Amón, guardad el cadáver en un lugar seguro y conservad esta herencia en un sitio infranqueable. Ahora os dejo con Amón, sacerdote de Tebas. Cuidad de que nunca muera, aunque esté gravemente herido.

El sacerdote, visiblemente alterado, intentó interrumpir al comandante, pero éste no se lo permitió. Se quedó sin habla, completamente paralizado, como si hubiera perdido todos sus sentidos. Pepi se dio cuenta del aturdimiento y del dolor del sacerdote y dijo:

—Os dejo con el dios Amón, Excelencia, seguro de que cumpliréis con vuestro deber respecto al querido y sagrado patrimonio.

El comandante se acercó al palanquín y se inclinó respetuosamente hasta besar su cobertura. Le hizo el saludo militar y se retiró con los ojos anegados en lágrimas que le nublaban la visión. Llegó a la escalera que conducía a la sala hipóstila, se dio la vuelta y salió apresuradamente del templo sin mirar atrás. Sintió que era el momento de regresar con sus oficiales y soldados para efectuar un último ataque, como les había prometido.

No obstante, tanta concentración en sus responsabilidades no le hizo dejar de lado algo que surgió en su memoria y que empezó incesantemente a acosarle el corazón. Se acordó de su familia. Ibaná, su mujer, su hijo Ahmose y toda su familia vivían en una finca en los alrededores de Tebas. ¡Qué largo es el camino! Él no puede recorrer por la noche el camino hasta su finca. Si lo hiciera, no cumpliría la palabra que había dado a sus soldados y éstos creerían que había desertado. Moriría sin ver por última vez a Ibaná y a Ahmose. No obstante, había algo que le dolía más. Se preguntaba a sí mismo con tristeza: ¿Dejarán los hicsos a algún terrateniente sus tierras y a algún ricachón sus propiedades? Los señores se exiliarán mañana o

morirán en sus casas, mientras Iba y Ahmose se quedarán sin nadie que les defienda. Se angustió y su corazón le llevaba a pensar con fuerza en su casa y en su familia. Mientras el corazón le indicaba una cosa, su voluntad le imponía férreamente otra. Suspiró lánguidamente y exclamó: «Le escribiré una nota». Extendió un papiro sobre el carro y escribió a Iba, saludándola y despidiéndose de ella, deseándole a su hijo la salvación y la felicidad. Luego le contó lo que había ocurrido y el destino del ejército y del rey. Le notificó también la emigración de la familia real a un lugar desconocido –sin mencionar Nubia, por supuesto– y le aconsejó que recogiera todos los bienes que pudiera y huyera con su hijo, la familia y los vecinos fuera de Tebas, a los barrios pobres donde podían mezclarse con la gente humilde y compartir con ellos el mismo destino. Luego la bendijo y bendijo a su hijo, terminando del siguiente modo: «Seguramente nos encontraremos, Iba, aquí o en el mundo de abajo». Le dio el escrito a su guía mandándole que lo llevara a su palacio y se lo entregara a su esposa. Luego saltó al carro y echó una última mirada al templo de Amón y a la ciudad dormida y sumergida en la oscuridad. Exclamó desde lo más profundo de su corazón: «¡Señor, guarda a tu país...! ¡Adiós, Tebas!». Luego soltó las riendas de sus dos caballos y cabalgó hacia el Norte.

14

El comandante llegó al campamento pasada la media noche, cuando el diezmado ejército dormía a pierna suelta. Fue a su tienda y se tumbó agotado murmurando entre dientes: «Descansemos un poco para morir luego con la dignidad que se espera del comandante de las fuerzas de Sekenenre». Cerró los párpados y, no obstante, algunas ocurrencias formaron un denso velo antes de conciliar el sueño. Se le presentaron los fantasmas de los terrores vividos durante el día y el inicio de la noche. Cómo los arqueros se enfrentaban a los carros que les venían encima como un torrente, y a su señor, Sekenenre, cayendo muerto atravesado por una lanza. Cómo Kamose se rebelaba con rabia y luego se rendía a la tristeza, y a Tutishiri gimiendo por la herida de su ya anciano corazón. La despedida a Iba y al pequeño Ahmose, y las nubes densas que cubrían el horizonte por el Sur. Los recuerdos se chocaban unos con otros como olas, luego se amortiguaban y besaban la playa del sueño que consiguió apoderarse de él.

Se despertó al alba al son del cuerno de guerra. Se levantó con inusitado dinamismo poco acorde con su agotamiento, con la aflicción que le embargaba y el escaso sueño reparador. Salió de su tienda, en el silencio del alba se oía el movimiento que se propagaba por el campamento. Siluetas de guerreros se acercaban hasta él y así

reconoció a sus fieles y valientes oficiales. Los recibió calurosamente. Uno de ellos le explicó lo que habían hecho durante su ausencia.

—Hemos mandado a los heridos graves en embarcaciones a Tebas, y también a los heridos leves para que se unan a las fuerzas que defenderán las murallas de la ciudad. No hay duda alguna de que Tebas sabrá defenderse hasta conseguir mejores condiciones.

—Nosotros, los del Sur, no escatimamos nuestras vidas en los momentos cruciales. No hay ninguno que no haya perdido la paciencia esperando la batalla final —dijo con entusiasmo otro oficial.

—Qué ansia de martirio tenemos en este lugar sagrado, regado con la sangre de nuestro faraón —intervino un tercero.

Pepi les felicitó con muchos cumplidos y les contó lo que había sucedido en Tebas con respecto al éxodo de la familia del faraón. No obstante, a nadie confesó su destino. El impacto fue tremendo entre los oficiales, y aclamaron a Kamose como faraón y a Ahmose como príncipe heredero.

Las sombras de la madrugada empezaron a disiparse y la clara luz se reflejaba ya por el horizonte. Mientras tanto formaban filas los soldados preparándose para la batalla de la muerte. El rey de los hicsos conocía el estado en que había quedado el ejército egipcio después de la muerte de quien para él no era más que un gobernador y quiso aplastarlos con unas fuerzas que neutralizaran cualquier tentativa de resistencia. Preparó a su ejército en orden de batalla. Le precedía una fuerza constituida por carros y arqueros dispuestos a dar el último golpe al pequeño ejército que se interponía en su camino. Cuando ambos bandos se distinguieron en la lejanía, empezó el combate y el agitado mar se mezcló con el cristalino arroyuelo. El ejército de Apofis se cebó en la presa del ejército egipcio y la rueda de la muerte empezó a dar vueltas. Por más que los egipcios emplearan toda la fuerza humana, toda su valentía e hicieran gala de todo el heroísmo de que eran capaces, fueron cayendo deprisa un héroe tras otro y pisoteados brutalmente por los caballos. A Pepi le pareció que el combate acabaría pronto, al constatar que muchos de los oficiales habían perecido. Vio cómo el flanco derecho estaba a punto de desaparecer y al enemigo presto a cercarlos. En aquel instante quiso poner fin a su vida lo más dignamente posible y paseó la mirada por el ejército enemigo. Su corazón quedó preso en el lugar donde ondeaba la bandera de los hicsos. Allí estaba Apofis y sus hombres más destacados, entre los cuales, sin duda alguna, se encontraría el asesino de Sekenenre, y lo tomó como objetivo. Mandó a su guardia que le siguiera y le cubriera la retirada y a su guía que atacara. Fue un movimiento brusco y por sorpresa que el precavido enemigo no esperaba. El carro pudo esquivar a cuantos se interpusieron en su camino. Disparaba sus flechas a los corazones de los arqueros enemigos a medida que se iba acercando a Apofis, hasta que muchos advirtieron sus verdaderas

intenciones y se pusieron a gritar desaforadamente presas del miedo. Pepi y sus compañeros luchaban como si estuvieran locos por morir, pero la muerte se hizo de rogar mucho rato, hasta que rompieron las filas enemigas y se acercaron a Apofis y sus caudillos. Allí Pepi se encontró rodeado por todas partes por la caballería enemiga y centenares de hombres se interpusieron entre su carro y el del rey. Luchó tan valientemente con la sangre corriéndole por el rostro, por el cuello y por las piernas, que su enemigo pensó que era inmortal. Las flechas, las lanzas, las espadas y los puñales se aliaron contra él, hasta que cayó como Sekenenre para unirse a su valiente guardia. El ejército se alborotó por este extraordinario ataque. La lucha desigual en el campo de batalla estaba tocando a su fin, y muchos egipcios agonizaban. Apofis mandó que se apartaran del cadáver del hombre que se había lanzado entre sus filas bien alineadas. Se apeó de su carro y caminó hasta llegar junto a la cabeza del muerto. Allí se quedó contemplando un cuerpo sembrado de flechas, como si fueran púas de un erizo. Luego movió su cabeza y, riendo destempladamente, dijo a los que le rodeaban:

–Ha muerto de una forma digna de nuestros hombres más valientes.

15

Tebas se despertó sin saber lo que le había deparado el destino. Los campesinos llevaban a sus heridos que llegaban del campo de batalla y la gente los rodeaba y los acosaba a preguntas. Éstos les contaban las verdaderas noticias y les dijeron que el ejército había sido derrotado, que el faraón había muerto y que su familia había emigrado a un lugar desconocido. La gente, asombrada, se intercambiaba miradas incrédulas y angustiadas. La noticia, al propagarse por la ciudad, provocó agitación y disturbios sin cuento y muchos de sus habitantes abandonaron sus casas, corrieron por los caminos y el mercado a reunirse en las casas del gobierno y en el templo de Amón para sentirse arropados y escuchar a sus dirigentes. Los hacendados, los dueños de los palacios, los nobles y los ricos, dejaron a porfía sus fincas y sus palacios. Unos huían en grupos hacia el Sur y otros se refugiaban en los barrios pobres.

Pronto llegaron otras noticias peores, relativas a la caída de los arqueros y Shanhur, y a que el ejército de los hicsos avanzaba hacia Tebas para cercarla y obligarles a entregarse. Los visires, los sacerdotes y los treinta jueces se reunieron en la sala hipóstila del templo de Amón y se consultaron unos a otros sobre las medidas a afrontar. Todos estuvieron de acuerdo sobre tres hechos: la precariedad de la situación, la proximidad del final y la inutilidad de la resistencia. No obstante, no consintieron entregarse sin fijar antes algunas condiciones. Acordaron permanecer tras las altas murallas hasta conseguir la promesa de salvar la vida de los habitantes. No

obstante, Ausar Amón les dijo con mucho entusiasmo y a la vez con no menos rabia:

—No entreguéis Tebas jamás. Luchemos hasta la muerte como nuestro rey Sekenenre. Las murallas de Tebas son infranqueables. Si se vieran amenazadas de verdad, destruiríamos la ciudad y la incendiaríamos para no dejarle a Apofis nada de provecho.

Ausar Amón deliraba de rabia y gesticulaba como si estuviera pronunciando un discurso. No obstante, los hombres no se entusiasmaron con su idea. Naufar Amón dijo:

—Somos responsables de la vida de la gente de Tebas. Su destrucción llevaría a miles de hombres a la ruina, al hambre y a la miseria. Que nuestro objetivo, ya que hemos perdido, sea aliviar el sufrimiento y reducir la catástrofe.

Mientras tanto, el ejército de los hicsos atacaba la muralla norte sin descanso. La guardia se defendía con firmeza y valor. Los muertos caían por ambos bandos. Los visires examinaron las murallas y se tranquilizaron al ver la resistencia que ofrecían. No obstante, la armada del enemigo atacó a la egipcia después de recibir nuevos refuerzos y tras una batalla dura y cruel acabó por aplastar a la armada egipcia. La armada enemiga cercó el oeste de Tebas, donde llegaron muchos soldados y con ellos consiguieron cercar la ciudad por completo. Los ataques fueron violentos, tanto en la parte norte como en la parte sur y en la oriental. La noticia de la derrota de la armada fue un golpe mortal a toda tentativa de prolongar la resistencia. La gran ciudad fue cercada por hambre y sed. Los caudillos no tuvieron más remedio que capitular para evitar la gran catástrofe y mandaron a un oficial a que anunciara el fin de la lucha y solicitara la salida de un emisario para discutir las condiciones de la rendición. Volvió anunciando la aceptación y se pensó en una tregua en todos los frentes. Los caudillos eligieron a Naufar Amón, el sacerdote del gran Amón, como emisario.

El sacerdote aceptó sin mucho entusiasmo. Subió a su carro y se dirigió al campamento de los hicsos con la cabeza pesada y el corazón roto. En su recorrido, pasó entre los diferentes batallones alineados como señal de poderío, de vanidad y orgullo, ondeando al viento banderas de diferentes colores. Luego el carro se detuvo y se apeó en silencio. Lo recibió un grupo de oficiales encabezados por un hombre de baja estatura, robusto y de densa barba. Lo reconoció a primera vista, era el emisario Jayyán, mensajero de la desgracia que había arruinado el reino de Tebas. No le pasó desapercibida la consciente y continua humillación de tal recibimiento. El hombre era tosco, gordo y orgulloso. Miró a Naufar Amón de reojo y dijo sin mediar saludo previo:

—¿Has visto, sacerdote, hasta dónde os ha conducido el parecer de vuestro nomarca? Sois muy pasionales y retóricos, pero no sabéis luchar... Ya se ha terminado vuestro reino para siempre...

El ujier no esperaba ninguna respuesta, así que echó a andar delante de él hacia la tienda del rey. Naufar Amón la vio como un pabellón, con las cortinas echadas. A la puerta hacían guardia unos soldados poco refinados, blancos de tez y con larga barba. Le dieron permiso y entró. En medio estaba el rey Apofis con las vestiduras de faraón y en la cabeza la doble corona del Alto y Bajo Egipto. Tenía un aspecto terrible, la mirada penetrante, la tez blanca, tendiendo a rojiza, y una larga y bonita barba. Estaba rodeado por una aureola de caudillos, ujieres y consejeros. El sacerdote se inclinó respetuosamente y se quedó silencioso, esperando sus órdenes. El rey dijo en tono burlón:

—Bienvenido, sacerdote de Amón, al que desde hoy no se adorará en Egipto.

El sacerdote rehusó contestar. El rey soltó una sonora carcajada y le preguntó en tono burlón:

—¿Has venido a imponernos condiciones?

—No, he venido a escuchar las vuestras —contestó Naufar Amón—, como corresponde al caudillo de un pueblo que ha perdido la guerra ya su rey. No tengo más que una petición: que perdonéis la vida de un pueblo que no tomó las armas más que para defenderse.

—Más te vale, sacerdote, escucharme con atención —dijo el rey moviendo su gran cabeza—. La ley de los hicsos no ha cambiado a lo largo de los tiempos y de las generaciones. Es la eterna ley de la guerra y del vasallaje. Nosotros somos blancos y vosotros morenos. Nosotros, señores y vosotros campesinos. El trono, el gobierno y el dominio son nuestros. Dile a tu pueblo mi mensaje: el que trabaje nuestra tierra como esclavo tendrá su recompensa, el que no lo acepte, que se busque otro sitio. Diles también que se derramará la sangre en todo el país si una sola mano alcanza a uno de mis hombres. Si quieres que perdone la vida de la gente, excepto la de la familia de Sekenenre, que vuestros jefes me traigan las llaves de Tebas prosternados. En cuanto a vosotros, sacerdotes, volved a vuestros templos y encerraos allí para siempre.

Apofis no quiso que la conversación se alargara más y se puso de pie anunciando con ello el final de la entrevista. El sacerdote se inclinó otra vez y abandonó el lugar.

Tebas bebió hasta emborracharse. Los visires y los jueces llevaron las llaves a Abu Fis y se prosternaron ante él. Abrieron las puertas de la ciudad y entró Apofis a la cabeza de su victorioso ejército. Aquel día, el rey derramó la sangre de lo que quedaba de la familia del gobernador de Tebas y mandó cerrar las fronteras entre Egipto y Nubia. Luego se celebró la victoria con fiestas en las que participaron todas las unidades. Repartió tierras y bienes entre sus hombres y el Sur se convirtió en un país conquistado.

Diez años después

1

Las tinieblas se disiparon y dejaron al descubierto el adormilado cielo matutino. La vasta extensión del Nilo aparecía como si respirara la brisa del alba y sobre la tersa superficie se deslizaba una flota de navios en dirección a la frontera septentrional con Egipto. La tripulación era de Nubia, salvo los dos comandantes que estaban sentados en la cubierta de proa de la embarcación, que eran egipcios a juzgar por su tez morena y sus facciones pronunciadas. El uno era joven, apenas frisaría en los veinte años. La naturaleza le había dotado de una notable estatura, un cuerpo esbelto y un pecho ancho y fuerte. Su rostro alargado denotaba lozanía y una considerable belleza, a la vez que sus ojos oscuros y límpidos, y su nariz recta y pronunciada revelaba fuerza y equilibrio. Diríase que era uno de esos rostros a los que la naturaleza ha dotado de nobleza y belleza al mismo tiempo. Vestía como los comerciantes ricos y envolvía su esbelto cuerpo con una túnica hecha a medida. Su compañero, en cambio, era un anciano de unos sesenta años, más bien gordo y bajo, de frente prominente, cuya forma de sentarse denotaba la serenidad que suele acompañar a la vejez. No obstante, su mirada era muy penetrante y daba la sensación de que su verdadera atención estaba dirigida a cuidar del joven, más que a las mercancías que portaban las embarcaciones. Cuando la flotilla se acercaba a la frontera, ambos se dirigieron a la proa de la embarcación, mirando con ojos ansiosos y nostálgicos. Entonces el joven preguntó con entusiasmo y temor:

—¿Pisarán nuestros pies la tierra de Egipto? Dime, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Atracar en esta playa y mandar a un mensajero en una barca hasta la frontera, y que se abra camino con unas monedas de oro respondió el anciano.

—Lo hemos basado todo en la corrupción y su respuesta en la sed del oro. ¿Y si se frustra nuestro plan?

Calló el joven y la angustia asomó a sus ojos con timidez.

—Mientras se piense mal, siempre se acertará con esta gente — sentenció el anciano.

La nave atracó junto a la playa y lo mismo hizo la flota. El joven prefirió ser él personalmente el emisario de la flota a la frontera. Era tal el entusiasmo y el tesón que ponía, que el anciano no se lo impidió. El joven se dirigió a una embarcación más pequeña y remó con sus musculosos brazos alejándose hacia otro punto de la frontera. El anciano le seguía con la vista y suplicaba al cielo, diciendo: «Oh, dios, adorado Amón, éste tu hijo se dirige a su patria

persiguiendo un noble objetivo: fortificar tu mando, ensalzar tu nombre y liberar a tus hijos. Ayúdale, Señor, dale la gloria y protégelo».

El joven fue remando sin desmayar, de espaldas a su objetivo. De vez en cuando se daba la vuelta para mirar, con el corazón sobrecogido a causa de la emoción y la nostalgia. A medida que se acercaba, sintió el deleite del aire de su patria y su corazón palpó con fuerza. Una de las veces que giró la cabeza, vio un barco militar que se acercaba para impedirle el paso. Se dio cuenta de que los guardianes de las fronteras habían advertido su presencia y venían a interrogarle. Sin dudarle un instante, acercó su barca a la nave militar hasta que oyó la voz del oficial que de pie, en la proa, le gritaba:

—¡Eh, tú!, ¿cómo te atreves a acercarte a la zona prohibida?

El joven permaneció callado hasta que su barca abordó al barco de inspección y tras saludar al oficial reverentemente le dijo, haciéndose el despistado:

—Que el dios Seth te guarde, valiente oficial. Me dirijo a vuestro glorioso país con una mercancía preciosa.

—¡Maldito seas, estúpido! ¿No sabes que este paso está cerrado desde hace diez años? —le espetó con tosquedad el oficial, que frunció el ceño con desprecio.

—¿Y qué va a hacer un hombre que ha juntado unos bienes preciosos para acercarse con ellos al faraón adorado de Egipto y a los hombres de su gobierno? ¿Por qué no me permites ver al noble gobernador de la isla de Biya? —preguntó aparentando extrañeza el apuesto joven.

—Vuélvete por donde has venido si no quieres ser enterrado en el mismo lugar donde estás de parloteo —respondió el oficial.

El joven sacó de su pecho una bolsa de cuero llena de piezas de oro y la arrojó a los pies del oficial.

—En mi país saludamos a nuestros dioses presentando ofrendas. Acepta mi saludo y mi ruego.

El oficial recogió la bolsa y la abrió. Juguetó con las piezas de oro y sus ojos se encabitaron. Miró asombrado ya a las piezas de oro ya al joven, y luego movió la cabeza como si no ocultara su rabia hacia el joven que le había hecho cambiar de opinión a la fuerza.

—La entrada a Egipto está prohibida —dijo con voz melosa—, pero a lo mejor tu noble objetivo exige hacer una excepción a la orden de prohibición. Sigúeme y te llevaré al gobernador de la isla.

El joven se alegró sobremanera y se sentó otra vez en su barca, apretó los remos con fuerza y entusiasmo y siguió al barco hacia la ribera de Biya. El barco atracó y luego lo hizo la barca. El joven echó pie a tierra con cuidado y cariño, como si estuviera pisando algo noble y sagrado. El oficial le dijo de nuevo: «Sigúeme», y en seguida lo hizo. A pesar de sus intentos de controlarse, la emoción le embargó y una especie de embriaguez le recorrió el cuerpo. Una sublime nostalgia le oprimió el corazón, impulsándole a palpar con

fuerza, pero tales sentimientos pronto se disiparon. Estaba en tierras de Egipto. Egipto, del que guardaba tan bellos recuerdos, tan lúcidas imágenes y tan alegres impresiones. En aquel momento deseaba que le dejaran solo para llenar los pulmones de aire puro y pasar la mejilla por la tierra... Estaba en tierras de Egipto.

Se despertó de sus ensoñaciones con la extraña voz del oficial que le decía por tercera vez: «Sigúeme». Miró a lo lejos y vio un hermoso palacio, ante el cual hacían guardia unos hombres armados. Comprendió que estaba ante el palacio del gobernador de la isla. El oficial entró y le siguió, sin hacer caso de las interrogantes miradas que se dirigían hacia él por todas partes.

2

Se le permitió entrar en la sala, después de hacerlo el oficial. Allí recibía el gobernador a la gente cuyas quejas no requerían más que oro. El joven echó una mirada al gobernador mientras avanzaba y le llamó la atención su larga barba, sus almendrados ojos y su nariz larga y arqueada como la vela de un barco del Nilo. Acechaba con ojos escudriñadores, atentos y desconfiados al hombre que entraba, ante el cual se inclinó el joven reverentemente y dijo:

—Dios refresque vuestra mañana, noble gobernador.

El oficial ya le había hablado del extraño visitante que sin darle importancia le había arrojado una bolsa llena de relucientes piezas de oro y dirigía una flota cargada de presentes y quería llevarlos a los hombres de Egipto. Le devolvió el saludo con un movimiento de la mano y le preguntó con su tosca voz:

—¿Quién eres y de qué país vienes?

—Señor, me llamo Isfinis, y soy de Nabata, del país de Nubia.

—Sin embargo, veo que no eres nubio. Si no me equivoco, eres campesino —dijo el hombre con cierta incredulidad, acompañando sus palabras con un movimiento de cabeza.

El corazón de Isfinis latió con fuerza por este calificativo, pronunciado por el gobernador con cierto tono despectivo.

—Ha acertado vuestra intuición, señor —respondió el joven—. Efectivamente, soy campesino, de una familia egipcia que emigró a Nubia hace varias generaciones. Llevo dedicado al comercio mucho tiempo, hasta que se cerraron las fronteras entre Egipto y Nubia. Entonces todo se acabó.

—¿Y qué quieres?

—Tengo una flota entera repleta de riquezas de las tierras de las que vengo. Con ellas pretendo acercarme a los señores de Egipto.

El gobernador jugueteó con su barba y le echó una mirada desconfiada.

—¿Quieres decir que has hecho un viaje tan largo sólo para acercarte a los señores de Egipto? —preguntó.

—Mi señor y noble gobernador, nosotros vivimos en unas tierras tan abundantes en fieras como en tesoros y la vida allí es muy difícil de sobrellevar, pues el hambre y la sequía incansables clavan sus garras en la gente. Hemos perfeccionado la orfebrería de oro, pero quedamos extenuados antes de conseguir una onza de pepitas. Si mis señores aceptan mis presentes y me permiten el comercio entre el Norte y el Sur, llenaré vuestros mercados con las más preciadas joyas y los animales más caros y haré que mi pueblo cambie la miseria por riqueza.

El gobernador soltó una carcajada y dijo:

—Veo que los sueños te han obnubilado los sentidos. ¿Por qué no empiezas pidiendo y suplicando? Estás deseando que el faraón promulgue órdenes en tu provecho... muy bien. Los locos abundan. ¿Qué riquezas llevas en tu flota?

Isfinis inclinó la cabeza respetuosamente y dijo con la seducción del avezado mercader:

—¿Por qué no me honra mi señor con una visita a mi flota y aprecia por sí mismo las riquezas y elige entre las preciosas joyas?

La avaricia y la codicia cegaron al gobernador, el cual aceptó sin más la idea y, mientras intentaba levantarse para ir con él, dijo a Isfinis:

—Te haré ese honor.

Le precedió al barco militar y luego a la flota. Allí le mostraron la bisutería, las joyas y los animales más extraños. Miró todas las preciosidades con ojos desmesurados que reflejaban una avaricia desmedida. Isfinis le regaló un cetro de marfil con el mango de oro puro, adornado de esmeraldas y rubíes, y lo aceptó sin darle las gracias. El mismo cogió pulseras, anillos y arracadas preciosas, mientras decía para sus adentros: «¿Por qué no permitir a este mercader entrar en Egipto? Éstas no son mercancías sino regalos fascinantes. El faraón los aceptará, sin duda. Si accede a la petición, el comerciante habrá conseguido lo que quería, y si se la deniega, no es asunto mío. Hay una buena oportunidad que debo aprovechar. El gobernador del Sur es aficionado a las cosas raras. Le mandaré al Mercader, y me agradecerá el haberle ofrecido tan preciado tesoro. Y haberle dado la oportunidad de acercarse a su señor. Y si algún día quisiera designar un gobernador para alguna de las grandes provincias, se acordará de mí».

—Te daré una oportunidad para que pruebes tu suerte —dijo, dirigiéndose a Isfinis—. Ve en seguida a Tebas. Toma un mensaje para el nomarca del Sur y con él podrás ofrecerle tus preciosidades y solicitarle que interceda por ti.

La alegría se apoderó de Isfinis. Se inclinó ante el gobernador, satisfecho y agradecido.

Lo primero que le espetó Isfinis al anciano que le acompañaba fueron estas palabras, antes de abandonar la embarcación:

—Desde ahora, ni Ahmose ni Hur, sino Isfinis el mercader y su delegado Latu.

—Has dicho algo muy sensato, mercader Isfinis —repuso el anciano sonriendo.

La flota levó anclas, largó las velas, movió lo remos y se dirigió, a favor de la corriente, a la frontera de Egipto, que cruzó sin impedimento alguno. Isfinis y Latu, sentados en la cubierta de proa de la embarcación, batallaban contra el mismo deseo, hasta el punto de que se les saltaban las lágrimas.

—Buen inicio —dijo Isfinis.

—Sí. Recemos por ellos al dios Amón y roguémosle que enderece nuestros pasos y corone nuestro objetivo con éxito —respondió Latu.

Se postraron en el suelo de la nave y rezaron juntos, luego volvieron a ponerse de pie.

—Si conseguimos reanudar las relaciones con Nubia, como estaban antes, habremos conseguido la mitad de cuanto nos proponemos. Así pues, démosles oro y recojamos hombres —dijo Isfinis.

—Puedes estar seguro de que no están acostumbrados a luchar contra la seducción. ¿Acaso no nos han abierto las fronteras, cerradas desde hace diez años? Los hicsos son soberbios, orgullosos y agresivos, pero además son holgazanes y sólo les gusta hacer trabajar a los demás. Desprecian el comercio y no soportarían la vida de Nubia. No les resulta fácil conseguir oro, a menos que se presente un voluntario como el mercader Isfinis y se lo lleve.

Juntos otearon el lejano horizonte que se sumergía en el curso del Nilo. De vez en cuando miraban el frondoso verdor que cubría los pueblos y las aldeas. Revoloteaban bandadas de pájaros, pastaban los sagrados toros y las sagradas vacas y los campesinos trabajaban la tierra por todas partes, desnudos, sin levantar la cabeza. Su visión provocó en el joven cariño hacia los campesinos y enojo por su situación, y su corazón se inflamó tanto de amor como de rabia.

—Mira los soldados de Amenemhet —dijo—. Trabajan como esclavos para los necios y soberbios blancos de sucias barbas.

La flotilla avanzaba pasando por Ambus, Silsilis, Mayana, Najeb y Turt. Sólo quedaba una hora para llegar a Tebas.

—¿Dónde conviene que ataque la embarcación? —preguntó Isfinis.

Latu contestó sonriendo:

—Al sur de la ciudad, donde están los barrios pobres y los pescadores. Todos son egipcios.

El joven dio por buena dicha opinión y en una de sus miradas a la corriente del río vio a lo lejos una embarcación que se acercaba lentamente. Cuando pudo distinguirla se dio cuenta de que era una gran nave, de esmerado montaje y de notable elegancia. En su

centro se erguía una hermosa cámara, labrada con excelso arte. Pensó que antes había visto alguna parecida y llamó la atención de Latu dándole un golpecillo en el codo.

—Mira.

El hombre miró y masculló para sus adentros: «¡Dios mío! Es una embarcación real». Luego, dándose cuenta de que iba sin guardia, pensó: «Puede que el pasajero sea un hombre de palacio o un príncipe que quiera estar a solas».

La embarcación regia se acercó tanto que casi choca con la flota. El extraño aspecto de ésta suscitó el interés de los ocupantes de la embarcación y una mujer, seguida por un grupo de esclavas, asomaron por la escotilla. Como un rayo de luz que deslumhra las miradas avanzaba una mujer rubia; la brisa jugaba con su vestido blanco y bailaba con las suaves hebras de su dorado cabello. En seguida se dieron cuenta de que se trataba de una princesa del palacio de Tebas que salía para tomar un rato de asueto.

La vieron cómo señalaba con el dedo a una embarcación más retrasada, boquiabierta por la sorpresa. La misma sorpresa apareció también en el rostro de las hermosas esclavas. Isfinis se volvió, y vio a uno de los enanos que había traído con él por la cubierta de la nave. Entonces comprendió el motivo de la turbación de la bella princesa. Miró a Latu sonriendo dándole a entender que uno de los regalos había encontrado el buen destino que se merecía. No obstante, Latu miró a la mujer sin pestañear y con gesto triste. Las mujeres llamaron a Nauti. Éste se aproximó a la borda de la embarcación y ordenó a Latu:

—Detente, nubio. Echa las anclas.

Isfinis hizo lo que se le ordenaba y mandó a la flota que se detuviera. La embarcación faraónica se acercó adonde estaba el enano y Nauti preguntó a Isfinis:

—¿Qué es esta flota?

—Es una flota de mercaderes, señor.

Señaló al enano que, en ese momento, corría hacia el interior de la embarcación, y dijo:

—¿Esa criatura hace daño?

—No, señor.

—Su Alteza quiere contemplar a esa criatura de cerca.

—Es la hija del faraón —susurró Latu.

Isfinis bajó la cabeza en señal de respeto y dijo:

—Con mucho gusto.

El joven Isfinis embarcó en una barquichuela y se dirigió a la nave donde estaba el enano y subió a bordo para recibir a la princesa que se acercaba con sus esclavas en otra barca. Subieron a bordo precedidas por la princesa y el joven se inclinó ante ella con aparente veneración. Reprimía sus sentimientos de desprecio y aparentaba nerviosismo y alteración.

–Es un gran honor para mi flota, Alteza –balbuceó.

Luego levantó la cabeza y le dirigió una mirada furtiva. Vio un rostro donde se manifestaban a la vez la belleza y el orgullo. Tenía tantos motivos de seducción como de temor. Unos ojos azules en cuya pureza se podía leer el hermetismo y la determinación. La princesa no hizo caso del saludo, siguió mirando el lugar donde antes estaba el enano y preguntó con voz cantarína que infundía encanto a los oídos de quienes la escuchaban:

–¿Dónde se ha ido la extraña criatura que estaba aquí?

–Ahora mismo vendrá –respondió el joven.

Isfinis se dirigió a un tragaluz que daba al interior de un camarote y gritó:

–¡Zulú!

El enano no tardó en asomar la cabeza por la escotilla. Se presentó ante su señor y éste lo tomó de la mano y lo llevó hasta donde estaba la princesa y sus esclavas. Andaba sacando pecho, y la gran cabeza erguida con orgullo cómico. Su altura no pasaba de cuatro palmos y era muy negro y con las piernas arqueadas.

–Saluda a tu señora, Zulú–le aconsejó Isfinis.

El enano se inclinó hasta que su pelo rizado tocó el suelo. La princesa se tranquilizó y preguntó sin apartar la mirada del enano:

–¿Es un animal o una persona?

–Es una persona, Alteza.

–¿Y por qué no le consideramos un animal?

–Por su lenguaje y su religión.

–¡Qué curioso! ¿Hay más como éste?

–Sí, señora. Pertenece a un pueblo numeroso. Hay mujeres, hombres y niños, tienen un rey y flechas envenenadas que lanzan a las fieras y a los invasores. No obstante, los de Zulú se acostumbran en seguida a la gente, son cariñosos con quienes les consideran amigos y los siguen como perros fieles.

La princesa movió la cabeza cubierta con una cabellera de hebras de oro con un gesto de asombro y sus labios se entreabrieron mostrando las perlas de sus dientes bien ensartadas.

–¿Y dónde vive el pueblo de Zulú? –preguntó.

–En los extremos de los bosques de Nubia, donde nace el sagrado Nilo.

–Déjale que hable conmigo.

–No habla nuestra lengua. Sólo puede entender ciertas órdenes. No obstante, saludará a mi señora en su lengua.

–Saluda a tu señora –le dijo Isfinis al enano. Éste movió su cabezota como si temblara, luego pronunció unas palabras extrañas parecidas a un rugido y la princesa, sin poder contener una dulce carcajada, dijo:

–Es verdaderamente extraño, pero es feo. No quiero comprarlo.

La pena por tal contratiempo se asomó al rostro del joven y dijo con la destreza del mercader astuto:

—Alteza, Zulu no es lo mejor que tengo en mi flota. Para vos i hay joyas maravillosas que cautivan las almas y fascinan los espíritus.

Ella paseó la mirada con desdén de Zulu al joven que se vanagloriaba de sus preciosidades y lo miró atentamente por primera vez. Le impresionó su altura y su juventud, extrañada de que ése fuera el aspecto de un mercader corriente.

—¿De verdad tienes joyas que provocan admiración?

—Sí, señora.

—Entonces enseñame una muestra, un ejemplo de lo que tienes.

Isfinis dio una palmada y llegó un esclavo a quien susurró unas palabras. El hombre desapareció durante un rato para volver con un cofre de marfil, con ayuda de otro hombre. Lo dejaron delante de la princesa, lo abrieron y se apartaron. La princesa miró dentro del cofre y los cuellos de las esclavas se alargaron. Contenía brillantes perlas, pendientes y pulseras que alegraron sus corazones. La princesa las miró con ojos atentos, luego extendió la suave y blanca mano hacia un collar, modelo de sencillez y perfección: un corazón de esmeralda en una cadena de oro puro. Tomó el corazón y susurró:

—¿De dónde has sacado esta piedra preciosa? No hay nada parecido en todo Egipto.

—Es lo más precioso de los tesoros de Nubia —dijo el joven alegremente.

—Nubia, el país de Zulu, ¡qué preciosidad! —exclamó la princesa.

Isfinis sonrió mientras miraba con ternura los dedos de la encantadora joven y le dijo:

—La joya ha atraído la admiración de Su Alteza y no está permitido que vuelva al cofre.

Ella respondió con espontaneidad:

—Sí, pero no llevo dinero. ¿Te diriges a Tebas?

—Sí, señora.

—Pues, entonces, no tienes más que ir a palacio y cobrarás su importe.

El joven se inclinó respetuosamente. La princesa dirigió una mirada de despedida a Zulu, luego se dio la vuelta y se marchó luciendo su esbelta y elegante estatura, seguida de sus esclavas. Los ojos del joven la siguieron hasta que desapareció por la borda de la embarcación. Luego él volvió a su nave, donde le esperaba Latu con inquietud.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó.

Isfinis le relató las palabras de la princesa y le preguntó riéndose:

—¿De verdad es la hija de Apofis?

—Es un demonio, hija del demonio —respondió Latu sumamente irritado.

Le hizo volver en sí el áspero tono de Latu y sus miradas airadas, y se dio cuenta de que quien había despertado su admiración no era más que la hija del opresor de su pueblo y el asesino de su abuelo, a pesar de que en su presencia no había sentido odio ni rencor. Inquieto y temeroso porque su manera de expresarse sobre ella hubiera provocado sospechas en el fiel anciano, se dijo a sí mismo: «Tengo que dedicarme exclusivamente a cumplir la misión para la que he venido». Por eso, no miró más a la embarcación de la princesa, sino que dirigió la vista al horizonte. Intentó odiar a la princesa, sintiendo que ella era una verdadera fuerza de atracción que necesitaba de toda su resistencia para rechazarla. Se había alejado de su camino para siempre, pero... quizás... Era una belleza arrebatadora. A quien la miraba, no le quedaba más remedio que cerrar los ojos para no ser deslumbrado.

En aquel momento, recordó a su joven esposa, Nefertari, con su estatura mediana, su rostro moreno y sonrosado y sus hechiceros ojos negros, y susurró: «¡Qué dos imágenes de contradictoria belleza!».

4

Se veían ya las murallas meridionales de Tebas con sus grandiosas puertas, por detrás de las cuales se divisaban los templos y los centros de distracción. Aquella majestuosidad se materializaba de forma deslumbrante y ambos miraban la ciudad con ojos tristes y nostálgicos.

—¡Saludos de Amón, gloriosa Tebas! —exclamó Latu.

—Por fin, Tebas, después de largos años de exilio —añadió Isfinis.

La nave se acercó a la orilla, seguida de las otras embarcaciones de la flota, recogieron las velas y alzaron los remos. Se cruzaron con muchas barcas de pesca rebosantes de peces con algunos todavía vivos. En el centro, de pie, trajinaban los pescadores con sus cuerpos desnudos y bronceados y sus músculos bien torneados. Al verlos, le recorrió por todo el cuerpo a Isfinis una especie de corriente emocional y dijo a su compañero:

—Démonos prisa, porque estoy deseando hablar con los egipcios.

Era un día espléndido, con un cielo completamente azul y el sol inundando con sus rayos el Nilo, las riberas, los campos y las ciudades. Bajaron a la playa envueltos en sus mantos, luciendo la tiara egipcia en la cabeza, como los grandes mercaderes. Dieron unos pasos en dirección al barrio de los pescadores, donde encontraron un grupo en la playa sujetando las cuerdas de las redes que las barcas lanzaban al Nilo. Todo era movimiento. Cantaban, canturreaban, llevaban carros de pescado, quemaban a latigazos los lomos de los bueyes en dirección a los mercados. A unos minutos de la playa se levantaba un villorrio de chozas pequeñas o de tamaño

mediano, construidas de adobe y cubiertas con troncos de palmera. Su aspecto indicaba más que sencillez, pobreza.

Isfinis iba de un sitio para otro, con los sentidos alerta y los ojos muy abiertos. Miraba a los pescadores, seguía sus movimientos, escuchaba sus canciones, sentía hacia ellos ya cariño, ya lástima, y no pocas veces admiración y estima y a medida que se cruzaba con estos grupos mayor era su tranquilidad y cariño hacia ellos. Deseaba interponerse en su camino, abrazarlos y besar sus caras morenas agotadas por la fatiga y la pobreza. Recordó lo que había contado de ellos Tutishiri y le dijo a su compañero:

—¡Qué hombres tan forzudos y pacientes!

—Creo que estos pescadores —respondió Latu, que compartía todos los sentimientos del joven— gozan de mejor situación que los campesinos, y eso se debe a que los hicsos no se rebajan a venir a sus barrios, y así los liberan, sin saberlo, de sus malos tratos.

El joven frunció el ceño de rabia y coraje, pero no comentó nada. Siguieron su paseo, llamando la atención por su aspecto y la elegancia de su vestimenta. Isfinis vio a un joven que se dirigía hacia ellos con una cesta. Vestía un pequeño faldellín, dejando el resto del cuerpo desnudo. Era alto, esbelto y de agraciado rostro.

—Latu, mira a ese joven —dijo Isfinis—. ¿Acaso no ha sido creado para ser un jinete en el batallón de carros, de no ser porque el tiempo le ha traicionado?

Al acercarse a ellos Isfinis quiso hablar con él, le saludó con la mano y le dijo:

—Saludos, oh joven. ¿Podrías indicarnos algún sitio para descansar?

El joven se detuvo. Intentó responder, pero cuando clavó su mirada en ellos, cerró la boca, los escudriñó con una mirada extraña que denotaba rabia y desprecio. Les volvió la espalda y se alejó. Los dos intercambiaron miradas de incredulidad. Isfinis fue en pos de él en seguida y se interpuso en su camino diciendo:

—Hermano, ¿qué te ha impulsado a negarte a contestarnos y darnos la espalda enfadado?

—Déjame en paz, esclavo de los pastores —gritó el joven zarandeándole, y se alejó enfadado dando grandes zancadas y dejando al joven boquiabierto.

—Estará loco —dijo Latu acercándose.

—No, no está loco, Latu..., pero ¿por qué me ha llamado esclavo de los pastores?

—Es un apodo graciosísimo.

—Sí..., sí..., pero supongamos que fuéramos títeres de los hicsos de verdad. ¿Cómo se atreve a desafiarnos? Verdaderamente es un joven intrépido. Su comportamiento prueba que los diez años del asfixiante gobierno de los hicsos no han podido arrancar la rabia de las almas honradas.

Reanudaron otra vez la marcha hasta que llamó su atención un gran alboroto. Miraron y vieron a la derecha un gran edificio con una pequeña entrada y en lo más alto un tragaluz. Allí entraban unos grupos y salían otros. El joven preguntó a su compañero:

–¿Qué es ese edificio?

–Es una taberna –respondió Latu.

–¡Venga, vamos a verla!

–¡Vamos! –dijo Latu sonriendo.

5

Juntos entraron en la taberna y se encontraron con un lugar espacioso de altos muros, de cuyo techo pendía una lámpara polvorienta. En el centro se encontraban unas tinajas en un murete de dos brazos de largo y uno de ancho donde se alineaban las tazas de cerámica ante los bebedores. En medio del círculo el dueño de la taberna servía las tazas a los que le rodeaban o se las mandaba con un mozo a los que estaban sentados en el suelo por los rincones. No levantaba la cabeza de sus tinajas, y si algún bebedor le gastaba alguna broma o le molestaba con algún chiste, lo zarandeaba brutalmente y le insultaba. Isfinis y Latu pasearon la mirada por el lugar. El primero quiso meterse también entre los que rodeaban al tabernero y tomando de la mano a su compañero se abrió paso hacia el murete, hasta que lo alcanzó entre miradas extrañas y curiosas. Se sentía un poco cansado y preguntó al tabernero afablemente:

–Buen hombre, ¿podemos disponer de dos asientos?

La extrañeza de los que allí estaban aumentó aún más por el tono de la inusitada petición. No obstante, el tabernero contestó, sin hacerle mucho caso:

–Perdonad, príncipe, mis clientes son de esos que se alegran con la presencia de extraños.

Todos los clientes se rieron de él y de su amigo. Se acercó a ellos un hombre bajo, de cara y cuello gordos y enorme tripa. Se inclinó ante ellos burlonamente y balbuceó medio borracho:

–Señores, os cedo mi tripa para que os sentéis encima.

Isfinis se dio cuenta de que se había equivocado de lugar y que se había perjudicado a sí mismo y a su compañero y contestó, intentando remediarlo:

–Aceptamos tu oferta con mucho gusto. Pero ¿cómo podrás beber tu vino añejo sin esa tripa?

La sarta de borrachos se entusiasmó con la pregunta del joven y algunos gritaron al hombre gordo:

–Responde, Tuna, ¿cómo puedes terminar tus tazas si les cedes la tripa a estos dos señores?

El hombre frunció el ceño, sacudió la cabeza extrañado, con su labio inferior colgándole como un trozo de hígado ensangrentado, y luego sus ojos enrojecidos se iluminaron como si hubiera encontrado la feliz solución.

–Beberé vino ya digerido –dijo.

Todos se echaron a reír. Isfinis se quedó satisfecho y para hacer las paces con él, le espetó:

–Te redimo de ceder ese gran vientre que ha sido creado para ser odre de vino y no asiento.

Luego Isfinis miró al tabernero y le dijo:

–Buen hombre, llena tres tazas para nosotros y el simpático Tuna.

El tabernero llenó las tazas y se las llevó a Isfinis. Tuna le arrebató la suya y se la bebió de un trago sin dar crédito a la invitación. Luego se limpió la boca con la mano y dijo a Isfinis:

–Seguramente eres rico, generoso señor.

–Gracias a Dios por sus dones –respondió Isfinis sonriendo.

–Pero, por lo que delatan vuestras facciones, sois egipcio –replicó Tuna.

–¡Buena intuición! Pero ¿hay alguna contradicción entre ser egipcio y ser rico?

–Sí, a menos que seáis de los más próximos a los gobernantes.

–Ésos imitan a sus señores, y no bajan a mezclarse con nosotros –terció otro de la clientela.

El rostro de Isfinis se consternó y recordó la imagen del joven que le había gritado enfadado hacía unos momentos: «¡Esclavo de los pastores!». Luego dijo:

–Somos egipcios de Nubia y hemos venido a Egipto recientemente.

El silencio se hizo intenso y la palabra Nubia resonó en los oídos de todos de una forma extraña. No obstante, la gente estaba borracha, con la mente dispersa por el efecto del vino, y no podían concentrar su atención. Un hombre miró las dos tazas aún llenas y dijo con la lengua semitrabada:

–¿Por qué no bebéis? El señor os ha escanciado el más exquisito vino de los paraísos.

–No bebemos a menudo, y, cuando bebemos, lo hacemos lentamente –respondió Latu.

–¡Buen juicio! –exclamó Tuna–. ¿Y cuál es la utilidad de escapar de una vida acomodada? Miradme a mí, soy desgraciado por mi oficio, soy desgraciado por mi familia e hijos y soy aún más desgraciado por mí mismo. Mi deseo es que la taza no abandone mis labios.

Otro borracho aplaudió lo que había dicho Tuna y dijo mientras movía la cabeza alegremente:

–Esta taberna es el refugio de los desgraciados, es el refugio de los que sirven abundantes mesas, estando hambrientos, de los que confeccionan las excelsas ropas estando desnudos, de los que

alegran a la gente en las fiestas de los señores teniendo ellos herido el corazón y el alma partida.

—Escuchad, hombres de Nubia —intervino un tercero—. La vida no es buena para ningún bebedor mientras pueda sostenerse de pie y no caiga después de haber perdido el conocimiento. Tenéis un ejemplo en mí, no hay noche que pueda volver a casa más que llevado a cuestas.

Isfinis se estremeció. Se dio cuenta de que estaba entre un grupo de gente desgraciada y les preguntó:

—¿Sois pescadores?

—Sí, todos —dijo Tuna.

El dueño de la taberna movió los hombros y dijo sin apartar la vista de su faena:

—Yo no, yo soy tabernero, señor.

Tuna soltó una carcajada, luego señaló con el dedo a un hombre bajo, delgado, de finas extremidades y ojos grandes y brillantes, y dijo:

—Y para más detalle, ése es un ladrón.

Isfinis miró al hombre con extrañeza, nervioso.

—No se preocupe, señor, yo no robo en este barrio —dijo el hombre para tranquilizarlo.

—Es decir, que como no hay nada que merezca la pena robar en el barrio —comentó Tuna—, convive aquí con nosotros y ejerce su oficio en otras partes de Tebas, donde las riquezas son abundantes y la felicidad frondosa.

El ladrón, que también estaba borracho, dijo como disculpándose:

—No soy un ladrón, señor, sino un viajero que va de un sitio a otro allí donde lo conducen sus pies. Cuando tropiezo en mi camino con algún pato o alguna gallina perdida, les indico el camino que conduce a mi choza.

—¿Y te la comes?

—¡Qué va! La buena comida me sienta mal. Por eso la vendo al primer comprador.

—¿No temes a los guardianes?

—Les tengo mucho miedo, señor, pues aquí el robo sólo está permitido a los ricos y a los gobernadores.

—La regla general en Egipto —asintió Tuna— es que los ricos roben a los pobres, pero no está permitido que los pobres roben a los ricos. —Hablaba sin apartar los ávidos ojos de las dos tazas llenas. Cambió la conversación diciendo con disgusto—: ¿Por qué dejáis vuestras tazas suscitando la envidia de los bebedores?

—Son para ti, Tuna —dijo Isfinis sonriendo.

Al pobre hombre se le caía la baba por la comisura de los labios. Tomó las tazas con sus gruesas manos, echando chispas por los ojos a los que le rodeaban. Luego las vació una tras otra y suspiró aliviado. Isfinis captó aquellas miradas de pocos amigos de los que le

rodeaban y pidió para ellos cerveza y vino, todo el que quisieran. Bebieron y alborotaron de alegría sin dejar de hablar, de cantar y de reír. La pobreza y la miseria estaba pintada en sus rostros, pero en aquellos instantes se les veía felices y alegres, sin pensar en el mañana. Asfinis se integró en el ambiente hablando alegremente, aunque se ponía triste de vez en cuando. Pasó con ellos un buen rato hasta que entró un hombre cuyo aspecto indicaba que era uno de ellos. Les saludó con una inclinación de cabeza y pidió un vaso de cerveza; luego dijo a los que lo rodeaban con un tono inexpresivo:

—Han cogido a la señora Ibana y la han llevado al tribunal.

Muchos, por la borrachera, no le hicieron caso, aunque algunos le preguntaron:

—¿Por qué?

—Dicen que un alto oficial de los pastores se interpuso en su camino a orillas del Nilo. Quiso incorporarla a su harén pero ella se resistió y lo empujó.

Muchos protestaron e Isfinis preguntó:

—¿Y qué va a hacer el tribunal con ella?

El hombre lo miró extrañado y respondió:

—La condenarán a pagar una multa superior a sus posibilidades. Entonces, la mandarán azotar e ingresará en prisión.

Isfinis quedó consternado y se le encendió el rostro. Le preguntó al hombre:

—¿Puedes indicarnos el camino hacia el tribunal?

A lo cual contestó Tuna balbuceando:

—La bebida es más digna de tu oro que pagar por una mujer. Esto enfadará al oficial y tendrás que enfrentarte a muchas consecuencias.

El hombre que trajo la noticia le preguntó:

—¿Eres forastero, señor?

—Sí, y deseo estar presente en el juicio —dijo Isfinis.

—Te guiaré a la sala del juicio si quieres.

Mientras abandonaba la taberna, Latu le susurró al oído:

—¡Cuidado! No vayas a meterte en algún lío que complicaría nuestra arriesgada misión.

Isfinis no contestó y siguió los pasos del hombre.

6

La sala del tribunal estaba llena de denunciantes, acusados y testigos. Los estrados estaban llenos de gente de diferentes clases sociales. En medio estaban sentados los jueces de luengas barbas y caras blancas. Sobresaliendo sobre las cabezas, una estatuilla de la diosa de la justicia Zuma. Los dos mercaderes tomaron asiento juntos y Latu susurró a Isfinis:

—Aparentemente, imitan nuestro sistema de justicia.

Miraron al público y a los jueces y se dieron cuenta de que la mayoría de los presentes eran hicsos. Los jueces llamaban a los acusados y les hacían unos interrogatorios someros y rápidos para emitir luego veredictos apresurados y crueles. Las voces de queja y los llantos se alzaban entre la gente desnuda de cuerpo bronceado y rostro negroide. Llegó el turno de la señora esperada:

—La señora Iba —gritaron.

Los dos mercaderes se miraron con impaciencia y vieron cómo se acercaba una mujer con pasos medidos. Su aspecto denotaba señorío y su rostro una serena belleza, a pesar de sus cuarenta años. Un hicso, ricamente vestido, se inclinó respetuosamente ante el juez y le dijo:

—Señor juez, soy el delegado del comandante Raj, a quien esta mujer ha agredido, me llamo Jum y represento a Su Excelencia ante la justicia.

El juez asintió con la cabeza y suscitó la curiosidad de Latu e Isfinis. Luego preguntó:

—¿Qué demanda tu señor a esta mujer?

El hombre contestó como disgustado:

—Mi señor dice que esta mañana se encontró con esta mujer. Quiso incorporarla a sus esclavas y en cambio ella lo rechazó desafiante, lo empujó con desfachatez y esto es algo que mi señor ha considerado como un ataque a su honor militar.

Las palabras del hombre dichas con altanería provocaron un alboroto de disgusto entre los presentes. Todas las bocas se abrieron en murmullos y murmuraciones. El juez hizo a la gente una seña con su cetro y todos quedaron silenciosos. Luego dirigió la pregunta a la mujer:

—¿Qué dices a eso, mujer?

Iba guardó silencio, pero desesperanzada de que fueran a ser justos con ella se atrevió a decir la verdad.

—Lo que ha dicho este hombre no es cierto.

El juez montó en cólera y dijo zarandeándola:

—Cuidado con decir algo que alcance al gran rango del demandante y compliques aún más tu delito. Cuenta y deja que preguntemos nosotros.

La mujer se puso roja de indignación, pero dijo mientras seguía conservando su tranquilidad:

—Iba andando por el barrio de los cazadores y un carro se interpuso en mi camino. Bajó un oficial y me invitó a subir, sin darme tiempo a pensar y sin que yo lo conociera de nada. Me asusté y quise evitarlo, pero él me tomó de la mano con fuerza insistiendo en que me honraba en incorporarme a sus mujeres. Le contesté que rechazaba lo que me pedía; no obstante, él se burló de mí y dijo que el aparente rechazo de la mujer es, en realidad, una aceptación.

El juez hizo una señal y la mujer enmudeció, como si le molestara que tocara unos detalles que dejaban mal parado al oficial.

—Contesta, ¿le has agredido? —le preguntó.

—No, señor. Sólo insistí en rechazar su propuesta e intenté evitarlo. Pero no le agredí ni física ni verbalmente. Esto pueden testimoniarlo un grupo de residentes del barrio.

—¿Te refieres a los pescadores?

—Sí, señor.

—No se acepta ese testimonio en este sagrado lugar.

La mujer calló y apareció en sus ojos una mirada de asombro indecisión.

—¿Tienes algo más que alegar? —le preguntó el juez.

—No, señor, y os juro que no le he hecho daño alguno ni de palabra ni de acción.

—El demandante es una persona honorable. Es un comandante de la guardia del faraón. Lo que él dice es verdad, a menos que presentes pruebas convincentes que lo avalen.

—¿Cómo podré refutarlo si el tribunal ha rechazado escuchar a mis testigos?

—Los pescadores no entran en este lugar, a menos que vengan como inculpados —replicó el juez con energía, y desvió la mirada para dirigirse a sus compañeros a consultar con ellos un rato. Luego se incorporó en su asiento y, dirigiéndose a la señora Ibana, exclamó:

—Mujer, el comandante sólo quería tu bien, pero tú se lo has pagado de la peor manera que se pueda imaginar. El tribunal te da la opción de elegir entre pagar una multa de cincuenta piezas de oro o la cárcel durante tres años, además de ser azotada.

Los presentes escucharon el veredicto y todos parecieron satisfechos, menos uno, que gritó en tono desesperado, como si hubiera perdido la continencia.

—Señor juez... Esta señora ha sido injustamente condenada. Soltadla porque es inocente..., perdonadla porque es inocente.

El juez volvió a montar en cólera. Echó al protesten una mirada que lo acalló y todos los ojos se dirigieron a él desde todos los rincones de la sala. Isfinis lo reconoció en seguida y dijo a su compañero con cierto asombro:

—Es el joven a quien no le gustó nuestra conversación con él, el que nos acusó de ser esclavos de los hicsos. —Isfinis estaba triste y acongojado. Añadió—. No dejaré que este estúpido juez mande a esa señora a la cárcel.

—Nuestra misión es mucho más trascendental que salvar a una mujer con quien han sido injustos. ¡Ojo con las consecuencias que nos pueda acarrear! —dijo Latu con cierta preocupación.

No escuchó a su amigo pero esperó hasta que el juez le preguntó a la mujer:

—¿Pagarás lo que se te pide al contado?

Isfinis se puso de pie y dijo con una voz sonora y decidida:

—Sí, señor juez.

Todas las cabezas se volvieron para ver al generoso y atrevido joven que se ofrecía a salvar a la mujer en el último momento. Ibaña lo miró asombrada, lo mismo que al joven que levantó su voz llorando y suplicando para defenderla. No obstante, el delegado del comandante le dirigió una mirada asesina, preludio de una severa amenaza. El joven, sin embargo, no hizo caso a nadie y avanzó hasta el estrado del tribunal, destacando por su alta y esbelta estatura y su hermoso rostro y pagó la multa requerida por el tribunal.

El juez se puso a pensar desconcertado, preguntándose: «¿De dónde le vendrá el oro a este campesino? ¿De dónde ha sacado esa valentía?». Como no podía hacer otra cosa, se dirigió a la mujer diciéndole:

—Mujer, vete libre, y que lo que ha estado a punto de acaecerte te sirva de escarmiento.

7

Abandonaron la sala de justicia Latu, Isfinis, Ibaña y el extraño joven. De camino, la mujer miró a Isfinis y le dijo con voz casi inaudible:

—Señor, vuestra gentileza me ha salvado de las tinieblas de la cárcel. Me habéis atado con vuestra buena acción y me habéis cargado con una deuda que nunca podré devolver.

El joven le tomó la mano y se la besó con los ojos anegados en lágrimas. Luego le dijo con voz enronquecida:

—Dios me perdone que haya pensado mal y os recompense todo el bien que nos habéis hecho salvando a mi madre de la cárcel y del dolor de la tortura.

Estas palabras impresionaron a Isfinis, quien con delicadeza y ternura explicó:

—No os preocupéis por eso. Habéis sido víctimas de una despiadada injusticia y cuando la injusticia recae sobre una determinada persona duele a todas las almas justas. Lo he hecho sencillamente porque me enfurecí y con ello quise aliviar mi enfado. No hay ni deuda ni pago.

El argumento no convenció a Ibaña, pero aún impresionada y agitada exclamó:

—¡Qué acción tan noble! ¡Qué acción tan indescriptible por encima de cualquier alabanza!

El hijo, menos impresionado, vio cómo Isfinis lo miraba y para disculparse terció:

—Al encontraros, pensé que erais artesanos de los hicsos, eso dabais a entender con vuestra lujosa apariencia, y he aquí que sois gentiles egipcios que no sé de dónde habéis venido. Juro no

separarme de vosotros hasta que visitéis nuestra sencilla choza. Celebraremos nuestro encuentro con un vaso de cerveza. ¿Qué decís?

La invitación le gustó a Isfinis, pues estaba deseando mezclarse con los suyos. Además, el valor y gentileza del joven le atraía.

–Aceptamos la invitación con mucho gusto –dijo.

Tanto el joven como su madre se alegraron, aunque ella manifestó:

–Ruego que nos perdonéis las molestias, porque vais a encontrar que nuestra choza es indigna de vuestro rango.

–La presencia de los dueños de la choza nos compensará –replicó Latu–, a pesar de que somos mercaderes acostumbrados a las penalidades de la vida y a los contratiempos.

Siguieron andando, sumidos en una sensación común de afecto mutuo, como si fueran amigos de toda la vida. De camino, Isfinis preguntó al hijo de Ibaná:

–¿Cómo te llamas? Yo soy Isfinis y éste es mi amigo Latu.

El joven bajó la cabeza respetuosamente y dijo sonriendo:

–Me llamo Ahmose.

Isfinis sintió como si le estuvieran llamando a él y miró con extrañeza al joven.

Llegaron a la choza después de haber andado durante media hora. Era del estilo de la de los pescadores. Tenía una terraza exterior y dos pequeñas habitaciones. No obstante, a pesar de la sencillez de su mobiliario y de la evidente pobreza, era limpia y ordenada. Ahmose y sus dos invitados se sentaron en la terraza y abrieron la puerta de par en par para que entrase la brisa del Nilo y así gozar del espléndido panorama. Ibaná se fue a preparar algo para beber y se quedaron un rato intercambiándose las miradas. Luego Ahmose dijo, tras cierta vacilación:

–Es extraño encontrar a egipcios con vuestro aspecto. ¿Cómo os han permitido los hicsos enriqueceros sin que seáis artesanos suyos?

Isfinis contestó:

–Somos egipcios de Nubia y hemos entrado en Tebas hoy mismo.

El joven dio un salto de júbilo y alegría y exclamó:

–¡Nubia! Muchos emigraron allí cuando los hicsos conquistaron nuestra tierra. ¿Sois de los que emigraron?

Latu era desconfiado por naturaleza y contestó rápidamente, adelantándose a Isfinis:

–No, somos de los que emigraron antes, para comerciar...

–¿Y cómo habéis podido entrar en Egipto, si los hicsos han cerrado las fronteras?

Los dos mercaderes se dieron cuenta de que Ahmose, a pesar de su juventud, sabía muchas cosas. Isfinis sentía hacia él cierto cariño y confianza, y le contó cómo habían entrado en Egipto. Mientras tanto, Ibaná volvió con los vasos de cerveza y pescado asado. Se los sirvió y se sentó a escuchar la historia de Isfinis que terminó sus

aventuras diciendo: «El oro pierde a esa gente y arrebató sus corazones. Iremos a ver al nomarca del Sur para enseñarle las cosas más raras que traemos. Esperamos que acepte o que nos consiga un permiso para el intercambio mercantil entre Egipto y Nubia y reanudar nuestro trabajo y nuestro comercio, como hacíamos antes».

Ibana les ofreció los vasos de cerveza y el pescado y dijo:

—Si conseguís lo que pretendéis, trabajaréis solos, pues ni los hicsos ni los egipcios trabajan en el comercio en su actual situación de miseria.

Los dos mercaderes no tenían nada que decir acerca del asunto y prefirieron callar. Comieron pescado y bebieron cerveza, agradeciéndoselo mucho a la señora y alabando su sencilla mesa. Ella se sonrojó y agradeció al joven su buena obra. Tan impresionada estaba que dijo:

—Me has tendido tu generosa mano en el momento oportuno. ¡Cuántos míseros egipcios están aplastados por la piedra de la injusticia mañana y tarde sin poder dar con quien les ayude!

Ahmoose era de temperamento impulsivo. Apenas oyó lo que dijo su madre, se puso rojo de cólera y con genio y manifiesto malhumor dijo:

—Los egipcios somos esclavos, nos echan las migajas y nos azotan. El monarca, los visires, los comandantes, los jueces, los funcionarios y los propietarios son todos hicsos. El mando es ahora de los blancos de sucias barbas, mientras que los egipcios no somos más que esclavos en las tierras de las que éramos dueños en el pasado.

Isfinis miraba a Ahmoose mientras hablaba con ojos de admiración y cariño; Latu, por el contrario, no levantaba la vista del suelo para disimular su impresión.

—¿Y hay muchos descontentos por tal injusticia? —preguntó Isfinis.

—Sí, pero todos disimulamos el enfado y aguantamos la maldad. Es el caso del débil que nada puede hacer. Y yo me pregunto: ¿acaso no tiene fin esta noche? Ya han pasado diez años desde que Amón, enojado con nosotros, quiso que le despojaran a nuestro rey Sekenenre de su corona.

El corazón de los mercaderes latió con fuerza. Isfinis se puso rojo mientras que Latu miró asombrado al joven y le preguntó:

—¿Y cómo sabes esta historia, a pesar de tu corta edad?

—Mi memoria guarda pocas y nebulosas imágenes, pero son imborrables. Son imágenes de los primeros años de la desgracia, aunque le debo a mi madre la historia de la desgraciada Tebas, que no cesa de repetirme...

Latu miró a Ibana con extrañeza. Ella se inquietó y el hombre dijo para tranquilizarla:

—Eres una buena mujer y tu hijo un joven noble.

Latu pensó que la mujer, a pesar de todo, seguía siendo precavida. Quería preguntar sobre algunos asuntos que le concernían

personalmente, pero prefirió dejarlo para otra ocasión. El anciano cambió inteligentemente el curso de la conversación, dirigiéndola hacia temas triviales, y devolvió la tranquilidad a todos. Confiados se intercambiaron sentimientos de verdadera amistad. Cuando los dos comerciantes quisieron abandonar la casa, Ahmose le dijo a Isfinis:

—¿Cuándo vais a ir a ver al nomarca de las tierras del Sur?

—Quizá mañana —contestó Isfinis, un poco extrañado por la pregunta.

—Tengo que pedirlos algo.

—¿Qué?

—Que me dejéis acompañaros a su mansión.

A Isfinis le pareció una buena idea y dijo:

—¿Conoces el camino?

Ibana quiso interponerse en la decisión de su hijo, pero éste la hizo callar con una señal nerviosa de la mano. Isfinis sonrió y dijo:

—Si no hay ningún impedimento, serás nuestro guía.

8

La mañana del segundo día transcurrió para Isfinis ultimando los preparativos para la visita al gobernador. Isfinis daba mucha importancia a esta visita. Sabía que todas sus esperanzas dependían de lo que consiguiera en ella, y lo mismo sucedía con las esperanzas de los demás. Cargó su nave con cofres llenos de curiosidades y animales raros; llevaba además al enano Zulú y un buen número de esclavos. Antes del atardecer llegó Ahmose, subió a bordo, los saludó alegremente y dijo:

—Desde ahora seré uno de vuestros esclavos.

Isfinis lo tomó del brazo y entraron los tres en la cámara; luego la nave zarpó con rumbo al Norte favorecida por un tiempo despejado y un viento apacible. Reinó el silencio entre los que estaban en la cámara, sumidos en sus pensamientos, mirando de vez en cuando la playa de Tebas. La nave pasó por delante de los barrios pobres, luego llegó a los majestuosos palacios rodeados de palmeras y sicómoros donde revoloteaban pájaros de todas las especies. Detrás se extendían los verdes campos, surcados por arroyos y ríos plateados, los palmerales y los viñedos. En las praderas pastaban rebaños de toros y vacas. Por doquier se inclinaban sudorosos los pacientes campesinos desnudos, y sobre la ribera se extendían las redes sacadas del Nilo entre suaves melodías. La brisa jugueteaba con las hojas de los árboles llevando el aroma de las plantas, el canto de los pájaros, el bramido de los toros y el oloroso perfume de las flores. Isfinis sintió los dedos de los recuerdos jugar en su cálida frente. Le vinieron a la memoria los días de primavera, cuando salía al campo sobre su palanquín, rodeado de esclavos y la guardia, mientras los campesinos lo saludaban con alegría por su límpida juventud y le arrojaban flores a su paso.

Le volvió en sí la voz de Ahmose que decía:

–Este es el palacio del gobernador.

Isfinis lanzó un suspiro y miró hacia donde indicaba el joven. Latu miró también en la misma dirección sin poder evitar que mará a sus ojos una expresión de asombro e incredulidad.

La nave puso la proa hacia el palacio y navegó sin remos. Oí embarcación de guerra con soldados le cortó el paso y su oficial gritó con voz colérica y altanera:

–Aleja tu sucia embarcación, campesino.

Isfinis salió a cubierta y se acercó a la borda de la nave. Saludó al oficial respetuosamente y le dijo:

–Tengo una carta personal para el gobernador.

–Dámela y espera –le espetó el oficial, dirigiéndole una mirada despectiva.

Isfinis sacó el escrito del bolsillo de su túnica y se lo dio al oficial. Éste lo examinó atentamente, dio orden a sus hombres que llevaran la nave hasta el muelle del jardín y llamó a un guardián, quien entregó la carta. Éste la cogió y se ausentó, volviendo al cabo de un rato apresuradamente y susurró unas palabras al oficial. Éste hizo una señal a Isfinis para que se acercara con su nave.

Isfinis mandó a sus marineros que remasen hasta que la embarcación atracó junto al muelle del palacio. El oficial le dijo:

–Su Excelencia está esperando. Llévale tus mercancías.

El joven mandó a los nubios, entre los que se encontraba Ahmose, que llevaran los cofres. Otros cargaron las jaulas de los animales y el palanquín de Zulú. Latu le dijo a Isfinis al despedirlo:

–Que Amón te acompañe.

Isfinis alcanzó a la caravana que en aquel momento cruzaba frondoso jardín en absoluto silencio.

9

El mercader fue al encuentro del gobernador. Un criado lo siguió a la sala de recepciones con los esclavos portando detrás su carga. El joven Isfinis se encontró de pronto en un vestíbulo lujoso y elegante. El arte se echaba de ver en el suelo, en las paredes y en el techo. En el centro de la sala se hallaba sentado el gobernador en un cómodo almohadón, vestido con una túnica amplia, parecía la masa de una estatua bien esculpida. Sus facciones eran fuertes y pronunciadas, sus ojos vivos y despedían reflejos de valentía, arrojo y sinceridad.

Isfinis hizo una señal a sus hombres para que dejaran los cofres y las jaulas.

–Que el adorado dios Seth os proteja, venerable gobernador.

El nomarca le dirigió una de sus miradas penetrantes y apreció su noble aspecto y su estatura. En su rostro apareció un atisbo de confianza y le preguntó.

—¿De verdad vienes de Nubia?

—Sí, señor.

—¿Y qué pretendes con este viaje?

—Deseo regalar a los señores de Egipto rarezas que se encuentran en las tierras de Nubia. Espero que sean de su agrado y pidan más.

—¿Y qué pides tú a cambio?

—La parte que sobra de las cosechas en Egipto.

El gobernador movió su gruesa boca, dejando que en sus ojos apareciese una mirada burlona. Sosteniéndola, le dijo con franqueza:

—Tienes poca edad, pero eres muy atrevido y aventurero. Por fortuna me gustan los aventureros... Ahora enséñame lo que llevas.

Isfinis llamó a Ahmose. El joven se acercó al gobernador y puso un cofre a sus pies. El mercader lo abrió y dentro aparecieron diversas joyas hechas de zafiros. El gobernador las contempló una a una con ojos ávidos, codiciosos y maravillados, y les fue dando vueltas entre las manos, luego le preguntó al joven:

—¿Hay muchas joyas de éstas en Nubia?

Isfinis contestó con ingenio, pues había preparado la respuesta antes de entrar en Egipto.

—Es curioso, señor, que estas piedras preciosas se encuentren en lo más profundo de los bosques de Nubia, donde abundan las fieras y las enfermedades más peligrosas.

Luego presentó al gobernador un cofre de esmeraldas, otro de coral, un tercero de oro y un cuarto de perlas. El nomarca los fue examinando despacio y maravillado, hasta quedar al final como ebrio. Luego le presentó las jaulas de las gacelas, las jirafas y los monos diciendo:

—Estos animales estarán muy bien en el jardín del palacio.

El gobernador sonrió y dijo para sí: «Vaya joven, es más imparable que un demonio». El asombro del gobernador llegó a su máximo grado cuando descorrieron la cortina del palanquín y apareció Zulú, como una criatura extraña. El gobernador no pudo evitar levantarse, se acercó al palanquín y comenzó a dar vueltas alrededor de él.

—¡Qué extraño! ¿Es animal o humano? —preguntó.

—Es humano, señor, y forma parte de un pueblo muy numeroso —contestó Isfinis sonriendo.

—Esto es lo más extraño que he visto u oído en mi vida. —Llamó a un esclavo y le dijo—: Llama a la princesa Ameniridis, a mi esposa y a mi hijo.

Fueron llegando los invitados del gobernador e Isfinis pensó que sería mejor, por respeto, bajar la vista. Pero oyó una voz dulce que le hizo temblar:

—¿Por qué nos has hecho llamar, gobernador?

Miró de reojo el joven mercader a los que entraban y vio en primer lugar a la princesa que había visitado el día anterior su flota y había elegido el corazón de esmeralda. Su aspecto era deslumbrante y producía el efecto de un calor bochornoso. El joven sospechó que el gobernador Jinzar y su esposa eran de la familia de los faraones. No obstante, vio otro rostro que no era tampoco nuevo para él, era el rostro del hombre que seguía a la princesa y a la esposa del gobernador. Ni más ni menos que el juez que había juzgado a Ibana el día anterior. No dejó de advertir el gran parecido entre él y el gobernador. Sin duda, la princesa y el juez le habrían reconocido porque le miraban significativamente. El gobernador ignoraba el reconocimiento mutuo que se verificaba a su alrededor en silencio. Se inclinó ante la princesa y exclamó:

—Vamos, princesa. Mirad lo más caro que ha albergado la tierra y lo más extraño que ha aflorado a su superficie.

Dio una vuelta en torno a los cofres llenos de piedras preciosas y alrededor de las jaulas de animales y al palanquín de Zulú. Todos acudieron a curiosear, asombrados. El enano recibió su parte de admiración y extrañeza por parte de todos, especialmente de la esposa del gobernador, que era la más asombrada. Era aficionada a las piedras preciosas de tal manera que se la tenía por entendida. No dejaba de mirar los cofres de marfil muy atentamente, mientras tanto el juez se dirigía a Isfinis con estas palabras:

—Ayer me preguntaba a mí mismo acerca del origen de tu fortuna, y ahora lo sé todo.

El gobernador miró alternativamente a Isfinis y a su hermano. A este último le preguntó:

—¿A qué te refieres, juez Sanamut? ¿Conocías ya a este joven?

—Sí, gobernador. Lo vi ayer en el juzgado. Aparenta estar muy orgulloso de sí mismo y de su fortuna. Donó cincuenta piezas de oro para rescatar de la cárcel y del azote a una campesina acusada de menospreciar al comandante Raj. Ya ves, señor, que el comandante, en un solo día, soportó el desprecio de una campesina y el de un campesino que desafió su enfado.

La princesa Ameniridis esbozó una suave y burlona sonrisa y dijo mirando al joven:

—¿Y qué hay de extraño en eso, juez Sanamut? ¿No es natural que un campesino se preste a defender a una campesina?

—La realidad, señora, es que los campesinos no pueden hacer nada, sino el oro y su fascinación. Acertó quien dijo que si quieres sacarle provecho a un campesino, empobrécelo y luego dale de latigazos.

El gobernador, en cambio, que era un gran admirador de los actos atrevidos y valientes, dijo:

—El mercader es un joven atrevido. Traspasar nuestras fronteras no es más que un acto de valentía. ¡Bienvenido! ¡Bienvenido! Ojalá fuera un guerrero para luchar contra él, pues mi espada está oxidada de tanto permanecer envainada.

La princesa Ameniridis dijo con su acostumbrado tono irónico:

—¿Por qué no tienes clemencia, juez Sanamut, si estoy en deuda con él?

—¿Dices que estás en deuda con él, princesa? ¡Vaya palabra!

Ella rió de la extrañeza del gobernador y le contó cómo había visto la flota y cómo Zulu la había atraído hasta el punto de embarcar en la nave donde había elegido el precioso collar. Contaba su historia con un tono que reflejaba el atrevimiento y la libertad de que gozaba, y cierta tendencia a la ironía y al humor. El asombro del gobernador Jinzar se disipó.

—¿Por qué habéis elegido un corazón verde, Alteza? Sabemos lo que significa un corazón blanco y un corazón negro, pero ¿qué significa un corazón verde? —preguntó.

La princesa respondió riendo:

—¿Por qué no le formulas la pregunta al vendedor del corazón?

Isfinis, que escuchaba callado y con aspecto triste, dijo:

—El corazón verde, Alteza, es el símbolo de la fertilidad y del cariño.

—¡Qué grande es mi necesidad de ese corazón! Pues algunas veces me siento agresiva hasta el punto de agredirme a mí misma — respondió la princesa.

En aquel momento, el gobernador Sanamut miraba atentamente a Zulu e intentó dirigir la mirada de la mujer de su hermano hacia él, pero esa mirada se negó a desviarse de los cofres de piedras preciosas. El juez, disgustado por el aspecto del enano, exclamó:

—¡Vaya criatura tan fea!

—Es del pueblo de los enanos. A ellos no les gusta nuestra imagen. Piensan que el Creador metamorfoseó nuestros rasgos y afeó nuestras extremidades —replicó Isfinis.

El gobernador Jinzar soltó una gran carcajada y dijo:

—Tus palabras son aún más extrañas que el propio Zulu y que todas las extrañas criaturas y rarezas que traes.

Sanamut, echando una mirada sospechosa a Isfinis, dijo autoritariamente:

—Veo que este joven mezcla nuestras ideas con sus imaginaciones. Es seguro que los enanos no pueden apreciar el significado de lo que es bueno y de lo que es feo.

La princesa Ameniridis miró al enano como disculpándose y dijo:

—¿Te da asco mirarme a la cara, Zulu?

Jinzar volvió a soltar otra carcajada y el corazón de Isfinis se alteró por tanta belleza y tanta melosidad. En aquel momento deseaba no

quitarle la vista de encima. Volvió a reinar el silencio y el joven pensó que ya era hora de marcharse ante el temor de que el gobernador le despidiera sin haber abordado el tema que le interesaba.

—¿Es posible, excelso gobernador, que yo aspire a realizar mis deseos a la sombra de vuestra generosa protección? —le preguntó al gobernador.

El nomarca se quedó pensativo, mientras su mano jugueteaba con su barba negra. Luego dijo:

—Nuestro pueblo ya está cansado de guerras y conquistas. Ahora es tiempo del ocio y el lujo. Además, por su naturaleza, desprecia el comercio. No hay forma de conseguir estas preciosas rarezas si no es por medio de aventureros como tú. No obstante, no quiero contestarte nada hasta consultarlo con mi señor el faraón. Elevaré ante su Suprema Majestad lo mejor de estas preciosidades. Quizá sea de mi opinión.

Isfinis se alegró por ello y dijo:

—Señor gobernador, tengo para nuestro señor el faraón un regalo precioso, hecho especialmente para él.

El nomarca lo miró atentamente y se le ocurrió una idea para acercarle a su señor.

—A finales de este mes —le dijo—, el faraón celebrará la fiesta de la victoria, como es costumbre desde hace años. Posiblemente os utilice a ti y a tus enanos como una buena sorpresa para él. Entonces le presentarás tu regalo, que no dudo que esté a la altura de su dignidad. Dime tu nombre y el lugar donde vives.

—Me llamo Isfinis, señor, y vivo donde atraca mi flota, en el muelle, junto al barrio de los pescadores, al sur de Tebas.

—Mi mensajero irá a buscarte pronto.

El joven se inclinó con gran veneración y abandonó el lugar, seguido por sus esclavos. La princesa clavaba sus ojos en el rostro de Isfinis mientras hablaba al gobernador de sus aspiraciones y éste le escuchaba. Lo siguió con la mirada al salir, quedándose admirada de la belleza y la nobleza patentes en su rostro y en su estatura. Le dio lástima ver que su suerte en la vida no era más que el comercio y unos enanos. ¡Ay! ¡Cuánto deseaba que esa estatura se diera en el cuerpo de uno de los suyos, todos bajos y rechonchos! No obstante, la había encontrado en el cuerpo de un egipcio que comerciaba con enanos. Sintió que la imagen de ese hermoso joven trastocaba los sentimientos de su corazón. Enfadada, les dio la espalda al gobernador y a los suyos y abandonó el lugar.

Isfinis volvió al jardín con sus esclavos pisando los talones del guía. Aspiró una bocanada del aire puro de Tebas y consiguió calmar su

agitación interior. Lo aspiró profundamente, llenando bien los pulmones y saboreando los resultados de esta visita como un gran éxito. No obstante, no se le iba del pensamiento la princesa Ameniridis, se imaginaba su rostro luminoso, su pelo dorado, sus labios carmesí y el corazón de esmeralda que colgaba sobre su pecho. ¡Dios mío! Tendrá que rehusar que se lo paguen para que su corazón se quede con el de ella. Dijo para sí: «La princesa es la aliada de la buena vida y del amor. Sin duda creará que todo lo que existe en el mundo está al alcance de su mano. Atrevida y simpática, lo es, pero su simpatía es la de los poderosos, agresiva. Se rió con el gobernador, burlándose de un mercader extranjero que apenas tiene dieciocho años. Si mañana la viera a lomos de un caballo disparando flechas, no me extrañaría».

No obstante, se prometió a sí mismo no entregarse a estos pensamientos. Para cumplir su promesa, volvió a recordar su éxito y se lo atribuyó al gobernador Jinzar. Era un gobernador enérgico y valiente, y un hombre de gran corazón. Quizá fuera también un gran necio, pues su amor al oro era tan grande como el de la mayoría de su pueblo, capaz de digerir los grandes regalos de oro, perlas, esmeraldas y zafiros, los animales y al pobre Zulú, sin ni siquiera una palabra de agradecimiento. Afortunadamente, esta avaricia era la que le había abierto las puertas de Egipto, la que le había llevado hasta el palacio del nomarca y muy pronto lo llevaría al palacio del faraón. Ahmose caminaba a su lado, y hubo un momento en que le oyó susurrar: «¡Sharifí!». Creyendo que le llamaba, se dio media vuelta y vio que miraba a un anciano que con pasos débiles cruzaba con una cesta de flores el jardín. El anciano oyó la voz y se volvió, buscando con sus débiles ojos a quien lo llamaba, pero Ahmose le dio la espalda para no cruzarse las miradas. Isfinis se quedó asombrado y lo miró con extrañeza, pero el joven bajó la vista sin decir palabra.

Llegaron a la nave, subieron a bordo y se encontraron a Latu esperándolos, con la impaciencia reflejada en el rostro. Isfinis sonrió y dijo:

—Hemos acertado, gracias a Amón.

Levaron anclas, movieron los remos y zarparon sin más. El joven se acercó al anciano y le contó el desarrollo de la entrevista, hasta que un llanto emocionado les cortó la conversación. Buscaron su procedencia y vieron a Ahmose apoyado en la pared de la nave, llorando como un niño. Isfinis se asustó y recordó lo que sin entender sucedió en el jardín. Se acercó a él, seguido de Latu, y le puso la mano en el hombro diciéndole:

—Ahmose, ¿cuál es la causa de tu llanto?

El joven, como si no le hubiera oído, no le respondió, tan vencido estaba por el triste llanto que le anegaba los ojos y le había hecho perder la conciencia del entorno. Los dos empezaron a preocuparse.

Lo cogieron, lo llevaron a la cámara y lo sentaron entre ellos. Isfinis le llevó un vaso de agua y le preguntó:

—¿Qué te hace llorar, Ahmose? ¿Conoces al anciano a quien llamaste Sharif?

—¿Cómo no lo voy a conocer? ¿Cómo no lo voy a conocer? —respondió Ahmose entre sollozos.

—¿Quién es? ¿Y por qué te hace llorar así? —le preguntó, extrañado. La tristeza lo sacó de su mutismo y reveló su secreto:

—¡Ay, mi señor Isfinis! Este palacio al que entré como uno de tus criados es el palacio de mi padre.

El asombro apareció en el rostro de Isfinis y Latu lo escudriñó atentamente mientras Ahmose proseguía su narración entre amargos y tristes sollozos:

—Este palacio en que habita el gobernador no es más que el fruto de la rapiña de Jinzar. Él fue la cuna de mi infancia, la pradera de mi juventud. Entre sus altos muros pasó mi desgraciada madre su bella juventud y en el regazo de mi padre su felicidad, antes de que ocurriera la catástrofe en Egipto y su tierra fuera pisoteada por los conquistadores.

—¿Quién fue tu padre, Ahmose?

—Mi padre fue el comandante del ejército de nuestro faraón Sekenenre.

—¿El comandante Pepi? ¡Dios mío! Cierto, éste era el palacio del valiente comandante —exclamó Latu.

Ahmose miró a Latu con asombro y le preguntó:

—¿Conociste a mi padre, Latu?

—¿Acaso hay alguien de mi generación que no lo conociera?

—El corazón me dice que eres uno de los señores desterrados a causa de la conquista.

Latu cerró la boca para no mentir al hijo de Pepi y le preguntó:

—¿Y cómo acabó la vida del valiente comandante?

—Cayó mártir, señor, en la última defensa de Tebas. Mi madre cumplió el consejo que le dio de escapar llevándonos al barrio pobre donde vivimos ahora. Los antiguos señores de Tebas igualmente se dispersaron, unos disfrazándose con harapos y otros mudándose al barrio de los pescadores. La familia de nuestro faraón se fue por mar hacia un lugar desconocido y el templo de Amón cerró sus puertas con sus sacerdotes dentro y se cortó todo contacto entre ellos y el mundo exterior. Es decir, que se dejó el ambiente propicio para que los blancos con barba pisotearan la tierra alegremente y lo poseyeran todo. Jinzar fue más afortunado que ninguno, ya que el rey de los hicsos lo desposó con su hermana, le regaló la finca y el palacio de mi padre y le nombró nomarca del Sur, en recompensa de su vil acción.

—¿Y cuál fue la vileza del gobernador? —preguntó Latu.

Ahmoose ya se había tranquilizado un poco y hablaba con un tono más sereno aunque denotaba la rabia que le embargaba.

—Sus sucias manos fueron las que acabaron con la vida de nuestro faraón Sekenenre.

Isfinis dio un respingo como si se hubiera quemado el asiento, perdió la paciencia y se puso de pie amenazante, con la cólera reflejada en el rostro. Mientras tanto, Latu bajó la vista, jadeante y con el rostro enrojecido. Ahmoose miró a uno y a otro y finalmente comprendió que ambos compartían sus abrasadores sentimientos. Levantó la vista hacia el cielo y dijo:

—Que Dios bendiga este sagrado enfado.

La nave atracó en el embarcadero a la hora en que el sol se ocultaba en el Nilo y el horizonte se teñía de rojo. Se dirigieron luego a la casa de Ibaná y encontraron a la señora encendiendo una lámpara. Cuando los oyó entrar, se dirigió a ellos con una sonrisa de bienvenida. Latu e Isfinis se acercaron a ella y se inclinaron respetuosamente.

—Que el Señor haga buena la tarde de la viuda de nuestro gran comandante Pepi —dijo el anciano con voz grave.

La sonrisa desapareció de los labios de la mujer y sus ojos se abrieron desencajados por el asombro y el temor. Echó una mirada de reproche e inculpación a su hijo. Quiso decir algo pero no pudo: sus ojos se llenaron de lágrimas. Ahmoose se acercó a ella y le cogió la mano entre las suyas, diciéndole cariñosamente:

—Madre, no te preocupes ni te entristezcas, estos dos hombres no me han hecho más que bien y ellos son de los desterrados por la injusticia, que vienen atraídos por la nostalgia a ver de nuevo el país.

La mujer se tranquilizó y les tendió la mano. Ellos la miraron con ojos límpidos y sinceros y se sentaron todos juntos.

—Tenemos el gran honor —dijo Isfinis— de sentarnos junto a la viuda de nuestro valiente comandante Pepi que murió defendiendo Tebas, alcanzando a su señor por el mejor de los caminos, y junto a su joven y entusiasta hijo Ahmoose.

—Me siento muy feliz —contestó Ibaná— de la suerte que me ha traído a dos generosos hombres de la antigua época para recordar juntos nuestros días pasados y sentir juntos nuestro presente. Ahmoose es un joven de gran entusiasmo, digno de su nombre. Su padre le puso este nombre por considerar de buen augurio el nombre de Ahmoose, nieto de nuestro faraón Sekenenre, hijo del príncipe Kamose, pues nacieron el mismo día. Que Dios le dé buenas tardes, dondequiera que esté.

Latu abrió las manos en señal de asentimiento y aprobación y luego añadió con sinceridad:

—Que Amón guarde a nuestro amigo Ahmoose y que guarde a su homónimo esté donde esté.

La amistosa relación entre los dos mercaderes y la familia de Ibaná se consolidó infinitamente. Vivían como una sola familia que no se separaba más que en el primer tercio de la noche. Así los dos hombres se enteraron de que el barrio de los pescadores estaba lleno de señores camuflados: comerciantes y terratenientes de la antigua Tebas. Los dos hombres se alegraron por ello y quisieron conocer a algunos de los más destacados. Confesaron su intención a Ahmose, después de asegurarse de la fiabilidad de la gente y el joven acogió con agrado la idea eligiendo a cuatro de los parientes más próximos de su madre: Sanab, Ham, Kum y Dib, a quienes reveló la verdadera identidad de los mercaderes. Un día les invitó a su casa, donde luego llegaron Latu e Isfinis. Los hombres vestían ropas pobres: un vestido corto y una chaquetilla vieja de lino. Dieron la bienvenida a los dos mercaderes e intercambiaron saludos que denotaban una sincera amistad y emoción.

—Los que tenéis delante son como vosotros —dijo Ahmose—, antiguos señores de Egipto; pero todos llevan sobre su alma la desgraciada vida de los pescadores, mientras esos malditos pastores poseen sus tierras.

Ham preguntó a los dos mercaderes:

—¿Sois de Tebas, señores?

—No, señor, pero un día fuimos terratenientes de Ambus —respondió Latu.

—¿Y emigraron a Nubia muchos como vosotros? —preguntó Sanab.

—Sí, señor. En Nubia precisamente hay cientos de egipcios de Ambus, Siyin, Habu y de la propia Tebas —dijo Latu.

Los hombres se intercambiaron unas miradas de comprensión. Ninguno de ellos dudaba de los mercaderes, después de que Ahmose les contó lo que había hecho Isfinis por su madre en el tribunal.

—¿Y cómo vivís en Nubia, Latu? —preguntó Ham.

—Llevamos una vida desventurada, como los propios nubios. En Nubia la tierra es rica en oro, pobre en cosechas...

—Sin embargo sois felices, puesto que no os alcanzan las manos de los pastores.

—Sin duda alguna. Por eso no dejamos de recordar a Egipto y a su gente esclavizada.

—¿No tenemos en el Sur ninguna fuerza militar?

—Sí, pero es una fuerza pequeña, en ella se apoya Raum, el gobernador, para mantener el orden.

—¿Y cuál es el sentimiento de los nubios hacia nosotros después de la conquista?

—Los nubios nos quieren y admiten gustosos nuestro gobierno. Por eso Raum no tiene dificultad alguna en gobernar el país con tan

escasas fuerzas. Si se hubiera rebelado, no habrían encontrado ejército alguno que los parase...

Las ilusiones empezaron a brillar en los ojos de la gente. Ahmose ya les había contado cómo los dos hombres pudieron cruzar la frontera y visitar al nomarca, y cómo Isfinis presentaría un regalo a Apofis el día de la celebración de la fiesta de la victoria. Ham le preguntó, disgustado:

—¿Y qué pretendes con presentar tu regalo a Apofis?

—Despertar su codicia —dijo Isfinis—, que me permita comerciar entre Nubia y Egipto e intercambiar oro por trigo...

Callaron todos. Isfinis se quedó pensando y como le pareció oportuno avanzar un poco más en su proyecto, dijo poniendo énfasis en sus palabras:

—Escuchadme con atención, señores. El comercio no es nuestro objetivo. Tampoco ha de ser éste el objetivo de unos hombres que han venido a vernos a la casa de la viuda del comandante Pepi. Esperamos que nuestras flotas establezcan la necesaria conexión entre Egipto y Nubia. Queremos que un grupo de vosotros se incorpore a nuestra misión como aparentes trabajadores y poderos llevar con nuestra gente del Sur. Traeremos oro a Egipto y volveremos cargados de trigo y hombres. Quizá algún día lleguemos sólo con hombres...

Todos escucharon extasiados con una mezcla de alegría y extrañeza. En sus ojos brillaba una chispa de esperanza.

—¡Dios mío! ¡Qué voz más hermosa es ésta que resucita en nuestras almas la extinguida esperanza! —exclamó Iba.

—¡Dios mío! —dijo Ham—. La vida se propaga en las tumbas de Tebas. —Y añadió—. ¡Oh, joven, cuya voz resucita los corazones de los muertos! Hasta hoy vivíamos sin esperanza y sin futuro. Nos mataba la miseria de nuestro presente, y no nos quedaba más remedio que recordar el glorioso pasado y suspirar por él. De pronto tú descorres la cortina del espléndido futuro...

El corazón de Isfinis se alegró y su alma reboseó esperanza. Con su bella e impactante voz dijo:

—De nada sirven los lamentos, señores, pues el pasado se hace aún más remoto cuanto más penséis en él; no obstante, su gloria no tardará en volver si os prestáis a trabajar para ello. Así pues, no os entristezcáis por ser ahora mercaderes, pues dentro de poco os convertiréis en soldados para los que la tierra se quedará pequeña y las fortalezas se derrumbarán. Pero decidme, ¿confiáis en toda vuestra gente?

Replicaron todos a una:

—Del mismo modo que confiamos en nosotros mismos.

—¿No tenéis miedo de que se filtren espías?

—Los pastores son tiranos faltos de inteligencia. Confían en su fuerza, con la que nos llevan esclavizando diez años, por eso no desconfían.

—Id con vuestra gente fiel —dijo Isfinis aplaudiendo de alegría—, anunciadles la nueva esperanza y ponednos en contacto con ellos para intercambiar opiniones y consejos, y poder comunicaros los mensajes del Sur. Y si los fieles egipcios de Nabata se enojan, bienvenido sea su enojo.

Los hombres creyeron en sus palabras de aliento.

—Nosotros estamos incómodos —dijo Nayib—, valiente joven. Nuestra lucha te demostrará que estamos más enojados que nuestros hermanos de Nabata...

Después de saludar a los dos mercaderes se marcharon sin poder ocultar la ira y el entusiasmo. Los dos hombres oyeron decir a Ibana:

—¡Señor! ¿Quién nos guiará a la familia de nuestro valiente faraón? ¿Y en qué lugar de la tierra está?

Pasaron las semanas sin que Isfinis y su anciano compañero probaran el sabor del descanso. Se reunían en casa de Ibana con las grandes personalidades disfrazadas y transmitían consuelo a los egipcios exiliados y les dejaban esperanzados y voluntariosos.

Todo el barrio de los pescadores estuvo esperando con impaciencia e inquietud el día en que Isfinis fuera convocado al palacio del faraón. Muchas veces el sol recorrió los espacios del cielo, hasta que un día llegó al barrio de los pescadores un ujier del nomarca preguntando por la flota del llamado Isfinis. Luego le dio un mensaje del gobernador en el que le permitía acceder al palacio del faraón a una hora determinada del día de la fiesta. Muchos fueron los que vieron al mensajero, se tranquilizaron y se alegraron, despuntando en sus almas la esperanza.

Aquella noche la gente durmió a pierna suelta. Isfinis, en cambio, permaneció solo en la cubierta de la nave, en un ambiente de tranquilidad en medio de la majestuosidad de la noche. La luz de la luna derramó sobre su noble rostro perlas y relucientes diamantes. Lo invadió cierta paz y su corazón se tranquilizó. Su imaginación viajó entre el pasado cercano y el extraño presente. Recordó la hora de la despedida en Nabata, cuando su abuela Tutishiri le informó de que el espíritu de Amón le había inspirado que marchara a Egipto, cuando su padre, Kamose, se acercó a él, dándole consejos. Recordó también a su madre, la reina Setekemose, cuando lo besó en la frente, y a su esposa Nefertari cuando lo miró al despedirse a través de sus húmedas pestañas. No pudo evitar que una mirada de cariño se asomara a sus ojos, tan límpidos y puros como la luz de la luna, ni que unas gotas de la hermosura que mediaba entre el cielo y el agua del Nilo se propagaran por su corazón. Esto le sirvió para reconfortar su espíritu y embriagarse con su vino celestial. No obstante, una hermosa y luminosa imagen se le vino a la mente y

sintió un escalofrío. Cerró los ojos como para huir de ella y susurró disgustado: «¡Dios mío! La estoy recordando más de lo debido. No debo hacerlo en absoluto».

13

Llegó el día de la fiesta. Isfinis permaneció en la nave todo el día y por la tarde se vistió sus mejores galas, se peinó, se perfumó y salió de la nave seguido de sus esclavos, portadores de un cofre de marfil y un palanquín con las cortinas echadas. Se dirigieron hacia el palacio. Tebas bullía de gente jubilosa entre el retumbar de los tambores y el arrullo de las canciones. La luna iluminaba un sendero repleto de grupos de soldados borrachos. Los carros de los hombres del gobierno y los nobles también se dirigían hacia el palacio del faraón, precedidos por los esclavos que portaban las antorchas. El joven se quejó de cierta angustia y se dijo a sí mismo con tristeza: «Es mi destino participar con esta gente en la fiesta que conmemora la caída de Tebas y la muerte de Sekenenre». Dirigió una mirada de odio a los soldados y recordó las palabras del sabio Qaquimuna: «Los soldados, si se acostumbran a la bebida, debilitan sus miembros y rehusan el combate».

Luego siguió a la muchedumbre que en verdaderas avalanchas iba a pie. Llegaron por fin a la explanada del palacio. Vio con sus propios ojos las murallas y las ventanas completamente iluminadas. No soportó el espectáculo porque el corazón le palpitaba con fuerza. El vientecillo de su juventud soplaba sobre su ardiente cabeza sin que su corazón entristecido ni su alma turbada consiguieran alegrarse, todo lo contrario, la tristeza aumentaba aún más cada vez que se acercaba a la cuna de su infancia y al pasto de su juventud.

El joven se acercó a un ujier y le enseñó la carta de Jinzar. Este la miró atentamente, luego llamó a un guardia y le mandó conducir al mercader y a su comitiva a un lugar donde esperar en el jardín. El joven lo siguió, luego se desvió hacia una galería lateral, pues la principal estaba llena de invitados, ujieres y guardianes. Isfinis recordaba muy bien el lugar, como si hubiera estado allí el día anterior. Cuando llegaron a la gran sala de columnas lotiformes que llevaba al jardín, los latidos de su corazón se hicieron más intensos y se mordió el labio inferior, tal era la impresión que le producía. Recordó sus juegos con Nefertari, cómo se vendaba los ojos y ella se escondía detrás de una de las columnas; luego al desatarse la venda se afanaba en buscarla hasta que por fin la encontraba. En aquel instante, le dio la impresión de que oía unos leves pasos y el eco de su dulce risa. Habían grabado sus nombres en algunas columnas, ¿estarían aún? Deseó entretener al guardián para ver las huellas del hermoso pasado, pero el hombre andaba a grandes zancadas, sin percatarse de que un corazón a una brazada de él se

estaba derritiendo. Alcanzaron el jardín y el guardián, señalando hacia un banco, le dijo al joven:

—Espera aquí hasta que venga el mensajero.

El jardín estaba iluminado con brillantes antorchas. La brisa soplaba trayendo el aroma de los arrayanes y el perfume de las flores. Sus ojos buscaron el lugar donde se levantaba una estatua de Sekenenre, al final de la vereda que dividía el jardín en dos, y en su lugar encontró otra estatua; representaba a un hombre de cuerpo grueso, cabeza grande, nariz aguileña, larga barba y ojos saltones. No dudó un momento de que estaba delante de Apofis, el rey de los hicsos. Lo miró un buen rato con rabia y en su mirada agresiva había mucho odio y mucha rabia. Todo lo demás estaba como antaño. Vio el palacio de verano, en la colina, sobre la que se inclinaban las palmeras con sus penachos altos y esbeltos. Recordó los días felices en que toda la familia se dirigía a él en primavera y verano, y a su abuelo y a su padre concentrados en el juego de ajedrez. Nefertari se sentaba entre la reina Setekemose y su abuela, la reina Ahhotep, mientras que él se sentaba en el regazo de Tutishiri. Pasaban las horas como un soplo, pues solían sumirse en amenas charlas nocturnas, en lectura de poemas y en comer frutas. Isfinis se sentó durante un buen rato de la noche, leyendo sus recuerdos en las páginas del jardín, en las salas y en los vestíbulos. Ni se movió ni se inmutó. Cuando llegó un mensajero, le preguntó:

—¿Estás listo?

—Completamente listo —dijo Isfinis, y se levantó.

—Sigúeme —respondió el hombre dándose la vuelta.

Isfinis y sus hombres lo siguieron al instante, subieron las escaleras y atravesaron el patio, hasta llegar a la puerta del vestíbulo real. Esperaron a que les dieran permiso para entrar. Entonces, llegaron a sus oídos unas carcajadas, pasos de danzarines y el arrullo de una música. Un grupo de muchachas portaban jarros, copas y flores. Se dio cuenta, por lo tanto, de que no se abstenían de ningún tipo de diversión ni se inmutaban ante el libertinaje, del que daban buenas muestras. El rey les excusaba de la falta de respeto y de educación permitiéndoles volver a su salvajismo primitivo. Un esclavo pronunció su nombre y avanzó con paso solemne. El centro de la sala estaba vacío, mientras que a los lados se sentaba la gente, con su lujosa ropa oficial, siguiendo sus pasos con suma atención. Isfinis se puso un poco nervioso, pero además se percató de que el gobernador había sabido despertar la curiosidad de esa gente al hablar de él y de sus regalos, y quedar bien a los ojos del rey. Eso lo tranquilizó y le animó. Llevaba atravesada la mitad de la sala, cuando mandó a los que le seguían que se pararan. Avanzó solo hasta el trono, se inclinó respetuosamente y dijo en tono sumiso:

—Señor, dios adorado, señor del Nilo, faraón del Alto y del Bajo Egipto, príncipe de los dos orientes.

–Te concedo la paz, esclavo –contestó el faraón con gravedad.

Isfinis se alzó y pudo echar un rápido vistazo al hombre que en aquellos momentos se sentaba en el trono de sus antepasados. No dudó de que era el mismo al que representaba la estatua del jardín.

No obstante, por lo enrojecida que tenía la cara, por su mirada y el vaso de vino que en aquellos momentos tenía delante, Isfinis se dio cuenta de que estaba medio borracho. La reina estaba sentada a su derecha y la princesa Ameniridis, a su izquierda. Isfinis la miró y vio que con sus vestidos reales brillaba como una estrella. Ella lo miraba con tranquilidad y altanería.

El faraón le echó una mirada escudriñadora observando su aspecto. Le gustó, sonrió y dijo con su voz enronquecida:

–Juro por Dios que este rostro es digno de uno de nuestros nobles hombres.

–El señor ha dispuesto que sea de mi señor el faraón –dijo Isfinis, inclinando la cabeza.

–Veo que hablas muy bien –dijo el faraón en medio de una sonora carcajada–. Tu pueblo atrae nuestra clemencia y nuestro dinero. Es sabiduría de Seth dar la espada al señor fuerte y las buenas palabras al esclavo débil. Pero no te preocupes, nuestro amigo Jinzar me ha dicho que nos traes presentes de Nubia. Enséñanos tus regalos.

El joven inclinó la cabeza y se colocó a un lado. Luego hizo una señal a sus hombres y dos de ellos avanzaron con el cofre de marfil y lo pusieron delante del trono. El joven se acercó, lo abrió y sacó una doble corona de oro puro adornada con zafiros, esmeraldas, perlas y coral. La tomó entre las manos y arrebató las miradas de toda la concurrencia. Los presentes, maravillados, alborotaban con sus muestras de asombro y aprobación, mientras que Apofis lo miraba con ojos ansiosos y desorbitados. Levantó la corona inconscientemente, la tomó de nuevo entre sus gruesas manos y se la puso en la cabeza, ofreciendo una imagen majestuosa. El faraón se alegró y la satisfacción asomó a sus ojos.

–Mercader, tu regalo está aprobado.

Isfinis se inclinó respetuosamente. Se dio la vuelta hacia sus hombres, les hizo una señal y descorrieron la cortina que estaba echada sobre el palanquín. Todo el mundo quedó entusiasmado ante los tres enanos allí sentados. Su aspecto despertó tal interés en toda aquella gente, que la mayoría de ellos se pusieron de pie y estiraron el cuello. El joven mercader les dijo que saludasen a su señor el faraón y los tres enanos saltaron a la vez para ponerse en fila. Luego se acercaron y con paso firme y tranquilo se prosternaron tres veces delante del faraón. A continuación se pusieron de pie sin ninguna expresión en el rostro.

–¿Qué son esas criaturas, mercader? –gritó el faraón.

—Son hombres, señor. Pertenecen a una tribu que vive en los extremos de la Nubia meridional. Ellos no pueden creer que el mundo contenga otra especie de gente. Cuando ven a alguno de nosotros, la lengua se les traba de asombro y nos gritan sorprendidos. Yo he educado muy bien a estos tres. Mi señor comprobará que son un ejemplo de obediencia y sumisión.

El faraón movió su gran cabeza y soltó una carcajada estridente, luego dijo:

—Es ignorante el que pretenda saberlo todo. En cuanto a ti, joven, has introducido la alegría en nuestros corazones. Te concedo por ello mi beneplácito.

Isfinis se inclinó de nuevo, luego se dio la vuelta y retrocedió. Cuando iba por la mitad de la sala, le salió al paso un hombre y le tomó del brazo. Isfinis se dio la vuelta para averiguar quién era el hombre de gruesa mano y vio a un hombre con un elegante traje militar, con luenga barba, gran bigote y cuello grueso. La sangre le había enrojecido el rostro y el brillo endemoniado de sus ojos revelaba su avanzado estado de embriaguez. Saludó a su señor y le dijo:

—A mi señor le agrada sin duda ver las artes marciales de un combate en las fiestas nacionales, tal como determinan nuestras tradiciones. Yo le garantizo a Vuestra Majestad una lucha sangrienta que gustará a los asistentes.

El faraón, por toda respuesta, alzó la copa a sus gruesos labios.

—Será hermoso ver cómo se derrama la sangre de los jinetes sobre el suelo de esta sala para acabar con el aburrimiento que reina en las almas. Pero ¿quién es el afortunado a quien has honrado con tu amistad, comandante Raj?

El borracho comandante señaló a Isfinis y dijo:

—Éste es mi deudor, señor —dijo el comandante medio borracho señalando a Isfinis.

El faraón y gran parte de los nobles allí presentes se quedaron de piedra. El rey le preguntó:

—¿Cómo ha podido este mercader nubio provocar tu enfado?

—Rescató del castigo a una campesina que se atrevió a humillar mi persona, pagando por ella cincuenta piezas de oro.

El faraón soltó su acostumbrada carcajada estridente, y preguntó al comandante:

—Pero ¿consentirás que tu deudor sea un campesino?

—Señor, le veo macizo y con músculos poderosos. Si su corazón no es tan temeroso como el de un pájaro, yo haré caso omiso de su baja condición por satisfacer a mi señor y participar en la alegría de la fiesta.

No obstante, el gobernador Jinzar no estaba dispuesto a consentir esa lucha y dirigió una mirada recriminatoria a su hermano, el juez Sanamut, pues sabía que era él quien había informado al comandante

de dónde estaba Isfinis, sin considerar lo delicado de la situación. Temió que la espada de Raj le cortara el fluir de los valiosos tesoros de Nubia. Se acercó al comandante Raj y le dijo amistosamente:

–No ultrajes tus medallas con un mercader campesino, comandante.

–Si es un oprobio que yo luche contra un campesino –dijo Raj, cortándole el paso al gobernador–, aún lo es más que un esclavo me desafíe y no le dé lo que se merece. Al ver al faraón otorgarle confianza a este mercader, he preferido ser justo con él y darle la oportunidad de defenderse.

Los que oyeron estas palabras del comandante pensaron que tenía razón y desearon unánimemente que el mercader aceptase el reto para asistir ellos al combate y divertirse. Isfinis, en cambio, estaba indeciso, sin saber cómo encontrar una salida digna a todo aquello. Sabía que los presentes estaban deseosos de oírle, y sentía la mirada de desafío y de desprecio que le dirigía el comandante borracho. La sangre le bullía en las venas. Recordó los consejos de Tutishiri y de Latu, que la muerte de aquel tosco comandante le iba a impedir recoger una fruta ya madura y que le haría perder tan buena ocasión. Con los nervios más apaciguados pero sin saber qué determinación tomar, pensó: «¡Dios mío! No queda más remedio que bajar la cabeza y huir». El comandante lo despreciaría y los ojos de los asistentes lo mirarían con desdén. Tendría que salir cabizbajo y con el corazón roto.

–Me has desafiado, campesino. ¿Podrás enfrentarte a mí? –oyó que le decía el comandante.

Isfinis se calló muy abatido, luego oyó una voz que decía:

–Dejad al joven, pues no sabe luchar. Dejad que el joven luche con su alma, no con su cuerpo.

En ese momento enrojeció de rabia pero sintió que una mano se posaba sobre su hombro y una voz le decía:

–No eres un luchador, y no es una vergüenza que pidas disculpas.

Miró y vio a Jinzar. Sintió que un hormiguelo se propagaba por su cuerpo al tocarle la mano que había asesinado a su abuelo. En aquel momento difícil, dirigió su mirada a la princesa Ameniridis, que no le perdía ojo. Lleno de rabia y de coraje, y perdido el dominio de sí mismo, se decidió a aceptar la invitación.

–Agradezco al comandante que quiera luchar conmigo y acepto la mano que me tiende –dijo sin pestañear.

La alegría se apoderó de todos los presentes. El rey se echó a reír y bebió otro sorbo. Levantaron las cabezas, curiosos por ver a los dos contendientes. La satisfacción se podía ver en el rostro del comandante. Sonrió burlona y vengativamente, luego le preguntó a Isfinis:

–¿Luchas con la espada?

Isfinis inclinó la cabeza en señal de asentimiento, luego se quitó el manto, la chaquetilla y el pantalón, y dejó aparecer un cuerpo alto y

fuerte que llamaba la atención por su esbeltez y hermosura. Le ofrecieron una adarga y la cogió con la mano izquierda, sujetando la espada con la derecha. Se detuvo a unas brazadas del comandante, como una de las estatuas de los templos.

El faraón dio la señal para el inicio de la lucha. Ambos alzaron la espada. El enfurecido comandante atacó primero, asestando un mandoble, que pensaba sería definitivo, a su rival. No obstante, el joven lo esquivó con admirable ligereza y el golpe se perdió en el aire. El comandante no le dio tiempo y le envió a la cabeza otro golpe más fuerte que el primero con la rapidez del rayo. El joven lo paró con la adarga con un movimiento rápido. Las aclamaciones se alzaron por todas partes, y el comandante comprendió que estaba frente a un hombre que sabía luchar. Tomó sus precauciones y volvió a la carga con otra técnica. Se acercaron uno a otro, se enlazaron entre sí y luego se separaron. Avanzaban y retrocedían, el comandante, furioso y violento; el joven, con una extraordinaria tranquilidad. Paraba los golpes de su enemigo con facilidad, ligereza y seguridad. Siempre que desviaba con extrema destreza algún golpe de su enemigo, el furor de éste aumentaba. Todos conocieron entonces que Isfinis se limitaba a defenderse y no atacaba más que cuando pretendía frustrar o eludir algún golpe. Su arte se hizo patente y superó a su rival en ligereza y habilidad, de tal manera que encendió el entusiasmo de los presentes, a quienes la belleza de la lucha les hizo olvidar las diferencias raciales. La rabia de Raj aumentó aún más y multiplicó sus ataques con fuerza y violencia. Le dirigía un golpe tras otro. Isfinis paraba con su adarga lo que podía y esquivaba con su agilidad el resto, permaneciendo fresco, tranquilo y con una gran confianza en sí mismo. No se dejaba llevar por la ira ni se ponía nervioso, impasible como una fortaleza. La desesperación empezó a apoderarse del enrabiado comandante, quien sintió que su situación era delicada y se puso nervioso. La desesperación lo llevó a la aventura. Levantó el brazo con la espada y reunió todas sus fuerzas para dar el golpe definitivo. Estaba seguro de la táctica defensiva de su enemigo, pero éste dirigió un golpe extraordinario a la empuñadura de la espada enemiga y la punta hirió la muñeca de Raj. La mano le tembló. El joven le dirigió otro golpe, despojándole de la espada, que fue a caer junto al trono del faraón. Raj se quedó desarmado y con la mano sangrando, pero sin contener la rabia. Toda aquella gente daba gritos de alegría y admiración por la valentía y la generosidad del mercader. El comandante le gritó:

—¿Por qué tardas en acabar conmigo, campesino?

—No tengo motivos para ello —contestó Isfinis con calma.

El comandante apretó los dientes y se inclinó ante el faraón. Luego se dio la vuelta y abandonó la sala. El faraón soltó una sonora carcajada que le provocó un temblor por todo el cuerpo, luego le hizo

una seña a Isfinis y éste le dio la espada y la adarga a un ujier, se acercó al trono, se inclinó ante el rey y éste le dijo:

—Tu forma de luchar no es menos asombrosa que tus enanos. ¿Cómo la aprendiste?

—Oh, rey adorado, en las tierras de Nubia un mercader nunca está seguro en su caravana, a menos que sepa defenderse a sí mismo y a sus compañeros.

—¡Vaya tierras! —replicó el rey—. Nosotros éramos grandes luchadores, tanto hombres como mujeres, cuando atravesamos el frío desierto del Norte. Pero desde que nos albergamos en palacios, vivimos entre el lujo y la molicie y bebemos vino en lugar de agua, nos resulta más agradable la paz. Yo he visto a un comandante de mi ejército perder un combate contra un mercader campesino.

El faraón hablaba con el rostro relajado y sonriente. El nomarca Jinzar se acercó al trono, hizo una reverencia y dijo:

—Señor, este joven es valiente y digno de confianza. El faraón movió la cabeza, pesada por la borrachera, y respondió:

—Has dicho verdad, Jinzar. La lucha ha sido justa y noble. Yo le concedo la paz.

El gobernador encontró que era la ocasión propicia para decir:

—Señor, este joven está dispuesto a prestar muchos servicios a la corona trayendo los más caros y extraños tesoros de Nubia, a cambio de cereales egipcios.

El faraón miró al gobernador durante un buen rato y recordó la corona que en aquellos momentos adornaba su cabeza y dijo sin dudar:

—Le doy mi autorización para ello.

Jinzar se inclinó, agradecido. Isfinis se prosternó ante el faraón, extendió la mano y besó el filo del manto real. Luego se levantó humildemente, luchando contra su deseo de mirar a la izquierda del trono y retrocedió hasta desaparecer por detrás de la gran puerta. Estaba alegre y radiante, no obstante, se preguntaba a sí mismo: «¿Qué dirá Latu cuando sepa lo del combate?».

Isfinis y los esclavos llegaron a la nave pasada la medianoche, allí encontraron a Latu, aún despierto, esperándolos. Se acercó al joven, impaciente por escuchar sus noticias e Isfinis le contó tanto el éxito como las dificultades que había encontrado en el palacio, a lo que Latu replicó:

—Demos gracias al dios Amón por el éxito que nos ha concedido. No obstante, traicionaría mi deber si no te hablara con sinceridad y te dijera que has cometido un gran error, al dejarte llevar por la ira y la altanería. No debiste poner en peligro nuestras grandes esperanzas. ¿No era lógico que te venciera el comandante? ¿No era de esperar que el rey acabara contigo? Es preciso que recuerdes siempre que nosotros aquí somos esclavos y ellos señores, y que estamos pidiendo un favor que está en sus manos conceder. Debes mostrarte

agradecido y fiel, incluso al gobernador que asestó el último golpe al gran Sekenenre y a todo Egipto. Haz esto por Egipto y por lo que hemos dejado en Nubia con miedo y pesar.

Isfinis no pudo contenerse y se echó a llorar; luego se fue a su aposento y rezó con fervor.

Al día siguiente se dirigieron a la choza de Ibana, como habían prometido a sus amigos. Allí los recibieron Ahmose y su madre, y algunos amigos, entre ellos Sanab, Ham, Dib y Kum. Todos estaban preocupados e impacientes por escuchar las noticias. Ham les dijo:

—Nuestros corazones están preocupados y atormentados y arden en deseos de oír tus palabras. Hemos dejado en las chozas cercanas a cientos de amigos que no han pegado ojo en toda la noche.

Isfinis sonrió dulcemente y dijo:

—Alegraos, amigos. El faraón nos ha dado permiso para ejercer el comercio entre Egipto y Nubia.

La alegría se pintó en los rostros y en sus ojos brilló la luz de la esperanza.

—Ha llegado, pues, la hora de trabajar —repuso Latu—. No desperdiciéis el tiempo en vano. Sabed que el camino es largo y que tenemos que llevar a cuantos podamos. No reparéis en incitar al pueblo a que participe en vuestro viaje. Dadles confianza en el éxito, sin confiarles la verdad hasta que alcancemos nuestro objetivo de pasar la frontera. Serán fieles, sin duda, como es costumbre entre la gente de Tebas y de todo Egipto. ¡Vamos! Haced el equipaje.

Un movimiento a gran escala se propagó clandestinamente, favorecido por el entusiasmo y la fe. Los hombres se disfrazaron de pescadores, se dirigieron a las naves y ocuparon todo el espacio posible, tanto en la cubierta como en las cabinas. Luego Isfinis se enfrentó a un problema delicado que era o volver a tierra a las mujeres y a los niños, que ocupaban los sitios reservados a los hombres y a los jóvenes, o llevarlos consigo, con todo lo que ello implicaba. El joven consideró oportuno someter la cuestión a consulta y habló con sus mejores amigos. Abundaron las opiniones, hasta que Ahmose, hijo de Ibana, dijo:

—Isfinis, necesitamos un gran ejército de hombres. Las mujeres no deben atrasar la tarea de equipar este gran ejército. No les perjudicará para nada quedarse en Tebas hasta que regresemos victoriosos. Nos hará más esforzados luchar en el país donde están nuestras mujeres. Esto es mejor que dejarles detrás de nosotros en Nubia. Si esto nos duele, que cada uno pague su impuesto de dolor y sacrificio para conseguir nuestro supremo objetivo.

La impresión de Ibana fue tan fuerte, que exclamó:

—Buen juicio... Nuestro sitio está aquí. Compartiremos el destino de los de Tebas: si nos toca morir, moriremos y si nos toca vivir, viviremos...

Nadie vaciló en acatar esta orden. Las mujeres aceptaron separarse de los maridos y de los hijos. Unos y otros se fundieron en un abrazo que la separación hizo doloroso y cundió el llanto, los ruegos y las felicitaciones.

Isfinis no descansaba un momento en aquellos días repletos de trabajo y colmados de sacrificios. Recibía a los hombres, visitaba a las familias y organizaba a los viajeros. La esperanza le servía de acicate para esto. Recordaba el presente y el futuro y remediaba a fuerza de paciencia su rabia y su deseo de venganza. Además de todo esto, reprimía unos deseos que le abrasaban el corazón, luchaba contra una sensación que le carcomía el alma y se debatía entre el amor y el odio. Su lucha en aquellos días era feroz, y su paciencia y resignación...

14

El nomarca dio finalmente permiso a Isfinis para que se marchara. Se le facilitó un salvoconducto para cruzar las fronteras cuantas veces quisiera. La flota elevó anclas y zarpó con el frescor del alba. Isfinis, Latu y Ahmose, hijo de Ibana, tomaron asiento en la cámara de la nave embargados por el deseo y la nostalgia. Ahmose tenía lágrimas en los ojos por la despedida de su madre. Isfinis estaba sumido en sus ensueños. Recordó Tebas y a sus habitantes. Tebas, la ciudad más grande de la tierra, la ciudad de las cien puertas, la de las construcciones que rozaban el cielo; la de los grandes templos y los inmensos palacios; la de los largos caminos, las grandes plazas y los mercados, cuya actividad no cesaba de día ni de noche. La grandiosa Tebas, la Tebas de Amón, la que había cerrado las puertas a la oración durante diez años; Tebas, gobernada últimamente por los salvajes que hacían de ministros, jueces y nobles, y condenaron a esclavitud a los indígenas. El destino mancilló sus rostros en la tierra de los que hasta hace poco eran sus esclavos. El joven suspiró con el corazón entristecido, luego recordó a los hombres que dormían en el interior de las naves, unidos por la misma esperanza que les impulsaba a enfrentarse al peligro por el amor a Egipto, transmitido de generación en generación. Todos estaban compungidos por la separación de los que dejaron atrás, mujeres y niños, en manos de los enemigos. Todos se parecían a este joven valiente, Ahmose, que disimulaba sus sentimientos, mostrando en su rostro determinación y fuerza. Luego le vino a la memoria un sinfín de brillantes recuerdos. Bajó la cabeza para eludir la penetrante mirada de Latu. Si este hombre supiera en aquel momento en qué estaba pensando, se habría enfadado de nuevo. Hubiera desaprobado que el joven estuviera preocupado por la hija del demonio, como la llamó la primera vez. Se sorprendió de cómo su alma daba vueltas alrededor de su imagen, sin cesar de aspirar a ella. Se preguntó a sí mismo:

«¿Es posible que el amor y el odio se unan en la misma persona?». En sus ojos se asomaba una mirada triste y se dijo: «En cualquier caso, ya no la veré otra vez, no tengo por qué preocuparme. ¿Acaso hay en el mundo algo imposible de olvidar?». Latu le cortó sus ensoñaciones en un tono de voz que denotaba cierta preocupación:

—Mira hacia el Norte. Veo una flotilla que avanza deprisa hacia nosotros...

Ambos jóvenes miraron para atrás y vieron una flota de cinco navios surcar el Nilo a toda prisa. No era posible ver quiénes la ocupaban, pero al acercarse rápidamente, Isfinis pudo reconocer a un hombre que estaba de pie en la proa. Sumamente preocupado dijo:

—Es el comandante Raj...

Latu se puso rojo y preguntó con cierto nerviosismo:

—¿Querrá unirse a nosotros? El otro no supo qué contestar. Miraron la flota con interés y precaución. Latu sintió temor.

—¿Acaso vendrá este loco a entorpecer nuestra lucha? Isfinis se dio cuenta de que aún no se había librado de las consecuencias de su error, y que el peligro acechaba a su flotilla cuando estaba a punto de llegar a un lugar seguro y tranquilo. Miró á las embarcaciones de Raj y vio que se acercaban rápidamente, hasta el punto de que ya habían sobrepasado algunas de las naves que perseguían. He aquí cinco naves militares en cuyas cubiertas había varios destacamentos de soldados. Sin duda no venía para nada bueno. Luego la nave del comandante se acercó a la suya hasta estar junto a ella. El comandante le echó una mirada agresiva y luego le gritó con voz tosca:

—Para y echa al agua tus anclas.

Las naves cambiaron de rumbo para cercar a la flota. Isfinis mandó a los marineros que dejaran de remar y que echaran al agua las anclas. Cumplieron en seguida la orden y se asustaron al ver las embarcaciones de los hicsos llenas de soldados armados y preparados, como si estuvieran a punto de entrar en combate. La preocupación de Isfinis aumentó por momentos. Temió que el rencoroso comandante diera un golpe mortal a su flota enterrando todas las esperanzas de su pueblo.

—Si lo que quiere este hombre es mi cabeza —le dijo a un compañero—, yo seré el primero que caiga en esta nueva lucha. Si muero, Latu, no tienes más que continuar la marcha. No dejes que te domine la venganza y acabe con todas nuestras esperanzas...

El anciano le apretó la mano, viéndolo todo más negro que la noche. Isfinis prosiguió con determinación—: Te aconsejo, Latu, lo mismo que me aconsejaste tú ayer, que evites el enojo. Deja que yo pague el precio de mi error. Mañana ve a ver a mi padre, le das el pésame por mi muerte y le felicitas por los soldados egipcios que le llevas. Eso será mejor que llevarme sano y salvo, pero con todas nuestras aspiraciones frustradas.

El comandante Raj le gritó:

—Sal a la cubierta de la nave, campesino.

El joven apretó la mano de Latu y se fue con paso firme. El comandante le dijo, de pie en medio de la embarcación:

—Me arrebataste la espada, esclavo, mientras estaba borracho. Ahora te espero con el corazón firme y el pulso tranquilo.

Isfinis sabía que el comandante era por naturaleza vengativo y que pretendía luchar contra él para lavar su vergüenza. Isfinis contestó con cierta tranquilidad, al saber que la represalia no iba contra su flota:

—¿Quieres repetirlo, comandante?

—Sí, esclavo. Esta vez te mataré con mis propias manos de la manera más atroz.

—No me da miedo luchar contra ti —le dijo Isfinis muy tranquilo—, pero me tienes que prometer que cualesquiera que sean las consecuencias, no vas a perjudicar a mi flota.

—Te dejaré la flota por respeto a la voluntad de mi señor, pero irá sin tu cadáver —contestó el comandante con desprecio.

—¿Y dónde quieres que sea el combate?

—En la cubierta de mi embarcación.

El joven no dijo ni media palabra. Saltó a una barca y remó con sus fuertes brazos hasta alcanzar la nave del comandante. Subió la escalerilla y se detuvo frente a su enemigo. El comandante le echó otra mirada y se puso rabioso al ver su hermoso rostro tranquilo, firme y despectivo. Hizo una seña a uno de sus soldados y éste le dio al joven una espada y una adarga. El comandante le dijo mientras se preparaba para la lucha:

—Hoy no habrá piedad. Defiéndete.

—Luego se abalanzó sobre él como una fiera y se enzarzaron en un violento cuerpo a cuerpo, en medio de un círculo de soldados fuertemente armados. En la proa de la otra nave estaban Latu y Ahmose, absortos, presenciando el combate... Los golpes del comandante se sucedieron e Isfinis los paró con suma destreza. Luego dirigió un fuerte golpe a su rival, que cayó sobre la adarga provocando gran ruido. Su impacto se notó claramente en el comandante. El joven aprovechó la ocasión para atacarlo con fuerza e inteligencia. El comandante se vio obligado a retroceder y se limitó a parar los golpes de su fuerte rival que no le dio oportunidad de descansar ni volver a atacar. La rabia apareció en el rostro del comandante y apretó los dientes con odio mal disimulado. Luego se abalanzó sobre su enemigo, desesperado, pero el joven lo esquivó dándole un golpe en el cuello. Le temblaron las manos, dejó de luchar, se tambaleó como un borracho y cayó de bruces sobre su propia sangre. Los soldados dieron un grito frenético, desenvainaron sus largas espadas y se prepararon para abalanzarse sobre el joven a la primera señal que hiciera el oficial que los mandaba. Entonces

Isfinis se dio cuenta de que su muerte estaba próxima, que de nada servía resistir, sobre todo cuando todos dirigieron las espadas contra su cuello. Se quedó esperando la amargura de la muerte sin apartar los ojos del comandante que caía ante él y en aquel momento oyó una voz muy cercana que ordenaba:

–Oficial, manda a tus soldados que envainen su espadas...

Creyó reconocer esa voz y casi se le salió el corazón d pecho. Se dio la vuelta para ver la procedencia de la voz y vio una ave faraónica, casi pegada a la nave del comandante. En la borda estaba apoyada la princesa Ameniridis, con el bello rostro teñido de cólera.

Los soldados envainaron sus espadas e hicieron el saludo militar. Isfinis bajó la cabeza en señal de veneración, antes de que se repusiera de la sorpresa y supiera que, efectivamente, se había salvado de la muerte. La princesa le preguntó al oficial:

–¿Ha muerto el comandante Raj?

El oficial se acercó al comandante, le puso la mano en el corazón y le examinó el cuello, luego se levantó diciendo:

–Veo que su herida es muy grave, Alteza, pero aún le queda algo de vida.

–¿Fue una lucha justa? –preguntó ella con frialdad.

–Sí, Alteza.

Entonces la princesa replicó:

–¿Cómo os vais a atrever a matar a un hombre a quien el rey ha concedido la paz?

La confusión apareció en el rostro del oficial, impidiéndole decir palabra. Entonces la princesa ordenó:

–Soltad a este mercader y llevad al comandante herido a los médicos de palacio.

El oficial acató la orden y liberó a Isfinis. El joven bajó a su barca y se dirigió a la embarcación faraónica, diciéndose a sí mismo: «¿Cómo es que la princesa ha llegado en el momento oportuno?». Luego subió a bordo, sin que ninguno de los guardianes se interpusiera en su camino. En ese momento, la princesa se dirigía a su cámara y fue hacia ella con paso firme. Pidió permiso a una esclava para entrar. Ésta tardó un poco antes de volver con el permiso. Entró con el corazón palpitante. Vio a la princesa sentada en un cómodo triclinio, apoyando la espalda con elegancia en un cojín de seda. Tenía el rostro resplandeciente. Se inclinó ante ella, manifestando una sincera veneración. Pudo ver, mientras se incorporaba, su collar con el corazón de esmeralda alrededor del cuello. Se puso colorado. A ella, por su parte, no se le escapó nada de lo que revelaba su rostro y sus ojos. Dijo con voz dulce, señalando con el dedo el collar:

–¿Acaso has venido a pedirme el importe de este collar?

El joven se tranquilizó por su agradable tono y se alegró por su broma.

—Más bien he venido, Alteza, para agradeceros sinceramente el haberme salvado la vida —dijo—. Estaré en deuda con vos mientras viva.

La princesa mostró una sonrisa que pasó por sus labios como un relámpago y dijo:

—Efectivamente, estás en deuda conmigo. Y no te extrañes de que te lo diga, pues no soy uno de esos a quien la falsedad obliga a mentir y a hacerse los humildes. Esta mañana me enteré de que el comandante había zarpado con una pequeña flota para interceptar la tuya. Lo seguí en mi barco y pude asistir a parte de vuestra pelea. Intervine en el momento preciso para salvar tu vida.

Esta manifestación de favor le cayó como agua al sediento. Vio en su mirada un poco soñolienta y en su voluntad de salvarle la vida algo que le hizo tambalearse de felicidad.

—¿Puedo aspirar a que mi señora me diga sinceramente, ya que desprecia la mentira y el fingimiento, por qué se ha molestado en salvar mi vida? —le preguntó.

Ella, que ni se inmutó ni se inhibió, contestó como burlándose de lo que debía pensar que le iba a incomodar:

—Para hacerte mi deudor de por vida.

—Es una deuda que en lugar de empobrecerme, me hace feliz.

La princesa alzó sus ojos azules, mirándolo de tal manera que pensó que iba a tambalearse y caer a sus pies.

—¡Qué fingidor y mentiroso eres! —le dijo—. Eso es lo que le dice un deudo a su señor, dándole la espalda en un viaje sin retorno.

—No, mi señora. Es un viaje cuya vuelta será muy pronto.

—Me estoy preguntando a mí misma para qué me puede servir esta deuda —replicó ella, como hablándose a sí misma.

Su corazón latió de prisa. Miró la claridad de sus ojos y percibió una mirada de entrega y cariño mejores que la mismísima vida que le acababa de dar. Sintió como si el aire que los separaba se agitara con el fuego de una magia que abrasaba sus almas para unirles y que se abrazaran. Perdió la noción de las cosas y se prosternó a sus pies.

La princesa le preguntó, mientras unas mechass de su dorado cabello le caían sobre la frente:

—¿Vas a ausentarte durante mucho tiempo?

—Un mes, señora —dijo él suspirando.

Una mirada triste se asomó a sus ojos y preguntó:

—Pero volverás, ¿verdad?

—Sí, mi señora. Os lo juro por mi vida, que os pertenece. Os lo juro por esta sagrada cámara.

—Hasta la vista —dijo, y le tendió la mano.

—Hasta la vista —dijo él besándole la mano.

Latu lo recibió con los brazos abiertos y los ojos húmedos y lo apretó contra su pecho. Ahmose se abalanzó a su cuello y le besó en la frente. La flota levó anclas. Todos se pusieron de pie, despidiendo con la mirada el barco de la princesa que en esos momentos se alejaba hacia el Norte, mientras que ellos lo hacían hacia el Sur, hasta que los ojos, cansados, dejaron de mirar.

Volvieron a la cámara y se sentaron como si nada hubiera ocurrido.

Isfinis se distraía mirando las aldeas y sus forzudos hombres de cuerpos de cobre. No obstante, su corazón lo llevaba a la cámara. ¿Qué estaría pensando Latu? Latu es un buen hombre cuyo corazón está ya viejo, y ha renunciado a todo menos al amor de Egipto. Él mismo no era ajeno a una preocupación que le asaltaba, sin saber si había acertado o, por el contrario, había errado. Pero ¿qué mortal podía alcanzar su objetivo tal y como se lo había planteado, sin calcular lo que podía surgir? ¿Cuántas personas, dirigiéndose a la cima de la montaña, se ven precipitadas al profundo valle? ¿Cuántos cazadores disparan la flecha a la presa y ésta se les echa encima y los persigue?

15

La flota pasó sin incidencias las fronteras de Egipto. Los hombres rezaron al dios Amón conjunta y fervorosamente. Agradecieron a su dios todas las posibilidades de salvación que les había otorgado y le rogaron que se cumplieran sus esperanzas y guardara a las mujeres de todo mal. La flota siguió subiendo por el Nilo día y noche, hasta que llegó a una pequeña isla para descansar. Latu invitó a su gente a que bajase a tierra en la isla. Se puso junto a ellos, con Isfinis a su derecha, y les dijo:

—Hermanos, permitidme revelaros un secreto cuidadosamente guardado por algo que ahora os contaré. Sabed que somos los mensajeros de la familia de nuestro faraón Sekenenre. Vuestro rey Kamose os espera ahora en Nabata...

El asombro se apoderó de los hombres. Algunos, sin poder disimular su júbilo, preguntaron:

—¿Es verdad, Latu, que la familia de nuestro faraón está en Nabata?

Latu bajó la cabeza, sonriendo. Otro le preguntó:

—¿Y está allí nuestra venerada madre Tutishiri?

—Sí. Y os dará la bienvenida dentro de poco.

—¿Y nuestro rey Kamose, hijo de Sekenenre?

—Sí. Ya lo veréis con vuestros propios ojos y le oiréis hablar con vuestros propios oídos.

—¿Y el príncipe heredero, Ahmose?

Latu sonrió y señaló a Isfinis. Luego se inclinó y dijo:

—Señores, os presento al heredero de la corona egipcia, el príncipe Ahmose.

Muchos gritaban sorprendidos. Uno de ellos preguntó:

—¿Que el mercader Isfinis es el príncipe heredero de Egipto, el príncipe Ahmose?

Latu por su parte se prosternó ante el príncipe llorando. Todos hicieron lo mismo. Unos lloraban y otros le aclamaban desde lo más profundo de sus corazones.

La flota reanudó la marcha, y la alegría reinaba en todos los corazones. Ojalá volara hasta Nabata, donde les estaba esperando su rey adorado, Kamose, y su venerada madre Tutishiri. Pasaron los días y las noches y por fin apareció Nabata por el horizonte con sus rústicas chozas y sus construcciones sencillas. Siguió acercándose, y aparecieron aún más construcciones, hasta que atracó en el muelle. Algunos soldados sintieron la presencia de la flota y se acercaron al palacio del gobernador. Una gran aglomeración de nubios se arremolinó junto a la orilla para ver las embarcaciones y lo que llevaban. Los egipcios bajaron a la playa, precedidos por el príncipe Ahmose y el ujier Hur. Luego llegó un carro del cual bajó el nomarca del Sur, Raum. Saludó al príncipe y a los que llegaban con él, transmitiéndoles los saludos del faraón y de su familia. Les comunicó que Su Majestad les estaba esperando en palacio. Los hombres aclamaron largo rato al rey. Luego empezaron a andar en grupos, detrás de su príncipe, seguidos de muchos nubios.

La familia del faraón estaba sentada bajo un gran toldo del patio del palacio del gobernador. Aquellos diez años les habían ido marcando, pues tanto la pesadumbre como la nostalgia y la tristeza habían dejado en ellos huellas imborrables. El tiempo había sido aún más determinante en las reinas Tutishiri y Ahhotep. Los huesos de la sagrada madre se habían secado un poco y su estatura había disminuido ligeramente, y los sufrimientos habían dejado como surcos en su clara frente. De la antigua Tutishiri, sólo quedaba el brillo de los ojos y su mirada que revelaba sabiduría y paciencia. Sin embargo, las canas hacían respetable la cabeza de Ahhotep. Sobre su hermoso rostro se dibujó un rictus de tristeza y embelesamiento.

Cuando el pueblo vio a su rey, se prosternó ante él. Ahmose se acercó a su padre y besó la mano de su madre, la reina Setekemose, la de su abuela Ahhotep y la de Tutishiri. Luego besó la frente de su esposa, la princesa Nefertari, y se dirigió al rey diciendo:

—Señor, Amón ha otorgado éxito a nuestro trabajo. Ante Su Majestad está el primer combatiente del ejército de salvación.

La alegría asomó al rostro del rey y se puso de pie alzando el cetro en señal de saludo a su pueblo. Le aclamaron largamente, luego avanzaron besándole la mano de uno en uno. Kamose les dijo:

—Que Dios os salve, buena y valiente gente de la que nos separó la injusta opresión. A ellos se les ha condenado al desprecio, lo mismo que nosotros fuimos condenados a probar la amargura del exilio desde hace diez años completos. No obstante, veo que sois

gente que repudia la injusticia y prefiere el exilio y las fatigas de la lucha a la resignación bajo el oprobio, tal como os conocí y tal como os conoció mi padre antes. Habéis venido a curar mi ala rota y a asegurar mi corazón, tembloroso por la agresividad del tiempo. Una de las clemencias del dios Amón fue presentarse a la de corazón más puro y la mejor conservadora de las esperanzas, la madre Tutishiri, y decirle que mandáramos a mi hijo Ahmose a la tierra de nuestros antepasados para traer a los soldados que liberarían Egipto de su humillante enemigo. Mandé a mi hijo, como el dios indicó, y os ha traído. Bienvenidos seáis, soldados de Egipto y soldados de Kamose. Mañana vendrán otros. Aconsejemos paciencia y preparémonos para el trabajo. Que nuestro lema sea la lucha y nuestra esperanza Egipto, y que nuestra fe sea Amón.

Todos gritaron como si fueran un solo hombre: «¡A la guerra, por Egipto y por Amón!».

Tutishiri se puso de pie y dio unos pasos apoyándose en su cayado. Luego les dijo a los hombres con voz firme y bien timbrada:

—¡Oh, hijos de la gloriosa y triste Tebas! Aceptad los saludos de vuestra gran madre. Dejad que os presente un regalo que yo misma bordé con mis propias manos y que os sirva a todos de estandarte.

Hizo una señal con el cayado a un soldado, se acercó a los hombres y les presentó una grandiosa obra, consistente en una imagen del templo de Amón, rodeado por la muralla de Tebas con sus cien puertas. Las manos aplaudieron y lo recibieron con entusiasmo. Aclamaron a su madre, orando por ella y por la eterna Tebas. Tutishiri sonrió y su rostro se iluminó.

—Queridos hijos míos —dijo—, os confieso que nunca desesperé. Sekenenre me advirtió de la desesperación el día de la despedida. Aún le ruego al Señor que viva hasta ver nuestras banderas ondeando de nuevo sobre Tebas, y sentado en su trono a Kamose, faraón del Alto y Bajo Egipto. Hoy más que nunca estoy más cerca de mi esperanza, después de unirme a vuestros jóvenes brazos.

Las aclamaciones del pueblo se alzaron de nuevo, y el rey empezó a interesarse por las distintas personalidades de Egipto, por el sacerdote Amón y por el templo del Señor. El ujier respondía según sus conocimientos. El príncipe Ahmose presentó a su padre a Ahmose Ibana, hijo del comandante Pepi. El rey le dio la bienvenida y le dijo:

—Espero que seas para mí lo mismo que tu padre, que era un valiente comandante que vivió y murió cumpliendo su deber.

Después el rey invitó a los recién llegados a un banquete. Comieron y bebieron en abundancia, y luego se fueron, pensando en el cercano y en el lejano mañana. Nabata se vio por primera vez, desde hacía diez años, alegre y esperanzada.

La batalla de Ahmose

1

La vida de la familia del faraón en el exilio no era una vida de lujos y saraos, sino una vida laboriosa y de preparación para el futuro. El eje de toda esta vida era el corazón de Tutishiri que ni descansaba ni desesperaba. Nada más llegar, le pidió a Raum, nomarca del Sur, que convocara a los mejores artesanos y constructores nubios y a los mejores artistas egipcios que residían en Nubia y el hombre mandó a sus mensajeros a Arku, Atlal y demás ciudades de Nubia y le trajeran a los artesanos y obreros. La gran reina le dijo a su hijo que les mandara fabricar armas, cascos e indumentaria militar, embarcaciones y carros de guerra. Le dijo animándolo:

—Algún día tendrás que atacar al enemigo que te despojó de tu trono y se adueñó de tu tierra. Si llegara ese día, debes atacar con una gran flota y una imparable fuerza de carros, como el enemigo hizo con tu padre.

Nabata se convirtió durante diez años en una gran fábrica de embarcaciones, carros y máquinas de guerra de diferentes tipos. Con el paso del tiempo dio sus frutos y esto se convirtió en los fundamentos de una nueva esperanza. Cuando llegaron los primeros hombres en la siguiente flota, encontraron las armas y equipos que necesitaban y se dedicaron con ahínco a los entrenamientos, todos contentos y entusiasmados. Al día siguiente de su llegada a Nabata, todos se incorporaron a filas. Se aplicaron a aprender a manejar los diferentes tipos de armas y a las artes marciales, bajo la supervisión del comandante del destacamento egipcio. No paraban de practicar, desde que despuntaba el alba hasta la puesta del sol.

Todos trabajaban, pequeños y mayores. El rey Kamose en persona se encargó de adiestrar a sus huesres y de formar los diferentes destacamentos. Eligió a los mejores para la armada. En esto le ayudaba el príncipe heredero, Ahmose. Las tres reinas y la pequeña princesa quisieron participar con los demás. Montaban las flechas y fabricaban la ropa militar. Se mezclaban con los soldados y artesanos y comían y bebían con ellos para apaciguarlos y animarlos. ¡Qué fantástico era ver a la madre Tutishiri en su faena, con una determinación incansable! Paseaba entre los soldados asistiendo a sus entrenamientos y les arengaba, de vez en cuando, con palabras esperanzadoras y reconfortantes. Los hombres, cuando la veían, se olvidaban de sí mismos y se volvían valientes y determinados. La mujer sonreía y decía a los que la rodeaban:

—Las naves y los carros se convierten en ataúdes para quienes están en ellos si sus corazones no son más sólidos que el hierro de sus armaduras... Mirad a la gente de Tebas cómo trabaja. Cada uno

de ellos podrá con diez hicsos de barbas sucias y de tez blanca, pues sus corazones vuelan...

La verdad es que los hombres se convirtieron con el entusiasmo, el amor y el odio, en fieras salvajes. El ujier Hur se fue para preparar la segunda flota. Duplicó las naves y las llenó de oro, plata, enanos y extraños animales. La madre Tutishiri pensó que debía llevar algunos nubios fieles para regalarlos como esclavos a los señores de Tebas, y que en apariencia fueran esclavos pero que asestaran una puñalada por la espalda al enemigo si algún día se declaraba la guerra. La idea le pareció bien al rey, lo mismo que al ujier Hur, el cual la asumió sin vacilación.

Hur acabó de preparar la flota y pidió autorización para zarpar. El príncipe Ahmose esperaba aquella hora con el corazón eufórico y fatigado por la lejanía. Pidió autorización para viajar a la cabeza de la flota. No obstante, el rey, que se enteró de todo cuanto le había sucedido en su último viaje, rehusó que pusiera en peligro innecesariamente, otra vez, su viaje.

—Príncipe, tu obligación ahora es quedarte en Nabata —le dijo.

El príncipe se sorprendió por la decisión de su padre, que le cayó como un jarro de agua fría sobre una brasa encendida. Le dijo con sincero pesar:

—Ir a Egipto y mezclarme con su gente es un remedio para una enfermedad que aqueja mi corazón.

—Encontrarás la cura definitiva cuando entres algún día a la cabeza del ejército de salvación —contestó el rey.

El joven volvió a suplicar:

—Padre, siempre me he sosegado pensando que vería Tebas pronto.

—Nuestra espera no va a tardar. Aguarda a que llegue la hora del combate —dijo el rey terminantemente.

El joven comprendió por el tono de voz del rey que éste había dicho su última palabra. Temió que se enfadara si le volvía a suplicar, por lo tanto, inclinó la cabeza en señal de resignación y asentimiento, con el dolor oprimiéndole el corazón y un nudo en la garganta que le cortaba la respiración. No obstante, hizo de tripas corazón y con el alma en vilo, triste y agobiado, se fue al campamento donde se entrenaban los hombres. Sus días pasaban lentamente y apenas si le quedaba una hora escasa antes de dormir en la que invocaba los más dulces recuerdos. Su imaginación volaba a la bonita cámara de la embarcación de la princesa, en la que había asistido, en la hora de la despedida, a las mejores manifestaciones de belleza y amor. Se imaginaba que escuchaba la dulce voz susurrante que le decía: «Hasta la vista». Suspiró profundamente y dijo entristecido: «¿Cuándo será el encuentro? Es una despedida sin ningún encuentro».

No obstante, Nabata en aquellos días podía hacer olvidar a cualquiera sus problemas, y hasta olvidarse de sí mismo, obligándolo a ocuparse de lo más importante y trascendente. Los hombres

trabajaban con ahínco y sin parar. Cuando soplaba el viento de Tebas y la nostalgia les llevaba hacia los que habían dejado detrás de las murallas, suspiraban y se afanaban más en lo que hacían. Los días pasaban sin saber que en el mundo existía otra cosa que no fuera trabajar, o que en el mañana hubiera otra cosa que no fuera la esperanza. La flota les trajo nueva gente, aclamando como lo hicieron ellos un día y gritando con alborozo como ellos: «¿Dónde está nuestro rey Kamose y dónde nuestra madre Tutishiri y nuestro príncipe Ahmose?». Luego se incorporaron al campamento para trabajar y entrenarse.

El ujier Hur llegó junto al príncipe Ahmose, le saludó y le tendió la mano con una misiva. Ahmose le preguntó, extendiendo la mano asombrado:

—¿Quién la manda?

No obstante, Hur se quedó silencioso. El príncipe tuvo un presentimiento y su corazón empezó a latir con fuerza. Abrió la misiva, leyó la firma y las extremidades le empezaron a temblar y el corazón a latir violentamente. Sus ojos recorrieron estas líneas:

Comerciante Isfinis:

Me entristece anunciarte que elegí a uno de tus enanos para que viviera conmigo en mi pabellón particular. Cuidé mucho de él, le alimenté con lo mejor, le vestí con la ropa más bonita y me porté con él estupendamente. Llegué a tomarle cariño y él me lo tomó a mí. Un día lo busqué y no lo encontré. Mandé a mis esclavas que lo buscaran y descubrieron que se había escapado con sus dos hermanos por el jardín. Su traición me hizo mucho daño y lo abandoné. ¿Me podrás mandar uno nuevo que sepa de fidelidad?

Ameniridis

Ahmose, al acabar de leer estas líneas, sintió como si le hincaran un puñal y que la tierra se hundiera bajo sus pies. Miró a Hur y vio que éste a su vez lo estaba mirando, como si intentase leer en sus ojos lo que decía la carta.

Lo dejó y se fue desolado y con el corazón deshecho. Era imposible que ella supiera lo que le impedía ir. Era imposible que algún día pudiera manifestarle sus sentimientos. Y posiblemente siempre lo vería como al enano infiel.

Se replegó sobre su dolor. Nadie sintió lo que ardía en su corazón excepto la más próxima a él: Nefertari. Ella quedó asombrada de lo que le pasaba y se preguntó a sí misma qué habría detrás de su continuo ensimismamiento y la razón de la tristeza de su mirada siempre asomada a la ventana de sus hermosos ojos.

—No eres el de siempre, Ahmose —le dijo una tarde.

Se inquietó ante esta observación, jugueteó con sus trenzas y le dijo sonriendo:

–Es el cansancio, amor mío. ¿No ves la lucha, capaz de derribar montañas, a la que estamos sometidos?

Nefertari movió la cabeza sin rechistar, y el joven, desde entonces, empezó a tener más cuidado.

No obstante, Nabata no dejaba a nadie que se sumiera en su tristeza porque el trabajo vencía todas las tristezas. Presenció milagros nunca vistos. Entrenaba a los hombres, construía barcos, carros y armas. Mandaba flotas llenas de oro y volvían repletas de hombres. Luego las volvía a mandar y regresaban de nuevo. Pasaron los días y los largos meses hasta que llegó el esperado día feliz. El rey Kamose se dirigió a su abuela Tutishiri sin contener la alegría. La besó en la frente y le dijo con voz emocionada.

–Alégrate, madre. Ya está dispuesto el ejército de salvación...

2

El redoble de los tambores anunciaba la partida, el ejército formó filas en varios batallones y la armada levó anclas. Tutishiri llamó al faraón y al príncipe heredero, lo mismo que a los comandantes principales y a los oficiales y les dijo:

–Éste es el día feliz que tanto he anhelado. Transmitid a vuestros valientes soldados el ruego de Tutishiri: que la liberen del yugo y rompan las cadenas que subyugan a Egipto y vuestro lema sea vivir como Amenemhet o morir como Sekenenre. Que el dios Amón os guíe y fortalezca vuestros corazones.

Los hombres le besaron su delgada mano y el rey Kamose le dijo al despedirse:

–Nuestro lema será vivir como Amenemhet o morir como Sekenenre. Quien caiga de entre nosotros morirá noblemente, y el que quede vivirá con dignidad.

La ciudad entera salió con la familia del faraón y con el nomarca Raum para despedir al ruidoso ejército. Redoblaban los tambores, sonaba la música y el ejército se puso en marcha según su organización tradicional. La vanguardia, formada por los exploradores, llevaba los estandartes; el rey Kamose marchaba a la cabeza del ejército, en medio de una aureola de séquito, ujieres y comandantes, precedidos por la guardia faraónica en sus elegantes carros y luego avanzaba el batallón de los grandes carros en tantas filas que la mirada no podía abarcar. Los carros producían en el ambiente un ruido ensordecedor y el relincho de los caballos parecía silbidos del viento. Detrás iba el pesado regimiento de los arqueros con sus arcos, sus corazas, las aljabas y las flechas, luego el batallón de los entrenados lanceros, con lanza y escudo, después el regimiento de soldados con armas ligeras, seguido de los carros de armas, provisiones y tiendas de campaña, guardadas por los jinetes. La armada zarpó también con sus grandes navios, sobre los cuales los

soldados estaban completamente preparados con sus arcos, sus lanzas y sus espadas.

Estas fuerzas avanzaban al son de la música que enardecía el entusiasmo en los corazones tiernos y enojados. Su aspecto terrible infundía miedo. Marchaban de día recorriendo la tierra y acampaban por la noche. Para hacer frente a la dureza del camino y del largo viaje, se apoyaban en su voluntad capaz de mover montañas. Pasaron por Semna, Baun, Absijilis, Fitizis y Nafes. No pararon de caminar hasta llegar a Dabud, el último rincón de Nubia. El buen aire de Egipto les venía de cara. Acamparon, montaron las tiendas para descansar y se prepararon para la lucha.

El faraón y sus hombres dispusieron el primer plan de ataque y lo organizaron a la perfección. Asignaron a Ahmose Ibana –que era el hombre mejor adiestrado de la armada– la tarea de dirigir parte de los barcos, conducirlos hasta la frontera de Egipto y pasarlos como una flota de las que los guardianes de las fronteras estaban acostumbrados a ver. Al amanecer del cuarto día de la llegada del ejército a Dabud, la pequeña flota zarpó hacia la frontera de Egipto, donde llegó por la mañana. Ahmose Ibana estaba en medio de la nave con la ropa talar de los mercaderes. Exhibió el permiso de entrada a los guardianes y entró con su flota. El oficial sabía que la guardia de las fronteras estaba formada por pocas embarcaciones y un destacamento reducido. Su plan consistía en sorprender a las desprevenidas embarcaciones y adueñarse de ellas; luego cercar la isla de Biya esperando que entraran el ejército y la armada en tierra egipcia. Así se facilitaría dar un golpe a Siyin, antes de que pudiera prepararse. La flota avanzó en línea horizontal. Cuando alcanzó el puerto meridional de Biya donde estaban atracadas las embarcaciones de los hicsos, los soldados aparecieron en cubierta con sus arcos. Ahmose se despojó de su túnica y apareció vestido de soldado, mandando disparar flechas contra la guardia de las embarcaciones, pudiendo la armada acercarse rápidamente a las naves que aún permanecían atracadas y atacarlas antes de que le llegasen refuerzos desde tierra. Arrojaron sus redes sobre ellas y los soldados las abordaron para tomarlas; luego se enzarzaron en un duro combate con los pocos soldados que había a bordo y terminaron con ellos en menos que canta un gallo. Mientras tanto, la nave de Ahmose no dejaba de disparar flechas a los guardianes de la costa e impedía así que los soldados auxiliaran a sus compañeros de las embarcaciones. Lograron apoderarse rápidamente de las naves sin que esto supusiera un gran desgaste para los atacantes. La armada sirio ia isla para cortar la comunicación con las ciudades del Norte y la guardia de Biya, al advertir el fulminante ataque, corrió hacia la costa, pero se encontró encerrada y a su pequeña armada fuera de su alcance...

Apenas acabó la lucha, se vieron en el horizonte las unidades de la armada egipcia zarpando hacia las fronteras. Las pasaron sin

resistencia y Ahmose Ibana se incorporó a la flota, con lo que la isla se vio rodeada de grandes embarcaciones, lo que obligó a la defensa de Biya a replegarse hasta el corazón de la isla, lejos del alcance de las flechas de la armada que irrumpió sobre ella por todas partes.

Pronto intervinieron la vanguardia del ejército fronterizo que atacó el frente oriental, y unas ruidosas unidades. Los que estaban cercados en Biya reconocieron que los atacantes eran reconquistadores y no piratas, como habían pensado al principio. Luego el comandante de la armada, Qamkaf, dio órdenes de atacar la isla y las naves la asaltaron por todas partes. Los soldados, armados hasta los dientes, se vieron bajo la protección de los arqueros, y los combatientes acudieron por todas partes a auxiliar a los cercados en medio de la isla. No obstante, al verse en una situación delicada —las fuerzas egipcias habían irrumpido tanto por mar como por tierra— sus brazos se ablandaron y su coraje los abandonó. Tiraron las armas y se entregaron como prisioneros. Ahmose Ibana, que iba a la cabeza de los atacantes, entró triunfante en el palacio del gobernador, alzó la bandera egipcia y mandó capturar a los funcionarios y a los más destacados de entre los hicsos e, indudablemente, a todos los soldados.

Los campesinos, los artesanos y los sirvientes de la isla vieron al ejército egipcio pero no daban crédito a sus ojos. Acudieron todos, hombres y mujeres, al palacio del gobernador donde se reunió una gran multitud a enterarse de lo que había ocurrido, indecisos entre la esperanza y el temor. Ahmose Ibana salió a su encuentro y les dijo:

—Que el dios Amón, protector de los egipcios y vencedor de los hicsos, os proteja.

La palabra Amón les sonó como una palabra bella y mágica, pues hacía diez años que se les había privado de oírla. Sus caras se iluminaron y algunos preguntaron:

—¿Habéis venido de verdad a salvarnos?

Ahmose Ibana respondió con voz sonora:

—Hemos venido a rescataros y a rescatar al Egipto esclavizado. Alegraos, pues. ¿No veis estas grandes fuerzas? Es el ejército de salvación, el ejército de nuestro señor, el faraón Kamose, hijo de nuestro faraón Sekenenre, que ha venido para liberar a su pueblo y recuperar su trono.

La gente pronunció el nombre de Kamose como estupefacta. Luego se apoderó de ellos la alegría y el entusiasmo y lo aclamaron sin descanso. Muchos se prosternaron ante el dios adorado Amón. Algunos hombres preguntaron a Ahmose Ibana:

—¿Se ha acabado de verdad nuestra esclavitud? ¿Volveremos a ser libres como lo éramos hace diez años? ¿Se acabó ya la época del azote y del látigo, y de que nos insulten diciendo que somos campesinos?

La rabia se apoderó de Ahmose Ibana y dijo furioso:

—Estad seguros de que el tiempo de la injusticia, de la esclavitud y del azote ha pasado y se ha alejado para siempre. Desde ahora vais a vivir libres bajo la soberanía de vuestro rey Kamose, el legítimo faraón de Egipto. Se os devolverán vuestras tierras y vuestras casas, y a los que os las expropiaron se les arrojará a las tinieblas de la cárcel.

La alegría se apoderó de aquellas almas atormentadas y rezaron juntos a Amón en el cielo y a Kamose en la tierra.

3

A media mañana, con todo el esplendor de un día hermoso, el rey Kamose, el príncipe heredero Ahmose, el ujier Hur y todos los miembros del séquito, desembarcaron en la isla. Fueron recibidos fervorosamente por los indígenas, que se prosternaron besando la tierra ante él, y sus aclamaciones se hicieron aún más intensas al oír el nombre de Sekenenre, de Tutishiri, de Kamose y del príncipe Ahmose. El faraón los saludó con la mano levantada y habló a la enorme multitud de hombres, mujeres y niños. Comió dátiles y otras frutas que le ofrecieron, bebieron vino de Maryut tanto él como su séquito y sus oficiales, y todos se encaminaron hacia el palacio del gobernador. El faraón dio la orden de designar a uno de sus hombres más fieles, llamado Sammar, como nomarca de la isla, y delegó en él la función de impartir justicia y aplicar la ley. En esta asamblea los comandantes se pusieron de acuerdo en la necesidad de tomar Siyin por sorpresa al alba del día siguiente. De este modo, se le asestaría un duro golpe antes de que pudieran reponerse de la sorpresa.

El ejército se acostó temprano con el fin de levantarse antes del alba, avanzar luego hacia el Norte protegido por la armada que cerraba las entradas del Nilo y cruzar la llanura antes de que las estrellas cerrasen sus brillantes ojos. Así lo hicieron. Rabia y ganas de lucha bullían en todos los corazones, preparados para la venganza. Se acercaron a Siyin cuando la oscuridad de los últimos momentos de la noche se mezclaba con la luz azulada y tímida de la mañana. El horizonte oriental abrió su claridad dejando al descubierto los rayos precursores del sol. Kamose ordenó a las fuerzas de carros que avanzaran sobre la ciudad por el sur y el este apoyadas por destacamentos de arqueros y lanceros. Mandó a la armada que cercase la orilla occidental de la ciudad. Todas las fuerzas atacaron por tres flancos al mismo tiempo. Los carros eran conducidos por oficiales veteranos que conocían bien la ciudad y sus alrededores, y se dirigían a los cuarteles y los centros de policía. Detrás iba la infantería con las armas en la mano, la cual sometió al enemigo a una matanza en la que corrió la sangre a raudales. Los hicsos pudieron defenderse en algunos frentes y luchar desesperadamente,

pero caían como hojas de otoño bajo los efectos de una tempestad... En cuanto a la armada, no se le interpuso ninguna resistencia ni se enfrentó a ningún navio militar. Una vez que se apoderó del puerto, bajaron algunos de sus hombres a atacar los palacios cercanos al Nilo y apresar a sus dueños. Entre ellos se encontraban el gobernador de la ciudad, los jueces y los hombres más destacados. Luego las fuerzas empezaron a avanzar campo a través en dirección a la ciudad.

La sorpresa fue determinante en esta batalla, pues acortó su duración y aumentó el ímpetu de la lucha contra los hicsos. El sol no había salido aún por el horizonte ni había mandado sus rayos sobre la ciudad cuando las multitudes de los conquistadores se apoderaron de los cuarteles y de los palacios y conducían a los presos a las cárceles. Los caminos y los patios de los cuarteles estaban sembrados de cadáveres ensangrentados y por la ciudad y por los campos cercanos corrió la noticia de que Kamose, hijo de Sekenenre, había conquistado Siyin con un gran ejército y se había adueñado de ella. Una rebelión sangrienta estalló al mismo tiempo en la ciudad y los indígenas saquearon las casas de los hicsos atacándoles en sus propias alcobas y haciendo con ellos lo que quisieron, azotarlos o matarlos. Muchos escaparon corriendo, como antes habían hecho los egipcios cuando Apofis conquistó el Sur con sus hombres y sus carros... Luego los habitantes se tranquilizaron y el ejército logró dominar la situación. Kamose entró a la cabeza de sus soldados con las banderas de Egipto ondeando al viento y al son de la música. Los indígenas acudieron a recibirlos. Fue un día glorioso...

Los oficiales transmitieron al rey la noticia de que muchos jóvenes – algunos de ellos habían pertenecido al antiguo ejército – estaban entusiasmados por reunirse con ellos. Kamose se alegró y designó a uno de sus hombres llamado Shau para gobernar la ciudad. Le mandó que pusiera orden entre los voluntarios y los entrenara para que se incorporaran al ejército como soldados avezados. Los oficiales dieron al rey el inventario de los carros y caballos que habían arrebatado al enemigo. Era algo grandioso.

El ujier Hur propuso al rey que siguieran avanzando sin descanso para no dar tiempo al enemigo a prepararse y reorganizar su ejército.

–Emprenderemos la primera y verdadera batalla en Ambus –dijo.

–Sí, Hur –respondió Kamose–. No es de extrañar que decenas de fugitivos estén ahora camino de Ambus. Ya no se podrá coger al enemigo por sorpresa; lo encontraremos muy bien pertrechado. Quizá Apofis salga a nuestro encuentro con su ejército en Herakunulis. En marcha...

Las huestes egipcias, tanto las de infantería como la armada del Nilo, emprendieron la marcha hacia el Norte, camino de Ambus. Se internaron en las aldeas, pero no encontraron ninguna resistencia ni ningún hombre de los hicsos. El faraón tuvo que admitir que los

hombres del enemigo habían tomado sus pertenencias y habían huido con sus ganados hacia Ambus. Los campesinos, en cambio, salieron para recibir al ejército de salvación y saludar a su rey victorioso orando por él con corazones exultantes, plétóricos de alegría y esperanza. El ejército continuó su marcha hasta llegar a Ambus. Allí se presentaron también los exploradores dando la noticia de que el enemigo estaba acampado al sur de la ciudad, preparado para la lucha, y que una armada de regulares proporciones estaba atracada al oeste de Ambus. Kamose comprendió que la primera de las más importantes batallas estaba en puertas. El rey quiso informarse del número de soldados del enemigo, pero no pudo lograrlo porque estaba acampado en una llanura de difícil control. Un joven comandante llamado Mahab dijo:

—Señor, no creo que las fuerzas de Ambus superen unos cuantos miles.

—Traedme a cualquier oficial o soldado de Ambus —dijo entonces el faraón.

Pero el ujier Hur adivinó lo que quería el faraón y le dijo:

—Perdonad, señor. Ambus ha cambiado por completo en los últimos diez años. Se han construido cuarteles que antes no existían. Lo he visto personalmente en algunos de mis viajes comerciales. Es probable que los hicsos hayan hecho de ella un centro de defensa de todas las regiones cercanas a la frontera...

—En cualquier caso, señor —respondió el comandante Mahab—, será conveniente que ataquemos con una fuerza ligera para que nuestras pérdidas no sean cuantiosas...

El príncipe Ahmose no aprobó esta opinión y le dijo a su padre:

—Señor, yo opino de otro modo. Creo que sería más conveniente atacar con una fuerza imparable. Tenemos que hacer que todas nuestras tropas se breguen en la lucha y dar el último golpe al enemigo en el menor tiempo posible. Así asombraremos a las fuerzas destacadas en Tebas que vayan a luchar contra nosotros. De este modo combatiremos contra hombres que verán la muerte al hacernos frente. No hay que tener miedo en poner allí a todo nuestro ejército porque va a duplicarse con los voluntarios que se incorporen después de cada batalla. Las pérdidas del enemigo serán, en cambio, irreparables.

Esta opinión agradó al rey y dijo:

—Mis hombres no escatiman sus vidas por Tebas.

El faraón sabía que el triunfo de la armada en esta batalla sería decisivo, pues desempeñaba un gran papel en cercar a las ciudades ricas y en dejar a los soldados a la retaguardia del enemigo. Así pues, mandó a su comandante Qamkaf que atacara a las naves enemigas atracadas al oeste de Ambus.

Entre uno y otro ejército ya no mediaba más que un vasto campo. Los hicsos eran grandes guerreros y fuertes y terribles luchadores.

Menospreciaban mucho a los egipcios, por eso empezaron a atacar desdeñando sus dotes de guerreros. Les atacaron con un destacamento de cien carros de guerra. Kamose, en cambio, dio la orden de ataque con una fuerza constituida por más de trescientos carros, que se abalanzó sobre el enemigo entre nubes de polvo, relinchos de caballos y tensar de cuerdas de arcos. La lucha era sangrienta. El príncipe Ahmose decidió acabar definitivamente con el enemigo e irrumpió con otros doscientos carros más atacando la infantería enemiga que esperaba ante las murallas mismas de Ambus el resultado de la batalla de los carros. Luego avanzó otro regimiento de las fuerzas de arqueros y otro de lanceros. Los carros saltaban sobre la infantería y atravesaban sus líneas en medio de una confusión indescriptible. Luego una lluvia de flechas cayó sobre los soldados enemigos dispersándose los que no caían muertos o heridos. La infantería que en estos momentos atacaba con un ímpetu imparable, acabó por asestarles el golpe definitivo. El enemigo, que no pensaba encontrar tal cantidad de fuerzas, no sólo se asombró sino que se derrumbó pronto, cayeron sus jinetes y se destrozaron sus carros. Los egipcios se hicieron dueños de la situación en un tiempo increíblemente corto, después de luchar con denuedo y abatir al enemigo con la fuerza de sus brazos nervudos y su temperamento fogoso.

Las fuerzas armadas conquistaron las puertas de Ambus y lograron entrar por la fuerza para conquistar los cuarteles y limpiarlos de los restos de soldados enemigos. Los oficiales fueron organizando sus filas en el campo y transportando a los heridos y a los muertos. Kamose se detuvo en medio del campo de batalla rodeado de su guardia con el príncipe Ahmose a la derecha y el ujier Hur a la izquierda. Le llegaban felices noticias: que su armada había atacado con fuerza a las embarcaciones enemigas y que éstas se habían retirado desordenadamente... El rey se alegró y dijo sonriendo a los que le rodeaban:

—¡Buen inicio!

El príncipe Ahmose, con la ropa y la cara polvorientas y con la frente sudorosa, dijo:

—Estoy deseando emprender batallas aún más reñidas.

—Ya no tendrás que esperar mucho —le dijo el faraón, orgulloso del bello rostro de su hijo.

El faraón bajó de su carro y sus hombres hicieron otro tanto. Dio algunos pasos y se detuvo en medio de un mar de cadáveres hicsos y les echó un vistazo contemplando cómo manaba la sangre roja sobre su piel blanca desgarrada por las flechas.

—No penséis que la sangre es de nuestro enemigo. Es la sangre que han chupado a nuestro pueblo dejándole morir de hambre —dijo.

Pero el rostro de Kamose enrojeció y se tiñó del color oscuro de la tristeza. Alzó los ojos al cielo y balbuceó:

–Que tu alma disfrute con la paz y la alegría, padre.

Luego echó una mirada a los que le rodeaban y con voz que revelaba fuerza varonil les dijo:

–Nuestra resistencia se pondrá a prueba en dos grandes batallas, en Tebas y en Hawaris. Si salimos victoriosos, limpiaremos a la patria para siempre de los hicsos y devolveremos Egipto a la era gloriosa de Amenemhet, cuando nos levantemos, como ahora, sobre los cadáveres de los que defiendan Hawaris.

El rey se dio la vuelta para subir a su carro y en aquel preciso momento, de entre el montón de cadáveres uno se puso de pie rápido como un rayo, apuntó con su arco al rey y disparó... No se pudo detener la mano del destino ni abatir al asesino antes de que disparara. La flecha atravesó el pecho del rey. A los hombres les sobrecogió el espanto, dispararon contra los hicsos y acudieron todos donde estaba el rey, llenos de temor y cariño. Un profundo gemido salió de Kamose, luego se balanceó como si estuviera borracho y cayó en los brazos de su heredero.

–Traed un palanquín y llamad al médico –gritó el príncipe...

Luego se inclinó sobre su padre y dijo con voz compungida:

–¡Padre! ¡Padre! ¿Acaso no puedes hablar con nosotros?

El médico acudió en seguida con un palanquín. Levantaron al rey y lo tendieron despacio. El médico se puso de rodillas a su lado y fue despojando al rey de su coraza y de su ropa para descubrirle el pecho. La guardia rodeó el palanquín en silencio, mirando unas veces al rostro pálido del rey y otras a las manos del médico. La noticia se propagó por todo el campo y empezó un alboroto indescriptible. Luego un silencio tremendo se apoderó de un ejército tan numeroso.

El médico arrancó la flecha y dejó que la sangre corriera abundantemente por la herida. El rostro del rey se contraía de dolor y los ojos del príncipe Ahmose se nublaban de tristeza.

–¡Dios mío! El rey sufre –balbuceó Ham.

El médico lavó la herida y le aplicó unas hierbas, pero el rey no experimentó ninguna mejoría. Sus extremidades temblaban notablemente, luego suspiró profundamente y abrió los ojos en los que se vio una mirada nublada, sin signos de vida. El corazón de Ahmose se contrajo aún más y se dijo a sí mismo: «¡Cómo ha cambiado mi padre!». El rey movió los ojos hasta que se fijaron en Ahmose y una sonrisa apareció en sus labios. Luego dijo con una voz casi inaudible:

–Hasta hace poco pensaba que llegaría hasta Hawaris, pero Amón quiere que mi viaje termine a las puertas de Ambus.

–¡Daré mi vida por ti, padre! –gritó Ahmose con voz entristecida.

–No. Guarda bien tu vida, es muy necesaria... Sé más prudente que yo y recuerda que no tienes que dejar de luchar hasta que caiga Hawaris, el último bastión de los hicsos, y se disperse esa gente de nuestras tierras –dijo con voz débil.

El médico temió por el esfuerzo que el rey hacía intentando hablar y le indicó que callara. No obstante, el rey se estaba internando en la zona sublime que separa la inexistencia y la eternidad. Dijo en un tono completamente distinto y que parecía extraño:

—Dile a Tutishiri que me he reunido con mi padre con la misma valentía que él.

Extendió la mano hacia su hijo y el príncipe se puso de rodillas y se la apretó contra su pecho. El rey la retuvo durante un rato para despedirse, luego sus dedos se aflojaron y entregó su alma.

4

El médico amortajó el cadáver. Los hombres se prosternaron junto a él y rezaron una oración de despedida tras la cual se levantaron sumidos en la tristeza. El ujier Hur convocó a los comandantes y oficiales mayores de los distintos regimientos. Cuando estuvieron con él, les habló de esta guisa:

—Compañeros, siento comunicaros la muerte de nuestro valiente rey Kamose. Ha muerto mártir en el campo de batalla y en nombre de Egipto, tal como murió su padre antes. Se ha ido junto a Osiris, arrancado de nuestras vidas, después de aconsejarnos no parar de luchar hasta que caiga Hawaris, hasta expulsar al enemigo de nuestras tierras. Y yo, como ujier de esta noble familia, os doy el pésame por este desgraciado suceso y os pido permiso para entronizar a nuestro nuevo rey, a nuestro glorioso caudillo Ahmose, hijo de Kamose, hijo de Sekenenre. Dios lo proteja y le dé la gloria.

Los comandantes saludaron ante el cadáver de Kamose y se inclinaron ante Ahmose, el nuevo faraón. El ujier les permitió volver con sus tropas a anunciarles la muerte y la coronación.

Hur ordenó a los soldados que levantasen el palanquín real sobre sus hombros. El ujier, agobiado por la tristeza, dijo enjugándose las lágrimas:

—Que su alma goce de la felicidad y de la paz junto a Osiris. Estabais a punto de entrar en Ambus a la cabeza de vuestro victorioso ejército, pero Amón ha decidido que entréis en ella llevado en un ataúd. En cualquiera de los dos casos, sois más glorioso que nosotros...

El ejército entró en Ambus con su tradicional ceremonial, precedido por el ataúd del rey Kamose. La triste noticia se propagó por toda la ciudad y ésta saboreó la victoria y probó la tristeza en el mismo trago. Las multitudes acudieron por todas partes, recibiendo al ejército de salvación y despidiéndose del difunto rey con el corazón desgarrado entre gritos de alegría y sollozos de tristeza. Cuando las multitudes vieron al nuevo rey Ahmose, se prosternaron con calma y sumisión. Aquel día nadie alzó la voz para aclamarle. Los sacerdotes de Ambus recibieron al glorioso cadáver. Ahmose se quedó a solas y

escribió un mensaje a Tutishiri para cumplir la voluntad de su padre y se lo mandó con un mensajero...

Los correos llegaron con buenas y malas noticias con respecto a la flota. Dijeron que la flota egipcia había vencido a la de los hicsos y que había podido apresar a algunas de sus unidades. No obstante, el comandante Qamkaf había caído muerto y el oficial Ahmose había logrado dar la vuelta a la batalla, después de la caída del comandante, logrando así la victoria final y que el comandante de los hicsos había sido abatido por Ahmose después de una violenta lucha. Por todo ello el nuevo faraón quiso recompensar a Ahmose Iba y dio las órdenes oportunas para que se hiciera con el mando de la flota...

Ahmose siguió la sabia política de su padre y designó a su amigo Ham como gobernador de Ambus. Delegó en él la misión de organizarla y armar a los que fueran capaces de entre los indígenas. El rey le dijo a Hur:

—Avanzaremos con nuestras fuerzas rápidamente, porque si los hicsos torturaban a nuestra gente en tiempos de paz, la tortura se recrudecerá en tiempos de guerra. Tenemos que acortar ese tiempo de la tortura lo más que podamos.

El rey convocó al gobernador Ham y le dijo delante de su séquito y de sus comandantes:

—Has de saber que me comprometí, desde el día en que entré a Egipto vestido de mercader, a devolver Egipto a los egipcios. Que éste sea tu lema en el gobierno del país. Que tu objetivo sea limpiar esta tierra de los hombres blancos. Desde ahora no puede gobernar más que un egipcio. La tierra es tierra del faraón, y los campesinos los encargados de labrarla. Tendrán lo que les haga falta y les garantice una vida sosegada. Él obtendrá lo que sobre para gastarlo en lo que sea de provecho común. Los egipcios son iguales ante la ley. Ningún hermano levantará más de lo que es estrictamente suyo. No habrá más esclavos en este país que los hicsos... Espero que cuides el cadáver de mi padre. Cumple tu obligación sagrada con él...

5

El ejército abandonó Ambus al amanecer y a esa misma hora la flota zarpó. La vanguardia fue entrando en los pueblos y allí se les recibía calurosamente. Por fin llegaron a Abu Laptópolis Mayam. Allí se prepararon para emprender una nueva batalla. No obstante, la vanguardia no encontró ninguna resistencia y entraron en la ciudad. Al mismo tiempo, las unidades de la armada bajaban por el Nilo a toda vela, sin encontrar rastro alguno de las naves enemigas. Hur, prudente por naturaleza, aconsejó al faraón que mandara algunas de sus fuerzas de reconocimiento a los campos orientales, no fuera a ser que cayeran en una trampa. El ejército y la flota pasaron la

noche en Abu Laptópolis Mayam y la abandonaron al despuntar el alba. El rey y su guardia iban a la cabeza del ejército, detrás de las tropas de vanguardia. A la diestra del rey estaba el carro de Hur, ambos rodeados por un séquito de expertos conocedores de aquellas tierras.

—¿Acaso no vamos a Hira Akunópolis? —le preguntó el rey a Hur.

—Sí, señor, es el primer puesto para defender a la propia Tebas. En su valle se producirá la primera y más cruenta batalla entre dos fuerzas parecidas —respondió el ujier.

A media mañana llegaron noticias de los servicios de reconocimiento diciendo que la flota egipcia se había enfrentado a la flota de los hicsos, que por el número se pensaba que era toda la armada del enemigo y que el combate se desarrollaba con dureza. El rey miró hacia el oeste y en su hermoso rostro aparecieron el ruego y la esperanza.

—Señor, los hicsos son novatos en la guerra naval...

El faraón se quedó en silencio, sin hacer ningún comentario. El sol ascendía por el firmamento y el ejército avanzaba con sus regimientos y sus equipos. Ahmose se quedó absorto y pensativo. Se imaginaba a su familia recibiendo la noticia de la muerte de Kamose, el espanto de su madre Setekemose y la angustia y pesar de Ahhotep, los sollozos de la paciente madre Tutishiri y el llanto de su mujer Nefertari, ahora reina de Egipto. «¡Dios mío! Kamose ha caído a traición y el ejército ha perdido al hombre más valiente y de más amplio conocimiento», se decía. Y, en efecto, le había dejado una herencia llena de responsabilidades. Su imaginación se trasladó después a Tebas, donde reinaba Apofis y donde el pueblo sufría las más atroces formas de sufrimiento y humillación. Después recordó a Jinzar, el grande y valiente gobernador. No descansaría hasta vengar a su abuelo mártir, dándole muerte. A continuación le vino a la memoria la princesa Ameniridis y recordó la cámara donde habían probado el fuego sagrado del amor. ¿Estará aún prendada del apuesto mercader Isfinis y aspirará a que le cumpla lo prometido?

Entonces Hur tosió y le recordó con ello que no debía enamorarse de Ameniridis, pues estaba al frente del ejército invasor para limpiar a Egipto de invasores. Quiso desechar estos pensamientos y miró hacia su ejército, tan numeroso que cubría el lugar hasta más allá de donde el horizonte se juntaba con la tierra. Dejó de mirar y volvió a pensar en el combate que en aquellos momentos se estaba librando en el Nilo... Al mediodía los informadores vinieron a comunicarle que ambas flotas estaban luchando encarnizadamente, y que caían muchos soldados por ambas partes. La cara del rey se contrajo sin poder disimular su angustia.

—No hay motivo para preocuparse, señor. La flota de los hicsos no es de despreciar, pero la nuestra está ahora llevando el peso de la batalla definitiva —dijo Hur.

—Si la perdemos, perderemos la mitad de la guerra —comentó Ahmose.

—Y si la ganamos, señor, como creo que sucederá, habremos ganado toda la guerra —dijo Hur muy seguro.

El ejército estaba tan sólo a unas horas de las puertas de Hira Akunápolis y se hizo obligado un alto para el descanso y preparación. Llevaban un rato cuando llegaron mensajeros anunciando que las avanzadillas estaban luchando contra fuerzas dispersas del enemigo. Ahmose exclamó:

—Los hicsos están descansados. Seguramente estarán deseando un enfrentamiento en este momento.

El rey mandó una fuerza de carros para reforzar a las avanzadillas en caso de que se las atacara con una fuerza que les superara en número. Convocó a sus comandantes y les ordenó que estuvieran preparados para el combate en cualquier momento.

Ahmose sentía la gran responsabilidad de dirigir un ejército por primera vez en la vida. Se dio cuenta de que él era el protector de este gran ejército y el responsable del destino del país.

—Tenemos que dirigir nuestras fuerzas para inutilizar los carros del enemigo —le dijo a Hur.

—Eso es lo que intentará cada uno de los dos ejércitos. Si neutralizamos los carros enemigos y nos apoderamos del campo de batalla, su ejército estará a merced de nuestros arqueros —contestó el ujier.

En ese momento, mientras Ahmose se preparaba para emprender el combate, llegó un mensajero que venía corriendo de la parte del Nilo y anunció al rey que la flota egipcia estaba recibiendo fuertes descalabros. Ahmose Iba pensó que sería mejor retroceder con las unidades principales para volverlas a organizar lejos del frente de batalla. La lucha seguía muy encarnizada. La preocupación se apoderó del joven y temió perder su gran flota. No le quedaba tiempo para pensar. Sabía que el enemigo había iniciado el ataque. Saludó a Hur y a su séquito, avanzó con su guardia y ordenó al destacamento de carros que atacase. El ejército irrumpió formando un cuerpo central y dos alas laterales y corrió en filas bien formadas, tan rápidas y tan densas que la tierra empezó a temblar.

No tardaron en darse cuenta de que el ejército de los hicsos avanzaba en varios grupos de carros como una tempestad y que el enemigo les haría frente con un ejército salvaje, el mismo que siempre los había despreciado. La furia se apoderó de ellos y gritaron al unísono como un trueno: «¡Vivir como Amenemhet o morir como Sekenenre!» y se lanzaron al combate con el corazón anhelante de lucha y venganza. Los dos bandos combatían con coraje, agresividad y con más ferocidad que nunca. La tierra se cubría de sangre, los gritos de los soldados se mezclaban con el relincho de los caballos y con los silbidos de las flechas. La lucha seguía indecisa, cada vez

más agresiva y violenta, hasta que el sol se hundió en el horizonte, fundiéndose en un lago de sangre. En el ambiente empezaron a rondar negras sombras que se perdían en la oscuridad. Los dos ejércitos dejaron de luchar y volvieron a sus campamentos. Ahmose caminaba entre el círculo de su guardia que siempre lo acompañaba, tanto cuando avanzaba como cuando retrocedía.

Sus hombres, con Hur a la cabeza, lo recibieron.

—Ha sido una lucha violenta que nos ha costado la pérdida de valientes héroes —les comentó, y prosiguió—. ¿No hay novedades sobre la batalla del Nilo?

—Las dos flotas siguen luchando —dijo el ujier.

—¿Y sabéis algo de la nuestra?

—Ha luchado todo el día y ha retrocedido. Luego la mayoría de las naves se ha enzarzado con las unidades del enemigo y no han podido separarse hasta que ha oscurecido. La lucha continúa y están esperando novedades —contestó Hur.

El rostro cansado del rey se ensombreció y dijo a los que le rodeaban:

—Ruguémosle a Amón que dé la victoria a nuestros hermanos que están luchando en el Nilo.

6

Se despertaron al alba y empezaron los preparativos. Los espías vinieron trayendo importantes noticias: el movimiento no había cesado durante toda la noche en el campamento del enemigo y algunos de los que se atrevieron a adentrarse en los campos que rodeaban el lugar de batalla dijeron que nuevos efectivos enemigos habían ido llegando a Hira Akunópolis a lo largo de la noche, y que habían seguido llegando hasta poco antes del alba. Hur pensó durante un buen rato y dijo:

—El enemigo, señor, reúne sus fuerzas aquí para recibirnos con todo su ejército. Eso no es de extrañar, porque si logramos entrar en Hira Akunópolis, nada, excepto las murallas de la gloriosa Tebas, nos detendrá.

Buenas noticias, en cambio, llegaron del Nilo. Al faraón se le comunicó que su flota había luchado valerosamente y que el enemigo no se había apoderado de ella como deseaba, sino que, por el contrario, había conseguido echar al agua a muchos soldados de las naves enemigas. La flota de los hicsos se había visto obligada a retroceder, después de dejar fuera de combate a una tercera parte. Las dos flotas abandonaron la batalla durante unas horas y volvieron a entrar en combate al alba. La flota de Ahmose Ibana fue la primera en entrar en combate. El faraón, más sosegado, se preparó para la lucha con el corazón alegre.

Al amanecer, los dos ejércitos avanzaron dispuestos a luchar. Salieron las filas de carros y los egipcios gritaron su lema: «¡Vivir como Amenemhet o morir como Sekenenre!». Luego se entregaron en cuerpo y alma al campo de la muerte. Los choques se sucedían sin tregua ni descanso, se intercambiaban los ataques, se luchaba con arcos, lanzas y espadas. El rey Ahmose advirtió, a pesar de la dureza del combate, que el cuerpo del ejército enemigo se comportaba con mucha sabiduría y que quien mandaba a las tropas lo hacía con orden y precisión. Miró a ver quién podría ser el diestro comandante y vio que no era el gobernador de Hira Akunópolis, sino el propio rey Apofis, a quien había regalado la corona adornada con piedras preciosas en el palacio de Tebas. Era él en persona, con su cuerpo robusto, su larga barba y su mirada penetrante. Alunóse se preparó para un fuerte ataque. Luchó como un héroe, mientras su guardia le defendía de los embates del enemigo. No se enfrentó a ningún jinete enemigo sin derrotarlo en seguida, hasta el punto de que temieron luchar contra él y desesperaron de vencerlo. La batalla duró mucho y nuevas fuerzas irrumpieron en el campo por ambas partes. El combate siguió encarnizado y cruento hasta el atardecer. Entonces, con las fuerzas de ambos bandos ya agotadas, un destacamento enemigo formado por carros atacó el ala izquierda de los egipcios al mando de un hombre muy fuerte. Lo cercó cuanto pudo pero la resistencia, ya agotada, nada consiguió contra él. Poco a poco fue abriéndose paso para acabar con las fuerzas atacantes o para atacar a la infantería. Ahmose se dio cuenta de que aquel comandante había aprovechado su cansancio y había ahorrado sus fuerzas para dar el golpe definitivo. Por temor a que el hombre consiguiera su objetivo y provocara el desorden entre las líneas de su ejército, o una matanza entre su infantería, decidió atacar al corazón del enemigo para ponerlo en un aprieto. El diestro comandante se vio a punto de ser cercado y sin darse un respiro para vacilar porque la situación era muy delicada, ordenó a sus soldados que atacasen irrumpiendo inesperadamente en el corazón de la formación enemiga. La lucha fue tremendamente intensa y terrible. Los egipcios se vieron obligados a retroceder bajo la fuerte presión y Ahmose mandó un destacamento de carros para cercar a la fuerza que en aquellos momentos inmovilizaba el ala izquierda. No obstante, aquel comandante era muy experto y modificó su táctica cuando estuvo a punto de abrirse la esperada brecha. Mandó un pequeño destacamento de carros que pararan a los atacantes, mientras él y el resto de sus soldados se incorporaban rápidamente a su ejército. En aquel momento, Ahmose divisó al atrevido comandante. Era Jinzar, el tirano gobernador de Tebas, un hombre de constitución robusta y músculos de acero. Su ataque costó muchas vidas de entre los más jóvenes jinetes de carros egipcios. Poco tiempo después se terminó la lucha y el rey y su ejército volvieron al campamento. Ahmose decía

irritado y amenazador: «Nos veremos las caras, Jinzar». Sus hombres lo recibieron deseándole muchos años de vida. Entre ellos estaba uno nuevo que era Ahmose Ibana. Se alegró al verlo en el campamento y le preguntó:

—¿Qué hay, comandante?

Y Ahmose Ibana contestó:

—La victoria, señor. Hemos vencido a la armada de los hiesos, hemos apresado cuatro de sus grandes embarcaciones y hemos hundido a la mitad. Los demás han escapado.

El rostro del rey se relajó y puso la mano sobre el codo del comandante diciéndole:

—Has ganado para Egipto con esta victoria la mitad de la guerra. Estoy muy orgulloso de ti.

El rostro de Ahmose Ibana se sonrojó y dijo satisfecho:

—Hemos pagado un precio muy alto por esta victoria, señor; pero ahora somos los dueños absolutos del Nilo.

—El enemigo nos ha causado grandes pérdidas —replicó el faraón—. Temo no poder resistir. La victoria en esta guerra será para quien pueda acabar con la caballería del enemigo. —Calló Ahmose y luego prosiguió—: Nuestros gobernantes del Sur están entrenando al ejército y construyendo más barcos y más carros; pero la preparación de los jinetes de los carros necesita mucho tiempo. Sólo nos valdrá, entonces, nuestro valor para no exponer a nuestra infantería otra vez a los carros del enemigo.

7

Al alba estaba ya el ejército otra vez ultimando los preparativos. El rey vistió su armadura y recibió a sus hombres en su tienda para decirles:

—He decidido retar a luchar a Jinzar...

Hur se llevó las manos a la cabeza y le rogó con vehemencia:

—Señor, perder una batalla no detendrá nuestra gloriosa obra.

Todos los comandantes rogaron al rey que los dejara combatir contra el nomarca del Sur. No obstante, Ahmose se lo agradeció y le dijo a Hur:

—Nuestra obra no ha de detenerse por una desgracia, por grande que ésta sea. Aunque yo muera, eso no ha de dificultarla. Mi ejército no carece de oficiales ni mi tierra escatima hombres. No he de desperdiciar la oportunidad de enfrentarme al asesino de Sekenenre. Dejadme luchar contra él hasta sacarle del mundo de los vivos, que quiero saldar una deuda que aún debo a un alma generosa que me está contemplando desde el más allá. Que la maldición divina caiga sobre los huidizos y los cobardes...

El faraón mandó a un oficial que manifestara su deseo a su contrincante. El hombre fue al medio del campo y gritó:

—El faraón de Egipto quiere luchar contra el comandante Jinzar para saldar una vieja deuda.

Un hombre de entre el destacamento de Jinzar salió y gritó:

—Dile a quien liarnas faraón que el comandante no priva a ningún enemigo del honor de morir bajo su espada...

Ahmcse montó en un buen caballo, envainó la espada y puso la lanza en el cinturón. Lo espoleó y corrió al campo del honor. Vio a su enemigo corriendo hacia él a lomos de un caballo orgulloso y ufano. Su cuerpo parecía una roca de granito. Se acercaron poco a poco hasta que las cabezas de los caballos estuvieron a punto de tocarse. Cada uno tenía los ojos clavados en su enemigo. Jinzar no tardó en quedar petrificado y gritó extrañado:

—¡Dios mío! ¡A quién veo! ¿Acaso no es Isfinis, el mercader de enanos y diamantes? ¡Vaya juego! ¿Dónde está tu mercancía, mercader Isfinis?

Ahmoose lo miraba con tranquilidad y sosiego.

—Se acabó Isfinis, comandante Jinzar. Ahora no tengo más comercio que éste —le dijo indicando su espada. Jinzar dominó sus sentimientos y preguntó:

—¿Quién eres, entonces?

—Ahmoose, faraón de Egipto —dijo él con sosiego y sencillez.

Jinzar soltó una carcajada estridente que resonó en todo el campo y dijo en tono burlón:

—¿Y quién te ha elegido faraón de Egipto, si Apofis lo es y lleva la doble corona del Alto y Bajo Egipto que tú le regalaste prosternándote?

—Me ha elegido quien eligió a mi padre y a mis antepasados. Has de saber que el que va a luchar contra ti es el nieto de Sekenenre.

La preocupación empezó a inquietar el rostro del gobernador, el cual dijo con toda calma:

—¡Sekenenre...! Recuerdo a ese hombre que corrió la mala suerte de morir el día en que quiso luchar contra mí. Ahora empiezo a entenderlo todo. Discúlpame por tardar en entenderlo. Nosotros los hiesos somos héroes en el campo de batalla, no sabemos lo que es traición y no conocemos más lengua que la espada. En cuanto a vosotros, fingidos faraones de Egipto, os escondéis bajo la ropa de mercaderes antes de que vuestra valentía os permita vestiros como reyes... Que sea como desees. Pero ¿quieres luchar contra mí, Isfinis?

—Podemos vestiros con la ropa que nos venga en gana, pues es nuestra —dijo Ahmoose secamente—. Vosotros, en cambio, no supisteis vestiros hasta que Egipto os albergó. Y no me llames Isfinis, porque sabes muy bien que soy Ahmoose, hijo de Kamose, hijo de Sekenenre, una familia arraigada en la nobleza, originaria de la gloriosa Tebas. Una familia que nunca supo lo que es vagar por los desiertos ni pastorear. Quiero sinceramente combatir contra ti. Es un honor para ti,

pues quiero saldar una deuda con la persona que mejor conoce Tebas.

—Veo que el orgullo te ciega —gritó Jinzar—. A ver hasta dónde pueden llegar tus fuerzas. Has creído que tu victoria sobre el comandante Raj te permite enfrentarte a mí... ¡Dios se apiade de ti, joven soberbio! ¿Qué arma eliges?

—La espada, si quieres —dijo Ahmose con una sonrisa burlona pintada en los labios.

—Es la mejor de mis amigas —gritó Jinzar encogiéndose de hombros. Jinzar se bajó de su caballo y dio las riendas a un paje. Luego desenvainó su espada. Ahmose hizo lo mismo y se quedaron silenciosos, separados a una distancia de dos brazos. Luego Ahmose preguntó:

—¿Empezamos?

—¡Qué hermosos son estos momentos en los que se ponen frente a frente la vida y la muerte! ¡Venga, joven! —dijo Jinzar riéndose.

El faraón dio un salto y atacó a su grueso contrincante con valentía, asestándole un fuerte golpe que el gobernador recibió sobre su adarga. Éste atacó a su vez diciendo:

—¡Qué golpe más auténtico, Isfinis! Creí que el tintineo de tu espada sobre mi escudo entonaba la música de la muerte... ¡Bienvenido! ¡Bienvenido! Mi corazón da la bienvenida a los mensajeros de la muerte. Esta siempre me desea cuando juego entre sus garras, pero finalmente se retira decepcionada y se va con otro.

El hombre luchaba sin dejar de hablar, como un hábil bailarín que baila y canta a la vez. Ahmose comprendió que su enemigo era un hombre muy peligroso, con músculos de acero, astuto y con muchos reflejos. Se aplicó de lleno empleando toda su fuerza y sabiduría. Esquivó los golpes que le dirigía, a sabiendas de que eran golpes mortales, de los cuales no podría librarse si le alcanzaban. Cuando recibió un fuerte golpe en su adarga, haciéndose patente su pesadez, vio a su enemigo sonriendo con calma y tranquilidad. La rabia se apoderó de él y dirigió a su vez un golpe que el otro paró con la adarga, mientras hacía por dominar los nervios y la voluntad.

—¿Dónde se ha fabricado esta espada tan consistente? —le preguntó a Ahmose.

—En Nabata, en el extremo sur —contestó Ahmose conteniéndose también.

—La mía se ha fabricado en Manaf, por manos de artesanos egipcios —dijo Jinzar mientras paraba un fuerte y hábil golpe—. Su fabricante no sabía que me estaba dando algo con lo que acabaría con el faraón que comerció y luchó por él.

—¡Qué feliz se sentirá mañana si se entera de que su espada ha sido una desgracia para el enemigo de su patria! —respondió Ahmose.

Estaba buscando, en efecto, una buena ocasión para un ataque fulminante. Apenas acabó de hablar cuando dirigió a su enemigo tres

sucesivos y rápidos mandobles. Jinzar los paró con su adarga, aunque tuvo que replegarse unos pasos. El faraón saltó sobre él y lo atacó duramente. Jinzar conocía bien el peligro de esta táctica y dejó de jugar con su rival y se calló. Abandonó la sonrisa, frunció el ceño y paró los golpes de su enemigo con suprema fuerza y valor. Mostró toda la destreza y valentía de que fue capaz, algo sobrenatural. La punta de su espada llegó a tocar el casco de Ahmose. Los hicsos pensaron que había acabado con su testarudo enemigo, y sus vítores se elevaron hasta que Ahmose pensó durante un rato: «¿Me habrá alcanzado?». No obstante, no sintió debilidad ni flaqueza. Reunió sus fuerzas y dio un fuerte golpe a su enemigo. Éste le interpuso su adarga y Ahmose se la arrebató de la mano, haciéndole caer y retorcerse. Los vítores y los gritos se alzaron por ambos bandos, entre la alegría de unos y la rabia de otros. Ahmose dejó de combatir echando una mirada triunfante a su enemigo. El otro alzó la espada y se preparó a luchar sin adarga. Ahmose tiró su propio escudo a un lado. El espanto se apoderó de Jinzar y lo miró de una manera extraña diciendo:

—¡Nobleza digna del comportamiento de reyes!

Reanudaron la lucha en silencio, intercambiándose dos fuertes golpes. No obstante, el golpe de Ahmose fue muy rápido, iba directo al cuello de su fuerte rival que experimentó una gran sacudida. Su mano se relajó sobre la empuñadura de la espada y se derrumbó como un muro. El faraón se acercó a él con pasos medidos y lo miró respetuosamente diciéndole:

—Eres muy valiente, gobernador Jinzar.

—Has dicho verdad, rey. Después de mí no tendrás ningún contrincante —contestó el gobernador en un último esfuerzo por aferrarse a la vida.

Ahmose cogió la espada de Jinzar y la puso junto a su cadáver. Montó en su caballo y volvió al campamento. Sabía que los hicsos lucharían con rabia y deseo de vengarse. Se dirigió a sus jinetes diciéndoles:

—Soldados, repetid nuestro eterno lema: «¡Vivir como Amenemhet o morir como Sekenenre!». Sabed que nuestro destino depende del resultado de esta guerra. No debéis consentir que la paciencia de años y el esfuerzo de generaciones se pierda en vano en una hora.

Atacó de nuevo e hicieron lo mismo los otros. Fue un combate duro hasta la puesta del sol. Y continuó así durante diez días completos.

El décimo día de batalla al atardecer, el rey Ahmose volvió del campo de batalla completamente agotado. Se reunió con sus cortesanos y con sus comandantes. La caída de Jinzar había diezmado el ejército enemigo de una manera insustituible. No

obstante, sus carros seguían parando los ataques de los egipcios causándoles las mayores pérdidas. La angustia se apoderó del faraón y temió que el batallón de carros se viniera abajo día tras día. Aquella tarde estaba enfurecido porque habían caído muchos valientes jinetes de su bando al enfrentarse a la muerte sin pensar. Dijo como hablando consigo mismo:

—Hira Akunópolis... Hira Akunópolis. ¿Tu nombre se relaciona con nuestra victoria o con nuestra derrota?

Los reunidos no estaban menos tristes ni enfurecidos que el rey. No obstante, les impactó la tristeza y la aflicción que se veía en su hermoso rostro. El ujier Hur dijo:

—Señor, nuestros jinetes luchan contra todo el ejército de los hicsos. Nuestras pérdidas, por tanto, no tienen que asustarnos. Mañana, si superamos a nuestro enemigo y destrozamos sus carros, su infantería no podrá con nosotros. Correrán tras las murallas para escapar de nuestros carros.

—Mi gran objetivo —dijo el rey— era acabar con los carros del enemigo, reservando una gran fuerza de los nuestros para dominar el campo de batalla, de la misma manera que los hicsos hicieron en su ataque a Tebas. No obstante, ya empiezo a temer por las dos fuerzas montadas que tenemos. Si así ocurriera, las expondríamos a una larga guerra que desolaría nuestras ciudades.

El faraón pidió que le notificaran los últimos partes en cuanto a pérdidas. Un oficial se los trajo y vio que el batallón de carros egipcios había perdido un tercio de sus fuerzas en cuanto a carros y jinetes.

Su rostro enrojeció, miró a sus hombres y vio que todos estaban expectantes. Dijo:

—No nos quedan más que dos mil jinetes. ¿En cuánto valoráis las pérdidas del enemigo? —preguntó.

—No creo que sean menores que las nuestras, señor... Pienso incluso que las superan —dijo el comandante Dib.

El faraón inclinó la cabeza y se quedó pensativo durante un rato. Luego miró a sus hombres y dijo:

—Se sabrá todo mañana. Mañana es el día más definitivo, sin duda. Nuestros enemigos estarán angustiados y preocupados como nosotros o incluso más. En cualquier caso, nadie nos echará la culpa ni nosotros se la echaremos a nadie. Amón sabe que estamos luchando con corazones que desprecian la vida.

—Nuestra flota no lucha ahora. ¿Por qué no van algunos de nuestros soldados detrás del enemigo, entre Hira Akunópolis y Najab? —preguntó Dib, a lo que contestó Ahmose Ibana:

—Nuestra flota domina ahora por completo el Nilo. No obstante, no podemos arriesgarnos a mandar soldados tras el enemigo, a menos que la totalidad de su ejército esté luchando. En realidad la batalla hasta ahora se ha limitado a sólo los dos bandos de carros. El

ejército del enemigo, en cambio, está alerta, agazapado tras el campo de batalla.

—¿Acaso no tenemos ninguna reserva de caballería?

—Hemos llegado a Egipto con seis mil soldados —respondió Ahmose— que son el fruto de un duro esfuerzo en formación y de una gran paciencia. De ellos se han perdido cuatro mil hombres en doce días de infierno...

—Señor, Siyin, Ambus y Abu Laptópolis Mayam están construyendo carros y preparando jinetes sin cesar —dijo Hur.

Ahmose Ibana, en cambio, con el entusiasmo de quien no conoce la desesperación, intervino con estas palabras:

—Nos bastará con el lema que nos enseñó nuestra madre sagrada Tutishiri: «¡Vivir como Amenemhet o morir como Sekenenre!». Nuestros jinetes son invencibles y nuestra infantería arde en deseos de luchar. Tenemos que pensar que Amón, que te envió a Egipto, no te envió en balde.

Los hombres le dieron la razón al joven comandante. El faraón sonrió satisfecho. Pasó aquella noche y el ejército despertó al alba, como de costumbre, para prepararse a la lucha. Cuando el día empezó a clarear, el batallón de carros avanzó con el faraón en el centro, acompañado de su guardia. Miró el campo de batalla, lo encontró desierto y se asombró sobremanera. Fijó bien la vista y divisó en la lejanía las murallas de Hira Akunópolis, en cuyo camino no se interponía ningún hombre de los hicsos. El asombro del rey no duró mucho. Algunos espías llegaron anunciando que Apofis había abandonado el campo de batalla con todo su ejército, dejando Hira Akunópolis por la noche y dirigiéndose al Norte.

—La verdad se ha hecho evidente ahora. No hay duda de que la fuerza de carros de los hicsos está aniquilada, y que Apofis ha preferido huir y defenderse detrás de las murallas que enfrentarse a nuestros jinetes con su infantería.

El comandante Dib dijo con alegría incontenible:

—Señor, hemos ganado la gran batalla de Hira Akunópolis.

El faraón Ahmose se preguntaba: «¿Se habrá despejado la angustia? ¿Habrán desaparecido los temores?». Miró a Dib y le ordenó:

—Di que hemos neutralizado los carros de los hicsos y nada más.

Esta noticia se propagó por el ejército y la alegría los invadió a todos. Los cortesanos corrieron precedidos de Hur hacia el rey para felicitarlo por la evidente victoria que Amón les había otorgado. Ahmose entró en la ciudad de Hira Akunópolis a la cabeza de su ejército. Los indígenas habían huido hacia ella, escapando a la venganza de los hicsos. Recibieron calurosamente a su rey y aclamaron al ejército de salvación con un griterío que desgarraba el ambiente...

Lo primero que hizo el rey fue rezar al dios Amón, que le había auxiliado en el momento en que casi desesperaba.

El ejército descansó en Hira Akunópolis unas cuantas jornadas, después de la sangrienta batalla de doce días. Ahmose cuidó personalmente de organizar la ciudad y devolverle su primigenio aspecto egipcio en cuanto a gobierno, campos, mercados y templos. Consoló a los indígenas por todas las vejaciones de las que habían sido objeto y por la rapiña y el hurto que había sufrido la ciudad con la retirada de los hicsos.

El ejército se dirigió hacia el Norte y con él zarpó la flota. Entró en la ciudad de Najeb, sin encontrar resistencia, aquella misma tarde. Pasó allí la noche y al alba del día siguiente reanudó la marcha sin encontrar a ninguna patrulla enemiga. Conquistó los campos y plantó en ellos las banderas egipcias. Se acercó al valle de Latubópolis después de tres días. El rey y sus hombres creían que el enemigo la defendería, por eso el faraón mandó a su élite y Ahmose Ibana cercó sus orillas occidentales. No obstante, las tropas de vanguardia entraron en la ciudad sin resistencia y el ejército la ocupó tranquilamente. Los habitantes egipcios les contaron cómo las unidades del ejército de Apofis habían pasado llevando a sus heridos, y cómo los terratenientes hicsos habían tomado sus pertenencias y sus bienes y se habían unido al ejército de su rey asustados y alborotados...

El ejército avanzó con sus temibles unidades, apoderándose de los campos y ciudades sin ninguna resistencia, hasta que llegó a Tirt y a Hezmentis. Todos aspiraban a reunirse con su enemigo para satisfacer sus deseos soterrados. La alegría afloraba a sus rostros siempre que alzaban su bandera en las aldeas o pueblos. Sentían que habían liberado una parte de la querida patria. La noticia de la derrota de los carros de los hicsos llenaba de júbilo a los soldados y avivaba en sus corazones la esperanza y el entusiasmo. Marchaban cantando canciones militares y acortaban la distancia del valle con sus piernas de bronce, cuando de pronto divisaron las murallas de la ciudad de Habu, muy dentro de la región de Tebas. El valle se inclinaba hacia su parte occidental de una manera abrupta. Las tropas de vanguardia se dirigieron a la ciudad, pero se encontraba como las demás ciudades, sin guardianes. El ejército se apoderó de ella tranquilamente. La entrada en Habu entusiasmó a los soldados, porque ésta y Tebas eran como una misma ciudad, y porque la mayoría de los soldados del ejército eran de allí. En sus plazas se abrazaron y entonaron canciones de amor y nostalgia. Los soldados avanzaron hacia el Norte con los corazones ansiosos de lucha y las almas fortalecidas. Sabían que estaban a punto de culminar una obra histórica y entrar en el combate más determinante que decidiría el destino de Tebas. Bajaron por el gran valle que los tebanos llaman

«el camino de Amón», un valle que se ensancha a medida que se avanza por él, hasta que se les apareció la gran muralla con sus puertas que les cortaba el paso. El camino seguía al Este y al Oeste. Detrás se podían ver las montañas, los muros de los templos y los grandes edificios. Todo lo que representaba la gloria y la eternidad. Les rodeaban los grandes recuerdos. Una ola de entusiasmo y de nostalgia hizo temblar los corazones y las conciencias. Todo el valle empezó a gritar al unísono: «¡Tebas... Tebas!». Su nombre corrió por todas las gargantas y lo entonaron los corazones inflamados. Siguieron gritando hasta que las lágrimas arrastraron su orgullo. Lloraron y lloró con ellos el anciano Hur...

El gran ejército acampó. Ahmose se detuvo ante la bandera de Tebas que Tutishiri había bordado con sus propias manos, ondeando sobre su cabeza. Miraba la ciudad con ojos soñadores y decía:

—Tebas, Tebas..., tierra de gloria..., morada de mis padres y mis antepasados. Alégrate. Mañana será el día de la gloria...

10

El faraón convocó al comandante Ahmose Iba y le dijo:

—Delegaré en ti mañana, valiente comandante, la orilla occidental de Tebas. Atácala o cércala. Haz lo que creas oportuno según las circunstancias.

Los comandantes empezaron a pensar en cómo atacar Tebas. El comandante Muhib expresó su pensamiento con las siguientes palabras:

—Las murallas de Tebas son inexpugnables y costarán a los atacantes valiosas vidas. No obstante, no hay más remedio que asaltarla, pues sus puertas meridionales son el único camino hacia ella.

A lo cual contestó el comandante Dib:

—Cercar las ciudades por bien amuralladas que estén y sitiarlas por hambre es lo mejor, pero no debemos pensar en someter Tebas al hambre y no tenemos más remedio que atacarla. No nos faltan medios como son, por ejemplo, las escaleras y los testudos de protección, aunque tampoco son suficientes. Espero que nos lleguen en mayores cantidades. En cualquier caso, si el precio de Tebas es caro, tendremos que pagarlo de buena gana.

—Éste es un juicio muy sensato. No tenemos que perder tiempo porque nuestro pueblo está retenido dentro de las murallas de la ciudad, y es probable que sufra la salvaje venganza de nuestro enemigo —replicó Ahmose.

Aquel día, la flota egipcia se acercó a la orilla occidental de Tebas y se encontró con una flota que los hicsos habían reunido con las embarcaciones que consiguieron escapar de Hira Akunópolis. Se atacaron y los dos ejércitos emprendieron una cruenta lucha. No

obstante, los egipcios superaban a sus enemigos en hombres y embarcaciones. Cercaron a su enemigo y le sometieron a un verdadero infierno.

Ahmose mandó un comando de los regimientos de arqueros y lanceros a probar las fuerzas que se resistían detrás de las murallas. Disparaban sus arcos sobre puntos alejados unos de otros de la gran muralla, y he aquí que los hicsos llenaban la muralla de fuertes guardianes y de armas sin cuento. Los comandantes egipcios organizaron sus fuerzas y cuando recibieron la orden de atacar, mandaron destacamentos por el valle a atacar la muralla en varios puntos, protegiéndose con sus largos escudos. Las flechas del enemigo caían sobre ellos como una lluvia y dirigieron sus arcos hacia las entradas de la defendida muralla. La lucha se desarrolló sin piedad. El campamento no paraba de mandar grupos de soldados entusiasmados. Estaban luchando con ahínco y sin temer a la muerte, pero pagaron un alto precio por su atrevimiento. El día acabó en una verdadera carnicería. El faraón quedó afectado por el número de muertos y heridos y dijo enfadado:

—Mis soldados no temen a la muerte y ésta los siega.

—¡Vaya batalla, señor! Veo que los cadáveres cubren el campo —dijo Hur mientras su mirada se perdía más allá de la ciudad.

El comandante Muhib tenía el rostro sombrío y la ropa polvorienta.

—¿No estamos atacando a la muerte en balde? —preguntó.

—No voy a empujar a mi ejército hacia una muerte segura. Sería más conveniente que mandara un número fijo de hombres detrás de los testudos, hasta que la muerte llene con el enemigo las entradas de la muralla —dijo Ahmose.

El faraón permaneció turbado. Ni siquiera le pudieron consolar las noticias que le llegaron referentes a que la flota egipcia se había apoderado de lo que quedaba de la flota de los hicsos y que se había convertido indiscutiblemente en el dueño del Nilo...

Aquella misma tarde llegó el mensajero que había mandado a su familia en Nabata, trayendo un mensaje de Tutishiri. Ahmose extendió el mensaje entre sus manos y leyó lo siguiente:

De Tutishiri a mi nieto y señor el faraón del Alto y Bajo Egipto Ahmose, hijo de Kamose, por quien ruego a Amón que le proteja la valiosa vida y que le guíe por el buen camino, su corazón a la fe y su mano a acabar con el enemigo. Me ha llegado tu mensajero notificándome la muerte de nuestro malogrado, el valiente Kamose, y comunicándome sus últimas palabras dirigidas a mí. Será mejor —estando tú luchando contra nuestro enemigo— que calle lo que todos nuestros corazones experimentan ahora. El mío fue condenado a probar el cáliz de la muerte dos veces en una sola y breve vida. No obstante, voy a callar mis condolencias a quien en estos momentos está viviendo una grande y terrible guerra en la que no se escatiman

vidas y en la que los héroes desafían a la muerte. Tampoco disimularé –a pesar de mi dolor y tristeza– que un mensajero que me llega con la noticia de la muerte de Kamose y de la victoria de nuestro ejército, es mejor que si me hubiera llegado el propio Kamose con la noticia de la derrota... Ve por el mismo camino. El dios clemente te guardará y te protegerán mis ruegos y los de los sensibles corazones que me rodean, todos desgarrados por la tristeza, la paciencia y la esperanza. Has de saber, señor, que nos estamos preparando para trasladarnos a Dabur, muy cerca de la frontera con nuestro país, para estar cerca de tus mensajeros. Paz.

Ahmore leyó el mensaje y captó el gran dolor y la gran esperanza que se escondían entre líneas. Se figuró las caras de las que se despidió en Nabata: Tutishiri con su rostro delgado rodeado de canas, la abuela Ahhotep con su majestuosidad y tristeza, su madre Setekemosis con su dulzura, y su esposa Nefertari con sus grandes ojos y su cuerpo esbelto. Balbuceó: «¡Dios mío! Tutishiri está aguantando las puñaladas del dolor mortal con entereza y esperanza. No obstante, su dolor no le ha hecho olvidarse de nuestra gran esperanza. Tengo que recordar siempre su sabiduría y seguirla con mi corazón y con mi mente...».

11

La flota cumplió con su deber después de apresar la de los hicsos. Sitió la ribera occidental de la ciudad e infundió el pánico entre los dueños de los palacios que daban al Nilo. Se intercambiaron disparos de flechas con las fortalezas de la orilla y, no obstante, no intentó atacar esas fortalezas, dada su dificultad y altura, ya que el Nilo estaba bajo en esa época estival. Se limitó a hostigarla y a sitiar esa zona. Ahmore Ibaña había puesto sus aspiraciones en la ribera meridional, donde vivían los cazadores, la ribera que amaba con pasión. Se imaginó que por ese lugar entraría en Tebas. No obstante, los hicsos eran más prudentes de lo que él pensaba, pues habían alejado a los egipcios de la ribera y los habían sustituido en toda su superficie por guardianes armados.

En cuanto al rey Ahmore, dejó la táctica de atacar con pequeños grupos y presentó en el campo de batalla la élite de sus hombres más adiestrados, protegidos por largos escudos. Competían con los defensores de la gran muralla en una cruenta lucha basada en la destreza y en la buena puntería. Se esforzaban por hacer alarde de su tradicional destreza y su alta preparación en la lucha. La guerra siguió de este modo durante algunos días sin llegar a resultado positivo alguno, ni presagiar ningún fin. El rey se impacientó y dijo:

–No tenemos que dar al enemigo la ocasión de volver a organizarse ni de reconstruir una nueva fuerza de carros. –Ahmore agarró bien la

empuñadura de su espada y prosiguió—: Mandaré reanudar el ataque. Si en el empeño hemos de morir, moriremos, como es de esperar de los hombres que han jurado liberar Egipto del pesado yugo de su enemigo. Mandaré más mensajeros a los gobernadores del Sur a animarlos a construir escudos de asedio y testudos.

El faraón dio la orden de ataque y dirigió personalmente la distribución de los regimientos de arqueros y lanceros en el vasto campo de batalla, formando un cuerpo central y dos alas laterales. Puso al comandante Muhib a la derecha y al comandante Dib a la izquierda y fueron avanzando en olas de gran diámetro. Ninguna ola alcanzaba a su precedente hasta que ésta había tomado su puesto y empezaba a atacar al enemigo, protegido detrás de la gran muralla. A medida que avanzaba el día de lucha, el campo de batalla se llenaba de soldados que presionaban sobre la muralla de Tebas. Los egipcios ocasionaron gran número de bajas a su rival y ellos también perdieron a muchos de sus hombres. No obstante, sus pérdidas eran, en cualquier caso, menores que las del primer día. La lucha siguió a este ritmo durante unos cuantos días más. El número de muertos crecía por ambos bandos. El ala derecha de los egipcios presionó tanto al enemigo que pudo sofocar uno de los numerosos puntos de resistencia y acabar con todo el que se atrevió a disparar desde las almenas. Unos cuantos oficiales valientes aprovecharon la ocasión de atacar el flanco con sus soldados. Pusieron una escala y subieron a ella con una fuerza irresistible, mientras que las flechas de sus hermanos los cubrían como una nube. Los hicsos se dieron cuenta de que aquel lado quedaba amenazado y se reunieron en él, consiguiendo someter a los atacantes a un infierno de golpes hasta que acabaron con todos. El rey se alegró por este ataque que dio un buen ejemplo a su ejército. Dijo a los que estaban a su alrededor:

—Por primera vez desde el inicio del cerco, parece un grupo de mis soldados sobre las murallas de Tebas.

La verdad es que este paso adelante tuvo un gran significado y se repitió al día siguiente y al siguiente en dos puntos distintos de la muralla. La presión de los egipcios fue creciendo hasta que la conquista se convirtió en una esperanza que se veía cercana. En aquel momento llegó un mensajero de Shawa, gobernador de Siyin, al frente de un destacamento de soldados armados hasta los dientes y recién formados. Junto a ellos llegó una nave llena de escudos de asedio, de escalas y de un buen número de testudos o bóvedas protectoras, como las llamaban. El rey recibió a los soldados con alegría y su esperanza en la victoria aumentó. Mandó que se les hiciera pasar por el campo de batalla para que sus soldados los saludaran y así se animaran y fortalecieran su esperanza.

Al día siguiente, la lucha fue feroz. Los valientes ataques de los egipcios se intensificaron, enfrentándose a la muerte sin temor. Causaron a su enemigo grandes pérdidas y se le veía cansado y

desesperado. El comandante Muhib pudo decir a su señor, al volver del campo de batalla:

—Señor, mañana abatiremos la muralla...

La opinión de los comandantes fue unánime en este punto, y el rey Ahmose mandó a un mensajero a su familia para decirle que se reuniera en Habu, sobre la cual ondeaba ya la bandera egipcia, para entrar todos en Tebas dentro de poco... El rey pasó aquella noche con una gran fe y esperanza.

12

A la hora del alba del día señalado los egipcios se despidieron alegres entre bostezos, entonando himnos de guerra y de victoria. Luego ocuparon sus sitios detrás de los escudos y de los testudos, miraron hacia sus objetivos con rabia y, no obstante, les pareció ver un extraño e imprevisto paisaje que les causó asombro y malestar. Intercambiaron miradas de perplejidad y es que veían en la muralla unos cuerpos desnudos de mujeres y de niños egipcios, con los cuales los hicsos habían formado escudos para protegerse de las flechas y los lanzallamas. Estaban detrás de ellos riéndose y burlándose. La visión de las mujeres desnudas, con el pelo suelto y violadas, y de los niños pequeños atados de pies y manos, rompía los corazones de todos, especialmente de los que eran esposos o padres. El ánimo de los hombres cayó por los suelos y sus brazos se paralizaron. La turbación se propagó entre los soldados hasta que llegó a oídos del rey, que la recibió como la noticia de una tormenta.

—¡Salvajes! ¡Bestias!... Los cobardes se ensañan con las mujeres y los niños...

El silencio y la consternación se apoderaron del séquito real y de sus comandantes. Ninguno de ellos se atrevía a decir nada. Se hizo de día y vieron claramente la muralla de Tebas protegida por los cuerpos de las mujeres y de los niños. Se les puso la piel de gallina, los rostros pálidos y les temblaban las piernas. Sus mentes revolotearon alrededor de los prisioneros torturados y sus valientes familiares que ahora estaban delante de ellos maniatados. Esto suponía aún más tortura y angustia por la sensación de impotencia.

—¡Pobres desgraciados! Los matará el frío de la noche y el hambre del día, en caso de que las flechas no les desgarran antes sus cuerpos —dijo Hur con voz angustiada.

La perplejidad se apoderó del rey, se quedó mirando con ojos desorbitados a las prisioneras que cubrían con sus cuerpos y los de sus hijos a los enemigos. ¿Qué hará? La lucha de largos meses amenazaba con perderse, la esperanza de diez años amenazaba con fracasar. ¿Qué hará? ¡Ha venido a salvar a su pueblo y no a torturarlo! ¿Qué hará? Empezó a balbucear con tristeza: «¡Amón! ¡Amón! Mi señor adorado... Esta lucha es por ti y por los que creen

en ti. Guíame para que encuentre una salida». Le sacó de su ensimismamiento el ruido de un carro que venía en la dirección del Nilo. Se quedó fijo en él para ver a quién llevaba, y vio a Ahmose Iba, comandante de la armada. El comandante se bajó y saludó al rey.

—Señor, ¿por qué no ataca el ejército a los hicsos, ya medio derrotados? ¿No estaba previsto que ahora nuestros soldados estuvieran ya sobre las murallas de Tebas?

El rey dijo con voz triste y con un tono agotado, señalando al muro:

—Mira con tus propios ojos, comandante.

No obstante, Ahmose Iba no miró como esperaban.

—Mis espías me han informado de la salvajada cometida. Pero ¿cómo hemos podido caer en la trampa de Apofis? ¿Es lógico dejar de luchar por Tebas y por Egipto por temor a que nuestras flechas den a alguna de nuestras mujeres y nuestros niños?

El rey Ahmose replicó con amargura:

—¿Encuentras lógico que mande desgarrar los cuerpos de esas desgraciadas mujeres, junto con sus hijos?

—Sí, señor. Son sacrificios de la guerra. Son iguales a nuestros valientes soldados que caen a cada momento. Incluso son iguales a nuestro rey mártir Sekenenre y a nuestro valiente Kamose. ¿Por qué tememos por su pérdida de esa manera, congelando todos nuestros movimientos?

»Señor, el corazón me dice que mi madre Iba está entre estas desgraciadas prisioneras. Si mi intuición es cierta, en estos mismos momentos está rezando y rogando a Amón que vuestro amor por Tebas sea mayor que vuestra piedad por ella y por sus compañeras. No soy el único de nuestro ejército. Que cada uno de nosotros ponga sobre su corazón un escudo de fe y de buena voluntad, y ataquemos...

El faraón sonrió al comandante de su armada durante largo rato. Luego se dio la vuelta para ver a su séquito y a sus comandantes.

—El gran Ahmose Iba ha acertado —dijo Hur con su acostumbrada tranquilidad, aunque estaba triste y demudado. Todos los hombres respiraron profundamente y gritaron al unísono:

—Sí... sí. El comandante de la armada tiene razón. Ataquemos...

—¡Comandantes! —dijo el rey con determinación—: id a vuestros soldados y decidles que vuestro rey ha perdido por Egipto a su abuelo, a su padre y a todos los que no vacilaron en ofrecer la propia vida por su país. Os mando atacar la muralla de Tebas, poniendo un escudo a vuestro corazón, si preciso fuere, y conquistarla a cualquier precio.

Los comandantes corrieron a cumplir la orden. Sonaron las trompetas, las filas avanzaron, los soldados con los rostros sombríos y las armas en la mano. Los comandantes gritaron: «Vivir como Amenemhet o morir como Sekenenre», y empezó en seguida la más

atroz de las batallas jamás emprendida por un hombre. Los hicsos disparaban flechas y los egipcios respondían. Salieron las flechas y abrían los pechos de las mujeres, desgarraban los corazones de los niños, corría la sangre abundantemente, pero las mujeres hacían gestos con la cabeza y gritaban con voz débil entre sollozos y gemidos.

—El Señor os conceda la victoria y podáis vengar nuestra muerte.

Los egipcios se volvían como locos y atacaban como fieras salvajes, su corazón era de piedra, ávidos de sangre, sus gritos resonaban por el valle como truenos y rugido de leones. Irrumpían sin temer la muerte que se les venía encima, como si perdieran la sensación y el conocimiento, y se convirtieron en infernales máquinas de guerra. La lucha se hizo aún más candente y la matanza aún más intensa. La sangre corría como si brotara de fuentes que manaban desde los pechos y los cuellos. Cada atacante sentía como si tuviera en el corazón un parpadeo infernal que no se paraba hasta que no hincaba su lanza en el corazón de uno de los hicsos. El ala derecha pudo acallar varios puntos de resistencia antes del mediodía. Algunos hombres lograron escalar el muro con un arrojito que no temía a la muerte. Llevaron la lucha desde el campo de batalla hasta lo alto de la inexpugnable muralla y se infiltraron dentro del recinto mezclándose con el enemigo con lanzas y espadas. Los ataques se sucedieron con violencia y valor. El rey estaba siguiendo el combate atentamente y mandaba refuerzos a los lugares en los que el enemigo era muy fuerte. Vio a sus soldados escalar la muralla en una parte del centro y en dos de la izquierda, mientras el sol ya estaba en medio del firmamento. Comentó:

—Mis soldados están haciendo grandes esfuerzos, pero temo que llegue la noche antes de que podamos apoderarnos totalmente de la muralla y que mañana tengamos que volver a luchar.

El rey ordenó a otros regimientos que atacaran. La presión sobre los defensores de la muralla se hizo intensa y utilizaron nuevas artimañas para llegar arriba. La verdad es que la desesperación empezó a apoderarse de los hicsos después de que los egipcios les hicieran sufrir grandes pérdidas, sobre todo cuando vieron su interminable fila subiendo por las escalas de asedio, como si fueran hormigas andando sobre algún tronco. Unos puestos de defensa cayeron rápidamente, sin que nadie lo hubiese previsto. Los soldados de Ahmose conquistaron una parte completa del muro. Era inminente, sólo se necesitaba tiempo. Ahmose no paraba de mandar refuerzos. Un oficial de las avanzadillas infiltradas en los campos que rodeaban Tebas llegó con la cara alegre. Se inclinó y le dijo al rey:

—Buenas noticias, señor. Apofis y su ejército abandonan las puertas septentrionales de Tebas. Huyen.

El rey se extrañó y preguntó al oficial:

—¿Estás seguro de lo que dices?

–He visto con mis propios ojos el séquito del rey de los hicsos y su guardia, seguidos por todo el ejército, bien armados –dijo, muy seguro, el emisario.

–Apofis ha comprendido que la defensa de Tebas es inútil –replicó Ahmose Ibane –después de ver, dentro de la ciudad, los ataques de nuestros soldados y a su ejército sin saber cómo defenderse. Por eso ha huido.

–Ahora estoy seguro –añadió Hur– de que escudarse detrás de las mujeres y los niños de los soldados ha sido una desgraciada idea.

Apenas terminó sus palabras, llegó un nuevo mensajero, procedente de la flota. Saludó al rey y le dijo:

–Señor, hay focos de rebeldía muy intensos en Tebas. Hemos visto desde la flota una violenta lucha entre los campesinos y los nubios por una parte y los dueños de los palacios y la guardia de la costa por otra.

Ahmose Ibane se mostró preocupado y dijo:

–¿La flota ha hecho lo que debía?

–Sí, señor, nuestros barcos se han acercado a la costa y han disparado flechas incesantemente sobre la guardia de la costa para luchar contra los rebeldes.

La satisfacción apareció en el rostro del comandante. Pidió autorización al rey para volver junto a su flota para atacar el puerto. El rey dio su autorización y dijo a Hur alegremente:

–Los terratenientes no escaparán esta vez llevándose sus bienes.

–Sí, señor. Y dentro de poco Tebas os abrirá sus grandiosa puertas.

–No obstante, Apofis se está escapando con su ejército.

–No dejaremos de luchar hasta que caiga Hawaris y el último hicsos de Egipto.

El faraón volvió a seguir la lucha y vio a sus soldados peleando sobre las escalas de asedio y en lo alto del muro, presionando a los hicsos que se replegaban. Varios destacamentos de los que llevaba lanzas y espadas subieron al muro por varios puntos y cercaron los hicsos, empezando a matarlos y a degollarlos. No tardó en ver, sus soldados romper la bandera de los hicsos e izar la de Tebas. Luego vio las puertas de la gran ciudad abrirse de par en par y a sus soldados irrumpiendo en su interior aclamándole. Balbuceó en voz baja: «Tebas... fuente de mi sangre..., lugar de crecimiento de mi cuerpo..., lugar de esparcimiento de mi alma. Abre tus brazos y ciñe a tus fieles y valientes hijos». Luego agachó la cabeza para disimular unas lágrimas que le salían desde lo más profundo. Hur, a su lado, estaba rezando y enjugándose las lágrimas con las mejillas humedecidas.

Pasaron lentas las horas y el sol empezó a ponerse sobre el horizonte. Los comandantes Muhib y Dib, seguidos por Ahmose Ibana, se inclinaron respetuosamente ante Ahmose y le felicitaron por el éxito.

—Antes de felicitarnos mutuamente, tenemos que rendir honores a los muertos, ya sean soldados, mujeres o niños, puesto que todos han sido mártires por Tebas. Traédmelos a todos —dijo Ahmose.

Los cadáveres estaban tirados por todas partes, unos por el campo de batalla, otros sobre la muralla, detrás de las puertas y en la ciudad. Estaban ensangrentados y los recorrían insectos y gusanos. Los cascos se les habían caído de la cabeza a los soldados y reinaba un silencio sepulcral en torno a ellos. Los soldados los cogían con respeto, los ponían a un lado del campamento, unos junto a otros. Los de las mujeres y los niños, cuyos cuerpos habían sido desgarrados por las flechas de los soldados, en un sitio apartado. El rey se dirigió al lugar donde yacían los cuerpos seguido por el ujier Hur, los tres comandantes y el séquito y cuando se acercó a los cadáveres alineados, se inclinó con majestuosidad, triste y compungido, y sus hombres hicieron lo mismo. Luego echó a andar con paso lento, como si estuviera pasando revista en una fiesta oficial. A continuación se dirigió al lugar donde estaban las mujeres y los niños, con los cuerpos desnudos cubiertos con lienzos de algodón. Una nube de tristeza ensombreció su rostro y sus ojos se llenaron de lágrimas. En ese momento se volvió al oír la voz de un comandante que gritaba, a su pesar, con voz temblorosa:

—¡Madre!

El faraón vio a un comandante prosternado, llorando amargamente ante uno de los cadáveres. Le echó una mirada escrutadora y reconoció a Ibana, con la muerte reflejada en el rostro. El rey se puso al lado del comandante arrodillado con el corazón entristecido, pues tenía en mucha estima a aquella señora y le reconocía su patriotismo, su valor y sus sacrificios para educar a Ahmose, el mejor de sus comandantes, sin duda alguna. El rey levantó la cabeza al cielo y dijo con voz entrecortada:

—¡Oh, señor, adorado Amón, creador del Universo, otorgador de la vida y organizador de todo con suprema sabiduría! Éstas son tus deudas que se te devuelven según tu voluntad. En nuestro mundo vivían para los demás y en el cumplimiento de su misión han muerto. Son partes queridas que se desgarraron de mi corazón. Recíbelos con tu clemencia y recompénsalos de la vida que perdieron con otra feliz y eterna.

El rey se volvió hacia el ujier Hur y le dijo:

—Ujier, quiero que se embalsamen estos cadáveres y se entierren en los cementerios occidentales de Tebas. Juro por mí vida que el más digno de los hombres de la tierra de Tebas es quien se ha inmolado por ella.

Entonces volvió el mensajero que el rey había mandado a su familia en Dabur y presentó un mensaje a su señor. El rey se extrañó y le preguntó:

–¿Ha vuelto mi familia a Habu?

–No, señor –respondió el emisario.

Ahmoose extendió el mensaje de la madre Tutishiri y leyó:

Mi señor, el protegido con el espíritu y la gracia de Amón. Ruego a Dios que te llegue mi escrito cuando se te hayan abierto las puertas de Tebas y hayas entrado a la cabeza de tu ejército de salvación. Cierra sus heridas y haz, de este modo, felices a las almas de Sekenenre y de Kamose. En cuanto a nosotros, no dejaremos Dabur. Lo he pensado mucho y creo que la mejor manera de compartir el destino y los sufrimientos de este pueblo es quedarnos en el exilio donde estamos ahora, sufriendo la soledad y la nostalgia, hasta que se rompan las cadenas y se levante el castigo. Entraremos entonces en Egipto seguros de compartir con los egipcios la felicidad y la paz. Ve por tu camino acompañado de la ayuda divina, liberando las ciudades y derribando murallas. Limpia la tierra de Egipto del enemigo y no le dejes donde caerse muerto. Cuando así ocurra, llámanos e iremos seguros.

Ahmoose levantó la cabeza, enrolló el pergamino y dijo con cierto disgusto:

–Dice Tutishiri que no entrará en Egipto hasta que echemos al último de los hicsos.

–Lo que nuestra sagrada madre quiere es que no dejemos de luchar hasta liberar a la totalidad de Egipto –comentó Hur.

El rey movió la cabeza en señal de asentimiento.

–Señor, ¿no entraréis en Tebas esta tarde? –le interpeló el ujier.

–No, Hur –respondió Ahmoose–, entrará sólo mi ejército. Yo entraré cuando haya echado a todos los hicsos del país. Entraremos juntos, como juntos salimos hace diez años.

–Será una frustración para los ciudadanos.

–Dile a quien pregunte por mí que estoy persiguiendo a los hicsos hasta echarlos fuera de nuestras sagradas fronteras. ¡Que me siga quien quiera seguirme!

El rey volvió a su tienda de campaña. Tenía la intención de emitir una orden a sus comandantes conminándoles a entrar en la ciudad con su tradicional disposición, al son de la música militar. Uno de los oficiales del ejército se acercó a él y dijo:

–Señor, un grupo de los responsables de la rebelión me encarga que os pida permiso para que los recibáis a fin de presentar a Su Alteza unos presentes ganados en su rebelión.

–¿Vienes de la ciudad? –preguntó Ahmose al oficial.

–Sí, señor.

–¿Se han abierto las puertas del templo de Amón?

–Las abrieron los rebeldes, señor.

–¿Por qué no ha venido el sumo sacerdote a saludarnos?

–Dicen, señor, que ha jurado no salir de su claustro hasta que no haya en el país un solo hicsos que no sea esclavo o prisionero.

–Muy bien... ¡Convoca a mi pueblo! –dijo el rey sonriendo.

El hombre salió de la tienda y se dirigió a la ciudad para volver luego seguido de mucha gente dividida en grupos. Cada uno de esos grupos traía su propio presente. El primero pidió permiso y entraron unos cuantos egipcios desnudos por completo, salvo un faldellín. Sus rostros denotaban pobreza y miseria. Empujaron a unos hombres, todos ellos hicsos, con las cabezas descubiertas, las barbas desordenadas y las frentes polvorientas. Se prosternaron ante el faraón hasta tocar el suelo con la frente y cuando levantaron la cara para mirarlo, se les cayeron las lágrimas de alegría. El más anciano exclamó:

–Nuestro señor Ahmose, hijo de Kamose, hijo de Sekenenre, hijo del faraón de Egipto, su liberador y protector, rama alta de aquel frondoso jardín cuyas raíces se convirtieron en mártires por la gloriosa Tebas. Tu venida es una prueba de clemencia para nosotros y una recompensa por los malos tiempos que hemos pasado.

–Bienvenido seas, amado pueblo –respondió Ahmose sonriente–. Tus esperanzas son mis esperanzas, tus dolores proceden de la misma fuente que los míos y tu color de tez es igual que el mío.

Los rostros de la gente se iluminaron y el más anciano de ellos dirigió la palabra a los hicsos allí presentes, diciéndoles:

–Postraos ante el faraón, esclavos de baja estirpe. –Los hombres se prosternaron sin decir nada y el anciano continuó–: Señor, estos hombres son unos de los que se apoderaron de nuestras propiedades injustamente, como si las hubieran heredado de sus antepasados. Despreciaron a los egipcios, los humillaron y les obligaron a hacer los más duros trabajos al más bajo salario. Los sometieron a la pobreza, al hambre, a las enfermedades y a la ignorancia. Siempre que querían llamarlos, los apodaban con desprecio «¡campesinos!». Se portaban como si les hicieran un favor dejándolos con vida... Éstos son los tiranos de ayer y los prisioneros de hoy. Los hemos conducido ante Vuestra Alteza como esclavos despreciables...

–Os agradezco, pueblo mío, vuestro presente –dijo el rey sonriendo–, y os felicito por recuperar nuestra dignidad y nuestra libertad.

Los hombres se prosternaron de nuevo ante su rey y salieron de la tienda. Los soldados condujeron a los hicsos al campamento de los

prisioneros. Luego entró el segundo grupo con un hombre de gran estatura, muy blanco y con las ropas rotas. El látigo había dejado claras huellas en su espalda y en sus brazos. Cayó a los pies del rey, sin que los que le habían azotado le hicieran caso. Se inclinaron ante su rey durante un buen rato y uno de ellos exclamó:

—Señor, faraón de Egipto e hijo del dios Amón. Este malvado, vestido con la ropa de su bajeza, era el jefe de policía de Tebas. Nos quemaba la espalda a latigazos, con razón o sin ella. Dios nos lo ha entregado y le hemos azotado la espalda con nuestro látigo hasta que se le ha caído la piel a tiras. Lo hemos traído al campamento para unirlo a vuestros esclavos.

El rey hizo una señal, los soldados se lo llevaron y dio las gracias a su pueblo por lo que habían hecho.

Luego dio permiso para que entrara el tercer grupo y éste avanzó. Le precedía un hombre. Apenas lo vio el rey, lo reconoció: era Sanamut, juez de Tebas, hermano de Jinzar. El faraón le dirigió una mirada serena, pero Sanamut, en cambio, lo miró con desconcierto, angustiado y temeroso, sin poder dar crédito a lo que veía. Los hombres saludaron al rey, y el jefe del grupo dijo:

—Te traemos, faraón, a quien era hasta ayer juez de Tebas. Había jurado rectitud e impartía injusticia entre nosotros. Le hemos dado a beber injusticia para que pruebe lo que escanciaba él a los inocentes.

—Sanamut, te has pasado la vida juzgando a los egipcios. Esta vez serán ellos quienes te juzguen a ti —exclamó Ahmose, dirigiéndose al juez.

Mandó entregarlo a los soldados y dio las gracias a sus hombres por su fidelidad.

Llegó, al fin, el último grupo. Estaba sumamente excitado y furioso. Rodeaban a una persona envuelta en un lienzo que le cubría de pies a cabeza. Saludaron al rey y uno de ellos dijo:

—Oh, faraón de Egipto y protector de los egipcios, somos tan sólo algunos a los que los hicsos dejaron sin mujeres ni hijos porque los expusieron como escudos en la conquista de Tebas. Nuestro dios Amón ha querido que nos vengáramos de Apofis el tirano, atacando su harén mientras se retiraba y hemos conseguido a una persona a quien él quiere más que a sí mismo. La hemos traído para que vos os venguéis por la afrenta de nuestras mujeres.

El hombre se acercó a la persona que se ocultaba bajo el lienzo y la despojó de él. Apareció una joven completamente desnuda, si no hubiera sido por una especie de falda atada a la cintura. Era blanca y pura como la luz. Sobre su figura caía un pelo que parecía hilos de oro, y en su hermoso rostro se leía la rabia, el malhumor y el orgullo. Ahmose se quedó asombrado. La miró y como ella le devolviera la mirada, se sintió incómodo. El rostro de la mujer, por su parte, expresó cierto asombro que dejaba a un lado todo el

malhumor, la rabia y el orgullo de antes. Ahmose balbuceó con voz baja, casi imperceptible: «¡La princesa Ameniridis!».

Hur se quitó la túnica, se acercó a la joven y la cubrió. Ahmose preguntó caballerosamente:

—¿Por qué humilláis a esta mujer?

—Es la hija del más grande tirano —dijo el jefe del grupo.

Ahmose adivinó que en su crítica postura se ocultaba sed de venganza y dijo:

—No permitáis que vuestro enfado os ofusque y borre vuestros sagrados principios. Hombre bueno es aquel que manifiesta sus virtudes en los momentos más duros. Vosotros sois gente que respeta a las mujeres y no mata a los presos.

El representante del grupo dijo:

—¡Oh, protector de los egipcios! Nos sentiremos satisfechos si mandamos la cabeza de esta mujer a Apofis.

Ahmose respondió:

—¿Aconsejáis a vuestro rey que sea como Apofis, que derramaba sangre y asesinaba a las mujeres? Dejad el asunto en mis manos y marchaos en paz.

La gente se prosternó ante el faraón y se fue. El rey llamó a un oficial de su guardia y, discretamente, le mandó que llevara a la princesa a la embarcación real y que la cuidara.

El rey sufría una turbación en su corazón y en su alma, y no pudo aguantar más. Mandó a sus oficiales que entrasen en Tebas a la cabeza de su ejército triunfador y cuando se dio la vuelta, vio a Hur mirándolo con ojos a la vez angustiados y temerosos.

15

El campo de batalla quedó desierto. El faraón se dirigió al Nilo, seguido de su escolta, exhortando a sus guías a que se dieran prisa, pues le consumían nuevos sueños y pensamientos. ¡Qué golpe ha sufrido su corazón hoy! ¡Qué sorpresa ha recibido! No pensaba encontrar a Ameniridis otra vez. Ya había perdido la esperanza y se le figuró como un sueño que alumbrara su noche por una hora; luego, sin pretenderlo ni esperarlo, de nuevo se hizo la claridad. El destino la había arrojado a su clemencia, y ya era propiedad suya. Mucho se había agitado su pecho y había latido su corazón. En su alma habían resurgido cálidos sentimientos que resucitaban dulces recuerdos. Se sumió en ellos y se olvidó de todo.

Pero ¿y ella? ¿Lo había reconocido? Si no lo había reconocido, ¿se acordaría del feliz mercader Isfinis, a quien salvó la vida de una muerte inminente? Ella, la que le dijo llorando «hasta la vista», la que se acordó de él en su destierro y le mandó un mensaje en donde el amor estaba escondido como el fuego entre las cenizas. ¿Su corazón estará aún palpitando en la cámara de la nave real como la primera

vez? ¡Dios mío! Pero ¿por qué persiste una felicidad desmedida? ¿Su corazón le dice la verdad o le miente? El rey volvió a recordar su desgraciado aspecto cuando los soldados la empujaban hacia él. Se estremeció sacudido por cierto hormigueo que se propagó por todo su cuerpo. Recordó cómo la gente la escupía, cómo la insultaba, cómo maldecía a su padre. Recordó el malhumor, la rabia y el orgullo que se reflejaban en su cara. ¿Se calmaría ese malhumor si supiera que era la prisionera de Isfinis? Sintió una angustia que no había experimentado ni en los momentos más críticos. Su séquito llegó a la embarcación real, llamó al oficial a quien había encargado la custodia de la princesa y le preguntó:

—¿Cómo está la princesa?

—Se la ha instalado, señor, en una cámara especial. Se le ha traído ropa nueva y se le ha dado de comer. No obstante, no la ha probado. No hacía más que menospreciar a los soldados y llamarlos esclavos. Aun así, se le ha dado un trato especial, como mandó Su Majestad.

El faraón parecía incómodo y se encaminó a pasos tranquilos a la cámara, donde un guardián abrió la puerta y la volvió a cerrar al entrar él rey. La cámara era pequeña y acogedora, alumbrada por una lámpara que pendía del techo. A la derecha de la puerta estaba sentada la princesa, vestida con ropas sencillas de algodón. Se había recogido el pelo, que antes le habían desordenado los soldados, en una larga trenza. La miró sonriente y vio que ella lo miraba extrañada, sin dar crédito a lo que veían sus ojos. Pareció como si estuviera indecisa. Él la saludó diciendo:

—Buenas tardes, princesa.

Ella no contestó, su confusión seguía creciendo por momentos. El joven la miraba largamente, a la vez con deseo y con cariño.

—¿Necesitas algo? —le preguntó.

Ella se le quedó mirando fijamente, paseó su mirada por su casco y su escudo y le preguntó:

—¿Quién eres?

—Me llamo Ahmose, y soy faraón de Egipto.

La incredulidad se asomó a sus ojos. Él la quiso confundir aún más y se despojó de su casco dejándolo sobre un estante, pensando que ella no daría crédito a sus ojos.

Él vio que miraba su pelo rizado con extrañeza y dijo con fingido asombro:

—¿Por qué me miras así, como si me hubieras confundido con alguien?

La princesa no supo qué contestar. Él, en cambio, deseó escuchar su voz y dijo:

—Supongamos que te dijera que me llamo Isfinis, ¿qué contestarías?

Apenas oyó la palabra Isfinis, se puso de pie y le gritó:

—Entonces, ¿tú eres Isfinis?

El rey dio un paso adelante, la miró con cariño y la cogió por el brazo diciendo:

—Yo soy Isfinis, princesa Ameniridis.

—No entiendo nada —dijo ella soltándose violentamente.

—¿Qué importan los nombres? —dijo Ahmose con delicadeza—. Ayer me llamaba Isfinis y hoy me llamo Ahmose, pero soy la misma persona con el mismo corazón.

—¡Qué extraño! ¿Cómo te atreves a decir que eres la misma persona? Eras un mercader que vendía joyas y enanos, y ahora luchas y vistes como los reyes.

—¿Por qué no? Ayer paseaba de incógnito por Tebas y hoy dirijo a mi pueblo para recuperar mi trono perdido.

Le dirigió una larga mirada que él no supo cómo interpretar. Intentó acercarse a ella otra vez, pero la princesa lo paró con un gesto de la mano. Por las facciones tensas y la agresividad y el orgullo reflejados en sus ojos, dedujo que su esperanza quedaba frustrada y desfallecía el anhelo que albergaba en su pecho. La oyó decir con rabia:

—Aléjate de mí.

—No te acuerdas... —le dijo suplicante.

La princesa le cortó antes de que terminase de hablar, poseída por la furia que caracteriza a los de su raza.

—Recuerdo y recordaré siempre que eres un espía, un plebeyo...

El rey sintió un golpe bajo que le hizo fruncir el ceño y replicó encolerizado:

—¡Princesa! ¿No te das cuenta de que te estás dirigiendo a un rey?

—¿Qué rey?

La cólera se apoderó de nuevo de él y dijo:

—El faraón de Egipto.

—Me niego a ser uno de tus subditos —dijo con cierta burla.

De nuevo la cólera se apoderó del rey y su orgullo sobrepasó todos sus sentimientos.

—¡Ni siquiera tu padre es digno de ser uno de mis subditos! A pesar de eso, él se apoderó del trono de mi país. Yo le vencí en buena lid y le obligué a huir por las puertas septentrionales de Tebas, dejando a su hija prisionera en manos del pueblo con quien fue injusto. Lo perseguiré con mis ejércitos hasta que se refugie en los desiertos que un día lo empujaron a nuestro valle. ¿Acaso no te das cuenta de esto?... Yo, en cambio, soy el rey legítimo del valle del Nilo, porque soy de la grandiosa estirpe de los faraones de Tebas y porque soy un comandante triunfador que está recuperando su tierra con bravura y tesón.

—¡Un buen rey cuyo pueblo sabe luchar contra las mujeres! —dijo ella con frialdad y sarcasmo.

—¡Qué curioso! ¿No sabes que le debes la vida a este pueblo del que hablas? Estabas bajo su clemencia, y si te hubieran matado no

se hubieran apartado de la ley inventada por tu padre, exponiendo a las mujeres y a los niños a las flechas de los campesinos.

—¿Y me comparas con esas mujeres?

—¿Por qué no?

—Disculpa, oh rey, no puedo imaginarme ser igual que alguna de tus mujeres, ni que exista en mi pueblo alguien semejante a vosotros, a menos que sean iguales los señores y los esclavos... No sabes que nuestro ejército abandonó Tebas sin sentir la humillación de la derrota. Decían con ironía: «Nuestros esclavos se han rebelado contra nosotros».

El rey se encolerizó aún más y ya no pudo contenerse.

—¿Quiénes son los esclavos y quiénes son los señores? —le gritó—. No comprendes nada, eres una muchacha fatua, porque naciste en este valle que denota gloria y grandeza. Si tu nacimiento no hubiera tardado un año, habrías nacido en los más recónditos y fríos desiertos del Norte, y no habrías oído a nadie que te llamara «princesa» o que invocara a tu padre con el título de «rey». De esos desiertos vino tu gente a apoderarse de nuestro valle, a someter a esclavitud a sus señores. Luego dijeron, por ignorancia o por estupidez, que ellos eran los señores y nosotros los esclavos, que ellos eran blancos y nosotros morenos. Ahora la justicia vuelve a equilibrar la balanza y se devuelve al señor su señorío, al esclavo su esclavitud, la blancura se convierte en la característica de los que habitan los fríos desiertos y la tez oscura vuelve a ser el símbolo de los señores de Egipto, bronceados por los rayos del sol. Ésta es la indiscutible verdad...

La rabia se apoderó del corazón de la princesa, la sangre ruborizó su rostro y dijo con desprecio:

—Yo sé que mis antepasados bajaron del desierto del Norte, pero ¿cómo se te ha podido olvidar que ellos eran los señores del desierto, antes de convertirse por su valor en los señores de este valle? Eran y siguen siendo señores y de ese señorío nace su orgullo y su nobleza. No conocen más que la espada para abrirse camino hacia su objetivo. No se disfrazan con ropa de mercaderes para luego apuñalar a aquellos ante quienes se habían prosternado hacía poco.

El rey le echó una mirada dura y escudriñadora. Vio que era orgullosa, soberbia y agresiva, sin miedo ni doblez. En ella se representaba la rudeza y el orgullo de su pueblo. Su rencor aumentó. Sintió un fuerte deseo de someterla y humillarla, sobre todo después de que ella hubiera despreciado los sentimientos de él con su orgullo y su presunción. Le dijo con voz tranquila y sosegada:

—No sé por qué sigo discutiendo contigo. No debo olvidar que yo soy el rey y tú mi prisionera.

—Todo lo prisionera que quieras, pero nunca dejaré que me humillen.

—Te escudas en mi clemencia, por eso te crees valiente.

—Mi valor nunca me ha abandonado... Pregunta a los hombres que me raptaron a traición cómo es mi valor y el desprecio que les manifesté hasta en los momentos más cruciales y más peligrosos para mí.

Movió sus anchos hombros como despreciándola, luego se dio la vuelta hacia la mesa, cogió el casco y se lo puso. Pero antes de dar el primer paso, la oyó decir:

—Has dicho, efectivamente, que soy una prisionera, pero tu barco no es el lugar adecuado para los prisioneros, así que, por favor, llévame con los prisioneros de mi pueblo.

Él la miró con rabia y le dijo para enfadarla y aterrorizarla:

—No es lo que tú crees. Es costumbre que los presos si son hombres pasen a ser esclavos, pero en cuanto a las mujeres, se las incorpora al harén del rey victorioso.

—¡Pero yo soy una princesa! —dijo con los ojos saltándosele de las órbitas.

—¡Lo eras! Ahora eres sólo una prisionera.

—Cada vez que recuerdo que un día te salvé la vida, me vuelvo loca.

—¡Que viva ese recuerdo! —dijo él con tranquilidad—. Gracias a él te he salvado la vida de los rebeldes que deseaban cortarte la cabeza para mandársela a Apofis.

Luego le dio la espalda y abandonó la cámara. La guardia lo saludó y él les mandó que navegasen hasta la parte norte de Tebas. Fue a la proa con paso lento, llenando su pecho con el aire fresco de la noche. La nave no tardó en bajar con la corriente del Nilo, que fluye desde la eternidad, surcando la oscuridad hacia el norte de Tebas. El rey lanzó una mirada a la ciudad como para escaparse de sus propias preocupaciones. La luz brillaba en las naves atracadas a la orilla de la ciudad. Los altos palacios, en cambio, estaban sumidos en la oscuridad, después de que sus dueños los hubieran abandonado. A lo lejos, entre los palacios y los jardines, se podían ver las luces de las antorchas que llevaban los alegres trasnochadores. La brisa llevó hasta el faraón sus cantos y sus aclamaciones. Este esbozó una amplia sonrisa, pues comprendió que se debía a que Tebas estaba recibiendo al ejército de salvación, como solía recibir a su victorioso ejército con sus eternas fiestas.

La nave fue acercándose al palacio del faraón hasta rozarlo mientras avanzaba. El rey vio que el palacio estaba alumbrado y que la luz parpadeaba en las ventanas y en el jardín, y dedujo que Hur lo estaba limpiando y preparando. Había vuelto Hur, efectivamente, a cumplir con su misión en el palacio de Sekenenre. Ahmose vio el muelle del jardín del palacio y le sobrevino un desagradable recuerdo: la noche en que la embarcación real llevó a su familia al extremo sur, mientras la sangre corría por todo el valle.

El rey volvió a recorrer la cubierta de una punta a la otra. Su mirada se dirigió a la cámara cerrada de la princesa y luego se preguntó varias veces: «¿Por qué la trajeron?... ¿Por qué me la trajeron?».

16

Al día siguiente por la mañana, Hur, los comandantes y los consejeros, después de levantarse muy temprano, se dirigieron a visitar al rey en su embarcación atracada al norte de Tebas. El faraón los recibió en la cámara y ellos se postraron ante él.

—Que el Señor haga feliz vuestra mañana, oh rey victorioso. Hemos dejado las puertas de Tebas con el corazón alegre y agitado por el deseo de ver la luz en la frente de su salvador y liberador —dijo Hur con voz tranquila.

—¡Que Tebas se alegre! Pero el encuentro será cuando el Señor nos otorgue la victoria —contestó Ahmose.

—Se ha propagado entre los egipcios —replicó Hur— que su rey está camino del Norte y que da la bienvenida a los que quieran y puedan unirse a él. No os podéis imaginar, señor, el entusiasmo que se apoderó de los corazones de los jóvenes, ni su afluencia hacia los oficiales para formar parte del ejército del adorado Ahmose.

El rey sonrió y les preguntó a sus hombres:

—¿Habéis visitado el templo de Amón?

—Sí, señor —respondió Hur—, lo hemos visitado todos. Los soldados han corrido a besar sus muros, a frotar sus rostros con su tierra y a abrazar a sus sacerdotes. El altar se ha llenado de ofrendas, los sacerdotes han entonado el himno del adorado Señor y su oración ha resonado hasta el último rincón del templo. La nostalgia ha fundido los corazones, todos los de Tebas se han unido en una oración común y, sin embargo, Naufar Amón no ha salido de su aislamiento...

El faraón sonrió, se dio la vuelta y vio que el comandante Ahmose Iba estaba silencioso y algo entristecido. El faraón le hizo una señal para que se acercara y el comandante se acercó. El rey le puso la mano sobre el hombro y le dijo:

—Soporta tu parte de sufrimiento, Ahmose, y recuerda que el lema de tu familia es el valor y el sacrificio.

El comandante bajó la cabeza en señal de profundo agradecimiento, al experimentar cierta ternura por este detalle real. Ahmose miró a sus hombres y les dijo:

—Aconsejadme a quién nombro nomarca de Tebas y a quién asigno la difícil tarea de organizar la ciudad.

—El que mejor puede desempeñar este papel trascendental es el fiel y sabio Hur —aconsejó el comandante Muhib.

—Mi obligación es velar por mi señor y no alejarme de él —interrumpió Hur.

–Has dicho la verdad... no puedo prescindir de ti –respondió Ahmose.

–Hay un hombre bueno, de grandes conocimientos y experiencia, y famoso por su buen juicio: Tuta Amón, el delegado del templo de Amón. Si mi señor lo cree oportuno, en él puede delegar los asuntos de Tebas –dijo Hur.

–Ya lo hemos hecho –contestó Ahmose.

Luego el rey invitó a sus hombres a comer a su mesa.

17

Lentas transcurrieron las horas del día mientras el ejército vendaba a sus heridos, descansaba, se distraía, cantaba y bebía a placer. Los soldados tebanos se dirigieron a la casa de sus familiares: se abrazaron y se alegraron del reencuentro. En Tebas reinó, por tanto, el cariño y el amor, y fue el corazón palpitante del mundo. Ahmose, en cambio, no dejó la embarcación. Convocó al oficial encargado de custodiar a la princesa y le preguntó por ella. El oficial le comunicó que había pasado la noche sin probar bocado y que pensaba trasladarla a otra nave y encargar a guardianes de su confianza que la custodiaran. No obstante, sus pensamientos no le condujeron a nada concreto. No le cabía la menor duda de que Hur no estaba de acuerdo en que la princesa permaneciera en la nave real. Conocía bien al ujier para saber que no le agradaba que la hija de Apofis fuera tan importante para él, y sabía que su corazón no lo ocupaba más que la batalla de Tebas. En cambio él llevaba sus propios sentimientos a flor de piel. Tenía que hacer esfuerzos mil por no revolotear alrededor de la cámara y de su dueña. Era inútil intentar disuadirse de pensar en ella, a pesar de su enfado y su rabia, pues el enfado no mata al amor sino que lo camufla provisionalmente como la niebla impide ver el rostro de una bella mujer. Cuando la niebla se disipa, el rostro vuelve a brillar. Por eso Ahmose no se entregó a la desesperación, sino que se decía a sí mismo para consolarse: «Quizá su comportamiento se deba a ver su orgullo humillado y a la rebeldía propia de los prisioneros. Quizá se tranquilice y considere que el amor que disimula supera con creces su rencor. Entonces se dulcificará y dará al amor su parte, como dio al odio la suya». ¿Acaso no fue ella la que un día le salvó la vida y le dio todo su afecto y su cariño? ¿Acaso no fue ella la que, angustiada por su ausencia, le escribió un mensaje lleno de reproche con ahogados gemidos mal disimulados de un amor callado?... ¿Cómo se pueden marchitar así los sentimientos dando lugar a un estado de incompreensión por orgullo y enfado?

Esperó que llegara la tarde, alzó los anchos hombros y fue a la cámara. Los guardianes le saludaron, le abrieron paso y entró con desmedida esperanza. La princesa estaba sentada, quieta y tranquila,

con manifiestas señales de tristeza y aburrimiento en sus ojos azules. Su tristeza le dio pena y se dijo a sí mismo: «Tebas, a pesar de lo grande que es, le resultaba pequeña. ¿Cómo puede aguantar estar sentada en este diminuto escondite?».

Se detuvo de pie delante de ella y la princesa le dirigió una mirada fría.

—¿Cómo has pasado la noche? —le dijo con delicadeza.

La princesa no contestó. Se contentó con agachar la cabeza y mirar al suelo, pero él la miró con deseo a la cara, a los hombros, al pecho, y le volvió a preguntar, pensando que su esperanza podría realizarse.

—¿Cómo has pasado la noche?

Parecía que no quería salir de su mutismo, pero alzó la cabeza rápidamente y dijo:

—Ha sido la peor de mi vida...

El ignoró su tono y le volvió a preguntar:

—¿Por qué? ¿Echas de menos algo?

—Lo echo de menos todo —replicó ella sin cambiar de tono.

—¿Cómo? ¡Si he mandado al oficial encargado de custodiarte...!

—No te canses hablando de esto —contestó ella, angustiada—. Echo de menos todo lo que amo. Echo de menos a mi padre, a mi pueblo, y mi libertad. Pero tengo todo lo que odio: esta ropa, esta comida, este escondite, estos guardianes...

El faraón se sintió frustrado otra vez y sus esperanzas se desvanecieron. Con el rostro desencajado le dijo:

—¿Quieres que te libere y te mande donde está tu padre?

Movió la cabeza con un gesto violento y dijo:

—¡No!

El faraón la miró extrañado, sin saber qué partido tomar. Pero ella prosiguió en el mismo tono.

—Para que nunca se diga que la hija de Apofis suplicó al enemigo de su padre, ni que aceptó su compasión.

El enfado y la rabia se apoderaron de Ahmose al verla tan orgullosa y le dijo:

—No reparas en manifestar tu orgullo porque estás segura de mi clemencia...

—Mientes...

La cara del faraón se sonrojó y le echó una mirada agresiva diciéndole:

—¡Vaya! ¡Una mujer cegada porque no sabe lo que es la tristeza ni el dolor! ¿Sabes el castigo que merece menospreciar a un rey? ¿Has visto alguna vez azotar a una mujer? Si quisiera, hubiera hecho que besaras los pies al último de mis soldados y que le pidieras perdón...

Se quedó mirándola durante largo rato para ver el impacto de su amenaza, pero ella lo siguió mirando desafiante y agresiva, sin pestañear. El enfado era algo que se apoderaba de ella con mucha

facilidad, como les ocurría a todos los de su raza. Dijo con tono agresivo y descortés:

—Somos un pueblo que no conoce el miedo. Nuestro orgullo no se mancillará hasta que los cielos no dobleguen los brazos de la gente.

Ahmo se preguntó a sí mismo si merecía la pena humillarla. ¿Por qué no hacerlo y pisotear su orgullo? ¿Acaso no era su prisionera y podía hacerla su esclava? Sin embargo, desechó estos pensamientos porque pretendía algo mejor y más hermoso. Al borde del desespero asomó su orgullo y dejó de seducirla. No obstante, siguió fingiendo y le dijo en un tono igualmente orgulloso:

—Mi voluntad es no torturarte... por eso no lo voy a hacer. No está bien que uno piense maltratar a una hermosa esclava como tú.

—Más bien a una princesa con orgullo.

—Eso era antes de que cayeras prisionera. Yo, antes que torturarte, prefiero incorporarte a mi harén. Que se cumpla mi voluntad.

—Verás que tu voluntad se te aplicará a ti y a tu pueblo, pero no a mí. No me tocarás viva.

El faraón se encogió de hombros, sin dar mucho crédito a lo que le acababa de decir.

Ella prosiguió:

—Es una tradición heredada entre nosotros que si una persona cae prisionera y es humillada y no puede salvarse, no pruebe bocado hasta morir dignamente...

—¿De verdad? Sin embargo he visto cómo los jueces de Tebas, conducidos hasta mí, se prosternaban humillados, suplicando clemencia y perdón. —Se puso rojo y se calló. El rey no pudo aguantar más su conversación y, frustrado, no soportó quedarse allí más tiempo. Dijo mientras salía—. De nada te servirá abstenerse de comer.

Abandonó la cámara enfadado y decidido a cambiarla de embarcación. Pero, apenas se quedó a solas en su nave particular, se tranquilizó y rechazó su propia decisión.

18

El ujier Hur se presentó en la cámara del rey.

—Señor, han llegado unos hombres de Apofis pidiendo autorización para veros —dijo.

—¿Qué quieren? —preguntó Ahmo se extrañado.

—Dicen que traen un mensaje para Su Majestad.

—Hazlos pasar en seguida —replicó Ahmo se.

El ujier salió de la cámara, mandó a un oficial que trajera a los mensajeros y esperó. Los mensajeros no tardaron en llegar acompañados por un grupo de oficiales de su guardia. Eran tres: delante iba el más anciano, y le seguían otros dos llevando un cofre de marfil. Por la ropa amplia que llevaban conoció que eran ujieres.

Tenían la tez blanca y la barba larga. Levantaron una mano para saludar, pero no se inclinaron, sino que se mantuvieron de pie con excesiva ufanía. Ahmose devolvió el saludo con el mismo orgullo y les preguntó:

—¿Qué queréis?

—Comandante —dijo uno de ellos con un acento confuso y orgulloso. Pero Hur no le dejó terminar la frase. Le dijo con su acostumbrada calma:

—Te estás dirigiendo al faraón de Egipto, mensajero de Apofis.

—La guerra sigue aún en pie —contestó el caudillo— y todavía no se sabe quién es el ganador. Mientras tengamos hombres y armas, Apofis, el faraón de Egipto, no tiene ningún socio.

Ahmose hizo una señal a su ujier para que se callara y le dijo al mensajero:

—Te escucho.

—Comandante —dijo el caudillo—, los campesinos raptaron el día de la retirada de Tebas a su alteza la princesa Ameniridis, hija de nuestro rey Apofis, faraón del Alto y Bajo Egipto, hijo del dios Seth. Mi señor quisiera saber si su hija sigue aún con vida o si la han matado los campesinos.

—¿Tu señor se acuerda de lo que hizo con nuestras mujeres y nuestros niños el día del cerco de Tebas? ¿No se acuerda de cómo los expuso a las flechas de sus hijos y de sus esposos con las cuales los desgarraban atrozmente, mientras vuestros cobardes soldados los usaban como escudos?

—Mi señor no es responsable de todo lo que hace —contestó el emisario con aspereza—. La guerra es una lucha a muerte hasta la derrota final y en ella no tiene lugar la piedad.

Ahmose movió la cabeza disgustado y sentenció:

—Yo diría que la guerra se libra entre hombres. En ella destacan los fuertes y no tienen cabida los débiles. Para nosotros esta guerra tiene que estar bajo las normas de nuestra gentileza y nuestra religión. Sorprendido, me pregunto cómo se atreve el rey a interesarse por su hija, si piensa así de la guerra.

El hombre contestó:

—Mi señor pregunta por algún motivo. Él ni ruega ni teme...

Ahmose se quedó pensando durante un buen rato, pues sabía el verdadero motivo que había empujado a su enemigo a preguntar por su hija. Por eso dijo con toda claridad y con un acento que denotaba menosprecio:

—Vuelve con tu señor y dile que los campesinos son gente honrada que no mata a las mujeres, y que los soldados egipcios no ven bien asesinar a sus prisioneros. Dile también que su hija es una prisionera que disfruta de la nobleza de sus guardianes.

El hombre pareció satisfecho y dijo:

—Esta palabra es la que salva la vida de miles de los vuestros, tanto hombres como mujeres, apresados por el rey. Ha supeditado su vida a la de la princesa.

—Y la vida de la princesa está también supeditada a la de ellos — replicó Ahmose.

El hombre se calló durante un rato y añadió:

—Se me ha ordenado que no vuelva hasta verla con mis propios ojos.

La extrañeza se leía en el rostro de Hur. No obstante, Ahmose dijo anticipándose:

—La verás por ti mismo.

El caudillo señaló un cofre de marfil, que llevaba uno de sus seguidores, y dijo:

—Este cofre está lleno de ropa suya. ¿Me permitís que lo dejemos en su cámara?

El rey se quedó silencioso durante un rato, luego dijo:

—Hazlo.

Hur se apresuró a susurrar a su señor:

—Tenemos que examinar la ropa primero.

El rey vio bien la opinión de su ujier y éste mandó que depositaran el cofre delante del rey. Hur lo abrió y sacó su contenido pieza por pieza. Encontró un pequeño cofrecito, lo cogió, lo abrió y encontró el collar con el corazón de esmeraldas. El corazón del rey latió con fuerza al verlo. Recordó cómo la princesa lo había elegido de entre sus joyas, cuando él se hacía llamar Isfinis y vendía piedras preciosas. Se sonrojó. Hur preguntó:

—¿Acaso la prisión es un lugar adecuado para la elegancia?

A lo que replicó el mensajero:

—Este collar es el preferido por la princesa. Si el comandante lo cree oportuno se lo dejamos; si no, nos lo llevamos.

—Déjalo si quieres —dijo Ahmose.

El rey se dio la vuelta hacia donde estaban los oficiales y les ordenó que acompañasen a los mensajeros a la cámara de la princesa. Los mensajeros se fueron seguidos por los oficiales...

Una tarde llegaron refuerzos del Sur, eran soldados entrenados en Abu Linópolis y Hira Akunópolis, que rápidamente se incorporaron al ejército. En el puerto de Tebas atracaron pequeñas embarcaciones con armas y testudos, traídos desde Ambus. El comandante del envío anunció al rey que próximamente mandarían fuerzas de carros y jinetes bien entrenados. Al ejército se incorporaron hombres de Tebas y de Habu. El ejército de Ahmose recuperó los hombres que había perdido y su número superó al que tuvieron cuando pasaron la frontera para la conquista. El rey no veía la necesidad de quedarse

más tiempo en Tebas. Mandó a sus comandantes que se prepararan para emprender la marcha hacia el Norte al día siguiente por la mañana. Los soldados se despidieron de Tebas y de su gente. Dejaron la diversión y la molicie para entregarse a los ejercicios militares. Al despuntar el alba sonaron las trompetas y el gran ejército empezó a moverse en escuadrones como las olas del mar. Los cuerpos de vanguardia iban delante y, a la cabeza del ejército, el rey y su guardia. Le seguía el batallón de los carros y los demás. La flota, al mando de Ahmose Iba, zarpó surcando las aguas del Nilo. Todos se aprestaron a la lucha, y la noticia acució sus voluntades y las hizo tan duras como el hierro. El ejército era recibido en las aldeas con gran entusiasmo. Los campesinos corrían a su encuentro, portando banderas y ramas de palmera. El ejército recorrió su camino sin problemas y llegó a Shanhur a media mañana, conquistándola sin resistencia. Por la tarde llegó a Qasa, que le abrió sus puertas y allí pasó la noche para reanudar la marcha por la mañana. Siguieron su caminar hasta acercarse al campo de Kabtus donde pudieron ver el valle que termina en la ciudad. Allí reinó un triste silencio y los recuerdos vinieron a las mentes de los combatientes. Ahmose recordó la derrota del ejército de Tebas hacía diez años en este mismo valle. Recordó la caída de su valiente abuelo Sekenenre, cuya sangre regó este suelo. Paseó la mirada por el campo, pensando en qué sitio exacto habría caído. Miró a Hur y vio su rostro contraído y sus ojos llenos de lágrimas. La impresión se apoderó de él y exclamó:

—¡Qué recuerdo más doloroso!

—Es como si estuviera escuchando las almas de los mártires que colman este lugar sagrado —dijo Hur con la voz ronca y la respiración jadeante.

—La sangre de nuestros antepasados regó muchas veces esta tierra.

Hur se enjugó las lágrimas y le dijo al rey:

—Recemos por el alma de nuestro rey mártir Sekenenre y sus valientes soldados.

Ahmose, sus comandantes y su séquito se apearon y rezaron fervorosamente.

20

Entró el ejército en la ciudad de Kabtus e izó la bandera egipcia, que ondeó sobre su muralla. Los soldados aclamaron la memoria de Sekenenre, luego el ejército avanzó hacia Tan tara, sin encontrar la menor resistencia, y reconquistó Dayus, Polis y Barfa. Luego se dirigió a Abidu, esperando encontrar a los hicsos en el valle. No obstante, no encontró a ninguno del bando enemigo. Ahmose se extrañó y preguntó:

—¿Dónde están Apofis y su gran ejército?

—Quizá no se atreva a exponer su infantería a nuestros carros —dijo Hur.

—¿Y cuánto va a durar esta persecución?

—¡Quién sabe, señor! Quizá hasta las murallas de Hawaris, la gran fortaleza de los hicsos, cuyas murallas se construyeron hace un siglo. El corazón de Egipto sangrará antes de que nuestros soldados puedan traspasar sus murallas.

Abidu abrió sus puertas al ejército de salvación y éste entró victoriosamente. Allí descansó durante un día.

Ahmoose deseaba ardientemente encontrarse con su enemigo y librar con él la batalla más determinante. Ansiaba, además, la lucha para olvidarse de sí mismo y desterrar las tristezas de su corazón. Sin embargo, Apofis no le hizo ese gran favor. Ahmoose se dio cuenta de que todos sus pensamientos se dirigían a la testaruda prisionera y que su corazón la anhelaba a pesar de la rabia que sentía. Recordó sus más fervientes deseos, cuando pensaba que el destino la había empujado hacia él, y cuando pretendía convertir la nave de prisión en hogar de amor. Luego le vino a la mente lo que le habían hecho los antepasados de la princesa, y lo que le había causado con su enfado, pues le había convertido en un enfermo que deseaba una fruta madura a su alcance, que no podía alcanzar. Su deseo de amor era tan fuerte que arrastró en su corriente toda su vacilación, todo su orgullo personal. Fue a la nave, se dirigió a la cámara y entró. La princesa estaba sentada, como de costumbre, sobre un estrado, llevaba un fino vestido de Manaf y, como si reconociera sus pasos, no levantó la cabeza cuando él entró, sino todo lo contrario, siguió mirando al suelo. Él recorrió con su ansiosa mirada el pelo, la frente y los párpados de la princesa hasta que, experimentando una gran sacudida en el pecho, deseó saltar sobre ella y estrecharla entre los brazos con toda la fuerza de su corazón, con toda la determinación de su espíritu. No obstante, hubo un momento en que la princesa levantó la vista súbitamente y le dirigió una mirada fría.

—¿Te han visitado los mensajeros? —le preguntó.

—Sí —contestó ella secamente.

Paseó su mirada por la cabina hasta que sus ojos se fijaron en el cofre de marfil y dijo:

—Les he permitido que te dieran ese cofre.

—Gracias —replicó ella brevemente y con un tono seco.

—El cofre contenía el collar con el corazón de esmeralda —añadió él más sosegado. Sus labios temblaban. Quiso hablar pero se calló debido a su indecisión. Luego dijo Ahmoose dulcemente—: Los mensajeros han dicho que a este collar lo aprecias mucho.

Sin embargo ella lo negó con la cabeza, como si rehusara cualquier acusación.

—Es verdad —dijo la princesa—. Lo llevaba muy a menudo, porque la maga de palacio me hizo de él un amuleto con el que alejar el mal.

—Pensaba que era por otros motivos de los cuales esta cámara faraónica es testigo —cortó él al advertir su evasiva.

Ahmose se puso rojo. No obstante, la princesa dijo enfadada:

—Hoy no recuerdo los sentimientos de ayer. Será mejor para ti que me hables como habla un enemigo a su prisionera.

El rostro de ella era muy duro e inmutable.

—¿No sabes que incorporamos a las mujeres de nuestros enemigos a nuestro harén? —preguntó Ahmose, queriendo calmar sus sentimientos al ver el rostro de la princesa duro e inexpresivo.

—Menos a mí —dijo ella desafiante.

—¿Volverás a amenazar con el ayuno?

—Ya no lo necesito a partir de hoy.

—¿Cómo te defenderás de ti misma? —le preguntó con ironía.

La princesa le enseñó un arma que no superaba una uña de largo y le dijo tranquilamente:

—Mira, éste es un puñal envenenado. Si rasgo mi piel con él, el veneno se propagará por mi sangre y moriré en pocos instantes. El mensajero me lo pasó sin que tus vigilantes se dieran cuenta. Supe que mi padre me regalaba algo para matarme a mí misma si sufría algún oprobio o me atacaban.

Ahmose se enfadó muchísimo y su rostro se contrajo.

—¿Este es, pues, el secreto del cofre? ¡Maldito sea quien se crea una palabra de los cerdos hicsos con sucias barbas! La traición corre por sus venas. Pero creo que no has captado bien el mensaje de tu padre. Te ha metido este puñal para que puedas acabar conmigo.

—Tú no entiendes a Apofis —replicó ella burlándose de Ahmose—. Él quiere que viva honrada o que muera honrada. En cuanto a su enemigo, acabará con él solo, como suele hacer con sus adversarios.

Ahmose dio una patada en el suelo y bramando de rabia dijo:

—¿Por qué todo este sufrimiento? ¿Qué pretendo de una esclava como tú, cegada por el orgullo, la jactancia y la mala crianza? Antes pensaba que eras algo distinto. ¡Malditos sean los vanos pensamientos!

El rey la dejó y abandonó la cámara. Una vez fuera, llamó al vigilante mayor y le dijo:

—Que esta prisionera sea trasladada a otra nave y sea fuertemente vigilada.

Ahmose dejó la nave con el corazón acongojado y con el rostro sombrío, y corrió en carro hacia el campamento.

Tanta quietud incomodó al rey, así que mandó a sus comandantes que entrenasen y preparasen al ejército. Al alba del día siguiente, se movilizaron todas sus unidades y la flota zarpó para llegar a Betelmais dos días más tarde. En sus alrededores no había señal de

enemigo alguno. Los cuerpos de vanguardia avanzaron e inmediatamente detrás entró el ejército. Esos mismos destacamentos se adentraron en el norte de Panópolis, la región más septentrional de Tebas y entraron sin encontrar resistencia alguna. Allí le llegaron noticias al rey Ahmose de que Panópolis estaba en manos egipcias.

—Los hicsos han desaparecido del reino de Tebas —gritó Ahmose.

—Y pronto desaparecerán también de Egipto —contestó Hur.

Libre de obstáculos, el ejército avanzó hacia Panópolis y entró orgulloso al son de la música militar. Sonaron las trompetas en señal de victoria y las banderas egipcias se izaron sobre la muralla de la ciudad. Los soldados pasearon por los mercados y los ciudadanos se unieron con sus vítores y sus cantos. Una alegría desbordada se apoderó de todos los corazones y de todas las almas. El rey invitó a los comandantes del ejército, de la armada y de su séquito personal a un gran banquete y les obsequió al final con una copa del rico vino de Maryut, con flores de loto y ramos de arrayán. El rey dijo a sus hombres:

—Mañana pasaremos las fronteras del reino por el Norte y, por primera vez desde hace más de cien años, ondearán sobre ella las banderas de Egipto.

Los hombres rezaron por él y le aclamaron durante mucho rato. No obstante, al atardecer, la guardia divisó a un grupo de carros procedente del Norte, camino de la ciudad con una bandera blanca. Los soldados los rodearon y se interesaron por su destino. Uno de los oficiales se presentó como mensajero del rey Apofis para Ahmose. Los soldados los llevaron a la ciudad. Tan pronto como Ahmose conoció la noticia, se dirigió al palacio del gobernador de la ciudad, pero invitando a Hur, al comandante de la armada y a los dos comandantes, Muhib y Dib. Se sentó en la silla del gobernador, rodeado por sus comandantes y su guardia, todos con vestidos de corte. Entraron los mensajeros, pero los egipcios no sabían qué era lo que traían esta vez y estaban a la expectativa. Los emisarios del rey de los hicsos con sus largas barbas avanzaron precedidos por los comandantes y ujieres, los unos con ropa militar, los otros con trajes civiles. No tenían un aspecto desafiante y tosco, como pensaba Ahmose, sino que se acercaron al rey y se inclinaron tan majestuosa y respetuosamente que hasta el rey se quedó sorprendido.

—Dios os salude, oh rey de Tebas. Somos emisarios del faraón del Medio y Bajo Egipto hacia vos —dijo el más anciano.

Ahmose les echó una mirada que no revelaba nada de lo que pensaba realmente, y les dijo con solemnidad:

—Que Dios os salude, mensajeros de Apofis. ¿Qué deseáis?

Cierto disgusto se apoderó de los mensajeros por omitir el rey los títulos que le correspondían a Apofis. No obstante, el caudillo del grupo dijo:

—Oh rey, nosotros somos hombres de guerra. En el campo de batalla nos hemos formado y por ella vivimos. Valientes, como habréis notado. Admiramos al héroe, aunque sea nuestro enemigo, y acatamos la orden de la espada, aunque vaya en contra de nuestros intereses. Has vencido, oh rey. Has recuperado el trono de tu reino y debes gobernarlo, lo mismo que nosotros debemos entregártelo. Es tu reino y tú eres el rey. El faraón os saluda y os transmite su deseo de parar el derramamiento de sangre y establecer un noble pacto que respete los derechos y una los cabos rotos de la amistad entre el reino del Norte y el del Sur.

El rey escuchó a los mensajeros con una tranquilidad que escondía un gran asombro. Miró al portavoz y le preguntó extrañado:

—¿Habéis venido verdaderamente para pedir la paz?

—Sí, rey —respondió el hombre.

—Yo rechazo esa paz —repuso Ahmose con un tono que revelaba bien a las claras su determinación.

—¿Y por qué queréis proseguir la guerra, rey?

—Oh pueblo de Apofis —respondió Ahmose—, es la primera vez que os dirigís a un egipcio con respeto. Por primera vez os habéis contenido de aplicarle el calificativo de esclavo. ¿Sabéis por qué? Porque habéis sido vencidos. Sois salvajes cuando la victoria está de vuestra parte y como ovejas cuando perdéis. ¿Y me preguntáis que por qué quiero proseguir la guerra? Aquí está la respuesta: yo no la declaré para reconquistar Tebas, sino para liberar a todo Egipto de la esclavitud y de la tiranía, para devolverle su libertad y su gloria. Si el que os mandó quiere efectivamente la paz, que deje Egipto para los egipcios y que vuelva con los suyos a los desiertos del Norte.

—¿Ésta es vuestra última palabra? —preguntó el mensajero con voz temblorosa.

—Con ella hemos iniciado la lucha y con ella la terminaremos —dijo Ahmose con resolución.

—Puesto que queréis la guerra, será dura entre vosotros y nosotros, hasta que Dios decida según su voluntad —replicó el jefe de los mensajeros. Y los mensajeros se levantaron, se inclinaron ante el rey y abandonaron el lugar a paso lento.

22

Ahmose permaneció en Panópolis dos días completos, luego mandó a los cuerpos de vanguardia traspasar las fronteras de Apofis. Un contingente muy numeroso avanzó hacia el norte de la ciudad y se encontró con un pequeño grupo de resistencia enemiga al que aniquiló completamente, abriendo una brecha al ejército del campamento de Panópolis. Ahmose avanzaba a la cabeza de un ejército como jamás había existido en Egipto, ni en cantidad ni en equipamiento. La flota de Ahmose Ibaa desplegó sus victoriosas

naves. De camino, los espías anunciaron al rey que el ejército de los hicsos estaba acampado al sur de Afroditópolis en número incontable. El número de los hicsos era lo que menos importaba al rey. No obstante, preguntó al ujier Hur:

—¿Le quedará aún a Apofis alguna fuerza de carros con la cual nos pueda hacer frente?

—No hay duda, señor, de que Apofis habrá perdido un gran número de sus jinetes. Si tuviera una fuerza con la que pudiera hacernos frente, no nos habría pedido la paz. Sin embargo, los hicsos han perdido algo máspreciado que los jinetes y los carros, han perdido la seguridad y la esperanza —contestó Hur.

El ejército siguió avanzando hasta que se acercó al campamento de su enemigo. La advertencia de la lucha se anunció en el horizonte. La fuerza de los carros se preparó a entrar en combate bajo el mando del rey. Ahmose gritó a los comandantes:

—Lucharemos por una tierra que nos fue arrebatada hace más de cien años. Demos un golpe que acabe con el sufrimiento de millones de nuestros hermanos reducidos a esclavitud. Luchemos con corazones esforzados. El Señor nos ha otorgado tanto el valor como la esperanza. Estoy al frente del ejército como lo estuvieron Sekenenre y Kamose.

El rey mandó a unos destacamentos de vanguardia que atacasen, y así lo hicieron cayendo sobre el enemigo como águilas. Para dirigir el ataque observaba cómo sus destacamentos eran recibidos por el enemigo. Así pudo contemplar cómo una fuerza de unos doscientos carros intentaba parar el ataque. Pero el rey, deseoso de acabar con la fuerza de los carros enemigos, atacó a la cabeza de los suyos al enemigo por todas partes. Los hicsos estaban convencidos de que sus jinetes no podrían parar a una fuerza que les superaba en número. Apofis lanzó unos escuadrones de tiradores y de lanceros para apoyar al reducido número de carros. La batalla empezó muy fuerte. No obstante, a los hicsos de nada les sirvió su valor y sus fuerzas de caballería, porque se vinieron abajo.

Al fin llegó la noche. Ahmose no sabía si Apofis le haría frente desesperadamente con su infantería o preferiría la paz como hizo en Hira Akunópolis y huiría. La incógnita se despejó al día siguiente cuando vio a multitud de hicsos avanzando para ocupar sus puestos con arcos y lanzas en la mano. Hur los vio y dijo:

—Ahora están en nuestras manos, señor. Apofis arriesgará su infantería contra nuestros carros como lo hizo con nuestro rey Sekenenre al sur de Kabtus hace diez años.

El rey se alegró y se preparó para el ataque, capitaneando el batallón de carros, apoyado en una fuerza selecta de arqueros. Los carros asaltaron los puestos de los hicsos con una nube de flechas hasta lograr romper las filas enemigas en varios puntos, mientras los arqueros iban detrás cubriéndoles la retirada y persiguiendo a los

huidizos enemigos, matando a unos y haciendo prisioneros a otros. Los hicsos lucharon con su acostumbrada valentía; no obstante, iban cayendo como hojas secas en otoño al soplo de un fuerte viento. Los egipcios dominaron la situación. Ahmose temió que Apofis se le escapara de las manos y atacó a Afroditópolis, al igual que la flota atacó la costa. Pero ni los hicsos ni su acérrimo enemigo estaban dentro. Los espías le informaron luego de que Apofis había abandonado la ciudad al caer la noche y que había dejado escasas fuerzas para retardar el avance de los egipcios.

—Ya no habrá más resistencia. Apofis estará ahora apresurándose para llegar hasta Hawaris para refugiarse detrás de sus fuertes murallas —le dijo Hur al rey.

Ahmose no lo sintió mucho, pues su alegría de conquistar una tierra de Egipto que le fue vedada a su pueblo durante más de doscientos años no tenía parangón. Comenzó a interesarse por su situación y por el estado de sus ciudadanos.

23

El ejército avanzó sin encontrar resistencia ni rastro alguno del enemigo. Los indígenas de las aldeas de toda la región lo recibían asombrados sin dar crédito a que los dioses les hubieran levantado la humillación que duraba más de dos siglos. El que en aquel momento conquistaba sus tierras y perseguía a sus enemigos era un rey de su raza, que resucitaba de nuevo la gloria de los faraones. Ahmose encontró que los hicsos habían huido de las ciudades, dejando sus palacios y sus fincas y llevándose sólo lo que podían transportar. Donde quiera que llegaba, oía que Apofis había huido con su ejército y su gente en dirección al Norte. Así el rey pudo conquistar en un mes Habsil, Likópolis, Kusa, y por fin Hermópolis. Su reconquista tenía una gran repercusión para Ahmose y sus soldados, pues Hermópolis era el lugar de nacimiento de la sagrada madre Tutishiri. Aquí nació y allí estaba su vieja casa. Ahmose celebró su reconquista e hizo partícipes de ella a los hombres de su séquito, a los comandantes de tierra y mar y a todos los soldados. El rey escribió un mensaje a su abuela felicitándola por la independencia de Hermópolis, su patria chica, y le transmitía sus recuerdos, los de sus soldados y los de su pueblo. Firmaban el rey, sus comandantes, la élite y los oficiales de mayor rango.

El ejército siguió avanzando victoriosamente. Entró en Titnawa, en Sinópolis, en Habnan y en Arsenawa. Luego pasó entre las pirámides, de camino a la grandiosa Manaf, sin preocuparse por las dificultades y la duración del viaje. Ahmose, en aquel momento, estaba rompiendo las cadenas que amarraban a su desgraciado pueblo. Soplaban para él nuevos vientos de mejor vida.

—Vuestra grandeza militar, señor —le dijo Hur—, no tiene parangón más que con vuestra gran capacidad política y vuestra sabiduría administrativa. Habéis cambiado las apariencias de muchos sitios, habéis borrado unos sistemas y habéis creado otros. Habéis trazado los caminos a seguir y las leyes a adoptar. Habéis delegado en los gobernadores nacionales, y la vida se ha vuelto a propagar por el valle. La gente ha visto por vez primera, desde hace remotos tiempos, a gobernadores egipcios y a jueces egipcios. Las cabezas humilladas se han levantado, la tez morena no es un insulto para nadie, sino más bien algo digno de orgullo... ¡Que Amón os guarde muchos años, oh nieto de Sekenenre!

El rey era muy activo, gran luchador, no conocía el desmayo ni el cansancio. Era su gran objetivo devolver a su pueblo vituperado, humillado, muerto de hambre e ignorante la dignidad, la saciedad, el bienestar y la sabiduría.

Pero su corazón no se olvidó, a pesar de la aplicación que dedicaba a su misión, de sus problemas personales. El amor le hacía sufrir hasta el punto de no prestar atención a su dignidad. A menudo daba patadas en el suelo diciendo: «Me ha engañado... es una mujer sin corazón».

Esperaba que la actividad le haría olvidar y le consolara. No obstante, su alma aspiraba, a pesar suyo, a aquella embarcación con la que las olas jugueteaban, muy a la zaga de su flota.

24

El avance del ejército prosiguió hasta acercarse a la eterna Manaf, la de los gloriosos recuerdos. Las grandes murallas encaladas ya estaban a la vista cuando Ahmose pensó que los hicsos defenderían la capital de su reino muy tenazmente. Pronto se dio cuenta de que se estaba equivocando. Los destacamentos de vanguardia de su ejército entraron en la ciudad pacíficamente. Dedujo, entonces, que Apofis se había replegado con todo su ejército hacia el Nordeste. Ahmose entró en la Tebas del Norte con un festejo popular jamás visto anteriormente. Los egipcios allí sometidos le brindaron un recibimiento grandioso. Se prosternaron ante él y le llamaron hijo de Manaftah. El rey permaneció en Manaf unos días durante los cuales pudo visitarla. Vio sus murallas y los barrios artesanales, rodeó las tres pirámides, oró en el templo de la esfinge y ofreció algunos sacrificios. Sólo su alegría al reconquistar Tebas podía equipararse con la que experimentó al entrar en Manaf. Ahmose se extrañaba de que los hicsos no hubieran defendido la capital.

—No se expondrán voluntariamente a nuestros carros después de probarlos en Hirakunópolis y Afroditópolis —dijo el comandante Muhib.

—Las embarcaciones no cesan de llegar llenas de carros y caballos procedentes de las provincias del Sur. A Apofis no le queda más

remedio que interesarse por las murallas de Hawaris –replicó el ujier Hur.

Todos se consultaban acerca de la dirección a tomar, sobre todo después de que el campo de batalla se hubiera extendido.

–No hay duda alguna de que el enemigo se ha ido de todo el Norte, encerrándose detrás de las murallas de Hawaris, al Este. Tenemos que abordarlo con todas nuestras fuerzas –dijo el comandante Dib.

No obstante, Ahmose era muy prudente. Mandó un pequeño ejército al Oeste, en dirección a Nubulis y mandó otro al Norte en dirección hacia Atribis. Él y el grueso de su ejército, lo mismo que su gran flota, se dirigieron al Este en dirección a Awn.

Pasaron varios días recorriendo los caminos, entusiasmados con la esperanza de dar el último golpe al enemigo y coronar tan larga lucha con la victoria definitiva. Conquistaron Awn, la famosa ciudad de Ra, luego Fakusa y Farbitis, se adentraron en el camino de Hawaris, a medida que las noticias de Apofis les llegaban por todas partes diciendo que los hicsos se dirigían a Hawaris llevando consigo a miles de miserables. Estas noticias le dieron al rey una gran fortaleza, aunque lo sintió por aquellos prisioneros humillados que habían caído en las despiadadas garras de los hicsos.

Finalmente se vieron en el horizonte las murallas de Hawaris, tan grandes como montañas. Ahmose gritó:

–Ésta es la última fortaleza de los hicsos en Egipto.

–Abatid sus puertas, señor, y veréis el hermoso rostro de Egipto –contestó Hur mirando la fortaleza con sus débiles ojos.

25

Hawaris era una ciudad situada a las orillas de uno de los afluentes del Nilo. Sus murallas se extendían por el Este hasta una distancia que no abarcaba la vista. Muchos conocían la ciudad fortificada, unos porque habían trabajado en ella, otros en sus murallas. Le dijeron al rey: rodean la ciudad cuatro murallas circulares altas y pesadas con un foso por el que corre el agua del Nilo. Posee grandes y fértiles campos, capaces de satisfacer las necesidades de toda la población, la mayor parte soldados, menos los agricultores egipcios. Riegan la ciudad canales derivados de los caudalosos afluentes del Nilo, pasan bajo los muros occidentales y son protegidos por ellos, luego se dirigen por el Este hacia la ciudad.

Ahmose y sus hombres se detuvieron en la parte meridional de la gran fortaleza, paseando sus ojos por las grandes y largas murallas. Los soldados se divisaban allá en lo alto como si fueran enanos. El ejército montó sus tiendas y los soldados se desparramaron a lo largo de la muralla meridional. La flota avanzó por el río alrededor de la muralla occidental, lejos del alcance de sus flechas. Ahmose oía lo

que decían los autóctonos de la fortaleza, examinaba la tierra que lo rodeaba y el río que corría por su parte oeste sin dejar de pensar. Mientras tanto, mandó fuerzas de caballería y de infantería a las aldeas circundantes, apoderándose de ellas sin mucha dificultad. El cerco de la fortaleza se completó en breve espacio de tiempo. No obstante, tanto él como sus hombres sabían que este cerco era estéril ya que la ciudad se podría valer por sí misma prescindiendo del exterior. El cerco, aunque durase años, no la podría afectar. Se quedarían, pues, tanto él como su ejército, por una parte cansados y por otra, aguantando las inclemencias del clima sin muchas esperanzas de victoria.

Mientras andaba alrededor de la fortaleza, le vino una idea a la cabeza y reunió a sus hombres en su tienda para consultarles:

—Aconsejadme, pues veo que el cerco es una pérdida de tiempo y un despilfarro de energía. El ataque, por otra parte, no es más que un juego inútil y un suicidio seguro. Quizá el enemigo desea que le ataquemos para dar caza a nuestros hombres o hacerles caer en sus trampas. ¿Qué me aconsejáis?

—Mi opinión, señor —dijo el comandante Dib—, es cercar la fortaleza con parte del ejército, y dar por finalizada la guerra. Anunciad que el valle queda bajo nuestro dominio y ejerced vuestro papel como faraón del Alto y Bajo Egipto.

No obstante, Hur desaconsejó dicha opción diciendo:

—¿Y vamos a dejar a Apofis entrenando a sus hombres y reparando sus carros para que luego vuelva a atacarnos?

—Hemos pagado un precio alto por Tebas —replicó el comandante Muhib con entusiasmo—. La lucha es un don y un sacrificio. ¿Por qué no pagamos el precio de Hawaris y la atacamos como hicimos con las mirallas de Tebas?

—Nosotros no escatimamos nuestras vidas —repuso el comandante Dib—; no obstante, atacar cuatro gruesas murallas separadas por fosos inundados de agua, es entregar a nuestros soldados sin nada a cambio.

El rey estaba silencioso y pensativo. Señalando al río que corría debajo de la muralla oeste de la ciudad, dijo:

—Hawaris es inexpugnable, no se la puede rendir por hambre, pero puede que sí por sed...

Los hombres miraron el río, luego se miraron entre sí expresando cierto asombro.

—¿Cómo puede tener sed Hawaris, señor? —dijo extrañado Hur.

—Desviando el recorrido del río —dijo Ahmose con sosiego.

Volvieron a mirar nuevamente al Nilo, sin dar crédito a que se pudiera desviar el recorrido del río.

—¿Se puede realizar esta gran obra? —preguntó Hur.

—No nos hacen falta ni ingenieros ni trabajadores —dijo Ahmose.

—¿Y cuánto tiempo vamos a necesitar?

—Uno, dos o tres años. ¡Qué importa el tiempo si no hay más remedio! El Nilo debe desviarse al Norte de Farbatitis, para que haga otro recorrido dirigido por la parte occidental en dirección a Mendes. Así que Apofis tendrá que elegir entre morir de hambre y sed o salir a luchar contra nosotros. Mi pueblo me perdonará si expongo a los egipcios que están ahora en Hawaris al peligro de muerte, lo mismo que me perdonó el haberlo hecho con algunas mujeres de Tebas.

26

Ahmose se dispuso a emprender tan gran obra y convocó a los ingenieros de Tebas. Les expuso su idea y ellos se pusieron a estudiarla con atención y mucho ahínco. Luego le dijeron al rey que su idea no era descabellada, siempre y cuando les dejara tiempo suficiente y les proporcionara miles de obreros, de lo que Ahmose dedujo que su proyecto no vería la luz antes de dos años, pese a lo cual no se desesperó. Mandó mensajeros a diferentes regiones invitando a la gente a participar desinteresadamente en esta gran obra, pues su realización era una condición imprescindible para liberar a la patria y echar al enemigo. Afluyeron trabajadores de todos los rincones del país, hasta que se juntó un número suficiente para iniciar las obras. El rey inauguró este grandioso proyecto, tomando él mismo un azadón y dando unos golpes en la tierra, dando a entender con ello el inicio de las obras. Luego los brazos musculosos de los obreros hicieron lo mismo al son de los cantos.

Al rey y a su ejército no les quedó otra opción que la paciente espera. Los soldados se entrenaban diariamente bajo la supervisión de los oficiales y comandantes. El rey, en cambio, llenaba su tiempo libre saliendo al desierto oriental en busca de caza, practicando con la lanza y haciendo carreras para distraer así a su corazón. Durante esta espera, un mensajero le llevó un mensaje de la madre sagrada Tutishiri que decía:

Mi señor hijo de Amón, faraón del Alto y Bajo Egipto. Amón te salve y te guarde, y te dé la victoria. La pequeña Dabur es ahora un paraíso de felicidad y alegría gracias a las victorias que el Señor te ha otorgado, según las noticias que han llegado hasta aquí. Nuestra espera en Dabur no es ahora la misma que antes, pues está rodeada de consuelo y más cerca de la esperanza. ¡Qué felices somos al saber que Egipto se ha librado de la humillación y de la esclavitud! Su enemigo y opresor se ha encerrado entre las murallas de su fortaleza, esperando resignado el destino que le vas a imponer.

Amón quiso otorgarte a ti, que has humillado a su enemigo y has alzado su palabra, su gracia y clemencia dándote un niño que te colmará de dicha y será tu heredero. Se llama Amenhotep, y ha sido bendecido por la gracia del adorado Señor. Yo lo recibí entre mis

brazos como hice antes con su padre, con su abuelo y con el abuelo de su padre. El corazón me dice que será el heredero de un gran reino de diversas razas, lenguas y religiones, bajo los auspicios de su querido padre.

El corazón de Ahmose latió con fuerza como buen padre y se emocionó. Al mismo tiempo se alegró mucho, olvidándose un poco de los numerosos sufrimientos de un amor frustrado. Anunció a sus hombres el nacimiento de Amenhotep, su heredero, y fue aquel un día de fiesta.

27

Pasaron los días lentamente cargados con el peso de una gran obra, en cuya realización participaban los más nobles espíritus, los brazos más fuertes y las voluntades más firmes. Nadie se quejaba de las dificultades del trabajo ni del paso del tiempo. No obstante, pasados varios meses del asedio, un día vieron los guardianes un carro con bandera blanca que venía desde la fortaleza. Los guardianes lo pararon, vieron a tres ujieres y les preguntaron su destino. El que parecía ser el jefe de ellos contestó que eran tres mensajeros del rey Apofis para el rey Ahmose. Los guardianes transmitieron la noticia al rey y éste formó consejo con su corte y sus comandantes y mandó que entraran los mensajeros. Trajeron a los hombres que ahora andaban con humildad y cabizbajos, ya no tan ufanos y orgullosos como antes; parecía como si no fueran del pueblo de Apofis. Se inclinaron ante el rey y el de mayor edad le saludó diciendo:

—Que Dios os guarde, oh rey.

—Y a vosotros, mensajeros de Apofis —repuso Ahmose—. ¿Qué queréis?

—Oh, rey —contestó el mensajero—. El hombre de la guerra es un aventurero que persigue la victoria, pero puede que le sobrevenga la muerte. Somos gente de armas. La guerra nos permitió acceder a vuestra patria y os hemos gobernado durante un período de dos siglos o poco más. Éramos los señores. Ahora hemos perdido la guerra y nos vemos obligados a refugiarnos en nuestra fortaleza. Somos, oh rey, hombres fuertes que aguantan la derrota lo mismo que somos capaces de recoger los frutos de nuestra victoria.

—Veo que habéis entendido lo que significa este nuevo recorrido que mi pueblo está haciendo y habéis venido suplicando —repuso Ahmose sin disimular el enfado que le corroía.

—No, rey. Nosotros no suplicamos a nadie —dijo el emisario acompañando sus palabras con un movimiento de cabeza—, pero sí reconocemos la derrota. Mi señor me ha mandado a proponeros dos soluciones, de las cuales vos elegiréis la que os convenga: o la

guerra hasta el final, y entonces ya no esperaremos detrás de las murallas hasta morir de hambre y de sed y en ese caso mataremos a los prisioneros, que superan a los treinta mil, luego mataremos a nuestras mujeres y a nuestros niños con nuestras propias manos y atacaremos a vuestro ejército con trescientos mil combatientes que temen perder la vida y aspiran a la venganza. —El hombre se calló para respirar y luego añadió—. O nos devolvéis a la princesa Ameniridis y a los prisioneros de nuestro pueblo y nos garantizáis nuestras vidas, bienes y pertenencias. En este caso os devolvemos a vuestros hombres y abandonaremos Hawaris y nos dirigiremos al desierto de donde hemos venido, dejando vuestra tierra, como queréis, y con esto damos por concluida una lucha que ha durado dos siglos.

El hombre se calló. El rey supo que estaba esperando respuesta. No obstante, la respuesta no era de las que están siempre presentes, ni de las que favorecen la espontaneidad.

—¿Puedes esperar hasta que lo decidamos? —preguntó al mensajero.

—Como queráis, rey —respondió el mensajero—. Mi señor me ha dado de plazo todo este día.

28

El rey se reunió con sus hombres en la cámara de la nave real y les dijo:

—Aconsejadme.

Todos parecían estar de acuerdo, aunque no se habían consultado previamente entre sí.

—Señor —dijo Hur—, habéis vencido a los hicsos en muchas batallas. Os han reconocido tanto nuestras victorias como sus derrotas. Por ello, habéis borrado las huellas de las derrotas que sufrimos en el pasado y habéis matado a muchos hicsos, con lo cual os habéis vengado de los desgraciados muertos de vuestro pueblo. Ahora podemos comprar la vida de treinta mil de nuestros hombres y ahorrarnos vidas cuya pérdida es innecesaria, pues de lo que se trata es de que nuestro enemigo deje nuestra tierra, y que nuestra patria esté libre para siempre.

El rey miró a sus hombres y vio que todos recibían bien esta opinión. El comandante Dib dijo:

—Cada uno de nuestros soldados ha cumplido bien con su obligación. La vuelta de Apofis al desierto es peor para él que la propia muerte.

—Nuestra suprema obligación —dijo el comandante Muhib— es liberar a nuestra patria del gobierno de los hicsos. Dios nos la ha concedido. No tenemos que alargar el tiempo de la humillación.

—Estamos comprando la vida de treinta mil prisioneros con la de la princesa y multitud de pastores —añadió Ahmose Ibana.

El rey escuchó a sus hombres con mucha atención y dijo:

—Buen juicio. Pero creo que sería conveniente que el mensajero de Apofis esperara un poco más, no vaya a pensar que nuestro apresuramiento en aceptar la paz es porque somos débiles o porque estamos cansados.

Los hombres salieron de la cámara real y el rey se quedó a solas. A pesar de que tenía motivos para estar alegre, se mostraba triste y preocupado. La guerra había llegado a buen término y su acérrimo enemigo se había prosternado delante de él. A partir del día siguiente, Apofis tomaría sus pertenencias y escaparía al desierto, de donde habían venido los suyos guiados por los deseos del destino. ¿Por qué no se alegra el rey? ¿Por qué su alegría no es pura y su contento no es completo? Ha llegado la hora definitiva, la hora de la despedida. Antes estaba verdaderamente desesperado, pero ella aún seguía en la pequeña embarcación. ¿Qué hará mañana, cuando vuelva al palacio de Tebas y sepa que a ella la llevan a un lugar desconocido del desierto? ¿La dejará irse sin tenderle una mano de despedida? «¡No!», se contestó a sí mismo, rompiendo las cadenas de la intransigencia y del orgullo. Se puso de pie, salió de la cámara, tomó una barca en dirección a la nave de la princesa prisionera, diciéndose a sí mismo: «Sea como sea la manera en que ella me reciba, encontraré algo que decirle». Subió a la nave y se dirigió directamente a la cámara. La guardia le saludó y le abrió paso. Traspasó el umbral con el corazón latiendo fuertemente. Echó una mirada al pequeño recinto y vio a la princesa sentada en un diván. Al parecer, ella no esperaba que volviese el rey, por eso la sorpresa se manifestó en su hermoso rostro. Ahmose la examinó de arriba abajo con una profunda mirada y la encontró más bella que nunca. Sus facciones eran tal como se le habían quedado grabadas en el corazón desde el primer día que la vio en la cubierta de la nave real. Apretó los labios y dijo:

—Buenos días, princesa.

La princesa levantó unos ojos todavía asombrados, como quien no supiera qué contestar. El rey no esperó mucho para decir con voz tranquila y con un tono que no revelaba ningún sentimiento:

—Desde hoy eres libre, princesa. —En su rostro se veía que no entendía nada. Le volvió a decir—: ¿No oyes lo que digo? Desde ahora eres libre. Tu prisión se ha terminado, la libertad es ya un derecho que te pertenece.

Creció aún más en ella el asombro y en sus ojos apareció la esperanza, pero dijo con preocupación:

—¿Es verdad lo que dices? ¿Es verdad?

—Lo que digo es una realidad.

Su rostro se iluminó, sus mejillas se ruborizaron y vaciló durante un rato, luego dijo:

—¿Cómo es eso?

—¡Ay! Leo en tus ojos la esperanza. ¿No deseas que sea la victoria de tu padre la que te ha devuelto la libertad?... Yo leo eso en tus ojos. Pero por desgracia para ti es su derrota lo que ha puesto fin a tu prisión.

Calló. No obstante, él la informó sucintamente de la propuesta del mensajero de su padre y del pacto alcanzado. Luego le aseguró que dentro de poco la llevarían con su padre y se marcharía con él adonde éste fuera. Finalmente le dio la enhorabuena.

Las sombras de la pena se apoderaron de su rostro. Sus facciones se endurecieron y bajó la vista. Ahmose le preguntó:

—¿Tu tristeza por la derrota supera tu alegría por la libertad? —Más te vale no burlarte de mí. Abandonaremos vuestro país con dignidad, como hemos vivido —replicó ella.

—No me estoy burlando de ti, princesa. Hemos sido derrotados antes, y la larga guerra nos ha enseñado a reconocer el valor y el coraje —repuso, temeroso, Ahmose.

—¡Gracias, rey!—dijo ella muy satisfecha. Por primera vez hablaba con un tono sin enfado ni muestra alguna de orgullo. Se impresionó y le dijo con tristeza: —Veo que me llamas rey, princesa.

—Porque eres el rey indiscutible de este valle. Pero yo no soy princesa desde hoy —contestó ella agachando la cabeza.

La impresión del rey creció aún más, pues nunca pensó que ella se ablandaría tanto... Creyó que la derrota la haría aún más dura y dijo con tristeza:

—Princesa, los recuerdos son un registro tanto para los dolores como para los deleites. Habéis probado lo dulce y lo amargo de la vida, y aún tenéis un mañana.

Ella contestó con una tranquilidad impresionante: —Sí. Lo tenemos detrás del espejismo del desconocido desierto, pero haremos frente a nuestro destino con valentía.

Reinó el silencio y sus miradas se cruzaron. Él pudo leer en sus ojos la franqueza y la delicadeza. Recordó a la princesa que en la nave salvó su vida de la muerte y le hizo probar el sabor de la amistad y del cariño. Era como si la viera por primera vez, después de tan largo tiempo. Su corazón se agitó y dijo con seriedad y temor:

—Dentro de poco nos separaremos y ya no pensarás en esto, pero siempre recordaré que has sido agresiva conmigo.

La tristeza se asomó a los ojos de la princesa y su boca dibujó una leve sonrisa.

—Oh, rey—dijo—. De nosotros sabes poco... Somos un pueblo para quien la muerte es mejor que la humillación.

—No he visto en ti ningún síntoma de humillación, no obstante, la esperanza me ha engañado, pues pensaba que sentías un poco de aprecio por mí.

—¿No es humillación que abra mis brazos a mi carcelero y al enemigo de mi padre? —dijo ella en voz baja.

–El amor no conoce esta lógica –dijo él con amargura.

La princesa se calló, como dándole la razón y balbuceó con voz que él no pudo oír: «No puedo echar la culpa a nadie más que a mí misma». Lanzó una mirada apagada y con un movimiento espontáneo tendió la mano a la almohada de su cama, sacó de debajo el collar con el corazón de esmeralda y se lo colgó en el cuello tranquilamente. Él la seguía con la mirada, sin dar crédito a lo que veían sus ojos. Fue junto a ella sin poder contenerse, la rodeó con sus brazos y la apretó contra su pecho con locura. Ella no opuso la menor resistencia. No obstante, dijo con tristeza:

–¡Cuidado! Ya es tarde.

La presión de sus brazos se hizo aún más fuerte y le dijo con voz temblorosa:

–Ameniridis..., ¿cómo dices eso? Pero ¿cómo no descubro mi felicidad hasta que está a punto de desaparecer?... ¡No! No te dejaré marchar.

La princesa lo miró con cariño y temor al mismo tiempo y le dijo:

–¿Y qué vas a hacer?

–Haré que te quedes a mi lado.

–¿Sabes el precio que debes pagar para que me quede a tu lado? ¿Darás treinta mil prisioneros y el doble de tus soldados?

Su rostro se ensombreció, sus ojos se nublaron y murmuró como si hablara consigo mismo:

–Mi padre y mi abuelo murieron por mi pueblo, yo he dado mi vida por ellos. ¿Impedirán la felicidad a mi corazón?

Ella movió la cabeza y dijo con delicadeza:

–Escucha, Isfinis, déjame que te llame con este hermoso nombre que es el que más he amado en mi vida. No hay más remedio... Nos separaremos, nos separaremos. Tú no podrás dar treinta mil prisioneros de tu pueblo al que tanto quieres. Yo tampoco consentiré que se mate a mi padre y a mi pueblo. Cada uno de nosotros tiene que acatar su parte de la solución.

Ahmose la miró asombrado, como si su única parte del amor fuera aguantar la separación y el dolor. Le suplicó:

–Ameniridis, no desesperes aún y evita hablar de la separación. El decirlo con tanta facilidad me vuelve loco... Ameniridis, déjame llamar a todas las puertas, hasta a la de tu padre. ¿Qué pasaría si le pidiera tu mano?

Ella sonrió tristemente y dijo acariciándole con cariño:

–¡Qué lástima, Isfinis! Parece que no sabes lo que dices. ¿Piensas que mi padre aceptará desposar a su hija con el rey que le ha vencido y le ha condenado a exiliarse del país donde ha nacido y en cuyo trono se ha sentado?... Yo conozco a mi padre más que tú y sé que no se puede hacer nada... No queda más remedio que la paciencia...

Ahmo se la escuchó anonadado preguntándose: «¿Será verdad que la que habla hoy con este tono triste es la princesa Ameniridis de ayer cuyo orgullo y ufanía no tenía límite?». Todo le pareció extraño.

—El más pequeño de mis soldados no permite que nadie le separe de quien quiere —le replicó él con cierta rabia e impotencia.

—Tú eres un rey, señor, y los reyes son los que más disfrutan, aunque al mismo tiempo tienen las mayores responsabilidades, como los altos árboles que se aprovechan más de los rayos de sol y de la brisa, pero también están más expuestos a la furia del viento y a la tempestad de los huracanes.

Ahmo se puso a gemir diciendo:

—¡Qué desgraciado soy!... Te he querido desde el primer día que te vi en la embarcación.

Ella bajó la vista y replicó con sinceridad y sencillez:

—El amor conquistó mi corazón aquel mismo día, pero no lo descubrí hasta más tarde. Mis sentimientos se despertaron la noche en que el comandante Raj te obligó a luchar contra él. Mi temor me hizo descubrir mi queja. Pasé la noche angustiada y nerviosa sin saber qué hacer con este nuevo sentimiento... hasta que la magia se apoderó de mí hace unos días y perdí la conciencia.

—En el camarote, ¿verdad?

—Sí.

—¡Ay!, ¿cómo será mi vida sin ti?

—Como la mía sin ti, Isfinis.

Ella apretó contra su pecho y puso su mejilla sobre la suya, como si pensara que eso espantaría el fantasma de la separación. No podía admitir descubrir su amor y separarse de él al mismo tiempo. Tocó todas las puertas para encontrar una solución pero desesperó. Lo máximo que podía hacer era rodearla con sus brazos. No obstante, ninguno de los dos movió un dedo, como petrificados.

29

Ahmo se salió de la embarcación de la princesa, sin apenas poder tenerse en pie. Miró lo que tenía en la mano y susurró: «¿Es esto todo lo que queda de mi amor?». La cadena del collar de esmeraldas era lo que le quedaba de su amor. Se la había regalado la princesa como recuerdo, y se había quedado con su corazón.

El rey subió a su carro y se dirigió al campamento de su ejército. Sus hombres lo recibieron, encabezados por el ujier Hur que miraba a hurtadillas a su señor con lástima y con temor. El rey se dirigió al pabellón, llamó al mensajero de Apofis y le dijo:

—Mensajero, hemos estudiado atentamente lo que nos expusiste. Puesto que mi objetivo es liberar a mi país de vuestro dominio, y eso es lo que habéis aceptado, he elegido la vía pacífica para ahorrar sangre. Intercambiaremos prisioneros en seguida, pero no daré la

orden de detener la guerra hasta que el último de vuestros hombres salga de Hawaris. Así se pasará esta negra página de la historia de mi país.

El mensajero bajó la cabeza y dijo:

–Muy buen juicio, rey, pues la guerra, cuando no tiene objetivo, se convierte en una matanza y en una tortura.

–Ahora os dejo para que juntos estudiéis los detalles del intercambio y de la liberación –respondió Ahmose.

El rey se levantó y todos se levantaron y se inclinaron ante él con respeto. El rey los saludó con la mano y se marchó.

30

Aquella tarde se intercambiaron los prisioneros. Se abrió una de las puertas de Hawaris y salieron por grupos, tanto mujeres como hombres. Aclamaban a su rey contentos y felices y le saludaban con la mano. Los hicsos prisioneros, con la princesa Ameniridis a la cabeza, fueron a la ciudad en silencio y cabizbajos.

Al día siguiente, Ahmose y su corte se levantaron muy temprano y fueron a una colina cercana que dominaba las puertas orientales de Hawaris para ver la salida de los hicsos de la última ciudad egipcia. No ocultaban su satisfacción. En sus caras resplandecía la luz de la alegría y el júbilo.

–Dentro de poco vendrán los ujieres de Apofis con las llaves de Hawaris para entregárselas a Su Majestad, del mismo modo que le fueron entregadas las llaves de Tebas a Apofis hace once años –dijo el comandante Muhib.

Los ujieres llegaron, como había dicho el comandante, y le ofrecieron a Ahmose un cofre de madera de ébano que contenía las llaves de la ciudad. El rey lo tomó, se lo dio al ujier mayor y devolvió el saludo a los hombres, que, en silencio, se fueron por donde habían venido.

Luego se abrieron las puertas orientales de par en par y resonó su crujido por todo el valle. Los que estaban en la colina miraron en silencio. Aparecieron los primeros grupos de los que salían. Eran jinetes armados que se adelantaban a Apofis para explorar el camino desconocido. Los seguían grupos de mujeres y niños montados en muías y burros, y algunos en palanquines. Su salida duró varias horas. Luego apareció un gran séquito flanqueado por jinetes de la guardia, seguido por muchos carros arrastrados por bueyes. Los que miraban supieron que eran Apofis y su familia. Al verlo, el corazón de Ahmose latió con fuerza y luchó contra unas lágrimas que pugnaban por brotar de sus ojos. Se preguntó a qué lugar iría, y si estaría buscándole lo mismo que él a ella. ¿Se acordaría de él como él se acordaba de ella? ¿Sofocaría las lágrimas como él? Siguió al séquito con la vista, sin percatarse de los numerosos soldados que lo

seguían, saliendo por todas las puertas. Continuó mirando, y revoloteó en torno a ellos con el espíritu hasta que desaparecieron por el horizonte, absorbidos por lo desconocido.

El rey volvió en sí al oír a Hur que le decía:

—En esta hora suprema se alegra el espíritu de nuestro rey Sekenenre y nuestro héroe, el glorioso Kamose. La batalla de Tebas, que nunca desespera, se ha coronado con indiscutible éxito.

El ejército de liberación entró en la orgullosa Hawaris y ocupó sus imbatibles murallas. Allí pasó la noche hasta el amanecer. Ahmose se puso en marcha con un destacamento de carros hacia el Este, precedido por los comandos de vanguardia, y entró en Tanis y Dafna. Allí fueron a verlo los espías para felicitarlo por la expulsión de todos los hicsos de la tierra de Egipto. El rey volvió a Hawaris y mandó al ejército que rezara la oración al dios Amón. Los diversos regimientos se alinearon, precedidos por los oficiales y los comandantes. A la cabeza estaba el rey con su séquito. Todos se prosternaron con sumisión y rezaron fervorosamente al Señor. Ahmose terminó su oración invocándole del siguiente modo:

—Te alabo y te doy las gracias, oh Dios adorado, porque me has curado el ala rota y has sosegado mi corazón. Me has honrado permitiéndome lograr el objetivo por el cual perecieron mi abuelo y mi padre. Otórgame, Dios mío, el buen juicio, la buena voluntad y la esperanza para curar las heridas de mi pueblo. Haz de él el mejor servidor al mejor servido.

Luego Ahmose convocó a sus hombres para que se reunieran con él y llegaron inmediatamente. Les dijo:

—Hoy se ha terminado la guerra, y por tanto tenemos que envainar nuestras espadas. Pero la batalla no ha terminado aún. Creedme si os digo que la paz necesita más atención y mayor voluntad que la guerra. Dadme vuestros corazones para revivificar a Egipto. —El rey miró las caras de sus hombres durante un rato, luego añadió—: Creo que es necesario que empiece la lucha por la paz designando a mis fieles colaboradores. Por eso le nombro a Hur visir.

Hur se levantó ante su señor, se prosternó ante él y le besó la mano. El rey dijo:

—Y creo que Sanab es el mejor sucesor de Hur en mi palacio. En cuanto a Dib, le nombro comandante de la guardia faraónica.

El rey miró a Muhib y dijo:

—Tú, Muhib, serás el comandante de todo el ejército.

Luego se volvió a Ahmose Ibana y le dijo:

—En cuanto a ti, serás el comandante de la armada, y se te devolverán las fincas de tu padre, el valiente comandante Pepi.

El rey se dirigió a todos diciendo:

—Y ahora volved a Tebas, la capital de nuestro reino, para cumplir con vuestro deber.

—¿No vuelve el faraón a la cabeza de su ejército a Tebas? — preguntó Hur un poco temeroso.

Ahmose respondió poniéndose de pie.

—No. Me dirigiré en una nave hasta Dabur para notificar la victoria a mi familia y volver con ella a Tebas. Entraremos todos juntos, como salimos...

31

La nave real zarpó, custodiada por dos embarcaciones de guerra. Ahmose permanecía en la cámara, mirando el horizonte con cara inexpresiva y con los ojos sumidos en la más profunda tristeza. El viaje duró algunos días antes de aparecer la pequeña Dabur con sus dispersas chozas. La flota atracó al atardecer en el puerto y el rey y su guardia bajaron vestidos con sus hermosos atuendos. Llamaban la atención al grupo de nubios que corrió para verlos. Caminaron entre ellos hasta el palacio del gobernador Raum. En la ciudad corrió la noticia de que un mensajero faraónico había llegado a visitar a la familia de Sekenenre. La noticia precedió al rey hasta el palacio del nomarca. Cuando se acercaba, vio al gobernador y a la familia real esperando en el patio del palacio. El rey llegó hasta ellos y el asombro y la alegría trabó sus lenguas. Raum se puso de rodillas, todos gritaron de alegría y corrieron hacia él. La reina Nefertari llegó la primera y él la besó en las mejillas y en la frente. Corrió su madre, la reina Setekemosis, abriéndole los brazos. Le apretó contra su pecho y le dio sus mejillas para que se las besara con cariño. La abuela Ahhotep estaba esperando su turno. Se acercó a ella y la besó en las manos y en la frente. Vio finalmente a Tutishiri, la última y la más preciada. Tutishiri, ya canosa y con las mejillas marchitas por la vejez. Su corazón latió con fuerza y la rodeó con los brazos diciéndole:

—Mi madre y la de todos...

Ella lo besó con sus delgados labios y le dijo alzando los ojos:

—Deja que mire la viva imagen de Sekenenre.

—He preferido, madre —respondió Ahmose—, ser yo mismo el mensajero que te notifique la gran victoria. Has de saber, madre, que nuestro valiente ejército ha conseguido una indiscutible victoria y ha vencido a Apofis y a su gente, echándolos al desierto del cual vinieron. He liberado a todo Egipto de su esclavitud, he realizado así la promesa hecha a Amón y he alegrado el alma de Sekenenre y de Kamose.

El rostro de Tutishiri se animó y sus cansados ojos brillaron de gozo. Dijo con toda la alegría de su espíritu:

—Hoy se nos libera, hoy volvemos a Tebas a convertirla en lo que fue siempre, la ciudad de la gloria y el señorío. Mi nieto estará en el

trono de Sekenenre continuando así la vida de la gloriosa Amenemhet.

Llegó la camarera mayor de la reina, Ra, llevando en sus brazos al príncipe heredero. Se inclinó ante el rey diciendo:

—Mi señor, besa a tu pequeño hijo y heredero Amenhotep.

La mirada se le nubló y el cariño fluyó desde sus entrañas. Tomó al pequeño en sus brazos y se lo acercó hasta que sus ansiosos labios se pegaron a él. Amenhotep sonrió a su padre, que jugueteó con sus manitas.

Luego la familia del faraón entró en el palacio llena de felicidad y de bienestar, y se quedaron a solas hablando y divirtiéndose.

32

Los soldados llevaron el equipaje de la familia a la nave real. El faraón y todos los suyos se trasladaron luego a ella. El gobernador Rum, los miembros de su gobierno y los ciudadanos de Dabur salieron para despedirlos. Antes de que la embarcación levantara anclas, Ahmose llamó a Rum y le dijo en presencia de todos:

—¡Oh, fiel nomarca! Cuida bien de Nubia y de los nubios, pues Nubia fue nuestro cobijo cuando el mundo se empequeñeció para nosotros, fue nuestra patria cuando no nos quedó ninguna y nuestro hogar cuando los nuestros disminuían y moría el amigo; fue el escondite de nuestro armamento y de nuestro ejército cuando se hizo necesaria la lucha de Tebas. No olvidaremos su sacrificio. Que sea desde ahora el Egipto del Sur, al cual nunca impediremos algo que deseemos para nosotros, la defenderemos.

La nave zarpó seguida por las embarcaciones de escolta, abriéndose paso hacia el Norte llevando a mucha gente a su patria. Llegó a las fronteras de Egipto después de un breve viaje y fue muy bien recibida. La gente del Sur salió a su encuentro en la nave del nomarca Shao y fue rodeada por las barcas de los pescadores que aclamaban y cantaban loas en honor de la familia real. Shao y los sacerdotes de Biya, Bilaq y Siyin, lo mismo que las autoridades de los pueblos y los lugartenientes de las aldeas, subieron a bordo, se pusieron de rodillas ante el rey y escucharon sus consejos.

La nave fue luego hacia el Norte, donde fue recibida por los habitantes que se acercaban a la orilla. Las barcas la rodeaban en todo momento y los gobernadores, los jueces y los nobles subían a bordo cada vez que llegaba a algún lugar. La nave y su escolta no paraban de avanzar, hasta que cierta mañana vieron en el horizonte las altas murallas de Tebas, sus grandes puertas y su eterna grandiosidad. La familia del faraón acudió desde la cámara a la proa de la embarcación, con la vista elevada en el horizonte. En sus miradas se veía la nostalgia y se les caían lágrimas de

agradecimiento. Sus labios balbuceaban con voz emocionada: «Tebas... Tebas». La reina Ahhotep dijo con voz exultante:

—¡Dios mío!... No pensaba que iba a ver otra vez estas murallas.

La nave empezó a acercarse poco a poco al sur de Tebas con viento en popa, hasta que consiguieron distinguir a un gran ejército ya formado y a las grandes personalidades esperándolos en el puerto. Ahmose comprendió que Tebas le estaba brindando uno de sus mejores recibimientos. Volvió a la cámara, seguido por su familia, y se sentó en el trono, y ellos junto a él. Los soldados hicieron el saludo militar ante la embarcación faraónica. Las personalidades de Tebas subieron a bordo, encabezadas por el gran visir Hur y los dos comandantes Muhib y Ahmose Ibana, al igual que el jefe de la guardia faraónica Dib, el ujier mayor Sanab, el nomarca de Tebas, Tuti Amón, y un sacerdote muy anciano, con el pelo cano, que caminaba lentamente, apoyado en su bastón. Todos se pusieron de rodillas ante el faraón. Hur le dijo:

—Señor, libertador de Egipto, salvador de Tebas, vencedor de los reyes pastores, faraón del Alto y Bajo Egipto, señor del Sur y del Norte. Todo Tebas en los mercados está esperando la llegada de Ahmose, hijo de Kamose, hijo de Sekenenre, y de su gloriosa familia para darles el saludo largamente albergado en sus corazones.

Ahmose sonrió y dijo:

—El Señor os guarde, fieles hombres, y guarde a la gloriosa Tebas, mi punto de partida y de llegada.

Hur le hizo una señal al respetable ujier y dijo:

—Señor, permitidme que os presente a Naufar Amón, el sumo sacerdote del templo de Amón.

Ahmose lo miró con atención y le tendió la mano sonriente diciéndole:

—Me alegra verte, sumo sacerdote.

El sacerdote le besó la mano y le dijo:

—Mi señor, faraón de Egipto e hijo de Amón, revivificador de Egipto y liberador de los más grandes de sus reyes, hice la promesa, señor, de no salir de mis aposentos mientras hubiera en Egipto un hombre de los aborrecidos hicsos que humillaron a Tebas y asesinaron a su glorioso hombre. Me dejé crecer el pelo en la cabeza y en todo el cuerpo, me conformé con unos bocados y unos tragos de agua pura, con los cuales me sostenía, para compartir con los egipcios la suciedad y el hambre que sufrían, y así seguí hasta que Amón eligió para Egipto a su hijo Ahmose. Él cargó contra nuestros enemigos con valentía, hasta que los aplastó y los echó de nuestra patria. Me he perdonado y me he liberado a mí mismo para recibir al glorioso rey y orar por él.

Ahmose le sonrió y el sacerdote solicitó al rey que le permitiera saludar a la familia real. El permiso le fue concedido. Se dirigió a Tutishiri y la saludó, luego a la reina Ahhotep, pues era una de las

personas más cercanas a ella en tiempos de Sekenenre, y besó a Setekemose y Nefertari. Hur dijo luego a su señor:

—Señor, Tebas os está esperando. El ejército está formado en las calles. No obstante, el sumo sacerdote de Amón tiene una petición.

—¿Qué pide nuestro ujier mayor? —preguntó Ahmose.

El sacerdote contestó respetuosamente:

—Que nuestro señor nos honre con su visita al templo de Amón antes de dirigirse al palacio faraónico.

—¡Vaya petición! Su cumplimiento proporciona agrado y felicidad—dijo Ahmose sonriendo.

33

Ahmose abandonó el barco seguido de las reinas y los hombres de su séquito. Los oficiales y los soldados que habían luchado con él desde el primer día lo recibieron. El rey devolvía el saludo a unos y otros y subió a un bonito palanquín faraónico. Las reinas hicieron lo mismo en sus respectivos palanquines que fueron levantados, precedidos por la guardia real. Detrás las seguían los carros del séquito y otra parte de la guardia real. Todos avanzaban hacia la puerta central del sur de Tebas, adornada con banderas y flores. Alineados a ambos lados estaban los soldados que la habían conquistado hacía poco.

Los palanquines reales atravesaron la puerta de la ciudad, entre dos filas de largas lanzas puntiagudas. Los guardianes de las murallas tocaron las trompetas, las flores y los arrayanes empezaron a caer sobre los que entraban y Ahmose al mirar a su alrededor vio un impresionante paisaje que arrebatava la mirada al más seguro. Veía a todos los egipcios de una vez: los que cubrían los caminos, los muros y las casas, librados de la esclavitud, vitoreándole con entusiasmo. El ambiente se llenó de aclamaciones que procedían de lo más profundo de sus corazones. La gente se quedó impresionada al ver a la augusta madre, con la majestuosidad y la grandiosidad que imprime la vejez, lo mismo que a su valiente nieto, en plena fuerza y juventud. El séquito se abrió camino, como atravesando un mar agitado, acaparando tanto las miradas como el entusiasmo. Tardó horas en llegar al templo de Amón.

A la puerta del templo, el rey y su familia fueron recibidos por los sacerdotes de Amón. Le bendijeron y fueron junto a él al atrio de las columnas, donde las ofrendas estaban puestas en el altar. Los sacerdotes entonaron cantos al Señor con unos tonos que permanecieron indelebles en los corazones durante mucho tiempo. El sumo sacerdote le dijo al rey:

—Señor, permítidme que vaya al sagrado templo para traer cosas preciosas que conciernen al rey.

El rey se lo permitió, y el hombre se fue con un grupo de sacerdotes. Se ausentaron durante un buen rato y luego reapareció el sumo sacerdote, seguido por los sacerdotes que llevaban un ataúd, un trono y un cofre de oro. Lo pusieron ante la familia faraónica respetuosa y majestuosamente. Naufar Amón avanzó hasta que se detuvo delante de Ahmose y dijo con tono emocionado:

—Señor, lo que expongo ante vuestra vista es lo más caro del patrimonio del sagrado reino. Fue entregado hace doce años, desde la época del valiente e inmemorial comandante Pepi, para que todo estuviera fuera del alcance del ambicioso enemigo. El ataúd es del rey mártir Sekenenre, y guarda su cadáver momificado, antes lleno de profundas heridas, de las cuales cada una ha escrito una página eterna de valor y sacrificio. El trono es su sagrado trono, con cuya obligación cumplió, y sobre el cual el rey anunció la respuesta de Tebas en elegir la dura lucha a la mezquina paz. En cuanto a este cofre de oro, contiene la doble corona de Egipto, la de Timayus, el último de nuestros reyes en gobernar el Egipto unificado. Yo se la regalé a Sekenenre cuando salió para luchar contra Apofis. Luchó con esta misma corona encima de su honorable testa, y la defendió del modo que conocen todos los que viven en este valle. Éstos son los sagrados tesoros de Pepi. Agradezco a Amón el haberme dado la suficiente vida para poderlos devolver a sus dueños. Que vivan para la gloria y que ésta les sea eterna.

Las miradas se dirigieron en seguida al ataúd faraónico y todos, encabezados por la familia real, se pusieron de rodillas en una oración sincera.

El faraón y su familia se acercaron al féretro y se prosternaron delante de él en silencio; no obstante, el mensaje del ataúd logró llegarles al corazón. Tutishiri sintió por primera vez un debilitamiento y se apoyó en el rey, mientras las lágrimas le impedían ver el sagrado ataúd. Hur decidió parar las lágrimas de la sagrada madre y calmar sus dolores. Le dijo a Naufar Amón:

—Sacerdote: conserva este ataúd en el altar hasta que se le lleve a su tumba en una majestuosa ceremonia digna de su dueño.

El sacerdote pidió permiso a su señor y mandó a sus hombres que levantaran el féretro hasta donde estaba el dios adorado. El sacerdote abrió el cofre y sacó la doble corona de Egipto. Se acercó majestuosamente a Ahmose y se la colocó en la rizada cabeza. La gente al ver la acción del sacerdote le aclamaba: «¡Viva el gran faraón!».

Naufar Amón invitó al rey, lo mismo que a las reinas, a visitar la sagrada tumba y se fueron todos. Tutishiri aún se apoyaba en el brazo de Ahmose. Atravesaron el sagrado umbral que media entre la vida y la muerte, se prosternaron ante el adorado dios y besaron las cortinas que cubrían su estatua. Rezaron agradecidos por haberles brindado la victoria y haberles devuelto a su patria.

El rey abandonó el templo en dirección a su palanquín, y lo mismo hicieron las reinas. Se llevó el trono en su gran carro y el séquito siguió su camino hacia el palacio, entre las multitudes que rezaban, aclamaban y agitaban ramas de las que se desprendían pétalos de flores. Llegaron al antiguo palacio al atardecer, mientras la impresión hizo presa en Tutishiri: su corazón empezó a latir fuertemente y su respiración a agitarse. La llevaron en su palanquín a su pabellón particular y luego la siguieron las reinas y el rey. Se sentaron preocupados junto a ella; no obstante, logró recuperar su tranquilidad, su fuerza de voluntad y su fe. Se acomodó, miró los queridos rostros con cariño y dijo con un tono débil:

—Disculpados, hijos míos, mi corazón me ha traicionado por primera vez, pues mucho ha aguantado este corazón y mucho ha sufrido. Dejad que os dé un beso, que a mi edad lograr el objetivo precipita el final.

34

Tras el rosado atardecer, llegó la negra noche que se apoderó de Tebas sin que la ciudad pegase ojo. Permanecía en vela con las antorchas parpadeando en los caminos y en los alrededores. La gente, reunida en las plazas, cantaba y aclamaba a los soberanos. En las casas se oían himnos y alegres cantares. Ahmose no pudo dormir en toda la noche, y eso que estaba fatigado. La cama se le hacía insoportable y salió al balcón que daba al frondoso jardín del palacio, donde se sentó en un cómodo diván a la luz de una débil antorcha. Su alma volaba en la oscura noche y sus dedos jugueteaban cariñosamente con una cadena de oro a la que echaba una mirada de vez en cuando, como si le inspirara sus pensamientos y sus sueños.

Sin esperarlo, llegó la joven reina Nefertari, desvelada por la alegría. Pensó que su esposo estaba igual de contento y se sentó a su lado alegre y jubilosa. El faraón se dio la vuelta sonriendo; ella vio la cadena en su mano y se la arrebató con curiosidad:

—¿Es un collar?... ¡Qué bonito! ¡Pero está roto!

—Sí, he perdido su corazón —dijo él intentando consolarse.

—¡Qué lástima! ¿Y dónde lo perdiste?

—No lo sé, lo perdí sin que yo me diera cuenta.

Nefertari le preguntó, mirándole cariñosamente:

—¿Pensabas regalármelo?

—Tengo para ti algo más valioso y más bello —contestó él.

—Y entonces ¿por qué sientes tanto el haberlo perdido?

—Me hace recordar los primeros días de la lucha, cuando fui a Tebas disfrazado de mercader llamándome Isfinis. Esto forma parte de lo que exponía para vender. ¡Qué hermoso recuerdo! Nefertari, prefiero que me llames Isfinis, es un nombre que adoro, lo mismo

que a su época y a todo aquel a quien le guste –contestó Ahmose, aparentando naturalidad.

El faraón se dio la vuelta para disimular su impresión y su nostalgia. La reina sonrió, miró hacia delante y vio una antorcha que avanzaba lentamente.

–Mira aquella antorcha –dijo señalando con la mano.

Ahmose miró donde indicaba y dijo:

–Es la antorcha de una barca que zarpa junto al jardín.

Era como si el dueño de aquella barca quisiera acercarse al jardín del palacio para hacer oír a los recién llegados la hermosura de su voz. Quería saludarlos individualmente, después de que Tebas lo hiciera colectivamente. En medio del silencio nocturno, acompañado de una flauta, entonó esta canción:

*Desde hace años dormía en mi habitación
aguantando una dolencia muy penosa.
Familiares y vecinos me visitaban,
al igual que los médicos y hechiceros.
La dolencia frustró a mis médicos y vecinos,
hasta que llegaste tú, amado mío.
Tu encanto superó la medicina y los amuletos,
sólo tú sabes el secreto de mi dolencia.*

La voz era bella, por lo cual llamaba la atención. Ahmose y Nefertari escucharon atentamente. La reina miraba la luz de la antorcha con ternura. El rey, en cambio, miraba al suelo, con los ojos entornados y los recuerdos aullando en su corazón.
